

**DEPORTE Y CIENCIAS SOCIALES:
CLAVES PARA PENSAR LAS
SOCIEDADES CONTEMPORÁNEAS**

**DEPORTE Y CIENCIAS SOCIALES:
CLAVES PARA PENSAR LAS
SOCIEDADES CONTEMPORÁNEAS**

JUAN BRANZ, JOSÉ GARRIGA ZUCAL Y VERÓNICA MOREIRA
(COMPILADORES)

Branz, Juan

Deporte y ciencias sociales : claves para pensar las sociedades contemporáneas / Juan Branz ; José Garriga ; Verónica Moreira ; compilado por Juan Branz ; José Garriga ; Verónica Moreira. - 1a ed. - La Plata : EDULP, 2013.

368 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-1985-01-2

1. Deportes. 2. Sociología. 3. Género. I. Garriga, José II. Moreira, Verónica III. Branz, Juan , comp. IV. Garriga, José , comp. V. Moreira, Verónica , comp. VI. Título CDD 306

Fecha de catalogación: 02/09/2013

Revisión de textos: Melina Peresson

Diseño y diagramación: Ignacio Bedatou



Editorial de la Universidad de La Plata (Edulp)

47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina

+54 221 427 3992 / 427 4898

editorial@editorial.unlp.edu.ar

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales Universitarias (REUN)

Primera edición, 2012

ISBN

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

© 2012 – Edulp

Impreso en Argentina

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

EL DEVENIR DE UN MAPA 09

Juan Bautista Branz, José Garriga Zucal y Verónica Moreira

PRÓLOGO

ESTUDIOS SOBRE DEPORTE:

POR QUÉ VALE LA PENA ESTE LIBRO 15

Pablo Alabarces

FRONTERAS SIMBÓLICAS Y DIFERENCIACIÓN SOCIAL EN

TORNO A LA PRÁCTICA DEL GOLF 35

Rodolfo Iuliano

RUGBY Y MASCULINIDAD: DOS CARAS DE UNA MISMA

MONEDA... *SÓLO PARA HOMBRES* 71

Juan Bautista Branz

ENTRE CAVALOS E BARCOS: CORPORALIDADE E GÊNERO

EM UMA ANÁLISE COMPARATIVA ENTRE O HIPISMO E A VELA . 105

Luiz Rojo

EL HOCKEY FEMENINO Y LAS LEONAS. IDENTIDADES

CRUZADAS, ENTRE NACIÓN, CLASE SOCIAL Y GÉNERO 129

Santiago Uliana

ENTRE AGUANTADORES Y PICANTES. VIOLENCIA Y SECTORES

POPULARES EN UNA HINCHADA DE FÚTBOL ARGENTINA 169

José Garriga Zucal

CUERPOS EN LA TRAMA DE LA POLÍTICA: SABERES, HABILIDADES Y CAPITALES QUE CONSAGRAN A LOS HINCHAS .	201
Verónica Moreira	
LOS SIGNIFICADOS DE LO POPULAR EN UN GRUPO DE HINCHAS DEL FÚTBOL ARGENTINO	233
Juan Manuel Sodo	
DEPORTE RECREATIVO O SOCIAL. LA COMPETENCIA DIVIDIENDO AL CAMPO DEPORTIVO	265
Alejo Levoratti	
<i>ELLOS HACEN FIERROS. LA CONSTRUCCIÓN DEL CUERPO MASCULINO EN LOS GIMNASIO PORTEÑOS</i>	<i>293</i>
Alejandro Damián Rodríguez	
MÁSCARAS Y SOCIALIDAD. NOTAS INICIALES PARA PENSAR A LA FAMILIA TECEISTA	313
Pablo Bilyk	
CONCLUSIONES	
¿QUÉ ES UN CAMPO, Y TÚ ME LO PREGUNTAS?	337
María Graciela Rodríguez	
LOS AUTORES	363

INTRODUCCIÓN

EL DEVENIR DE UN MAPA

POR JUAN BAUTISTA BRANZ, JOSÉ GARRIGA
ZUCAL Y VERÓNICA MOREIRA

Cuando nació la idea de esta compilación, sabíamos que el campo de estudios sociales del deporte no sólo estaba consolidado sino que crecía día a día, a pasos agigantados, gracias a las contribuciones de investigadores provenientes de distintas orientaciones académicas y espacios de formación. En este marco, desde el inicio, la finalidad de nuestro proyecto fue contribuir en extensión y densidad a dicho espacio de discusión con trabajos inéditos que abordaran objetos distintos del ya conocido y reconocido mundo social del fútbol. No obstante, el fútbol –y sus fanáticos– continúan conservando un lugar de privilegio en el campo académico y también en esta recopilación. Cabe preguntarnos si es la eficacia de las industrias culturales, de las tradiciones socioculturales y, también, académicas que envuelven al fútbol en Argentina –y en Latinoamérica– lo que sigue llamando la atención de los/las cientistas sociales o, por el contrario, somos incapaces de imaginar nuevos interrogantes que amplíen los límites del campo.

Entendemos que un aporte esencial al campo de estudios del deporte es la diversidad de temas y problemas que aquí se ana-

lizan y que permiten superar el repertorio –nunca saturado– de trabajos en torno al fútbol. En este libro aparecen otras disciplinas deportivas, con diferentes trayectorias en el país, como el automovilismo, el hockey, el golf, el rugby y las actividades de entrenamiento en los gimnasios. Por otra parte, debemos señalar que si el fútbol mantiene un lugar de privilegio, esto se debe a la emergencia natural de muchos años de estudio en el marco de proyectos que se consolidaron en un campo que se fundó y construyó a la luz de dicho deporte. Algunos/as de nosotros/as crecimos bajo la mirada de los mentores de ese espacio. Asimismo, observamos que el abordaje de distintos deportes desde las diferentes perspectivas de las ciencias sociales también colabora en la densidad del campo; no sólo por la particularidad que cada deporte conserva (esto es, si es un deporte en equipo o una disciplina individual; si es amateur o profesional, etc.), sino por las preguntas que cada uno de los investigadores coloca novedosamente en torno a ellos y que, lógicamente, se asocian a sus formaciones académicas (Comunicación Social, Sociología, Antropología y Educación Física). Pese a la diversidad de miradas, todos/as coincidimos en el deseo de convertir hechos banales y cotidianos –como los deportes– en objetos de investigación y reflexión para reconocer en ellos dimensiones estructurantes de nuestra sociedad.

Asimismo, el espíritu que motorizó esta propuesta fue el de reunir los trabajos que varios de nosotros/as habíamos discutido, tanto en charlas informales como en instancias formales (congresos y jornadas para jóvenes investigadores y estudiantes de grado y posgrado). En dichas interacciones, compartimos no sólo las ideas sino también la adrenalina y los nervios, propios de las presentaciones públicas de nuestros avances de investigación. Con el paso de los años, otros aceptamos la invitación para participar en calidad de comentaristas de los trabajos de

los colegas y/o nos animamos a organizar los grupos de discusión. Así, en nuestros roles de ponentes, comentadores y organizadores fuimos intercambiando conceptos y experiencias en distintos eventos nacionales e internacionales, impulsados y financiados por diversas carreras académicas. Hemos participado también como invitados de otros espacios de investigación para debatir nuestros resultados y, en este sentido, nombramos especialmente al Centro de Estudios del Deporte, dirigido por Julio Frydenberg en la Universidad Nacional de San Martín.

Esta invisible red de investigadores sociales se caracteriza no sólo por la diversidad de objetos y abordajes sino también por el punto de desarrollo de sus investigaciones. Por ello, coexisten en esta compilación trabajos finalizados que tomaron forma en tesis de posgrado, con otros que están en proceso de investigación de campo y/o en el momento de escritura de dicha instancia. Así, los resultados publicados en los artículos –de investigaciones finalizadas o en proceso– funcionan como punta de lanza para profundizar nuestro diálogo. Queremos destacar además que los/as jóvenes investigadores/as que participamos de este recorrido nos hemos formado o nos estamos formando en programas de posgrado (maestrías y doctorados) o en centros de investigación de Universidades Públicas Nacionales: Universidad de Buenos Aires (UBA), Universidad de San Martín (UNSAM), Universidad Nacional de La Plata (UNLP), Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF). Por otra parte, la realización de las investigaciones ha sido factible gracias al financiamiento de distintos organismos estatales como el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y la Agencia Nacional de Investigaciones Científicas Tecnológicas. No podemos obviar una mención especial a la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata (FPYCS-UNLP), a su Editorial, que

marcan y acompañan nuestra intención de discusión sobre el campo, haciendo posible la impresión de estas páginas. Todo esto, en medio de un escenario clave que habilita estas páginas: la primera Tecnicatura en Periodismo Deportivo en una Universidad Pública.

En este contexto, la presencia del artículo de Luiz Rojo no hace más que enaltecer la compilación. En primer lugar, porque su estudio es el resultado de un trabajo de campo consolidado en Brasil que aborda analítica y comparativamente dos deportes (el hipismo y la navegación a vela), pensando en la dimensión de género y colaborando de esta forma en la ampliación de las preguntas y los objetos. En segundo lugar, su artículo representa la continuidad de un diálogo necesario y constante con los investigadores brasileños, iniciado desde hace algunos años por los referentes del campo de ambos países. A propósito de las iniciativas de trabajar en red, Pablo Alabarces, en el prólogo de este libro, establece los modos, los momentos y los nombres que articulan la trama latinoamericana de estudios sobre Deporte, Cultura y Sociedad.

El proyecto de la compilación comenzó a pensarse como un foro de discusión de una categoría que consideramos articuladora: pensamos que era posible articular los diversos objetos de estudio a través del análisis, tan rico y complejo, de la categoría *clase*. Sostenemos que pensar desde *la clase* podría orientarnos, no sólo a darle visibilidad a la reproducción de la desigual distribución de capitales (económicos, sociales, culturales) entre diferentes colectivos, sino también, a brindar mayor densidad política a la construcción de nuestras conclusiones. Sin embargo, a medida que discutíamos las ideas de los estudios realizados, el objetivo del proyecto se fue desvaneciendo porque, tal vez, las preguntas de nuestros respectivos trabajos no partieron necesariamente del cuestionamiento de dicha ca-

tegoría. Muchos/as de nosotros/as entramos en el campo de los estudios sociales del deporte pensando otras dimensiones y clivajes sociales o, simplemente, explorando empíricamente el mundo social de los deportes y sus fanáticos sin proponer una discusión teórica aceptada sobre *clase*. A pesar de esto, la pregunta sobre la categoría está presente subterráneamente en varios de los trabajos. Los autores indagan sobre los estilos de la práctica exclusiva del golf o el rugby, y otros se preguntan sobre la democratización y apertura de un deporte de elite que incluye en la actualidad a nuevos grupos sociales, como en el caso del hockey.

Un eje aglutinador que atraviesa los artículos es el tipo de enfoque que responde a la etnografía, como un despliegue de técnicas específicas y como una búsqueda de la mirada nativa. La mayoría de los trabajos aquí presentados responden a la etnografía como perspectiva y como método.

La heterogeneidad de preguntas, problemas, modos de formular esas preguntas y esos problemas, es la característica distintiva de esta compilación. Trayectos diversos, con intereses –personales, institucionales– puestos en diferentes espacios, marcan esa diversidad. Repetimos: desde los modos de indagar y construir los objetos y sujetos de investigación, hasta los estilos de escritura de cada artículo. Aquí establecemos el punto de partida para pensar por dónde, cómo y hacia dónde van los estudios sobre deporte, sociedad y cultura. Preguntas complejas, si pensamos que cada vez son más los/as investigadores/as dedicados/as a pensar al deporte(s) como partida hacia la reflexión sobre diversas problemáticas sociales, que exceden el campo deportivo.

No podemos dejar de mencionar en estas líneas que nos llena de orgullo como compiladores contar con la presencia de María Graciela Rodríguez y de Pablo Alabarces. Ambos han sido fun-

dadadores de este campo de investigación, abonando perspectivas, miradas y enfoques que brotan, explícita o implícitamente, en casi la totalidad de los artículos de esta recopilación.

Cada artículo se identifica con los demás, en varias preguntas y propósitos-guía: la preocupación por dar algún tipo de respuesta, desde la academia, desde la intelectualidad, desde las Universidades, a diferentes problemas mundanos, concretos. La discriminación en todas sus maneras de presentarse (xenofobia, sexismo, homofobia), las violencias (material y simbólica), las determinaciones del mercado como regulador de pautas socioculturales que establecen que la administración de las diferencias sea legitimada en forma hegemónica por pequeños sectores de la población, son diferentes problemas que en este libro se nombran, con mayor o menor grado de visibilidad. Y si se nombran, son posibles de pensar. Y si se piensan, se pueden solucionar. Intentamos, en esta recopilación, reflexionar sobre deportes y deportistas, sobre acciones y actores, aseverando que estas temáticas pueden y deben ser abordadas. Deseamos abrir debates en torno a este campo y, así, celebrar la emergencia de diferentes miradas, problemas y preguntas que contribuyan a comprender nuestra sociedad.

PRÓLOGO

ESTUDIOS SOBRE DEPORTE: POR QUÉ VALE LA PENA ESTE LIBRO¹

POR PABLO ALABARCES

1.

A mediados de 2002 presenté, en la reunión anual de la ANPOCS brasileña (Asociación Nacional de Programas de Posgraduación en Ciencias sociales), un texto en el que proponía un balance crítico de los veinte años de producción académica desde las perspectivas de las disciplinas sociales (Alabarces, 2005). La datación era sencilla: consistía en considerar *O Universo de Futebol*, la compilación de Roberto Da Matta de 1982, como el puntapié inicial de una serie de trabajos que, con mayor o menor fortuna, habían contribuido a la invención definitiva de un campo de estudios en el subcontinente. Eran veinte años redon-

¹ Cinco páginas de apuntes apurados sobre este tema se transformaron en una conferencia dictada en el Congreso Internacional de la *Red de investigadores sobre deporte, cultura física, ocio y recreación*, realizado en Hermosillo y organizado por la Universidad de Sonora, México, los primeros días de mayo de 2011. Esas notas tomadas para la conferencia, más las discusiones posteriores, fueron la base de una primera versión de este texto. Posteriormente, una segunda fue publicada en el primer número de la revista de ALESDE (Asociación Latinoamericana de Estudios Socioculturales del Deporte), en septiembre de 2011, y luego presentada como Conferencia inaugural en el Congreso *Ciencias*

dos, aunque un optimismo exagerado –o simplemente el apuro en enviar la ponencia– me habían llevado a titular erróneamente *Treinta años de deporte y ciencias sociales*.

Con la corrección debida, ese texto se expandió y difundió en distintas versiones (más largas, más reducidas) en diversas publicaciones: la primera de ellas, en el Boletín bibliográfico de la ANPOCS, la *Bib*, que privilegia ese tipo de balances para su edición; la última, en el tomo que organizó Samuel Martínez López para inaugurar la presentación de la intensa producción mexicana de la última década (Martínez López, 2010). Ese volumen, precisamente, indicaba cómo mi lectura inicial había quedado profundamente desactualizada. En la primera versión, mis referencias mexicanas eran muy pobres: conocía el trabajo de Roger Magazine (Magazine, 2007), que aún no había editado su etnografía de los fanáticos de los Pumas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); conocía unos pocos artículos publicados por Enrique Guerrero y Claudia Benassini; no había encontrado aún –se publicó en 2001– el libro de Andrés Fábregas Puig sobre los fans de las Chivas de Guadalajara, *Lo sagrado del rebaño*, de flamante e indispensable reedición (Fábregas, 2010). Y faltaba, claro, lo que el tomo de Martínez López pone en escena: una enorme producción reciente, en apenas cinco años de despliegue a partir del Diplomado que organizó en la Universidad Iberoamericana de México.

sociales, actividad física y deporte, Valparaíso, Chile, PUCV (Pontificia Universidad Católica de Valparaíso), el 13 de octubre de 2011. Una versión en portugués fue publicada en la revista brasileña *Antropológicas*, de la Universidad Federal Fluminense, a comienzos de 2012, traducida por Luiz Rojo y sabiamente comentada por Simoni Lahud Guedes. Finalmente, hay en curso de publicación una cuarta versión, en un tomo organizado por los colegas colombianos de ASCIENDE (Asociación Colombiana de Investigación y Estudios sobre el Deporte). Tanta repetición (que permite una lectura simultáneamente mexicana, chilena, colombiana, brasileña, y finalmente argentina) intenta reparar lo irreparable: el déficit monumental de circulación que sigue aquejando a este tipo de producción en el contexto latinoamericano.

En aquel 2002, apenas había concluido la experiencia del Grupo de Trabajo Deporte y Sociedad del Consejo Latinoamericano de Ciencias sociales (CLACSO), que nos había permitido el conocimiento completo de la hasta entonces breve producción latinoamericana. Eran tiempos en los que un solo investigador podía aspirar a revisarla por completo: y no hablo de mi propia experiencia, sino de lo que había logrado Joseph Arbeno en un volumen editado pocos años antes, aún con la labilidad de expandir los límites disciplinares. Arbeno no limitaba su exploración a las Ciencias sociales, sino que incorporaba las humanidades y también algunos materiales periodísticos de relevancia (Arbeno, 1999). Yo mismo pretendía conocer –era una ilusión, pero una ilusión posible– toda la producción académica, y buena parte de la literaria: la periodística, por supuesto, era inabarcable, aunque por lo menos conocía las grandes firmas argentinas y brasileñas (Borocotó o Panzeri, Nelson Rodríguez o Mario Filho). Una ilusión posible: la experiencia del Grupo de Trabajo de CLACSO me había permitido explorar el campo en todo el continente –buscando ampliar la representación del Grupo a todos los países, superando la sobrerrepresentación argentino-brasileña de los orígenes– y simultáneamente recibir, durante años, los trabajos de una creciente cantidad de investigadores jóvenes a los que la existencia del Grupo motivaba a salir de la clandestinidad.

Metáfora política, pero bastante descriptiva: en esos años la utilizamos para describir un campo que era naciente y necesariamente periférico, pero que, marcado por cierta ilegitimidad de un objeto presuntamente *banal*, prefería la clandestinidad y el margen. Hasta esos años, investigar temas deportivos en los espacios institucionales latinoamericanos –las universidades y los centros de investigación; no en los hogares o en los bares– enfrentaba dos problemas complementarios: producir

sin bibliografías previas, el recurso de buscar ideas en los que han transitado problemas similares, y enfrentar el descrédito y la ilegitimidad de los objetos deportivos en las Ciencias sociales latinoamericanas. Posiblemente, la única excepción era el caso brasileño: tras los pasos de Da Matta, por la excepcional calidad de su antropología –mucho menos estructurada y más creativa que, por ejemplo, la argentina–, y por la importancia de sus departamentos de Educación Física, los colegas brasileños habían producido sistemáticamente con un constante incremento de la calidad y cantidad de, especialmente, sus tesis de posgraduación.

2.

Hasta hace unos pocos años, todos los textos dedicados al análisis de los deportes desde las perspectivas de las ciencias sociales en América Latina comenzaban –y debían comenzar– con la misma y reiterada frase: “poco o nada se ha estudiado sobre el tema en nuestro continente”. En el encuentro de latinoamericanistas en México, en el 53^o ICA de 2009, un grupo de trabajo dedicó todo un día a discutir *papers* dedicados al deporte desde miradas especialmente antropológicas, aunque no faltaran las sociológicas, las históricas o las comunicológicas. La mayoría de esos trabajos comenzaba con esa frase lánguida; en pocos casos, especialmente por razones de las respectivas academias nacionales –posiblemente, Uruguay sigue siendo el caso más notorio–, era valedera. Pero en la mayoría terminaba sonando a una excusa más o menos amplia para reiterar hallazgos o repetir proposiciones que ya han sido enunciadas hasta la saciedad. Ni siquiera, como apunté, en el caso uruguayo, que dispone por inversión de una abundante producción brasileña y argentina respecto de la cual comenzar a producir (Uruguay siempre fue el *otro significativo* del deporte argentino y brasileño).

Por razones personales no participé de convocatorias académicas subsiguientes, durante el mismo año 2009: el XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), la sociología latinoamericana, ni la VIII Reunión de Antropología del Mercosur, la RAM, que funciona como una suerte de reunión latinoamericana de antropología, ambos desarrollados en Buenos Aires. En las dos reuniones participaba como coordinador de sendos grupos sobre deporte y sociedad –excusado, como apunté, de mi presencia física–, lo que me permitió ver el conjunto de las presentaciones: entre ambas se reunieron más de 200 propuestas de todo el continente, aunque con una sobrerrepresentación brasileña habitual en nuestras disciplinas, que vuelve a hablar de la potencia de su academia y a la vez de la aceptación de estas temáticas en sus ciencias sociales. En síntesis: alrededor de 250 trabajos presentados en tres reuniones más o menos continentales en apenas tres meses no es un cuadro, precisamente, de ausencia. Incluso, si quisiera ser aún más crítico, debería hablar de cierta saturación.

El argumento de la ausencia ya no es, en suma, válido, y es incluso muy poco riguroso. Si acordamos en datar el origen de estos trabajos en 1982, estamos hablando ya de casi treinta años de producción extendida y, desde hace tiempo, carente de la condición clandestina que reuniera hasta comienzos de esta década. Y aunque permanecen (y permanecerán) condenados a la periferia de la legitimidad académica –nunca un análisis de las hinchadas colombianas o de la *heroicidad* de Maradona o Romario ganarán los grandes premios disciplinares–, estos trabajos han crecido en cantidad, visibilidad, solidez y rigor.²

² Y sin embargo, Simoni Lahud Guedes me recuerda que distintas tesis de posgraduación de Edison Gastaldo (por la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social, FELAFACS), Luiz Henrique de Toledo y Arlei Damo (ambos por la ANPOCS) fueron premiadas oportunamente por grandes entidades continentales (la FELAFACS en comunicación) o nacionales (la ANPOCS brasileña).

Alejados del ensayo, apoyados por las categorías y herramientas contemporáneas de la sociología, la antropología, la historia, los estudios culturales, las investigaciones sobre deporte y sociedad no precisan ya de introducciones quejasas ni de desmentir el viejo lema del “moderno opio de los pueblos” que las visiones de los años sesenta habían afirmado.

En consecuencia, la ilusión concentradora, la posibilidad de reunir en un único archivo o en una única biblioteca todo el listado de la producción de las ciencias sociales latinoamericanas sobre deporte es hoy definitivamente ilusoria. En realidad, podríamos afirmar que el campo sufre una crisis de crecimiento. Las grandes lecturas teóricas ya han sido confirmadas: siguiendo las líneas trazadas por Roberto Da Matta o por Eduardo Archetti, los dos grandes fundadores del campo de estudios, la generación subsiguiente estableció con precisión los grandes marcos de interpretación de estos fenómenos. Basta revisar los trabajos de Simoni Lahud Guedes, Luiz Henrique de Toledo, Arlei Damo, Edison Gastaldo, Rolando Helal, Hugo Lovisoló o Antonio Soares en Brasil, o las compilaciones latinoamericanas que coordináramos para CLACSO: allí están sentadas las bases de discusión, las que habilitan definitivamente la legitimidad de estos objetos –ampliamente, los deportes; centralmente, el fútbol– para la investigación social y a la vez los marcos desde donde leerlos. Lo que resta es la producción de empirias, locales, regionales o continentales; el establecimiento de comparaciones –la investigación comparada es una deuda enorme–; la apertura de nuevas zonas de trabajo (la historia está en déficit, con la excepción notable de unos pocos brasileños y del trabajo solitario de Julio Frydenberg en la Argentina). Y a partir de esas nuevas investigaciones, en una nueva etapa, el campo puede revisar esas grandes líneas teóricas para confirmar su validez o para proponer su rediscusión. Es difícil que la

afirmación “el fútbol es importante para las identidades sociales/etáreas/de género/raciales” pueda a esta altura sorprender a alguien: la cuestión estriba en indagar cómo, de qué manera, desde cuándo, en qué lugar y con qué inflexiones. Y con qué rigor, además, se escapa a la vulgarización periodística.

3.

El cuadro general de la producción bibliográfica latinoamericana es entonces complejo, rico y variado. Desde 2002, entonces, han surgido grupos y redes de investigación potentes en México y Colombia, se ha establecido un primer intento de afiliación continental (ALESDE, Asociación Latinoamericana de Estudios Socioculturales del Deporte), se han realizado decenas de reuniones científicas, se ha doctorado una nueva generación de investigadores jóvenes con tesis en las temáticas deportivas –nuevamente, la gran mayoría en Brasil–, se han publicado nuevos libros aunque, es justo señalarlo, en su mayoría son colecciones de artículos. Si Joseph Arbena reeditara su *Latin American Sport: An Annotated Bibliography*, la cantidad de páginas sería, por lo menos, sorprendente.

Propongo, entonces, revisar algunas de mis afirmaciones de 2002. Veinte años habían pasado entonces; casi diez más han transcurrido. Permítanme entonces proponer, con la excusa de este nuevo volumen de estudios, una nueva revisión crítica de las novedades centrales del campo en esta década, que incorpore algunas de las direcciones que aún entiendo como posibles y vacantes. Con una salvedad: si, como afirmé, hace diez años era factible conocerlo todo, hoy es imposible. Por ello, algunas de mis afirmaciones contemporáneas podrían ser rebatidas con el simple argumento de mi ignorancia.

4.

Siguen en pie, por supuesto, mis descripciones originales: por ejemplo, las referidas al bloqueo que el tema sufrió en la academia latinoamericana durante décadas, producto del temor a la inflexión populista o por cierto esquematismo izquierdista, el mito del “opio de los pueblos”. También, los modos en que ese bloqueo fue superado por la labor de Roberto Da Matta y Eduardo Archetti, principalmente. Cabe aquí señalar que entre esos fundadores debería aparecer Simoni Lahud Guedes, discípula de Da Matta y que participó en el volumen inaugural de 1982; y con ellos, José Sergio Leite Lopes, que a mediados de los años noventa fue el único latinoamericano que participó en el número especial coordinado por Charles Suaud y Jean-Michel Faure para las *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* (AA. VV., 1994), dirigidas por Bourdieu. No en vano, todos ellos antropólogos: a partir de esa invención, la categoría de ritual fue, por mucho tiempo, un faro ordenador de las miradas sobre el tema.

Al mismo tiempo, la inflexión antropológica permitió deconstruir el mito del “opio”: al igual que lo hiciera con las religiones, el trabajo etnográfico permitía comprobar la distancia entre la ilusión alienante y la práctica significativa de los nativos. En su trabajo de 1982, Da Matta demolía definitivamente esta pretensión, aunque la necesidad de radicalizar el debate lo llevara, durante un tiempo, a posiciones anti-marxistas. A finales de los noventa, en el Latin American Studies Association (LASA) de Chicago de 1998, en un panel que organizó Jeffrey Tobin, antropólogo norteamericano, discutimos con Da Matta y Arbena las líneas que se estaban diseñando en ese momento en las investigaciones; Da Matta aún estaba convencido de que el mito de la alienación continuaba obturando la investigación latinoamericana, mientras que en mi opinión esa clausura es-

taba superada, entre otras razones, porque el marxismo había perdido peso en la organización teórica y metodológica de nuestras disciplinas; y por ello, justamente, debíamos recuperar algunas de sus posiciones, aunque rediscutiendo la noción de alienación en relación con el deporte. En ese mismo año, en el Prólogo con el que acompañó nuestro *Deporte y Sociedad* –la primera colección argentina producida en la universidad y dedicada íntegramente al objeto–, Archetti lamentaba el bloqueo que estos estudios habían sufrido y el peso excesivo que aún tenían las posiciones más apocalípticas, en el sentido clásico que Eco asignara a las interpretaciones sobre la cultura de masas deudoras de la teoría crítica. Ante ese panorama, la agenda que proponía Archetti ya se estaba volviendo legítima y guiará la década siguiente: la centralidad del juego como zona de libertad y creatividad, la necesidad de leer las apropiaciones socialmente diferenciadas de las prácticas deportivas, los procesos de construcción de identidades, la violencia como fenómeno complejo. Y todo ello con “un esfuerzo teórico más sofisticado y una pasión por los análisis empíricos” (Archetti, 1998: 12).

5.

Desde 2002 hasta hoy, el aumento de los estudios en todo el sub-continente tiene carácter explosivo. Pero con diferencias locales muy marcadas, que intento revisar aquí.

En el caso argentino, se han multiplicado las tesis de maestría y doctorado, siendo ellas principalmente antropológicas: muy especialmente, las de José Garriga Zucal y María Verónica Moreira, cuyos trabajos integran este volumen y que han trabajado tanto los fenómenos de las llamadas *barras bravas* –que,

como los colegas señalan, no son términos nativos— como las relaciones complejas entre las identidades locales, las prácticas de los hinchas y las redes políticas y sociales territoriales. Junto a ellos, el trabajo de Juan Manuel Sodo, también presente en este libro, agregó una lectura que combina otros trayectos teóricos y disciplinares —los estudios en comunicación y cultura y la sociosemiótica— con una novedad territorial: la indagación sobre las prácticas de los hinchas de la ciudad de Rosario, con una densidad simbólica en trono del fútbol equiparable a la de Buenos Aires. Han surgido núcleos académicos nuevos, centralmente el que organiza Julio Frydenberg en la Universidad Nacional de San Martín (Centro de Estudios del Deporte) nucleando jóvenes investigadores: antropólogos, pero también sociólogos e historiadores como el propio Frydenberg, quien a su vez acaba de publicar su brillante *Historia social del fútbol* (Frydenberg, 2011), además de una infatigable labor como organizador de colecciones (Frydenberg y Daskal, 2009). En torno de la Universidad Nacional de La Plata se están desplegando nuevos grupos, tanto en torno de los estudios en Comunicación como en Sociología, Antropología y Educación Física: los textos de Branz y Bilik, en este libro, son los mejores indicadores de estas posibilidades. La nueva producción está creciendo en todo el país, entre otras razones por el desarrollo de la posgraduación argentina, y dentro de ella por el surgimiento de programas de Maestría en Educación Física, lo que ha permitido la reciente realización en 2011 de un Encuentro Nacional en La Plata con decenas de trabajos presentados.

Mientras que las ciencias sociales uruguayas parecen seguir lejos de este desarrollo, en Chile se han asentado tres núcleos: el más antiguo, en torno de la actividad de Miguel Cornejo en la Universidad de Concepción —con énfasis en las políticas deportivas y el análisis institucional—; el segundo, ya con una década

de trabajo, nucleado en la Universidad de Iquique y la figura de Bernardo Guerrero –más ligado a trabajos sobre historia e identidades locales–; y el más novedoso, iniciado en octubre de 2011, en Valparaíso-Viña del Mar, en torno de estudiantes y graduados jóvenes de sociología y psicología. De Perú, por su parte, poco ha llegado luego de los trabajos fundacionales de Aldo Panfichi sobre violencia e identidad en la década pasada (y lo nuevo también se debe a la labor de Panfichi (Panfichi, 2008); algo similar a lo ocurrido en Bolivia, donde los maravillosos textos de Luis Antezana, originales y muy tempranos, no han tenido epígonos.

En Ecuador ha habido una expansión secreta: en torno de la actividad infatigable de Fernando Carrión se han desarrollado más publicaciones que líneas y proyectos de investigación. Aún cuando el objeto no termina de constituirse académicamente, Carrión ha editado un objeto único en el continente: los cinco volúmenes de su *Biblioteca del Fútbol ecuatoriano*, más de 1300 páginas con textos de procedencias académicas y periodísticas, publicado por FLACSO en colaboración con otras entidades en 2006 (Carrión, 2006).

La organización de la II Reunión de ALESDE en 2010 en Venezuela delata una actividad caribeña que no puedo reseñar aquí por entero desconocimiento. Sí, en cambio, he podido conocer el nacimiento y expansión de los estudios colombianos, inaugurados en 2006 en el IX Congreso Nacional de Sociología y debidos a los investigadores jóvenes nucleados por Gabriel Restrepo en la Universidad Nacional y en la Universidad Pedagógica. El trabajo de los amigos colombianos ha desembocado en la construcción de una Asociación –ASCIENDE, la Asociación Colombiana de Investigación y Estudios sobre el Deporte–, un caso bastante particular de asociación local. Similar, pero de mayor envergadura, es el caso de la *Red de investiga-*

dores sobre deporte, cultura física, ocio y recreación mexicana, desplegada, como dijimos, en torno de los esfuerzos de Samuel Martínez López en la Universidad Iberoamericana de México. Su encuentro en Hermosillo, Sonora, en mayo de 2011, permite ver el enorme crecimiento de la nueva investigación mexicana que, como en el caso argentino, se ve respaldado por la integración y participación de los departamentos de Educación Física. La edición del volumen ya señalado (Martínez López, 2010) muestra un trabajo amplio y seguro, con cierto énfasis en los medios de comunicación, la Educación Física y la indagación sobre identidades locales. Como también señalé más arriba, la producción mexicana tiene dos libros con énfasis etnográfico insustituibles: la indagación de Magazine en la ciudad de México y la de Fábregas Puig en Guadalajara (Magazine, 2007; Fábregas Puig, 2010). A ellos debo sumar el reciente volumen del sociólogo Arturo Santamaría Gómez, dedicado a la relación entre fútbol y migración, un fenómeno muy original analizado de modo brillante (Santamaría Gómez, 2010).

El caso brasileño, por supuesto, es imposible de sintetizar aquí: su magnitud excede las posibilidades de este trabajo, y me obligaría cometer errores producto de las omisiones y las ignorancias. Puede hablarse ya de dos generaciones, aunque los límites entre ellas no son tanto las edades como la pertenencia a los grupos fundadores o a los grupos de discípulos. La tarea desplegada les ha permitido su reconocimiento institucional tanto en las Universidades de todo el país como por los organismos disciplinares: Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais (ANPOCS), Associação Brasileira de Antropologia, Sociedade Brasileira de Sociologia (SBS), Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares da Comunicação (INTERCOM), respectivamente: las Ciencias Sociales en general, la Antropología, la Sociología, la Comunicación. Son más las colec-

ciones publicadas que los libros individuales, pero esa producción vasta permite ver la continuidad tanto de la audacia teórica como de la solidez empírica. Han surgido nuevos núcleos junto a los ya existentes hace diez años: permanece y se expande la producción carioca, tanto en Rio de Janeiro –Hugo Lovisolo, Ronaldo Helal y Antonio Soares, junto a Edison Gastaldo, César Gordon, y José Jairo Veira entre otros–, quienes además han incursionado en la intervención cotidiana y pública a través de su blog Comunicação, Esporte e Cultura (<http://comunicacaoesporte.wordpress.com/>), como en Niteroi junto a Simone Lahud Guedes y Luiz Fernando Rojo, de cuyo trabajo novedoso da cuenta su artículo en este volumen. En São Paulo sigue siendo central el trabajo de Luiz Henrique de Toledo, así como en la antropología gaúcha lo es el de Arlei Damo, y en la Educación Física el de Marco Paulo Stigger. Pero también se han desplegado núcleos en Pernambuco en torno de Túlio Barreto y Jorge Ventura; Baurú, en el interior paulista –José Carlos Marques y Jefferson Oliveira Goulart–; Paraná –Wanderley Marchi y Luiz Ribeiro–; Espírito Santo –Otavio Tavarez. Esta síntesis muy esquemática, plagada de omisiones, se enriquece continuamente por la solidez del sistema de la posgraduación brasileña, que implica que buena parte de la producción esté compuesta por decenas de tesis de maestría y doctorado cada año. Al mismo tiempo, señala una constante en los congresos del área: la sobrerepresentación de la producción brasileña está marcada por la presencia de *orientandos* y *orientadores*, a veces repetidos en exceso cuando se revisan las presentaciones anuales. El sistema de posgraduación, cuando se combina con los imperativos de los sistemas académicos estables –rasgo especialmente visible en los casos argentino y brasileño–, que exigen la presentación fatigosa de *papers* y artículos, produce en muchos casos, para usar una típica frase argentina “hinchazón, pero no gordura”.

6.

Lo cierto es que las oportunidades para las presentaciones de ese tipo son cada vez más numerosas, y más si lo comparamos con las pequeñas posibilidades que existían hace diez años. Hoy los grandes congresos continentales o nacionales de cada disciplina suelen incluir un grupo de trabajo sobre estudios del deporte –es el caso de la sociología en el ALAS, la antropología en el ALA y la RAM. Pero además, están las reuniones específicas, como es el caso de las dos realizadas por ALESDE. Las revistas académicas suelen organizar números monográficos o *dossiers*: lo han hecho *Horizontes antropológicos*, *Estudios de Sociología*, *Intersecciones en Antropología*, entre otras (y hasta la española *Revista internacional de Sociología*, tradicionalmente relictante a estas perspectivas). No puede decirse, entonces, que la nueva producción no encuentre un cauce para su despliegue. Personalmente, prefiero la circulación en revistas disciplinares y no temáticas, aun cuando la revista que comenzó a publicar ALESDE en 2011 sea un contraejemplo: su aparición será sin duda muy bienvenida en el todo el campo latinoamericano, pero debe pensar con sumo cuidado su relación con otras zonas de la producción en las ciencias sociales para evitar celebrar su autonomía a costa de su aislamiento.

No ha pasado lo mismo en el nivel de graduación y posgraduación, aquí sí soy tajante: afortunadamente. En el grado, sólo es pertinente la formación específica en Educación Física aunque es saludable que incluya crecientemente la atención a las otras ciencias sociales. A nivel de maestría, son abundantes los programas particulares, aunque siempre en el caso brasileño, y crecientemente en la Argentina, pero sólo vinculados a la Educación Física. Eso no ocurre en el doctorado, y no debería ocurrir: un *scholar* exclusivamente formado en los estudios sobre deporte sería impensable. Nuestros estudios han nacido y se

han desplegado con riqueza por estar vinculados a las derivas y las navegaciones disciplinares, o a la creatividad e irreverencia al interior de una de ellas, como ocurriera con la antropología, disciplina fundante. La *deportología* no existe, ni debe existir; y prometo resistir una improbable aparición. Hace quince años, en la primera reunión que pudimos organizar en Buenos Aires, Eduardo Archetti afirmó en su inauguración: “yo no hago fútbol, hago antropología”. Y eso somos, porque eso hacemos: somos antropólogos, sociólogos, historiadores, comunicólogos, especialistas en Educación Física, economistas, politólogos, literatos, o mezclas irreverentes de varias de esas pertenencias. Pero jamás deportólogos o futbolólogos o boxeólogos. Nos unen y atraviesan las preocupaciones por lo social, lo económico, lo histórico, lo cultural, lo político. Ganar legitimidad y visibilidad es un objetivo de hace veinte años, largamente conseguido; pero pudimos hacerlo sin renunciar a nuestras inscripciones disciplinares ni a nuestras preocupaciones mayores. Transformarnos en deportólogos no tiene gran ganancia respecto de ser periodistas deportivos.

7.

Hace diez años recuperé una frase de Hugo Lovisoló que conserva toda su capacidad de advertencia:

Si pensamos que el pasaje del discurso de la dominación y de la alienación al de la cultura y la identidad fue positivo, aún en ese caso podemos reconocer que alguna cosa se perdió y de la cual deberíamos sentir nostalgia: la “autonomía” de la reflexión de las ciencias sociales en su búsqueda de una conciencia crítica. En efecto, cuando los científicos sociales comenzaron a hablar de fútbol

con las categorías organizadoras de cultura e identidad, también comenzaron en gran parte a traducir, cuando no meramente a repetir, lo que los periodistas venían diciendo en el lenguaje inventado para hablar de deportes y, sobretodo, en nuestro caso, de fútbol [...] Digamos que el instrumental de las ciencias sociales debería generar modalidades diferenciadas de distanciamiento, o si se prefiere, simplemente de mayor distanciamiento (Lovisoló, 2001a: 10; traducción del autor).

Esa advertencia debe sumar un nuevo riesgo: ya no sólo, como señalaba Lovisoló hace una década, el de sobreimprimir nuestras lecturas a las de los periodistas que han comenzado a dialogar con nosotros, reconociendo un lugar de *expertise* que debemos seguir profundizando, insistiendo en la intervención en el debate público y político, con atención, por supuesto, a los lenguajes de los medios de masas para no caer en el vicio de la jerga, pero también a nuestro propio lenguaje, para no caer en el vicio complementario de la banalidad. Posiblemente, este nuevo riesgo deriva de nuestro éxito: ganada la legitimidad académica, hemos comenzado a ganar cierta legitimidad social como *expertos*, convocados por los medios ante cada caso más o menos estruendoso periodísticamente y el deporte los produce a montones, cotidianamente. De allí, la divulgación; pero también consecuentemente, la banalización.

En una publicidad difundida durante el último Campeonato del Mundo de Fútbol en la televisión argentina, y producida por la empresa Torneos y Competencias (durante dos décadas, monopolizadora de las transmisiones deportivas locales), una serie de hinchas europeos elogian las características particulares –y fanáticas– de los hinchas argentinos. A cada rasgo, los

interlocutores afirman, como un mantra: *es cultural*.³ Lo que la publicidad pone de manifiesto es la vulgarización del discurso de la identidad, pero ya no como el viejo lugar común del *reflejo* sino como una más sofisticada operación simbólica: la cultura, afirman, tiene mucho que ver con el deporte. Y aunque escamoteada, por detrás funciona la referencia socio-antropológica. Un día, no lejano, corremos el riesgo de que una publicidad, en algún Mundial futuro, ponga en escena un antropólogo para que repita lo que los publicitarios afirman: ese día nos habremos transformado en mercancía. Y habremos, entonces, fallado en algo. La tentación de la divulgación –y hasta la del narcisismo– deben ponerse continuamente a distancia con el ejercicio ineludible de la crítica. Para eso somos académicos, es decir, investigadores, rigurosos, críticos, hasta la antipatía.

8.

Las agendas de nuestros estudios siguen en pie: debemos seguir hablando sobre rituales, juegos, historias, economías, políticas, violencias, heroicidades, corporalidades sociales, como lo hemos venido haciendo desde la fundación de nuestros estudios hasta hoy. Pero también falta trabajo en otros rubros y otras perspectivas: por ejemplo y centralmente, en una economía política del deporte latinoamericano, que debe diagnosticar los modos de concentración y ampliación de los capitales monopolísticos en la comunicación de masas, que construyen emporios multimediáticos y arrasan con los mercados de la mano de la televisación deportiva. Y también, hay una enorme área de vacancia en el análisis de las relaciones entre deporte y política, en el presente e históricamente, que saque el análisis de la vulgata

³El video puede verse en <http://www.youtube.com/watch?v=9CT5mMt1ojg>.

periodística o de cierta vieja reificación manipulatoria –las afirmaciones de Jean–Marie Brohm o Gerard Vinnai sobre el uso político del deporte por parte de los Estados Nacionales, que han sido reiteradas sin mayor crítica por Juan José Sebrelli. En ambas zonas, es imperiosa la construcción de empirias novedosas y rigurosas, inevitablemente ligadas –si queremos seguir construyendo un campo de estudios relevante para nuestras sociedades– a interpretaciones críticas e informadas, en intersección adecuada con las categorías y debates contemporáneos en las ciencias sociales.

En esas direcciones, este volumen viene a saldar otro reclamo pendiente: el extremado *futbolocentrismo* de los estudios latinoamericanos, del que, por supuesto, no son culpables. La propia estructura, cultural y especialmente económica, del deporte en el continente está aquejada por ese exceso, frente al que nuestros estudios respondieron aceptándolo. Hay aún mucho por decir sobre el fútbol, como hemos dicho: pero que este libro dedique más de la mitad de los textos a otras posibilidades –el rugby, el automovilismo, el fisicoculturismo, el hockey, el hipismo o la navegación– es una novedad notoria y notable. Entre ellos, el trabajo de Uliana agrega otra nota de interés: porque produce otro desplazamiento, el de género, en un terreno donde los estudios eran cerradamente masculinos. Hasta hoy –es un diagnóstico latinoamericano– las relaciones entre deporte e identidad nacional parecían reducidos a los deportes masculinos, lo que duplicaba la idea de que cuestiones tan cruciales como la patria sólo admiten articulaciones varoniles. La recuperación del rol de Las Leonas en esa agenda es otra magnífica particularidad de esta colección de trabajos.

9.

Por supuesto, ni mi lista de demandas ni la amplitud de miras de este volumen agota una agenda que puede y debe encontrar a cada paso sus desafíos y sus posibilidades. Si fuimos capaces de construir un campo donde no había nada, seremos capaces de expandirlo en la medida de todas sus posibilidades. Con el requisito de la crítica insobornable y del rigor científico como práctica inalterable. Pero además, como sostuve hace diez años, con la pregunta sobre el poder como marco de hierro. Aunque nos equivoquemos: aunque sustancialicemos las posibilidades impugnadoras y resistentes de los sujetos en las prácticas deportivas –incluidas las de los espectadores–, o a la inversa, aunque pensemos la capacidad de instituciones, agentes y regulaciones como omnipotentes e irrefutables. Pero en ambos casos, y en todas las posibilidades intermedias, formulando siempre la misma pregunta sobre el poder, que es la pregunta crucial de las ciencias sociales latinoamericanas. Ya que hemos ganado el derecho a pertenecer a ellas, no huuyamos de sus tradiciones críticas más nobles.

BIBLIOGRAFÍA

- Alabarces, Pablo, “Veinte años de Ciencias sociales y Deporte en América Latina: un balance, una agenda”, en *Revista Brasileira de Informação Bibliográfica em Ciência*. São Paulo, ANPOCS, 2005.
- Arbena, Joseph, *Latin American Sport: An Annotated Bibliography*, Westport, Greenwood Press, 1999.
- Archetti, Eduardo, “Prólogo” en Alabarces, Pablo.; Di Giano, Roberto y Frydenberg, Julio (compiladores.): *Deporte y sociedad*. Buenos Aires, Eudeba, 1996.

- Carrion, Fernando, *Biblioteca del fútbol ecuatoriano*, 5 volúmenes. Quito, FLACSO, 2006.
- Da Matta, Roberto, *O universo do futebol. Futebol e sociedade brasileira*. Rio de Janeiro, Edições Pinakotheke, 1982.
- Fábregas Puig, Amdres, *Lo sagrado del rebaño. El fútbol como integrador de identidades*. Zapopán, El Colegio de Jalisco, 2010.
- Frydenberg, Julio y Daskal, Rodrigo, *Fútbol, historia y política*. Buenos Aires, Aurelia Rivera, 2009.
- Frydenberg, Julio, *Historia Social del Fútbol*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- Guedes, Simoni Lahud, *O Brasil no campo de futebol. Estudos antropológicos sobre os significados do futebol brasileiro*. Rio de Janeiro, EDUFF, 1998.
- Leite Lopes, José y Jean-Pierre Faquer (1994), L'invention du style brésilien, *Actes de la recherche en sciences sociales*. Vol. 103, juin 1994. Dossier *Les enjeux du football*. Paris, EHESS, pp. 27-35.
- Lovisoló, Hugo, "Introdução" en Helal, Ronaldo; Soares, Antonio Jorge y Lovisoló, Hugo (compiladores), *A invenção do país do futebol. Mídia, Raça e Idolatria*. Rio de Janeiro, Mauad, 2001.
- Magazine, Roger, *Azul y oro como mi corazón. Masculinidad, juventud y poder en una porra de los Pumas de la UNAM*. México, Universidad Iberoamericana-Afinita, 2008.
- Martínez López, Samuel, *Fútbol-espectáculo, Cultura y Sociedad*. México DF, Afinita Editorial y Universidad Iberoamericana, 2010.
- Panfichi, Aldo, *Ese gol existe. Una mirada a Perú a través del fútbol*. Lima, Fondo editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2008.
- Santamaria Gómez, Arturo, *Fútbol, emigrantes y neonacionalismo*. Sinaloa, Facultad de Ciencias sociales, Universidad Autónoma de Sinaloa, 2010.

FRONTERAS SIMBÓLICAS Y DIFERENCIACIÓN SOCIAL EN TORNO A LA PRÁCTICA DEL GOLF

POR RODOLFO IULIANO

La burguesía argentina, acorralada por los avances de las nuevas clases, necesita lugares que, por su ubicación apartada, por sus elevados precios, o por su dificultad de acceso, constituyan círculos cerrados, exclusivos, otorgando el aislamiento, la intimidad necesaria para tratar asuntos de familia excluyendo a los extraños, quienes no tienen por qué enterarse de lo que se trata [...] Por ello es necesario volver a esos lugares todos los días a ver y hacerse ver; lo contrario equivale a desarraigarse, a quedar a un lado, a dejar de contar. Por estos motivos, los golpes psicológicos más rudos que Perón asestó a la oligarquía, fueron, a pesar de su aparente superficialidad, la supresión de la Sociedad de Beneficencia, el incendio del Jockey Club y la democratización del Teatro Colón. La oligarquía se encontró de pronto dispersa, aislada, sin medios de comunicación, todos los hilos estaban cortados.

Juan José Sebrelli, *Vida cotidiana y alienación*.

Buenos Aires, Siglo Veinte, 1964.

La actividad deportiva, en la forma extrema que asume en los elegantes clubs de golf, tiro y polo, es un mero pretexto para encuentros selectos o, por decirlo de otra forma, una técnica de sociabilidad, como el bridge o el baile.

Pierre Bourdieu, *Deporte y clase social*.
Barcelona, Ediciones de La Piqueta, 1993.

INTRODUCCIÓN

El presente artículo procura abordar, a partir de la reconstrucción de una serie de situaciones etnográficas, el modo en que se ponen en juego en la cotidianidad de un club de golf de la provincia de Buenos Aires, un conjunto de prácticas y representaciones en torno a las cuales se articulan determinados clivajes de clase, sentidos de lo valioso y formas de sociabilidad específicos de este universo práctico.

A partir de una sumaria reconstrucción de la fundación del club, vamos a describir algunas características de la composición social actual de su membresía, poniendo el acento en las representaciones de sentido común y eruditas que han tendido a identificar al golf como un *deporte de elite* o bien como un deporte asociado a la categoría de los *nuevos ricos*.

Intentaremos poner en discusión aquí estas representaciones a partir de la elaboración de una serie de escenas etnográficas que aspiran a recuperar la dimensión de la heterogeneidad social que se manifiesta en torno a la práctica del golf, a partir de la interacción de clase y de los diferentes segmentos de clase.

El artículo concluye con una serie de reflexiones relativas a las implicancias teóricas y metodológicas de la investigación empírica en torno a las capas superiores, procurando recuperar los efectos de descentramiento y relativización que se derivan

de las diferentes situaciones etnográficas elaboradas en torno a la vida cotidiana del club de golf.

Finalmente, procuraré mostrar el modo en que la heterogeneidad en la composición social del club de golf no es absoluta, sino que se encuentra regulada y estructurada por medio de un conjunto de convenciones, mecanismos, requisitos económicos y redes de relaciones personales que adquieren su sentido específico en este espacio de sociabilidad deportiva, operando formas locales de producción de fronteras.

DOS SARGENTOS GOLF CLUB

El Dos Sargentos Golf Club⁴ se ubica en la localidad de Paso Verde, perteneciente al partido de Dos Sargentos. Situada a unos 10 kilómetros de Dos Sargentos, la ciudad cabecera del partido, Paso Verde comenzó su desarrollo a comienzos del siglo XX con un asentamiento de horticultores. Dadas sus características boscosas, con el paso de los años se fue convirtiendo en una localidad que las familias de Dos Sargentos eligieron para instalar sus casas de fin de semana. En la actualidad, buena parte de su población reside permanentemente y se han desarrollado diversos emprendimientos inmobiliarios como countries y barrios cerrados. Buena parte de su población realiza sus actividades cotidianas en otras ciudades de la región, siendo Dos Sargentos una de las principales tanto a nivel laboral, por ser una ciudad de servicios y administrativa, como por sus ofertas educativas y de esparcimiento.

Emplazado en Paso Verde desde hace más de tres décadas, el club de golf que nos ocupa es el fruto de la confluencia de dos

⁴Tanto el nombre de la localidad, como el de los clubes y los informantes mencionados a lo largo del artículo son ficticios y han sido modificados para resguardar la identidad de las personas con las que desarrollé la investigación.

hechos históricos de diferente envergadura: la expropiación del Royal Golf Club a fines de los años 40 y las exitosas campañas futbolísticas de la Asociación Cultural y Deportiva Dos Sargentos en los años 60.

En efecto, el 29 de noviembre de 1949 se sanciona la ley N° 5557 que faculta al gobernador de la provincia de Buenos Aires, Domingo Mercante, a expropiar el predio de la cancha de golf de los ejecutivos ingleses de una empresa ligada al mercado de la carne ubicada en el partido de Dos Sargentos. Estas tierras fueron utilizadas, por orden expresa de Eva Perón, para la construcción de una institución de esparcimiento y formación ciudadana, la cual fue inaugurada en 1951 por el presidente Juan D. Perón. Esta expropiación, que se enmarcó en un proceso más amplio de redistribución de tierras, implicó el cierre de la cancha de golf antes mencionada, con la consiguiente dispersión de los jugadores y los *caddies*⁵ que allí se desempeñaban. Veinticinco años después, algunos de esos caddies del Royal se reunieron y se organizaron con otros interesados para fundar el Dos Sargentos Golf Club.

En esta dirección contribuyeron las campañas futbolísticas de la Asociación Cultural y Deportiva Dos Sargentos durante la década del 60. A partir de la obtención de importantes logros deportivos la institución futbolística contó con suficiente dinero como para adquirir el predio donde hoy funciona el club de golf que estamos analizando. Como nos manifestó Jorge, un alto directivo de la institución:

⁵ Caddy o caddie es un término inglés que designa a la persona *empleada* para cargar en su espalda el equipo de juego de un golfista. Caddie proviene del francés *cadet*: nombre dado a los servidores militares de la nobleza, cuyo nuevo significado surge hacia el siglo XVI con el furor de las cortes británicas y francesas por el juego del golf, cuando los asistentes militares de la realeza debieron asumir la inusitada tarea de cargar con el equipo de juego de sus señores (Hamilton, 1998).

“El Dos Sargentos Golf Club empezó hace 35 años y con un campo que no era para nada de golf se empezaron a hacer dos o tres hoyos arando la tierra y sacando árboles porque era un campo común y corriente. Había algunos árboles y hubo que sacarlos, pero sobre todo hubo que arar todo el campo para alisarlo porque era un pastizal. Eso fue al principio y fue hecho por socios del club, sin obreros. Esto lo empezaron 10 o 12 socios. Socios de la Asociación Cultural y Deportiva Dos Sargentos. Y otros que todavía no eran ni socios, pero que habían sido caddies en sus tiempos de juventud y a los 35, 40 años empezaron a trabajar acá. ¡Pero trabajaban arriba del tractor y arriba de las máquinas!, y todo hecho con mucho desinterés y con mucho amor. Lo que hay que destacar es el amor que pusieron, cuando Monti (ex presidente del club) donó estos terrenos –no donó, sino que los compró– (con el dinero generado por los éxitos futbolísticos) y dijo bueno, hagan lo que quieran, hagan una cancha de golf... con una visión de futuro ¿no?...”

A partir de estos datos resulta evidente el doble clivaje sobre el cual se constituyó el club de golf objeto del presente artículo: personas que fueron caddies en su juventud, en su mayoría procedentes de los sectores populares, y socios de un club de fútbol de diferentes extracciones sociales. Muchos de estos socios fundadores siguen formando parte del club, practicando golf y reuniéndose con sus amigos en las diferentes instancias de sociabilidad que se habilitan, incluso algunos de ellos integraban al momento de la realización del trabajo de campo la comisión directiva del club.

Sin embargo, en las últimas décadas, esta composición social fundacional se fue modificando. En la actualidad, el plantel societario del club se compone en su mayoría de personas procedentes de las clases medias y medias-altas locales, entre las que se destacan los profesionales (fundamentalmente médicos

y abogados), comerciantes y algunos empresarios de diferente escala patrimonial. Analizando más en detalle la composición de la membresía, se observa que durante la década de los 90 se asociaron al club un conjunto de personas que procedían de un segmento social recientemente enriquecido (Svampa, 2001, 2002 y 2005) procedente de sectores de la economía que se desarrollaron con las reformas estructurales neoliberales (Del Cueto y Luzzi, 2008), como en el caso de las empresas públicas privatizadas, del sector financiero, entre otros.

En efecto, analizando las fichas de afiliación y prestando atención al año de ingreso se verifica la tendencia antedicha, destacándose el ingreso de personas que rondan los 40 años de edad, que en muchos casos nunca habían practicado golf (ni ellos ni sus familias) y que se desempeñan como gerentes de empresas privatizadas, de petroleras, accionistas de bancos y sociedades financieras, gerentes de administradoras de fondos de jubilaciones y pensiones, entre otros.

La emergencia de este segmento entre los planteles societarios de este y otros clubes de golf durante los años 90 fue enmarcado tanto desde los medios de comunicación como por buena parte de mis informantes, a partir de una identificación que asociaba el golf a los *nuevos ricos*, identificación que se yuxtaponía a las preexistentes donde se representaba al golf como un *deporte de elite*, invisibilizando por ambos caminos la heterogeneidad (relativa) que hacia fines del siglo XX manifestaba la composición social de los clubes de golf en general, y de este en particular, así como de las propias identificaciones de clase a las que adscribían los jugadores.

Los apartados que siguen buscan restituir, a partir de elaboración de una serie de escenas etnográficas, la dimensión de interacción entre personas procedentes de diferentes segmentos

sociales que opera en torno a la práctica del golf, así como de sus representaciones en torno al deporte, buscando al mismo tiempo evidenciar y poner en discusión mis propias categorías de partida, donde la homología entre golf y clase social no estaba del todo contestada.

“EN EL CLUB HAY DE TODO”. LA RELACIÓN DE
INVESTIGACIÓN COMO INSTANCIA DE RECUSACIÓN DE
LAS CATEGORÍAS NORMATIVAS Y TEÓRICO-CÉNTRICAS

En una ocasión compartí una cena con Lisandro, un socio del club que es a la vez uno de mis informantes claves, un comerciante de muy buena posición económica y mucho reconocimiento en la ciudad de Dos Sargentos. Sus locales se ubican en algunas de las calles principales de la ciudad, al igual que el local que tuvo Roberto, su padre, también comerciante. Roberto era oriundo de la Capital Federal y comenzó sus actividades en una ciudad del interior de la Provincia de Buenos Aires hasta que decidió instalarse con su familia en Dos Sargentos y desarrollar allí su emprendimiento comercial. La familia de Lisandro adquirió una casa en el centro de la ciudad, envió a sus hijos a algunas de las escuelas más reconocidas, al tiempo que comenzó a participar en diferentes actividades sociales. La más destacada era la participación en el Rotary Club de Dos Sargentos. El padre de Lisandro organizó buena parte de su vida en torno a las actividades que promovían desde dicha institución filantrópica, llegando a fundar y presidir uno de los clubes del Rotary más antiguos de la ciudad. Por su parte, su madre participaba en las actividades que organizaban los comités de damas rotarias, siempre en tanto esposa de Roberto.

Lisandro me contó que él también participó del Rotary pero eso duró muy poco tiempo. Él se “enganchó con el golf”. Cuando se acercó por primera vez al club de golf no sabía muy bien de qué se trataba pero en seguida se empezó a sentir “parte del grupo” y, me dijo, hizo muchos amigos, algunos de los cuales conservaba hasta el día en que compartimos esta cena.

Cuando la cena se acercaba al final, y mientras nos deslizábamos hacia la sobremesa, Lisandro me dijo “contame, ¿cómo vas con tu investigación?”.

Recorrí rápidamente con la mirada los rostros de los comensales. Sentados alrededor de la mesa se encontraban, además de Lisandro, su esposa, cuatro de sus cinco hijos y sus dos yernos, uno de los cuales compartía con su suegro la afición por el golf. Luego de apurar un trago de vino tinto le conté algunas generalidades sobre los tiempos académicos, la docencia, la sociología del deporte y el golf. Notaba que mi relato no era muy animado, pero también intuía que la pregunta de Lisandro no había surgido espontáneamente, aunque en ese contexto no conseguía imaginar por qué. Después de un breve silencio que sucedió a mi sucinta explicación, Lisandro puso en mis manos unas hojas A4 diciéndome: “estuve buscando unas cosas en internet y miré lo que encontré ¿lo conocés?...”.

La primera hoja lucía un entorno Web que me resultaba familiar, aunque no conseguía precisar bien de dónde. Sin embargo, había impreso un título que resultó ser contundente: “El golf y las nuevas formas de sociabilidad: prácticas, representaciones y estilos de vida de las clases medias en ascenso y los estratos superiores en la Argentina de los años 90. Un estudio de caso”, seguido de un párrafo que agrupaba afirmaciones como las siguientes: “Describir e interpretar las formas en que se codifican y jerarquizan las posiciones entre los géneros en torno a los espacios de sociabilidad de este deporte de elite” o “Describir e interpretar las agendas de juego de los golfistas y los even-

tos rituales que enmarcan esta práctica deportiva, apuntando a reconstruir las formas de sociabilidad y los mecanismos de distinción que allí se producen...”.

En un registro neutro aclaré que era mi proyecto de tesis del que siempre les hablaba, que era público y por eso estaba subido a la página de la Facultad disponible para cualquiera que quisiera consultarlo. Como era de esperar, este registro impersonal no daba respuesta a la demanda de los presentes, la cual, según anoté en mi diario de campo, se formuló del siguiente modo: “¿Pero qué quiere decir estratos superiores? Nosotros no somos estratos superiores ¿no? ¿Por qué decís que los que juegan al golf son una elite? En el club hay de todo ¿por qué decís que es elitista?”

Esta referencia a las formulaciones iniciales del objeto de investigación, así como a la recusación de las personas con las que desarrollé la etnografía, aparecen aquí con un efecto relativizador de las categorizaciones que establecen asociaciones homológicas entre práctica deportiva y clase social. En este caso, el punto de partida de mi propia investigación asumía esa homología y eran los propios practicantes del deporte los que la contestaban, recordándonos a su vez que un sistema de clasificación por posición social nunca puede desconocer las categorías prácticas que los propios actores esgrimen para clasificarse y para ordenar su mundo (Visacovsky y Garguin, 2009).

La referencia de los informantes a la heterogeneidad de la composición social del club, se presenta como una respuesta ante la identificación del golf con las elites sociales o con la traducción analítica de la categoría de *nuevos ricos*, es decir, la categoría de *clases medias en ascenso*. Las personas con las que estaba compartiendo la cena no elaboraban una frontera simbólica en torno a la práctica del golf ligada a una categoría de la estratificación social (esto no significa, como veremos más

adelante, que no se establezcan otro tipo de fronteras y jerarquizaciones). Por el contrario, desde su perspectiva “en el club hay de todo”.

Por ese mismo motivo, la categoría elite es despojada de su sustantividad y es transformada en adjetivo en el enunciado “¿por qué decís que es elitista?”. Y esta operación resulta muy significativa, tanto por lo que informa sobre la naturaleza del propio objeto de investigación, como por lo que pone en evidencia acerca de la impronta normativa y condenatoria que subyace a buena parte de las categorías de la estratificación social cuando se refieren a las capas superiores, aún cuando son utilizadas en ciertos trabajos procedentes del campo de las ciencias sociales.

En definitiva, tanto mi construcción inicial del objeto investigación como buena parte de la sociología abocada al estudio de la recomposición de los estratos superiores y sus formas de sociabilidad, expresan más que un gesto analítico de producción de conocimiento positivo, una posición normativa alarmada por las perversiones y anomalías que, objetivadas en las posiciones de riqueza y prestigio, apartarían al colectivo de un tipo ideal societal supuestamente más justo y distributivo.

Si hasta aquí se mostró la controversia que se juega a nivel simbólico entre el efecto de heterogeneización social de las autodescripciones de los practicantes de golf y el efecto de imputación de clase de ciertas perspectivas sociológicas, incluida mi posición inicial de matriz bourdieana (Bourdieu, 1993; 1998), en los apartados que siguen se procura dimensionar el entramado de categorías prácticas e identificaciones locales que otorgan cierta organización a esa heterogeneidad social, recurriendo a efectos de frontera y a la producción de estructuras simbólicas que expresan y a la vez promueven categorías de percepción y apreciación específicas de este universo de la práctica.

“ELLOS NO TIENEN NADA QUE VER CON NOSOTROS”.

EFFECTOS DE FRONTERA, ALTERIZACIONES Y ARTICULACIÓN
SIMBÓLICA DE LAS DIFERENCIAS SOCIALES

Al club de golf se accede por una entrada para vehículos que conduce directamente a un playón de estacionamiento. Adyacentes al playón se ubican a un lado las instalaciones del *clubhouse*, que concentran a las oficinas administrativas, la confitería, la sala de juegos, la *guardería de palos* y los vestuarios; y hacia el otro lado el *driving* o *cancha de práctica*, un predio ubicado dentro del club destinado a la práctica de los diferentes golpes de golf, especialmente los golpes de largo alcance. El *driving* cuenta con un lote de aproximadamente 200 metros de largo por 50 metros de ancho y con una edificación donde se venden *balde*s con 50 pelotas de golf cada uno, que los jugadores adquieren para practicar sus golpes, sea siguiendo las indicaciones de un profesor, o bien por su cuenta. A diferencia de la práctica en la cancha de golf, para practicar en el *driving* las personas no necesitan acreditar ningún tipo de competencia técnica ni conocimiento específico sobre las reglas que rigen este deporte.

Frente a la confitería del *clubhouse* se extiende a lo largo de varias hectáreas, la cancha de golf que cuenta con 27 hoyos.

El club es un espacio donde interactúan un conjunto relativamente amplio de personas asumiendo diferentes roles. Algunos van a jugar al golf, siendo o no socios; otros concurren a trabajar como profesores de golf; otros trabajan como empleados administrativos o de maestranza; otros *son* o *hacen de* caddies, dependiendo del modo en que se identifiquen.

Los jugadores de golf, las autoridades, los empleados administrativos y algunos de maestranza ingresan al club en sus automóviles. Eventualmente, lo hacen en remise, y siempre por la entrada principal. Mientras que los caddies acceden por dife-

rentes entradas, improvisadas a lo largo del extenso perímetro del campo de juego, usualmente caminando o en bicicleta.

Los caddies se concentran en una pequeña edificación conocida como la *casilla de los caddies* provista por la institución a esos fines. La casilla se encuentra en la playa de estacionamiento, inmediatamente a la derecha de la entrada, apartada en términos espaciales de las instalaciones que usan los socios y los jugadores visitantes. Allí se agrupan los caddies y permanecen durante toda la jornada a la espera de que “salga alguna change”. Esta expresión nativa permite ilustrar el carácter informal de la relación que se establece entre el caddy y el jugador, en particular si se la representa desde la perspectiva del mercado de trabajo. Pero esta representación no agota los significados implicados en dicha construcción nativa, ya que en términos prácticos, la falta de un contrato por escrito no implica la ausencia de lazo social, ni de estructuración de reciprocidades y obligaciones de cierta duración.⁶

En su mayoría los caddies viven en los barrios pobres que circundan la cancha de golf, y en general son jóvenes de condición muy humilde. De acuerdo con sus relatos, muchos de ellos crecieron jugando y corriendo por la cancha, del mismo modo que en la actualidad lo hacen muchos chicos en la zona quienes, más allá de tener un dominio técnico y unos conocimientos reglamentarios aceptables, no son considerados caddies, ni por los jugadores ni por las personas que se autodefinen como caddies. Toda vez que los directivos o el encargado los encuentran dentro de la cancha los expulsan o llaman a la seguridad privada que vigila el predio para que los retiren del campo.

⁶ Un análisis minucioso del modo en que se producen esas reciprocidades y obligaciones (Mauss, 2009) en esta modalidad específica de interacción forma parte de los objetivos más amplios de nuestra investigación, pero su desarrollo excede el propósito del presente artículo.

A diferencia de estos niños, tanto los socios como los caddies se desplazan por el club desarrollando diversas actividades. Pero no por cualquier lugar. Rara vez nos encontramos con los caddies en otra parte que no sea *la casilla de los caddies*, salvo que se trate de algún desplazamiento que realizan para llegar de un punto a otro. En algunas oportunidades se los puede ver en la parte trasera del *clubhouse*, en torno a las escaleras que conducen a la cocina, esperando que el cocinero de la confitería les de la comida del día anterior o algún plato del día que puedan conseguir.

La libertad de desplazarse por las instalaciones del club está desigualmente distribuida entre las personas que participan de ese espacio de la práctica. Los caddies tienen prohibido el acceso al *clubhouse* y a su confitería, interdicción que no corre para los socios y visitantes que juegan al golf. Si se encuentran *acompañando* a un jugador que desea interrumpir su juego, descansar o tomar algo antes de continuar, lo más frecuente es que *su* caddy lo guarde fuera de la confitería, hasta que el *patrón* termine. En otras ocasiones, mientras hacen tiempo hasta que salga su patrón, los caddies caminan hasta la casilla o hasta el *driving* y conversan con otros caddies o jugadores. Durante todo mi trabajo de campo, nunca pude observar a un caddy entrar en la confitería o en el *clubhouse*. En efecto, los jugadores tienen libre acceso a la confitería, los vestuarios y la cancha, mientras que los caddies pueden acceder a la cancha únicamente si los *lleva* o *saca* algún golfista. Tampoco pueden acceder a los mismos baños que usan los golfistas –ubicados en los vestuarios–, sino que tienen que utilizar uno pequeño que tienen instalado en *la casilla de los caddies*, exclusivamente para que lo usen ellos. En una ocasión, los empleados administrativos encontraron a un caddy duchándose en los vestuarios de los jugadores, motivo por el cual fue reprendido por las autoridades, aunque

sin graves consecuencias para el desarrollo de sus actividades.

Este diagrama de circulación diferenciada dentro del club actúa en el marco de un sistema clasificatorio que ordena y jerarquiza a las personas por medio del establecimiento de fronteras simbólicas. Puesto en los términos de un viejo socio del club de golf y refiriéndose al grupo de caddies que se encontraban en la *casilla* en el momento de nuestra conversación: “ellos no tienen nada que ver con nosotros, no tienen ninguna relación con el club”.

Como vemos, desde la perspectiva de una persona que juega al golf y que se identifica con la institución hay una clara división entre dos grupos de pertenencia: *nosotros* los golfistas y *ellos* los caddies. Estas distancias, como hemos procurado mostrar, se retraducen y reproducen a partir de las distribuciones espaciales, de modo que hay lugares adecuados para *nosotros*, lugares adecuados para *ellos* y lugares donde es admisible e incluso se promueve la confluencia entre *nosotros* y *ellos*, sin que esto implique diluir completamente las fronteras entre estos dos grupos.

Otros clubes de golf más *tradicionales*⁷ han establecido además de estas fronteras espaciales, asociadas a las diferentes posiciones que las personas ocupan en una relación interpersonal de tipo asimétrica (como es la del golfista-caddy), fronteras que segregan por género. En efecto, en algunos casos las damas no pueden acceder a la confitería cuando es utilizada por caballeros, como tampoco pueden compartir con ellos la práctica en la cancha de golf. Sin embargo, el club de golf que nos ocupa organiza su mapa de segregaciones fundamentalmente en torno al clivaje socio-ocupacional, mientras que las diferencias de género aparecen muy diluidas, aunque emergen eventualmente, en

⁷ Como hasta hace algunos años se podía observar en el Ranelagh Golf Club de Berazategui, en el Jockey Club Golf de Buenos Aires y en otros clubes.

un plano simbólico por medio de las bromas o los comentarios a la manera de infidencias.⁸

Finalmente, como decíamos más arriba, existen espacios previstos para la confluencia entre estas categorías locales de articulación de las diferencias como son los caddies y los golfistas. Un claro ejemplo de ello es la cancha de golf, donde los golfistas salen a jugar acompañados por los caddies, que los asisten durante el partido.

De todos modos, también en los espacios de confluencia las relaciones entre estos agentes son complejas y jerárquicas: complejas porque los caddies tienen un conocimiento experto sobre el juego y la cancha, en muchos casos superior al de la mayoría de los jugadores; y jerárquicas, porque deben poner esos conocimientos al servicio de sus *patrones*, los golfistas. En efecto, deben alcanzarles los palos adecuados para cada tiro, limpiárselos con un trapo húmedo cada vez que golpean y guardarlos nuevamente en la bolsa, avizorar diestramente dónde cae la bola de su *patrón*, asesorarlos sobre las mejores estrategias de juego y sobre las dificultades de la cancha, y cargar con su bolsa de palos cuando se desplazan de un hoyo a otro.

Como hemos podido ver, los caddies confluyen con los golfistas en el campo de golf acompañándolos mientras los jugadores de golf realizan su práctica. Esta modalidad tiene lugar seis días a la semana, y durante esos días los caddies no juegan al golf en la cancha, sino que solo pueden *acompañar* a los golfistas. Sin embargo, un día a la semana esta dinámica se modifica y el club les permite a los caddies salir a jugar. Se trata de los días lunes, cuando las instalaciones se encuentran cerradas para los

⁸ Resulta ilustrativa una conversación mantenida con un jugador de golf que no era socio del club, sino que venía a jugar esporádicamente. Mientras me acercaba en su auto hasta el camino principal que conectaba al club con las localidades aledañas, me manifestó categóricamente que “el problema de este club es que es muy democrático con las mujeres” (Diciembre, 2005).

jugadores y las autoridades. Ese día los caddies se juntan con otros chicos de la zona y se organizan en grupos de cuatro o más para salir a jugar. Juegan por la cerveza y en general comparten sus bolsas de palos, algo bastante característico y que raramente ocurre entre los jugadores de golf.

De las situaciones etnográficas analizadas se desprende que la producción de efectos de frontera, tanto por las convenciones que ordenan el uso del espacio dentro del club, como por la producción de identificaciones y alterizaciones entre golfistas y caddies, opera como un mecanismo que organiza las heterogeneidades sociales y simbólicas locales. Sin embargo, vale la pena señalar que no todos los contactos entre los socios o visitantes del club y las personas que *son* o *hacen de* caddies se articulan desde la más radical alteridad, en clave de nosotros y ellos. En cambio, hay jugadores (aunque no son la mayoría) que regularmente *salen con caddy*, quienes establecen relaciones personales muy duraderas, relaciones de mucha intimidad y confianza en donde la alterización nosotros-ellos se torna algo abstracta, no necesariamente porque se acorten las distancias objetivas sino porque se estructuran vínculos duraderos de mutuo reconocimiento y de cierta reciprocidad. Por ejemplo, hay casos en que un jugador lleva a un mismo caddy durante muchos años, y *su caddy* decide no *salir* con otro jugador si sabe que ese día *su patrón* va a ir a jugar. Salvando las distancias, podemos sostener que se pone en juego una lógica de afectividad, confianza y reciprocidad jerarquizada análoga a la que opera en la relación entre empleadoras y empleadas del servicio doméstico, según muestran las investigaciones etnográficas recientes (Canevaro, 2009) y cuya eventual comparación no podemos desarrollar en estas páginas por motivos de espacio, si bien sería sumamente fructífera para la comprensión del objeto aquí estudiado.

“VOS TENÉS QUE AGARRAR LOS PALOS”. MECANISMOS DE ADMISIÓN, REDES SOCIALES Y ACCESO A LA MEMBRESÍA

A principios de noviembre de 2007, Mario llegó a la oficina administrativa del club, se acercó a la recepción y luego de saludar hizo averiguaciones para “comenzar a jugar al golf”. Gustavo lo atendió y le hizo algunas preguntas de rutina, para averiguar si tenía algún conocimiento en relación con la actividad. Mario contestó que no, que nunca había jugado, que era la primera vez que entraba a un club de golf y que quería saber cómo podía hacer para empezar a jugar, esto último con cierto tono de insistencia.

Gustavo escuchó y luego detalló, como suele hacer en estas situaciones, los requisitos y los pasos a seguir. Para poder jugar iba a tener que tomar clases con alguno de los profesores del club, y pasado un tiempo iba a poder *salir a la cancha*. A su vez, tenía que pensar en la posibilidad de hacerse socio del club. Además de algunos beneficios económicos en los *green fee*⁹ y en los *balde de pelotas* para el *driving*, estar asociado le permitiría sacar el *hándicap*¹⁰ y así poder jugar al golf en cualquier cancha del país o del extranjero. De todos modos, si nunca había jugado, podía primero probar tirando un balde de pelotas en la cancha de práctica.

A partir de sus repreguntas, Mario avanzaba en la comprensión e iba apropiándose de la información que le ofrecía Gustavo. Algunas de esas palabras las había escuchado antes, como luego me comentara, pero sin prestarles mucha atención,

⁹ El *green fee* es un derecho que se paga por la utilización de la cancha de golf. Su valor varía en función de diferentes variables: si el jugador es socio de la institución o si es invitado; si es un socio de mayor o menor antigüedad; si va a participar en un torneo, es decir, en una competencia organizada por la institución, o si se va a practicar por cuenta propia, entre otras.

¹⁰ El *handicap* es un coeficiente que se aplica en este y en otros deportes con el propósito de igualar las disparidades en el nivel de juego de los diferentes jugadores.

quizás en algún zapping por los canales de deporte del cable, pero principalmente se las había escuchado a su amigo Luciano, y no una sino muchas, muchas veces. Luciano, abogado igual que él, vivía contándole cosas del golf: que la semana anterior había salido a jugar con gente de otro club, que estaba preocupado porque anunciaban tormenta para el domingo y no se quería perder el torneo, que el mes pasado había bajado el *hándicap* y estaba jugando en *una cifra*, decía agrandándose un poco pero sin que Mario terminara de entender del todo el motivo.

Luciano le insistía “vos tenés que agarrar los palos”. Quería que empezara a jugar al golf, pero a Mario no le interesaba, nunca había podido entender cómo la gente “se podía pasar horas caminando detrás de una pelotita”. Su vínculo con el golf se limitaba a escuchar las anécdotas de Luciano, y eventualmente, las de algún otro conocido de ambos. Sin embargo, una situación que tuvo lugar la semana anterior hizo que por primera vez tomara en consideración la propuesta de su amigo. Su visita al médico sumado al resultado de los análisis de sangre (“muy alto el colesterol malo y los triglicéridos”) dieron como resultado que tenía que dejar de fumar, y que tenía que empezar a hacer alguna actividad física, como mínimo “caminar bastante, tres veces por semana”.

Decidió “dar una batalla por vez” empezando, como le resultaba lógico, por la segunda. Fue entonces que, sin mucho convencimiento, lo llamó a Luciano y luego de ponerlo al día con el parte médico, le dijo que le iba a hacer caso y que iba a probar con el tema del golf.

En conclusión, aquí se encontraba, en la oficina del club, a punto de inscribirse. Y Gustavo continuó con los pasos a seguir: para hacerse socio, opción que en el discurso de Gustavo no aparecía como tal sino como el rumbo natural de la acción, te-

nía que completar un formulario con sus datos personales, sus números telefónicos, sus referencias domiciliarias y algunos datos laborales.

Luego era necesario que al formulario lo firmasen dos socios del golf que *avalaran* su presentación. Entonces Mario pidió precisiones, le parecía que no iba a poder hacer frente a ese requisito porque él podía conseguir una sola firma (la de su amigo) pero no conocía a nadie más del club. Entonces Gustavo lo tranquilizó diciendo que le parecía que tenía dos opciones: una era hablar con su amigo pensando en conseguir que algún conocido suyo le firme. Y si no llegaba a poder, otra opción era que trajera el formulario completo, incluida la firma de su amigo, y se lo dejara en la oficina. Luego él se lo mostraría al presidente o a algún miembro de la comisión de golf, quienes de acuerdo a lo que le expresó Gustavo “lo más seguro es que lo miren y luego lo firmen... más si sos amigo de Luciano, va a estar todo bien”.

Y decime, ¿cuánto sale la inscripción? –preguntó Mario–, una vez superado el asunto del formulario. De acuerdo con Gustavo, primero iba a tener que pagar una cuota de ingreso. Esto era por única vez, eran \$3000 en aquella fecha, y la podía pagar en cuotas. Luego iba a tener que pagar una cuota de mantenimiento, mensualmente, para hacerse socio del club, poder usar las instalaciones, la guardería de palos y poder tener ahí el *hándicap*. A su vez, se iba a tener que hacer socio de la Asociación Cultural y Deportiva Dos Sargentos a la que pertenecía el golf, y pagar la cuota mensual.

Perfecto, ¿y entonces con eso ya puedo jugar? –preguntó Mario, dejando atrás al tema de las cuotas. Sí, con eso ya podía jugar. Para *salir a la cancha* tenía que pagar un *green fee*, que por ser socio es más económico que para los invitados. Más adelante, si quería jugar en los torneos que organizaba el club todos los fines de semana, iba a tener que sacar el *hándicap* que

se paga una sola vez por año a la Asociación Argentina de Golf. Pero para eso todavía le faltaba un tiempo. Lo primero, le recordó Gustavo, era hablar con un profesor, tomar algunas clases y ver si le gustaba.

Mario no se podía quedar ese día, tenía un compromiso en Dos Sargentos, pero antes de irse quería saber si Gustavo lo podía anotar en las clases de golf, otro día con más tiempo, venía directamente a la clase. No, no podía. En la oficina ellos se encargaban de todo lo que tenía que ver con los socios, cobrar las cuotas, vender los tickets para los baldes de pelotas y los *green fee*, organizar los torneos, pero los profesores, al igual que los *caddies* *eran una cosa aparte*.

El club contaba con tres profesores, pero ellos se manejaban directamente con los alumnos, por eso Gustavo tampoco podía adelantarle nada sobre horarios de clase ni sobre los costos. Si los quería ubicar, a dos de ellos los podía encontrar en el *driving* y al tercero iba a tener que buscarlo en el *clubhouse* o esperarlo un rato si es que estaba en la cancha con algún alumno. Gracias a las indicaciones de Gustavo, Mario llegó al *driving* que estaba a unos 100 metros de la oficina, se presentó con Rony, el profesor más antiguo del club, y acordó encontrarse ese mismo sábado por la mañana para tomar su primera clase semanal.

Como anticipaba líneas más arriba, que la composición social del club no sea completamente homogénea no implica que sea completamente heterogénea, sino que existen algunas restricciones a dicha heterogeneidad. En este caso, se pone en juego una restricción que es a la vez un posibilitante de la acción, configurada en torno a las redes de socialización profesional, en particular las del campo del derecho y la abogacía. En efecto, y como otros investigadores han notado trabajando en otros escenarios etnográficos (Cerón Anaya, 2010) buena parte de los jugadores de golf se integran a la práctica y, a la vez, regulan sus

interacciones dentro del club, a partir de sus redes de socialización profesional. Muchos jugadores me han comentado que consiguieron visualizar al golf como una posibilidad dentro de sus horizontes a partir de la influencia de algún amigo, socio o conocido que ya lo practicaban.

De todos modos, el acceso a la práctica, y en definitiva a la membresía del club, no depende solamente de la actuación de las redes de relaciones sociales (profesionales, entre otras), sino que se complementa con otros elementos que emergen de la descripción como son el mecanismo del aval por parte de dos socios de la institución y el requisito económico del pago de una cuota de ingreso y las cuotas de mantenimiento.

“¡YO LA MANO IZQUIERDA LA USO NADA MÁS QUE PARA JUGAR AL GOLF, EL RESTO ES CON LA DERECHA!”.

APUESTAS IDENTIFICATORIAS Y CLASIFICACIONES LOCALES ENTRE PRACTICANTES DE GOLF

En este punto vamos a elaborar, desde otro ángulo, tanto las definiciones y categorizaciones que nuestros informantes ponen en juego en sus interacciones cotidianas en el club de golf, como los mecanismos mediante los cuales construyen y evalúan las alteridades, recortando por este camino sus perfiles identitarios.

Como quedó evidenciado en los apartados anteriores, contrariando incluso a mis propias representaciones de partida, las adscripciones identitarias que llevan a cabo nuestros informantes no se orientan comúnmente a la auto-identificación como miembros de un grupo de clase alta o de elite. Sin embargo, esto no implica que no haya en juego sentidos de la jerarquía, la distancia social o la exclusividad asociados a una serie de imagina-

rios y recursos específicos, algunos de los cuales son objeto de las líneas que siguen.

Hacia fines del año 2003 sostuve una conversación con Lunati, el gerente distrital de una las administradoras de jubilaciones y fondos de pensión (AFJP) más importantes. El sistema de capitalización había entrado en crisis, buena parte del capital de los afiliados se había orientado a operaciones especulativas y por entonces se había instalado la discusión de una significativa quita de la deuda que el Estado había contraído con dicha estructura previsional. Al mismo tiempo, se había eliminado la restricción que obligaba a los trabajadores en actividad a aportar en el sistema de capitalización, pudiendo ahora optar entre dicho sistema y el de reparto.

Parados a pocos metros del *tee de salida*¹¹, mientras esperaba que un grupo de jugadores ejecutara sus golpes, Lunati me contó que se encontraba muy mal por este tema, y me dijo que “es todo un verso, que de 3 millones de afiliados solo 4 mil llamaron para quejarse”, entonces me interpeló “¿y a vos qué te parece?”.

Rodolfo: Y... mirá... yo voy a optar por el sistema de reparto

Lunati: ¡Ah!, le vas a dar de comer a los piqueteros, a los ladrones... como mi viejo que debería cobrar 5000 pesos y cobra 1000...

Rodolfo: No, lo que pasa es que no quiero darle de comer a los especuladores...

Evidentemente, visto a la distancia, no estaba muy decidido a seguirle la corriente a mis informantes, a mantener un estudiado estado de atención flotante y abrir el sentido de su discurso a partir del subrayado de sus propios términos. No obstante, mi toma de posición facilitó que mis informantes performaran ciertas evaluaciones sociales y morales que aquí nos interesan,

¹¹ El *tee de salida* es el lugar de la cancha de golf desde donde comienza el juego.

llegando a definirse en términos de las modernas contiendas ideológicas. Veamos.

Mi inclinación hacia el sistema de reparto en una coyuntura histórica en que había entrado en discusión la legitimidad del sistema de capitalización, puso muy nervioso a Lunati quién empezó a levantar la voz. Ante sus gritos insistentes, que además de contrariar las *reglas de etiqueta*¹² de la práctica golfística, estaban demorando las salidas de otros jugadores, se produjo la intervención de Anzorrain, un abogado prestigioso de la ciudad de Dos Sargentos, que hasta ese momento compartía nuestra polémica mirando en silencio.

Anzorrain (dirigiéndose hacia mí) “No pibe, yo te voy a explicar: eso no es especulación, el capitalismo social fracasó en todos lados ¡Yo la mano izquierda la uso nada más que para jugar al golf, el resto es con la derecha!”.

Dicho esto, ambos jugadores ejecutaron sus tiros y se alejaron caminando por el *fairway*¹³. Luego le tocaba el turno a Braga y Solís, ambos arquitectos que iban acompañados por Lucio, un empresario ganadero amigo de la pareja. Antes de pegar se acerca Braga y me dice con cierta complicidad: “no le des bola, Lunati siempre hace lo mismo, grita cuando alguien está por pegar, es un grasa”.

Nuestra situación de interacción puso en funcionamiento uno de los esquemas clasificatorios que operan en torno a la práctica del golf, donde se solapan múltiples inscripciones identitarias que vale la pena reconstruir. En primer lugar, una

¹² Las *Reglas de Etiqueta y Caballerosidad* son un conjunto de normas reconocidas por las diferentes asociaciones de golf que codifican las conductas, las vestimentas y las formas de juego estableciendo criterios de aceptabilidad. Para un caso como este, las reglas indican que se debe guardar silencio hasta que los jugadores ejecuten sus golpes y abandonen el *tee de salida*, dejando el lugar al siguiente grupo de jugadores.

¹³ El *fairway* es la sección de la cancha de golf que comunica el *tee de salida* con el *putting green*, es decir, con la sección donde se encuentra el *hoyo* donde el jugador intenta embocar la bola.

definición del sentido de lo público expresada en la condena al sistema previsional de reparto, concebido como un mecanismo de intervención que le quita a los individuos lo que les correspondería, para asignarlo a otros sectores sociales como los “piqueteros”, que no habrían hecho mérito suficiente para conseguirlo. Por este camino, se construye una distancia con una alteridad como los *piqueteros* que es inferiorizada tanto en términos sociales, al definirla a partir de su modalidad de protesta, como en términos morales, al englobarla junto con los *ladrones* en la categoría de los beneficiarios del sistema de reparto.

Por otro lado, la filiación en torno a una concepción de lo público basada en supuestos meritocráticos e individualistas, resulta llamativamente subrayada a partir de una definición ideológica en términos político-espaciales heredados de la revolución francesa. En efecto, se opera una toma de distancia a partir, por un lado, de la postulación del fracaso del capitalismo social y por el otro, de la auto-inscripción en el espacio simbólico de *la derecha*.

Pero lo que resulta más significativo es que este conjunto de operaciones clasificatorias aparece naturalizado a partir de un refrán (“¡Yo la mano izquierda la uso nada más que para jugar al golf, el resto es con la derecha!”) que elabora su sentido haciendo una referencia a la práctica del golf donde, a partir de una mención a los usos diferenciales de las manos, se exterioriza una cosmovisión auto-definida como de *derecha*. Y si bien el refrán no explicita el sentido atribuido a la categoría *derecha*, el análisis permite acercarnos a ese significado al enfocarnos en las sucesivas definiciones ofrecidas previamente por los informantes, que bien podrían haber funcionado como la plataforma sobre la cual pudo erigirse el refrán en cuestión.

Llegados a este punto, podemos interrogarnos en qué medida la existencia y el uso corriente de construcciones simbóli-

cas tales como el refrán mencionado, actualizan y naturalizan sistemas clasificatorios y moralidades en torno a los cuales los jugadores de golf son socializados, y a partir de los cuales dichos jugadores encuentran un espacio simbólico para la emergencia de diferentes aspectos de sus estructuras del sentir.

CONSIDERACIONES FINALES¹⁴

La investigación orientada hacia las prácticas reconocidas (tanto desde el sentido común como desde buena parte de la producción erudita) como relativas a los grupos privilegiados o a los sectores acomodados implica asumir como parte del objeto de investigación a las dimensiones referidas a las condiciones de posibilidad de ese conocimiento y a las formas más adecuadas de producirlo, en la medida en que en muchos casos los investigadores se encuentran (nos encontramos) investigando a personas que forman parte de sus mismos círculos de sociabilidad, circuitos de consumos culturales y demás espacios de interacción, sin compartir necesariamente su posición social.

Vale la pena señalar un problema propio del trabajo con grupos reconocidos social y sociológicamente por su ubicación *en las alturas* de la estructura social, el cual se refiere al estudio de personas y prácticas que no se definen a sí mismas como miembros de las elites o de los grupos privilegiados, ocupen o no esa posición desde una clasificación objetivista (nivel de educativo, nivel de ingreso, patrimonio, etcétera). El capitalismo contemporáneo construyó su moralidad en torno a la ideología de la igualdad entre los individuos (Dumont, 1987; Cohen, 1981) con

¹⁴Parte de este apartado retoma algunos elementos desarrollados en mi tesis de Maestría en Ciencias Sociales *Apuntes para el estudio del ocio y las formas de sociabilidad de los estratos superiores en la Argentina contemporánea* (Iuliano, 2010).

lo cual la identificación con los grupos de poder, las elites o las categorías dirigentes suele ser más que una autoadscripción, una imputación estigmatizante y condenatoria, en algunos casos; o bien una atribución analítica, en otros.

En efecto, categorías como *clases altas*, *estratos superiores*, *nuevos ricos*, *elites*, funcionan en general como categorías de referencia más que de autorreferencia (Marcus, 1983: 9) y este es un problema teórico y metodológico a tener en cuenta cuando se abordan objetos de investigación donde interactúan diferentes segmentos de clase, en la medida en que se ha demostrado que tanto entre los sectores populares como entre las clases medias existen políticas de auto-imputación de esas clasificaciones sociales, sea para encuadrarse dentro de los requerimientos de los planes sociales o para legitimarse dentro de una determinada situación social, mientras que muchos agentes situados en términos objetivos en los *peldaños superiores* de la estructura social se clasifican como *clases medias*.

En este sentido, cuando estudiamos universos prácticos como el club de golf al que nos hemos abocado aquí, donde interactúan diferentes clases sociales y diferentes segmentos de clase, podemos encontrarnos con una dificultad que asume su peculiaridad en función del diferencial de poder que regula la relación entre informantes (filiados dentro de los sectores medios-altos y altos) e investigadores (asimilados, en el campo académico local, cada vez más a la categoría social y moral de las clases medias): ¿cómo abordar objetos de investigación contruidos en torno a agentes y grupos visualizados como grupos privilegiados dentro de un contexto moral igualitarista como el que habría instituido la modernidad?

Este problema nos conduce por un camino de doble vía. Por un lado, si asumimos que el capitalismo contemporáneo construyó su moralidad en torno a la ideología de la igualdad entre los individuos, debemos señalar que en muchos casos la

identificación con los grupos de poder, las elites o las categorías dirigentes puede ser etiquetada normativamente, adoptando la forma de una imputación estigmatizante y condenatoria. Por otro lado, sin embargo, se impone la necesidad de interrogarse si el igualitarismo moderno asume el mismo valor para las diferentes posiciones de clase, tomando en cuenta que podrían existir diferencias significativas entre el valor que le atribuyen las posiciones dominantes, cuya experiencia del igualitarismo podría ser la de una imposición operada desde los sectores subordinados; frente al valor que le podrían atribuir las posiciones subordinadas (entre las cuales puede encontrarse la del investigador, como ya dijimos, muy probablemente asimilado a las clases medias) en tanto ideología de la igualación social, que podría legitimar sus oportunidades de ascenso, siendo su contracara la denuncia de las posiciones de privilegio.

Como la ecuación jerárquica entre investigador e investigado se invierte, o en todo caso se equilibra respecto del conjunto más amplio de los objetos de investigación, tanto el enfoque como la producción de los datos se convierten en una materia de legítima deliberación entre los sujetos implicados en la investigación. El investigador es interpelado por sus informantes, de modo que el monopolio de la representación legítima en manos del investigador es siempre objeto de controversia y discusión. Sin embargo, hay que ser muy cuidadosos de no trasponer a esta inversión la fisiología que con frecuencia se le atribuye etnocéntricamente a la relación entre el investigador clase media y el investigado de clase baja pues, si como *modernamente* sabemos, la dominación es ambigua y compleja (Grignon y Passeron, 1991), también lo es en los casos en que los investigadores se encuentran en una posición subordinada.

Como parcialmente intenté mostrar aquí, buena parte de las personas que interactúan en torno al golf no manifiestan

necesariamente una inclinación a clasificarse a partir de las categorías superiores de la estratificación social, a pesar (y probablemente en contra) de las representaciones de sentido común, e incluso sociológicas, que así las definen. En cambio, como pudimos observar, es muy frecuente que los practicantes de golf se identifiquen por operaciones contrastivas (Barth, 1976) en contraposición con categorías como las de *piqueteros*, *ladrones*, *caddies* tal cual expresan las situaciones etnográficas estudiadas, como también en contraposición con otras categorías como *los negros*, *los parásitos*, *la gente sin cultura*, *los que les falta roce*, *los grasas*, tal cual muestran otros registros de campo cuya elaboración excede los límites del presente artículo, situándose a sí mismos dentro de categorías normativas y jerarquizantes como las de *gente bien*, *los jugadores de golf*, entre otras.

Vale la pena señalar que el estudio de la conformación de identidades en torno a estos espacios de sociabilidad, requiere la combinación de un abordaje que pueda dar cuenta de las diferentes definiciones y clasificaciones en torno a las cuales disputan los agentes, sin que esto implique descuidar los contextos sociales y las sedimentaciones históricas que establecen los horizontes dentro de los cuales los agentes pueden activar sus apuestas identitarias (Brubaker y Cooper, 2002; Hall, 2003). En esta misma dirección, tal cual pudimos observar a propósito del refrán que naturaliza una opción ideológica de derecha, resulta de suma relevancia la reconstrucción del repertorio de leyendas, mitos, chistes, anécdotas y dichos que circulan entre los practicantes de golf, en la medida en que nos permiten conocer el marco común de entendimiento, el universo moral dentro del cual se mueven estos actores y en torno al cual disputan y marcan sus diferencias.

La aproximación etnográfica hacia la vida cotidiana del club de golf hizo posible visibilizar alguna dimensión de la interacción entre diferentes clases sociales y diferentes segmentos de clase, y a su vez, poner de relieve la producción y reproducción de un conjunto de categorías identitarias, prácticas y representaciones sobre la distancia social y simbólica que, como hemos podido mostrar aquí, operan en torno a la práctica del golf.

En efecto, tal como ha señalado la sociología europea de fines del siglo XX (De Saint-Martin, 1989; Bourdieu, 1990a, 1990b, 1993, 1996, 1998; Elias y Dunning, 1995), es evidente que existe una relación entre el espacio social y espacio deportivo. Sin embargo, y pensando en los deportes tradicionalmente asociados a los estratos privilegiados como el golf, el tenis o el polo, se ha operado un fenómeno de relativa popularización de la práctica deportiva (Suaud, 1989), quebrándose los vínculos de exclusividad entre categorías sociales y tipos de deporte. Esta tendencia hacia una relativa *democratización* entre los deportes tradicionalmente identificados con las elites, nos induce a dejar planteados los siguientes interrogantes: ¿acaso las diferencias de clase ya no se expresan tan marcadamente entre diferentes tipos de deporte? O, puesto en otros términos, en este contexto de relativa interacción de clase y de segmentos de clase (Benzecry, 2009, 2012) dentro de cada deporte ¿no estaremos ante un fenómeno en donde las diferencias y las jerarquizaciones se asocian más bien a las diferentes formas y estilos de practicar cada uno de los deportes? (Waser, 1989).

En este sentido, el presente trabajo sobre el club de golf de Dos Sargentos procuró reponer algunos aspectos de la heterogeneidad social que opera en torno a la vida cotidiana de la institución, frente a los diferentes estereotipos que la asimilan a los *nuevos ricos* o los *deportes de elite*. Sin embargo, la recusación empírica de dicho estereotipo no nos conduce a sostener que la

práctica del golf se haya convertido en Argentina en una práctica popular, análoga por ejemplo al fenómeno del fútbol, ni en relación a la composición de sus practicantes, ni en cuanto a su consumo como espectáculo deportivo.

Una de las conclusiones que se desprenden de los materiales de campo elaborados se refiere a la necesidad de seguir problematizando los análisis eruditos (de matriz bourdieana, en el mejor de los casos) así como las afirmaciones ordinarias, que explican las prácticas sociales en general, y las deportivas y del tiempo libre en particular, como efectos inmediatos derivados de la posición de clase de los actores. Más que renunciar a la interrogación por las posibles afinidades entre lo inculcado y lo practicado, de lo que se trata es de problematizar las imputaciones exteriores que adjudican determinadas prácticas sociales a determinadas clases sociales.

El conjunto de las representaciones que asocian al golf con las elites, los estratos superiores o los *nuevos ricos* aparecen aquí contestadas, tanto por la relativa heterogeneidad de la procedencia social de las personas que interactúan en torno a la práctica del golf, como por sus apuestas identificatorias y sus autoadscripciones, que raramente los sitúan entre las capas superiores.

En efecto, como pudimos observar, la existencia misma de clubes de golf como el que hemos estudiado muestra que el campo golfístico nacional se constituye también por instituciones fundadas por sujetos procedentes de los sectores populares y por aficionados a uno de los deportes más populares del país y del mundo, como el fútbol.¹⁵ A su vez, hemos mostrado que la práctica del golf convoca tanto a sujetos con grandes patrimonios y capacidad de influencia, como a personas que viven de su

¹⁵ La reconstrucción del campo golfístico en la Argentina contemporánea excede tanto los propósitos como los límites del presente artículo, pero constituye un elemento significativo en la elaboración de mi investigación doctoral.

profesión como los abogados y los médicos, o a trabajadores no manuales como los comerciantes, convencionalmente denominados y autodefinidos como sectores medios o clases medias.

Así, vemos que la práctica del golf se desarrolla en la interacción entre diferentes clases sociales y diferentes segmentos de clase, aspecto que queda todavía más claro si tomamos en cuenta que quienes juegan al golf no son solamente los socios del club o los visitantes sino también los caddies, quienes en su amplia mayoría proceden de los sectores populares.

Sin embargo, la heterogeneidad social que expresan los clubes de golf es una heterogeneidad relativa y se encuentra hasta cierto punto organizada ya que, por un lado, existen mecanismos de admisión como las cuotas de ingreso o la recomendación de los socios, que operan como un filtro para el reclutamiento de practicantes; y por otro lado, se ponen en juego convenciones y reglas que codifican las interacciones dentro de la institución, sea segregando espacialmente o estableciendo fronteras simbólicas entre *nosotros* y *ellos*.

Así las cosas, no resulta fácil encontrar entre los planteles societarios personas con un nivel de ingreso por debajo de un nivel medio, como tampoco es frecuente encontrar profesionales, empresarios o dirigentes entre los que trabajan como caddies. Del mismo modo, resulta infrecuente observar a los socios y los caddies compartir un almuerzo en la confitería, una ducha en los vestuarios o un partido de golf (ya no performando los papeles de asistente-patrón, sino como jugadores en paridad).

Sin embargo, estas fronteras sociales y simbólicas que se levantan dentro del espacio del golf y que podrían estar refractando, en alguna medida, las diferencias de clase propias del espacio social, se vuelven algo porosas cuando se las analiza a la luz de marcos interpretativos (Geertz, 1992; Ortner, 2009) específicos, locales, que se ponen en juego entre los practicantes de

golf. Hasta aquí hemos sostenido que resulta inapropiado asumir que el golf es un deporte de elite o de nuevo rico, abonando la hipótesis de que se trata de una práctica donde hay interacción de clase. Al mismo tiempo, hemos intentado mostrar que el espacio del golf establece un régimen que reorganiza y eventualmente traduce, las diferencias sociales dentro determinadas contrastividades específicas que asumen diferentes figuras: los jugadores de golf identificados con el club en contraposición con los caddies; las personas meritorias en contraposición con los *parásitos* y *ladrones*, *nosotros* vs. *ellos*, entre otras.

Sin embargo, vemos que ese *nosotros* que alude a la membresía del club de golf, donde pueden confluír aspectos objetivos como la posición socio-económica de clase media-alta, con identificaciones ligadas al mérito, sufre una serie de agrietamientos y fisuras al articularse desde los marcos interpretativos específicos del espacio del golf. Por este camino, ese *nosotros* de clase media-alta aparece segmentado ya no en los términos de la estratificación social, sino en cuanto a los códigos que adquieren todo su valor en este campo singular. Así, los practicantes de golf se clasifican ahora entre aquellos que conocen las *reglas de etiqueta y caballerosidad* y aquellos que no; entre aquellos que saben cuando hacer silencio y aquellos que no; entre los *jugadores de golf* y los *grasas*, entre los establecidos y los recién llegados (Elias, 2000).

Como hemos intentado mostrar, el estudio de las interacciones que tienen lugar en estos espacios de sociabilidad deportiva pone de relieve que los efectos de la posición de clase se modulan bajo una lógica ligada al prestigio y al reconocimiento que no se deriva necesariamente de la posición patrimonial, ni del desarrollo profesional, sino que se encuentra relacionada con la incorporación de una serie de capitales específicos, que adquieren todo su valor en estos espacios de la práctica.

Por último, y para concluir, hemos podido observar que la afición a la práctica del golf ni es privativa de las elites sociales, ni se encuentra igualmente distribuida entre los diferentes estratos o clases sociales que componen la estructura social. Avanzar en la comprensión de los cursos de acción de aquellos sujetos que adoptan este tipo de afición, lejos de conducirnos a abandonar la preocupación por los clivajes de clase, nos demanda la tarea de reconstruir el modo en que estos clivajes se articulan con determinadas prácticas y estructuras, que configuran al espacio del golf como un horizonte imaginable para estos sujetos, entre los que podemos destacar: la actuación de las redes de relaciones personales y profesionales; la activación de los círculos de sociabilidad afectiva y amistosa; la emergencia de los requerimientos e imperativos relativos a la buena salud y los cuidados de cuerpo. Por todo esto, para aproximarnos a una comprensión precisa del fenómeno del reclutamiento de practicantes y la adopción de un tipo de afición como la que aquí nos ocupa, resulta indispensable poner el acento en la reconstrucción de las lógicas de la sociabilidad (Simmel, 2002; Agulhon, 2009) tanto deportiva, como profesional y afectiva, que se ponen en juego en estos espacios de la práctica.

BIBLIOGRAFÍA

- Agulhon, Maurice, *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia 1810-1848*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.
- Barth, Fredrik, *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. México, Fce, 1976.
- Benzecry, Claudio, “Becoming a Fan: On the Seductions of Opera”, en *Qualitative Sociology*, February, 32:131–151, 2009.

- Benzecry, Claudio, *El fanático de la ópera. Etnografía de una obsesión*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.
- Bourdieu, Pierre, “¿Cómo se puede ser deportista?”, en Bourdieu, Pierre, *Sociedad y Cultura*. México, Grijalbo, 1990a.
- Bourdieu, Pierre, “Programa para una sociología del deporte”, en Bourdieu, Pierre, *Cosas Dichas*. Barcelona, Gedisa, 1990b.
- Bourdieu, Pierre, “Deporte y clase social”, en Brohm, Jean-Marie (editor) *Materiales de sociología del deporte*. Barcelona, Ediciones de La Piqueta, 1993.
- Bourdieu, Pierre, *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Santa Fé de Bogotá, Santillana 1998.
- Brubaker, Rogers y Cooper, Frederick, “Más allá de ‘identidad’”, en *Apuntes de Investigación del CECYP* N° 7. Buenos Aires, 30-67, 2002.
- Canevaro, Santiago, “Empleadas Domésticas y Empleadoras en la Configuración del Trabajo Doméstico en la Ciudad de Buenos Aires: entre la administración del tiempo, la organización del espacio y la gestión de las <maneras de hacer>”, en *Campos, Revista de Antropología Social*, Vol. 10, No 1, 2009.
- Ceron-Anaya, Hugo, “An Approach to the History of Golf: Business, Symbolic Capital, and Technologies of the Self”. <<http://jss.sagepub.com/content/34/3/339>>. En línea, 2010.
- Cohen, Abner, *The politics of elite culture. Explorations in the dramaturgy of power in a modern african society*, London, University of California Press, 1981.
- De Saint-Martin, Monique, “La noblesse et les ‘sports’ nobles”, en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, Vol 80, N° 1, 22-31, 1989.
- Del Cueto, Carla y Luzzi, Mariana, *Rompecabezas. Transformaciones en la estructura social argentina (1983-2008)*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional-UNGS, 2008.

- Dumont, Louis, *Homo Hierarchicus. Ensayo sobre el sistema de castas*. Madrid, Aguilar, 1987.
- Elias, Norbert y Dunning, Eric, “La búsqueda de la emoción en el ocio”, en *Deporte y ocio en el proceso de civilización*. México, Fce, 1995.
- Elias, Norbert, “Introducción. Ensaio teórico sobre as relacoes estabelecidos-outsiders”, en Elias Norbert y Scotson, John, *Os Establecidos e Os Outsiders. Sociología das relacoes de poder a partir de uma pequena comunidade*. Río de Janeiro, Jorge Zahar Editor, 19-50, 2000.
- Geertz, Clifford, “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”, en *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa, 1992.
- Grignon, Calude y Passeron, Jean-Claude, *Lo culto y lo popular: Miserabilismo y populismo en sociología y literatura*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1991.
- Hall, Stuart, “Introducción: ¿quién necesita ‘identidad’?”, en Hall, Stuart y Du Gay, Paul, (compiladores), *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires, Amorrortu, 2003.
- Hamilton, David, *Golf Scotland's Game*, Scotland, The Patrick Press, 1998.
- Iuliano, Rodolfo, “Apuntes para el estudio del ocio y las formas de sociabilidad de los estratos superiores en la Argentina contemporánea”, <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.363/te.363.pdf>. En Línea, 2010.
- Marcus, George (compilador), *Elites: ethnographic issues*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1983.
- Mauss, Marcel, *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires, Katz Editores, 2009.
- Ortner, Sherry, “Resistencia densa: muerte y construcción cultural de agencia en el montañismo himalayo”, en *Papeles de trabajo*.

- Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la UNSAM, Año 2, n° 5, junio, Buenos Aires, 2009.
- Simmel, Georg, “La sociabilidad”, en Simmel, Georg, *Sobre la individualidad y las formas sociales*, Universidad Nacional de Quilmes, 2002.
- Suaud, Charles, “Espace des sports, espace social et effets d’age”, en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, Vol 79, N° 1, 2-20, 1989.
- Svampa, Maristella, *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires, Biblos, 2001.
- Svampa, Maristella, “Las nuevas urbanizaciones privadas. Sociabilidad y socialización: la integración social ‘hacia arriba’”, en AA. VV., *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. Buenos Aires, Biblos, 2002.
- Svampa, Maristella, *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires, Taurus, 2005.
- Visacovsky, Sergio y Garguin, Enrique, “Introducción”, en Visacovsky, Sergio y Garguin, Enrique (compiladores), *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos*. Buenos Aires, Antropofagia, 2009.
- Waser, Anne Marie, “Le marché des partenaires”, en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, Vol 80, N° 1, 2-21, 1989.

RUGBY Y MASCULINIDAD: DOS CARAS DE UNA MISMA MONEDA... SÓLO PARA HOMBRES

POR BRANZ, JUAN BAUTISTA

En el siguiente texto, intentaré desarmar algunas de las relaciones constituidas entre jugadores de rugby de la ciudad de La Plata¹⁶, y establecer reflexivamente, cómo se estructura ese deporte, cuál es el sentido de distinción social y cultural atribuido por los sujetos que lo practican, y qué significados se producen (y reproducen) en relación a la construcción de identidades masculinas entre los hombres que participan del juego.

ENFOQUES Y PUNTOS DE PARTIDA¹⁷

A partir de pensar que desde el campo del deporte –como espacio analíticamente plausible en las ciencias sociales– es posible poner en tensión conceptos relacionados a problemáticas

¹⁶ Capital de la provincia de Buenos Aires, Argentina.

¹⁷ Este escrito forma parte de uno de los tantos recortes del trabajo de investigación que vengo realizando desde el 2008, en el marco del Doctorado en Comunicación de la FPyCS-UNLP, y de una beca de posgrado otorgada por el CONICET.

como las identidades, sociabilidad, género, cultura, poder, entre otras, necesitamos situarnos y justificar el por qué de ese ejercicio. Para eso, decidí rastrear las prácticas de jugadores de rugby de la ciudad de La Plata¹⁸. Conceptualmente, el problema fue volviéndose visible a medida que incursioné en el campo, y que fui comprendiendo las lógicas de dicho deporte. Entiendo como un problema a la *desigualdad*, en términos de distribución de capitales (culturales, económicos y sociales). Esto tiene que ver con el modo en que se legitiman ciertas prácticas y discursos relacionados con una forma (vista y nombrada como legítima) de practicar el rugby, como actividad distintiva y selectiva.

Al ser un objeto poco explorado dentro del espacio académico, no abundan trabajos que argumenten el proceso de configuración histórica del rugby en Argentina. Sin embargo, he intentado reconstruir la práctica a partir de otros trabajos, con un enfoque más historiográfico del campo¹⁹. Indagué cierta bibliografía que ha sido referencia para pensar al rugby en clave histórica, tanto en sus inicios en Inglaterra, como en Argentina. El trabajo de Tony Collins (2006), aporta información sobre la disputa por sentar las bases del rugby (tal como lo podemos reconocer hoy) desde la Inglaterra Victoriana, situando el eje de análisis en los conflictos de clase (la apropiación de la clase trabajadora y de los sectores medios), de género, de nacionalismo y de regionalismo. También pienso desde Archetti (2001) y desde la observación de Palermo (2010), la recreación y apropiación del rugby por parte de los sectores dominantes, en Argentina,

¹⁸ Para ello, construí tres unidades de observación: La Plata Rugby Club, Club Universitario de La Plata y Albatros Rugby Club. He realizado trabajos de observación, entrevistas con los agentes especializados del campo y búsqueda de documentos que ampliaron la explicación de la sociogénesis del rugby en la ciudad de La Plata, y en Argentina.

¹⁹ Realicé una reconstrucción del campo del rugby en Argentina, y la trayectoria de los clubes construidos como unidades de observación en la ciudad de La Plata en Branz (2010).

a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Con Philip Dine (2007), hago visible al rugby como el espacio que garantizó (y garantiza) la construcción de masculinidad vuelta sistema de significaciones emparentadas con la modelación de los cuerpos, asociados históricamente, a las representaciones culturales de las formas de ser *macho* en Francia.

El rugby, en Argentina, no es un deporte de participación masiva. Las lógicas de integración, tienen que ver con obturaciones en el espacio de las instituciones dedicadas a la práctica, que establecen que sólo lo practiquen determinados agentes cuyos capitales acumulados –sociales, culturales, económicos–, sostengan y garanticen la inclusión en el espacio. El *prestigio social* atribuido, por los propios agentes practicantes de este deporte, puede volverse analizable a través de las prácticas y sus discursos, percibidos como legítimos dentro del espacio social. He reconocido, delimitado y nombrado a *mis* sujetos de observación como sectores dominantes. La categoría alude a los agentes mejor posicionados en las estructuras materiales y simbólicas que se establecen a partir la distribución –desigual– de capitales. Cabe señalar que en las entrevistas semi-estructuradas como en las entrevistas abiertas que he realizado entre los informantes, rastree la posición en la estructura socio/económica, la trayectoria familiar y el acceso (o no) al sistema de educación Universitario, teniendo como parámetro las barreras que, en sociedades desiguales como las Latinoamericanas, pueden llegar a marcarnos –analíticamente– la posición de los sujetos investigados. Sobre un total de 35 entrevistas, sólo tres sujetos se identificaron, respectivamente, como empresario, empleado de comercio y estudiante de nivel secundario; los demás se presentaron como profesionales egresados de carreras universitarias, o como estudiantes de la Universidad²⁰.

²⁰ En este trabajo, ponemos en tensión contextualmente las representaciones

Pienso desde Bourdieu (1979-1998) a la estética corporal, y a los modos de disposición de las prácticas corporales –la relación con el tiempo y el espacio–, de los diferentes sujetos como inescindibles de las posiciones, material y simbólica, que ocupan esos sujetos, en el mundo social. Diría Bourdieu que:

[...] para comprender la distribución de la práctica de los diferentes deportes entre las clases, sería necesario tomar en cuenta la representación que, en función de los esquemas de percepción y de apreciación que les son propios, las diferentes clases se hacen de los costes (económico, cultural y físico) y de los beneficios asociados a los distintos deportes, beneficios ‘físicos’ inmediatos o diferidos (salud, belleza, fuerza –visible, con el culturismo, o invisible, con el higienismo– etc.), beneficios económicos y sociales (promoción social, etc), beneficios simbólicos, inmediatos o diferidos, ligados al valor distributivo o posicional de cada uno de los deportes considerados ,es decir, todo lo que concurre en cada uno de ellos por el hecho de que sea más o menos raro y esté más o menos claramente asociado a una clase [...] (1979-1998:17).

Por lo tanto, intento situar la mirada no sólo en las condiciones históricas en relación a la distribución de los bienes materiales, y el lugar que ocupan los sujetos de mi investigación en la estructura socio/económica, sino que también trato de volver analizable lo que Bourdieu llamaría *hexis* corporal²¹, y a su correspondiente representación mediante estrategias discursivas.

sociales sobre las profesiones liberales y la posibilidad (en términos simbólicos) de acceder a la Universidad, en tendencia, pensadas a través de discursos hegemónicos como los del Estado y los medios de comunicación masivos en Occidente.

²¹ Asociada al cuerpo externo.

El rugby, diría Dunning (2003), puede describirse como una batalla simulada entre equipos, pero también conforma un ámbito propicio para el despliegue de agresividad y potencia masculina. Para Bourdieu (1993), pensando en Francia como territorio posible de análisis, la exaltación de la *virilidad* está asociada al rugby. Pero ¿desde dónde la podemos pensar? ¿En dónde se traducen los valores, las estéticas, y las éticas que se institucionalizaron en el rugby? Una de las alternativas, son los cuerpos y sus usos legítimos que organizan y disponen el espacio, como estrictamente masculino.

El cuerpo es un continuo productor de sentido, una oportunidad para enfocar el análisis sobre los *cuerpos del rugby*. Porque el cuerpo se traduce como marca de *lo posible*. El cuerpo, según Le Breton (1999), no es una materia pasiva. Colabora en el proceso de producción simbólica en una época y en sociedades determinadas. Se configura como soporte de una teoría cultural que interviene e interpela al espacio social. Cada movimiento del cuerpo tiene la marca asignada según los condicionamientos de grupo interiorizados. Son propiedad de una comunicación social, de luchas, que expresan emociones y producen actos. Diría González (1999:25), siguiendo a Harry Pross que “toda comunicación comienza en el cuerpo y a él regresa”. Para Citro (2006), sobre la materialidad común de los cuerpos, se construyen prácticas socioculturales disímiles (técnicas corporales cotidianas, modos perceptivos, formas de habitar los espacios, gestos, expresión de emociones), otorgando la posibilidad de elaborar representaciones sobre esas corporalidades y de vínculos diferentes con el mundo.

Si pienso a los modos de sociabilidad, en un marco amplio de socialización, debo construir las técnicas que me orienten a responder las preguntas que quiero contestar. Por lo tanto, pienso en lo que Vasilachis (2008) advierte sobre la investiga-

ción y los métodos cualitativos, a la hora de conocer a mis sujetos de investigación: “Por eso, es necesario interpelarse acerca de qué identidad se presupone del sujeto que se está conociendo, con qué conceptos se arriba a él y a qué teorías ubicadas en qué paradigmas pertenecen esos conceptos. No es que se han de plantear, simplemente, los límites de las teorías, lo que ha de plantearse es lo ilimitado del ser que se manifiesta en la comunicación” (Vasilachis, 2008:209).

Teniendo en claro que debo poner en tensión mis propias definiciones de: identidad (al mismo tiempo que la de alteridad), pertenencia, distinción, estilos de vida, gustos, cultura, y de cómo entiendo las formas subjetivas de vincularse, con las propias representaciones que mis sujetos de investigación tienen de esas categorías, pienso las estrategias para obtener información, que me permita construir relaciones más complejas, desarmando analíticamente las prácticas y los discursos de quienes juegan al rugby en la ciudad de La Plata.

Para eso, parto de una matriz interpretativa cruzando las entrevistas y registros etnográficos, como necesidad de comprender “el sentido de la acción social en el contexto del mundo de la vida y desde la perspectiva de los participantes” (Vasilachis, 2008:204), y las entrevistas en profundidad realizadas fuera del espacio concreto de la práctica.

Por lo tanto, la intención será trabajar sobre un cruce de problemas, preguntas y conceptos a definir, que podría enmarcar en el área temática de *Identidades, Género y Clase*, partiendo desde el rugby como objeto de análisis. Por supuesto que de aquí, se desprenden otros problemas más específicos. Uno de ellos, es el de la construcción de masculinidades, el cual intentaré abordar en este escrito, a manera de *entrada al campo* o primeras aproximaciones. Entiendo fundamental la problemática, para pensar cómo se modeló y moduló el espacio del

rugby en Argentina, y cuáles son sus significaciones culturales respecto a las representaciones sobre lo que trato de entender como *lo masculino* en sociedades como las latinoamericanas. Repaso, en términos de creencias, que la producción y reproducción de este *ethos* de clase y de género, determinaría ciertas obturaciones, movimientos de deslegitimación (en acciones, y desde el lenguaje), de estigmatización, de violencias (material y simbólica), a todo lo que no se configurara dentro de lo denominado como *legítimo* por mis informantes. A partir de este movimiento, habilito y direcciono el problema de investigación para pensar en cómo se negocia la atribución de poder, entre un grupo de hombres, en un espacio modelado para hombres.

DESCRIPCIONES DE CAMPO. APUNTES ETNOGRÁFICOS PARA PENSAR LA CONSTRUCCIÓN DE ESPACIOS SOCIALES

Hace varios meses que mis sujetos de investigación me habían orientado hacia la posibilidad de hacer una observación participante en tiempo y espacio concreto: su práctica de rugby. Recuerdo una de las tantas salidas nocturnas a bares de la ciudad de La Plata, cuando coincidimos con la mayoría del plantel de jugadores de Albatros (yo había acordado con mi informante clave encontrarnos en ese bar). En ese entonces, estaba en etapa clave de ingreso al grupo. Nos estábamos conociendo. Yo intentaba lograr empatía con algunos integrantes del equipo, y ellos, dada mi intromisión, pretendían –justificadamente– saber cuál era el objetivo de mi acercamiento. No ocultaba nada. Expliqué que trataba de entender sus pautas culturales construidas en grupo, para un trabajo de Doctorado. Cuestiones que necesitaba entender, y que ellos podrían ayudarme a comprender.

Yo los conocía a través de mi informante clave²². Había logrado una cordial relación y un reconocimiento por parte de uno de los máximos referentes del equipo. La aceptación de éste fue central para mi ingreso al campo. Sentí que el momento clave para comenzar mi entrenamiento junto a los deportistas se dio justo después de mi asistencia a una peña folclórica organizada por “Tato”, el referente en cuestión. En la fiesta, frente a la eventual falta de cerveza, accedí a prestarle algo de dinero para comprar más bebida. La posterior muestra de agradecimiento de Tato me dio la confianza suficiente para iniciar los entrenamientos. A su vez, había asistido a varios partidos, y a su correspondiente *tercer tiempo*²³. Allí amplié el espectro de actores conocidos dentro del club, lo cual reafirmaba y justificaba mi presencia.

Volviendo a aquella noche de bar, en uno de los diálogos con uno de los *Forwards*²⁴ del equipo, ante mis preguntas relacionadas al partido suscitado esa misma tarde, me tomó con fuerza de uno de mis brazos (envolviendo casi todo mi cuerpo) y me propuso el siguiente desafío: “¿Vos querés saber de nosotros?, el lunes a las 21 horas te esperamos en el club”. Eso indicaba que me esperaban a entrenar. Fue un pasaje marcado: por un

²² A partir del año 2009, inicié actividades en un Gimnasio coordinado por Nacho. Allí me encontraba con varios compañeros del club de Nacho, y comencé a interiorizarme, sobre todo, con el lenguaje construido en torno a las prácticas del rugby y a las corporalidades puestas en juego en ese espacio. Cabe destacar que los nombres de los actores sociales son ficticiales.

²³ Luego del partido, históricamente, como ritual, el equipo local recibe a su rival con un agasajo que puede consistir en compartir desde un té hasta bebidas alcohólicas, acompañadas de algún alimento (dulce y/o salado).

²⁴ Son los jugadores del equipo numerados del 1 al 8 y forman el *pack* o la delantera. Conforman el *scrum*, una de las formaciones más reconocidas del rugby, donde 8 jugadores de cada equipo se disponen agachados, enlazados y enfrentados para comenzar a empujar con el objetivo de obtener el balón que ha sido puesto en medio de los 16, y sin tocarlo con la mano. Los *forwards* son los jugadores más fuertes y más pesados (en términos de masa corporal) de la formación de un equipo de rugby.

lado, la propuesta demostraba que era aceptado para compartir el entrenamiento con el grupo. Por el otro, me señalaba que, para ellos, que hay cosas que “sólo me las podrían aclarar jugando”.

Aunque seguía haciendo entrevistas para tratar de desentrañar algunos conceptos relacionados a la práctica, todo el tiempo me acordaba de aquel episodio. Sobre todo porque las preguntas o las respuestas durante la entrevista, no significaban el insumo suficiente para comprender lo que yo quería comprender. En esos momentos, esforzaba mi análisis poniendo en juego una definición *de identidad* que Gilberto Giménez retoma de Alberto Melucci, como “la capacidad de un actor de reconocer los efectos de su acción como propios y, por lo tanto, de atribuírselos” (Giménez, 2005:39). Recordé el trabajo de Rodolfo Iuliano (2008) y su etnografía sobre la práctica del golf, cuando mi informante se posicionaba, en ese instante, en actitud pedagógica, reconociendo tanto sus atributos y competencias sobre el juego, al mismo tiempo que me ubicaba en el rol de *aprendiz*.

EL PRIMER DÍA DE ENTRENAMIENTO

Para el jueves de esa semana, habíamos concertado con mi informante clave que yo iba a comenzar a entrenar en su club. Se lo notaba entusiasmado. Me reiteró más de una vez la pregunta “¿cuándo arrancás en el club?”. El jueves, a las 17.30, recibo un mensaje a mí teléfono celular. Era de él. Me confirmaba que me pasaría a buscar por el lugar que yo le indicara a las 20.25. En ese mismo mensaje, me advirtió que no llevara shampoo en botella (que lo hiciera en sachet pequeño), y que lo espere listo con la ropa de entrenamiento (es decir, que llegáramos dispuestos sólo a entrenar, sin previo cambio de ropa

en los vestuarios del club). Yo no entendí el por qué de esas dos proposiciones²⁵. Luego le pregunté y me explicó que todo jugador que lleva shampoo en botella, se convierte automáticamente en el *pichi*²⁶ de los que no llevan, en su abastecedor. La cuestión de la ropa, aludía a que “Es costumbre, imagínate que entrenamos a las 21, llegamos todos cansados luego de trabajar y no queremos perder tiempo. Queremos empezar a entrenar. Eso sí, después del entrenamiento algunos nos quedamos charlando, comiendo y tomando algo en la Casona²⁷ del Club”.

A las 20.20 ya estaba listo, siguiendo todas las instrucciones de Nacho, 20.25 puntualmente estábamos arriba del auto rumbo al Club. De donde me recogió, hasta Albatros, hay aproximadamente 15 kilómetros. Mientras él fumaba un cigarrillo, yo le comentaba que estaba un poco nervioso y le preguntaba cómo pensaba presentarme ante los demás²⁸. Me dijo: “como uno más”. “¿Te parece?”, pregunté yo. “Sí, como uno más y listo” (con mayor contundencia que la respuesta anterior). Ese *uno más* indica la grupalidad establecida en el espacio del club, como estructura objetiva –y subjetiva a la vez– históricamente constituida, en donde hay delimitaciones que marcan el límite de acción posible, en términos de qué es *lo legítimo*, acordado por el grupo. Claro que, para ser *uno más*, se necesita mucho más que asistir a un espacio un par de veces. Es necesario com-

²⁵ Fue inevitable recordar los veinte años de mi práctica de fútbol y sus pautas de entrenamiento que, justamente, se oponían a estas dos situaciones. Es decir, todos llevábamos shampoo en botella y todos nos cambiábamos en el vestuario antes de entrenar.

²⁶ Como *pichi*, podríamos entender, un posible estado de subordinación ante el pedido o la acción de otros.

²⁷ La Casona es el espacio que funciona como salón de eventos donde se congregan los jugadores luego del entrenamiento, allí comen y beben. El lugar está decorado con retratos de muchos jugadores *gloriosos* (percibidos por los actores del Club) de la historia del Club, de equipos de antaño, y de banderines de otras instituciones intercambiados en determinados partidos disputados.

²⁸ Él, más que nadie, es conocedor del trabajo que intento hacer.

prender las lógicas instituidas como grupo, los relatos que las han construido (y aún continúan), y asimilar cuál es la dinámica y el proceso pautado por el grupo (más o menos explícito).

En el camino pasamos a buscar por el centro de la ciudad a otro integrante del club, yo lo conocía porque es el primo de un ex compañero mío de fútbol. No sé si se acordaba de mí. El auto de Nacho es de tres puertas, decidí –antes que venga su compañero–, trasladarme al asiento trasero para cederle el del acompañante. Desde que subió, hasta pasados diez minutos, sólo hablaron ellos y de un solo tema: rugby. Específicamente, de algunas decisiones que había dicho el entrenador que iba a tomar, y que no las había cumplido. Ellos conversaban sobre los méritos que los jugadores debían cumplir para ser titulares del equipo. Pese a que el entrenador había fijado una serie de pautas de entrenamiento (asistencia regular, complementación de la preparación física con trabajos en el gimnasio), algunos trasgredían dichas normas y jugaban bajo el consentimiento del entrenador como titulares. Durante el viaje hacia el campo de deportes, trataba de entender entonces, la noción de *pertenencia*. Primero, preguntándome por qué, por ahora, a mí no me interpelaba directamente (más allá de mi interés por todo comentario que se suscitara) la charla. Luego, empecé a pensar con Giménez (2005), nuevamente, que el sentimiento de pertenencia a un espacio social implica compartir un núcleo de símbolos y representaciones sociales, como también una orientación común a la acción. Elementos que traducirían el interés de ellos por el rugby, y las entidades relacionales que, ellos mismos constituyen, como grupo.

Un silencio detiene la charla. Es ahí cuando el compañero de Nacho me pregunta: “¿y vos, venís a entrenar?”. Le dije que sí, rápidamente, que “iba a moverme un poco físicamente”. En

ese momento aproveché para preguntarle por su primo²⁹, si se mantenía en contacto. Era más una estrategia de empatía hacia él, que preocupación por su familiar. Me dijo que de vez en cuando hablaba. Desde ese momento, hasta que llegamos al club, siguieron dialogando con Nacho sobre rugby.

Al bajar del auto, el colega de Nacho me mira, e insiste en la idea que lo llevó a dialogar conmigo, minutos antes. Esta vez, intentó mayor precisión buscando, tal vez, nuevas respuestas: “¿así que venís a moverte?”, “sí”, repetí. “¿y jugaste alguna vez?”. En esa pregunta aproveché, no sólo a responderla sino – al mismo tiempo –, a compartir un poco de mis nervios. No sólo le expliqué que jamás había jugado al rugby, y que no sabía con qué me iba a encontrar, sino también, aproveché para explicarle muy llanamente, qué es lo que estaba haciendo con mi estudio. Me miró, lo miró a Nacho, y le dijo “¿qué bichos raros traes al club?”. Nacho dejó que su compañero avance unos metros y con un gesto, articulado entre su mano y su boca, me hizo entender que no hablara más de eso. No volví a repetirlo. Comparé ese momento con los compartidos con Nacho, en otros espacios y tiempos, y noté que había cambiado su modo de dirigirse hacia mí. Comprendí, nuevamente, aquello de ser uno más, y que tal vez algún exabrupto mío, podría modificar la posición de Nacho en el grupo. Este es un punto importante en mi observación, sobre todo si lo relaciono a las entrevistas realizadas a otros actores: que las identidades, principalmente personales, se componen de un fuerte recurso retórico, denominado por Bourdieu (1986) como la *ilusión biográfica*. Consiste en atribuir coherencia y orientación intencional a la propia vida, según el sentido que va tomando lo narrado. Giménez (2005), recoge el concepto para prestar atención a cómo se modela una identidad, teniendo en cuenta los gestos de autocensura espontánea de las

²⁹ El primo no vive en Argentina.

experiencias dolorosas y traumatizantes, como también la preferencia a hacer armonizar el propio relato, con las normas de la moral que se construye dentro de un conjunto de reglas en determinados espacios. Recordaba lo que me decía Nacho, en una entrevista previa, sobre su club: “Yo hablo de romperse el culo, por el tema de romper con el elitismo del rugby, el rugby capaz se ve como un deporte solamente para gente de guita, sin embargo ahí era un club (hablando sobre Albatros) que funcionaba y todo como club de rugby, pero era gente de diferentes estratos, obviamente estaba el de guita y el de no guita; y todos concordaban lo mismo, juego al rugby, soy amigo y todo lo que implica el rugby en sí. Entonces yo entré en ese lugar”.

Comparé este relato anterior y la censura hacia mí posterior (en su espacio de acción). Como en otras entrevistas, la contradicción enunciativa entre quiénes pueden jugar al rugby y quiénes no, se hacía un poco más clara en mi observación participante. Una cosa había sido el relato sobre su propia vida, en aquella entrevista, y otra cosa era observar a Nacho en el momento donde tanto él, como yo, estaríamos pendientes de lo que él haga. Yo, por la necesidad de observar y construir nuevas relaciones en base al registro de mis sujetos de investigación. Nacho porque, más o menos consciente, sabía que todo lo que me había contado sobre su club, *su espacio*, tenía que coincidir con lo descrito en la entrevista³⁰. Planteo la contradicción enunciativa, ya que en todas las entrevistas que realicé, los sujetos expresaron una total apertura en cuanto a quien podía jugar al rugby. La idea de que “cualquiera puede jugar al rugby” entra en

³⁰ La historia de vida permite poner en tensión los conceptos y las acciones puestas en juego con mis informantes. Es la historia de vida, extraída en la entrevista en profundidad, la que nos puede otorgar las pistas sobre las creencias, en términos de representaciones, que ellos tienen sobre su trayectoria de vida, y cómo la *vuelven* relato coherente y orientado basado en múltiples acontecimientos, atribuyendo valoraciones positivas o negativas a las acciones, según sea la posición que ellos ocupan en el relato.

tensión no sólo analizando las trayectorias familiares de los jugadores entrevistados (y ver, en tendencia, sus regularidades), sino también, al reflexionar sobre qué hubiese sucedido si no le hacía caso a Nacho con sus indicaciones sobre cómo debía actuar cuando estábamos con sus compañeros. Y más aún, cómo hubiera accedido a entrenar, si no hubiera conocido a Nacho, y a muchos de sus compañeros, tiempo antes de comenzar a entrenar.

“¿DE DÓNDE SOS?, ¿CON QUIÉN VENÍS?”

Caminamos hacia la cancha donde ya había jugadores entrenando: de plantel superior, de divisiones juveniles y también los denominados *veteranos*. Todos en el mismo espacio, ocupando diferentes porciones. Las instalaciones no cuentan con un gran *comfort*, la iluminación artificial no se corresponde con una buena calidad en cuanto a la potencia de la luz, ni en el campo de juego abundaba pasto (el terreno estaba más bien seco, con mayoría de tierra). Estas condiciones, las hago relativas a las otras dos unidades de observación (La Plata Rugby Club y Club Universitario), donde las condiciones estructurales tienen que ver con una mayor disposición de materiales para un mejor entrenamiento (en todo aspecto).

Varios íbamos llegando. Hay un punto de encuentro, en una de las esquinas de la cancha. Allí todos dejaron sus bolsos, y comenzaron a charlar entre ellos, previo al inicio del entrenamiento. Nacho me llevó hasta el preparador físico del equipo y me presentó: “él es Juan, un amigo, que quiere empezar a jugar”. Nos dimos la mano, y en términos amables, me preguntó si había jugado anteriormente al rugby. También quiso saber cuánto hacía que no practicaba algún deporte. Le comenté que

había jugado al fútbol profesional, y que desde el año 2005 no hacía ninguna actividad deportiva, excepto ir al gimnasio³¹, y jugar en forma recreativa los sábados al fútbol. Le advertí de mis cuatro operaciones: dos en el hombro izquierdo y dos en la rodilla derecha, la información sobre mis lesiones la entendí como una forma de autoresguardo. Pero el preparador físico ni se inmutó, no hizo ningún gesto, de ningún tipo. También le dije que técnicamente no tenía ninguna destreza, a lo cual, tampoco hizo ninguna salvedad, me dijo: “no hay problema, no importa”.

Nacho se retiró de la cancha, hacia una especie de sala médica –ubicada en el mismo club– porque tenían que realizarle una medición de su masa corporal y otro tipo de controles físicos³². Rápidamente el preparador físico advirtió la escena y comenzó a presentarme al secretario técnico del club, a los entrenadores y al manager del equipo. Todos coincidieron preguntándome sobre tres cuestiones: “de dónde era”, “con quién había venido” y “si alguna vez había jugado al rugby”. Por orden, fui contestando que era de La Plata, que había venido con Nacho, y que nunca había jugado al rugby, pero que tenía curiosidad y me atraía el deporte.

A las órdenes del preparador físico, comenzamos la llamada entrada en calor (o pre-calentamiento). Allí nos reunimos con los demás integrantes del plantel, de los cuales, a muchos ya

³¹ Desde hacía dos meses venía intensificando mis trabajos en el gimnasio para fortalecer y aumentar mi masa corporal. Teniendo en cuenta el constante contacto del cuerpo basado en la agresividad (para mis percepciones) del juego y mi casi metro sesenta y cinco de estatura, no podría estar preparado –sin ir al gimnasio–, para contraponer mi fuerza con oponentes (algunos) de casi dos metros de altura y cien kilogramos (o más) de peso.

³² Luego le consulté sobre este tipo de diagnóstico y me comentó que el club lo hace periódicamente para seguir el proceso de cada jugador en relación al desarrollo del entrenamiento y el cuidado de su salud. La revisión está a cargo de un médico y se realiza a través de un equipamiento tecnológico de alta complejidad.

conocía. Se sorprendieron de verme allí y me lo comunicaban con el interrogante “¿qué hacés acá?”. Yo ya había aprendido: contestaba que venía a “moverme un rato”. Antes de arrancar a trotar para activar los músculos (sobre todo porque la temperatura ambiental empezaba a bajar), coincidimos con la mirada y nos reconocimos mutuamente. Era Tato, que con una sonrisa indicó “qué bueno que viniste”. Corrimos a la par, charlando sobre la peña (así la nombró él) que había organizado y a la vez me iba presentando a otros compañeros, les decía, “el es Juan, un amigo”. De mis experiencias sobre grupalidad (en fútbol y en ámbitos laborales nuevos), consideré de suma importancia estas escenas con Tato. Tal vez, el máximo referente del equipo, me estaba habilitando a permanecer (por lo menos en el inicio) en el espacio grupal. Lo cual, también, lo entiendo como una especie de *garantía* hacia los demás integrantes del equipo, en cuanto a que por lo menos, en principio, yo no amenazaría la grupalidad cotidiana.

Todos mis entrevistados coincidieron en la forma en que llegaron a jugar al rugby: por intermedio de un amigo, o llevados por sus padres (esto indica un dato ejercido en nombre de una *tradicción*, sobre todo si analizamos cuánto margen de elección de actividades tienen los sujetos –más que nada durante la niñez–, ya sea por condiciones materiales y/o simbólicas). En ese sentido, yo tenía, hasta el momento, las garantías que los propios sujetos me habían explicado en torno a cómo acceder al espacio del rugby.

En el medio de la vuelta, nos cruzamos con *los veteranos*³³. Uno de ellos, mirándonos (más a Tato que a mí), nos dijo con intenciones de saludo: “chicas, ¿cómo andan?”. Le pregunté a Tato quiénes eran, y me dijo que eran los *veteranos del club*,

³³ Así los nombró Tato.

que se juntan todos los jueves ahí a compartir una *tocata*³⁴, y luego a comer y a beber algo. En la segunda vuelta ya se había incorporado Nacho y al pasar, nuevamente, por donde estaban los *veteranos*, esta vez Nacho tomó la iniciativa y los saludó diciendo: “¿Cómo les va a las chicas?”. Estaba en presencia de variaciones, según generaciones y según diferentes momentos, los dos grupos (los del plantel superior y los *veteranos*) se apropiaban de la categoría *chicas* para nombrarse mutuamente. En un espacio profundamente androcentrista como el que estaba interactuando, la categoría *chica* probablemente fijara atributos absolutamente despreciativos y discriminatorios. El enunciado se había convertido en un *estigma* (Giménez, 2005) desacreditando la práctica del otro grupo (ya sea el plantel superior hacia los *veteranos*, o viceversa). Luego del entrenamiento, le comenté a Nacho –mientras tomábamos unas cervezas–, que me había llamado la atención cómo se saludaban entre los *veteranos* y ellos. Utilizaban la misma categoría para referirse mutuamente. Me dijo, sonriendo, que era una broma y me comentó cuál es la relación con los *veteranos*. Me dijo: “con ellos está todo bien, no hay problema. Los días de competencia nos matan. Nos critican. Algunos creen que se las saben todas sobre rugby. Pero después, está todo bien”.

Terminamos las vueltas de precalentamiento y nos pusimos a elongar los músculos, amontonados en un sector de la cancha. Tato tomó la palabra y elevó la voz repitiendo una directiva del preparador físico: “muchachos, el profe dijo en silencio, ¿es tan difícil hacer silencio? Mantenemos el silencio”. Nadie habló más. Al costado de nuestro grupo, estaban los entrenadores dialogando con el manager y el secretario técnico, iban llaman-

³⁴ La *tocata* es una especie de juego, practicado con la pelota de rugby, que consiste en pasarse la pelota y llegar a una línea de anotación, pero en el que no está permitido *tacklearse*. Es decir, contiene un nivel mínimo de contacto, y de menos agresividad, en relación al rugby.

do de a uno a los que estábamos en el grupo. Pude escuchar al técnico preguntarle a un jugador si podía jugar el sábado. Luego de varios diálogos, confirmé que estaban consultando a algunos jugadores sobre la posibilidad de formar parte del equipo titular el día de partido.

El preparador físico retomó con su voz la actividad. Esta vez, para realizar trabajos físicos coordinativos³⁵. Nos organizó en cuatro filas de diez jugadores cada una, aproximadamente. El terreno estaba marcado con elementos especiales (una especie de platos pequeños de plástico, coniformes) delimitando desde dónde y hacia dónde, debíamos realizar los movimientos. Los ejercicios no demandaban gran complejidad y esto colaboraba en lo que yo consideraba un riesgo: *desentonar* en la grupalidad. Estaba poniendo en juego mis saberes corporales. Ponía mucha atención a lo que indicaba el preparador físico y miraba a mis compañeros que me antecedían en la fila para copiar los movimientos. Así pude darme cuenta que yo estaba rompiendo con una lógica naturalizada de trabajo. En un ejercicio continuo, al llegar nuevamente al punto de partida y repetir el trabajo, mi antecesor, esperaba a sus compañeros de orden de las filas contiguas. Al llegar, y coincidir los cuatro, uno de ellos gritaba: “arriba” o “va”. Y así, recomenzaban la acción. Tardé varios minutos en interpretar esa pauta. Eso organizaba y ordenaba, sin advertencia previa, la dinámica del trabajo. Nadie me lo indicó. Llegó un momento en donde yo recomenzaba el trabajo, sin que nadie estuviese a mi lado. Ahí, hice visible esa pauta. Con el paso de los minutos entendí que no estaba desentonando y que lo que estábamos haciendo tenía que ver con mi historia deportiva.

³⁵ Se trataba de diferentes movimientos con el objetivo de potenciar la coordinación neuromuscular.

Luego de los trabajos de coordinación, el preparador físico ordenó que nos cambiáramos las zapatillas por los botines³⁶. Me miró y me dijo, desde la posición pedagógica que señala Iuliano (2008) sobre el papel que cumplen sus informantes: “Juan, vos también ponete los botines así empezás a conocer el juego”. Le hice caso. En mis intentos de seguir advirtiendo que nunca antes había jugado, el profesor volvió a insistir diciendo: “No pasa nada, se aprende. Aunque sea mirás”.

Ya estábamos todos listos. El técnico se acercó y leyó dos listas con sus apellidos correspondientes, de quienes iban a participar del sábado en el partido oficial. Los sábados juegan el equipo superior, que es el equivalente a una primera división, y el equipo de intermedia constituido por quienes quedan afuera del equipo superior. Todos los jugadores, inclusive yo, se dispusieron en un semicírculo, abrazados unos con otros. A ambos lados míos, tenía a dos jugadores que no conocía. Me abrazaron igual. Nadie advirtió nada sobre el abrazo grupal. Lo cual podría indicar que es común que cuando el técnico lee la formación de los equipos, todos esperan la lista, abrazados.

Luego de la convocatoria, dividió el plantel en cuatro grupos. Dos grupos de *Forwards* y dos grupos de *Tres cuartos*³⁷. Junto con tres jugadores más, fuimos los únicos que no realizamos los movimientos de juego. Mis compañeros de espera comenzaron a pasarse el balón de manera recreativa. Me quede sentado a un lado observando cómo trabajaba el resto del plantel. Intentaba descifrar cada movimiento y su fundamento táctico. En un momento el manager (que estaba cerca de nosotros), les

³⁶ En general, los jugadores visten ropa de marcas deportivas reconocidas, de telas resistentes, especiales para evitar las posibles roturas ante eventuales situaciones de juego.

³⁷ Los tres cuartos son también denominados *back*. Son los jugadores numerados del 9 al 15 y difieren habitualmente de los *forwards*, en las características corporales. En tendencia, son jugadores con menos masa corporal y más agilidad y velocidad.

recomendó a los tres jugadores que quedaron fuera, que me incluyeran a mí, en sus actividades. Me incorporé. Me dieron un par de pases, y luego, sin decir nada, voltearon para donde estaban trabajando los grupos de *Forwards y Tres Cuartos*, y continuaron dialogando entre ellos. Decidí volver a sentarme y a observar. Mientras, pensaba y me preguntaba cómo era posible asimilar las técnicas de juego. Cómo harían en el Club, para que nuevos integrantes –en la misma situación y trayectoria que yo, en referencia al rugby–, comenzaran a adquirir competencias sobre el deporte. Entendí, dadas las circunstancias, que primero debía mirar. Tendría que observar hasta entender las secuencias del juego. Esa fue mi tarea del día. Mientras, seguía sin hablar con nadie. Nadie se acercó a mí. Sólo la hija del secretario técnico que también me hizo las tres preguntas repetidas en mi estadía: “¿De dónde era?”, “¿Con quién había venido?” y “si alguna vez había jugado al rugby”. Me contó que tenía trece años, que siempre concurría al club, desde pequeña. Juega al Hockey en el Club San Luis³⁸. Era la única chica que había en todo el predio. Comencé a preguntarle sobre su trayectoria deportiva, hasta que llegamos al tema del rugby. Allí me hizo algunas sugerencias: “Lo único que tenés que tener cuidado es con la cara”. Enseguida me contó lo que le había pasado a un jugador del club en un partido. Sufrió un accidente en su cara (producto de un golpe) y debieron operarlo, colocándole una pieza ortopédica de un costo elevado (37.000 pesos) como solución a su problema. Yo le pregunté si seguía jugando y me dijo: “sí, allá está” (señalándolo), y agregó que también sufrió un accidente en su oreja, donde también tuvo que ser asistido

³⁸ El Club San Luis forma parte de la Institución educativa el colegio San Luis, correspondiente a la congregación de orden católica de los Hermano Maristas. Tradicionalmente era un colegio donde asistían sólo varones, y el acceso a la institución era restringido-selectivo. Hoy, son aceptadas mujeres. El Club San Luis también cuenta con un equipo de rugby.

en forma compleja, después que la rodilla de un rival impacta sobre ésta transformando su fisonomía. Hablando sobre su colegio, me contaba que entre sus compañeros, quienes no jugaban al rugby eran “así como...gays” y que jugar al rugby era “lo que correspondía, lo normal”. También compartió conmigo sus reflexiones en cuanto a las diferencias entre el fútbol y el rugby, “el fútbol es para los sucios, y el rugby no. Es más leal”. Aquí me detengo a establecer relaciones y encuentro regularidades en torno a las trayectorias familiares y a lo que podríamos entender como capital escolar y capital cultural acumulado (Bourdieu, 1979, 1998). La joven me indicaba la relación directa entre la institución escolar (San Luis, espacio tradicionalmente masculino y masculinizante), el rugby, y el estatus asignado al pertenecer a alguno de estos dos espacios. O en su defecto –y apelando a las trayectorias familiares y escolares de los sujetos entrevistados–, el acceso y permanencia a la educación universitaria (sea pública o privada), se presenta como condición de posibilidad para permanecer en el espacio social rugby. Así podríamos entender lo que se establece como *cultura legítima del rugby*, dando cuenta de los atributos asignados por sus participantes. Por ejemplo, al asociar la práctica, con lo denominado como *caballerosidad y honor*. En palabras de quienes juegan al rugby, la caballerosidad es:

...vos te terminás de cagar a palos con un flaco, termina el partido y lo saludás, charlas en el tercer tiempo... y además lo tratás de atender bien. Dentro de la cancha le das un golpe bárbaro, te dan un golpe bárbaro y yo si tengo tiempo le doy la mano para que se levante, que se yo, capaz que ahí está la caballerosidad, porque es contacto extremo, porque vos ponés el cuerpo y el otro también, y al mismo tiempo no buscas lastimar, sí bus-

car lastimar pero buscas lastimar para ganar, no para lastimarlo al flaco, de última si lo lastimas “che, ¿estás bien?”, eso es constante, yo lo hago y los demás clubes lo hacen, cuando te quedás debajo de un codo de un rugby tenés el aire contado y no te sigue clavando el codo para que te mueras, te ayuda a levantar, ahí es el gesto caballero (dice Gonzalo, jugador de rugby).

Mientras que el concepto de honor es compartido por los participantes del juego como:

... vos pensá que por más que sean 15 contra 15, hay un momento que vos estás frente a un flaco que lo tenés que bajar o lo tenés que pasar, es el uno contra uno, ese uno contra uno lo tenés que ganar. La regla no te permite cagarlo a trompadas, entonces, si a mí me hubiera pasado eso yo lo hubiera ido a buscar al flaco y le hago dos *tackles* más fuertes que el que me hizo. Eso es el honor.

También el honor es asociado a lo que Bourdieu (1979, 1998) llamaría *allocation*. Aquí, no sólo se enmarca el honor emparentado a la pertenencia, sino a las trayectorias escolares, los capitales culturales acumulados (sea por aprendizaje a través de la tradición familiar, o por la obtención de títulos universitarios), y su relación con los atributos estatutariamente ligados a las posiciones sociales que asignan y confieren esos capitales. Nacho explicó que el honor: “es ir al club y que me reconozcan... `Uh, mirá quien está´ y que me conozcan todos, que todos los pendejitos del club sepan quién soy y que te mimen, sentirte perteneciente a un grupo, sentirte perteneciente a un lugar”. Por supuesto, que aquí está el valor y los atributos de *lo masculino*. La misma joven me explicaba que el rugby “era cosa de

hombres”³⁹. Y no de cualquier hombre. Es decir, la participación de un espacio como el rugby depende de ciertas condiciones materiales y simbólicas, pero a su vez, asigna un estatus social, impuesto históricamente por la misma práctica y reconocido socialmente. Entre documentos revisados, un folleto diseñado desde la U.R.B.A.⁴⁰, sintetizaba todo lo que las demás entrevistas trataban de explicitar:

Ser *rugbier* es entender que el respeto es innegociable. Es vivir con pasión cada momento de nuestra vida. Es superar la adversidad. Es aprender que el esfuerzo es el único medio posible de trascender. Es escuchar a los más grandes, que por algo son más grandes. Es *cortarse* en la cancha, no *cortarse* fuera de ella. Es imitar los buenos gestos que nos rodean. Es pensar antes de actuar. Es compartir. Es saber que el referee siempre tiene razón, por más que se equivoque. Es decirle no a la violencia. Es hacer amigos todos los sábados y domingos. Es compartir el tercer tiempo hasta el final. Es asumir un compromiso. Es soñar todo el tiempo. Es enseñar con el ejemplo. Es ganar a veces sin ganar. Es cuidar a tu club. Es caminar erguido y con la frente alta siempre. Es saber que el compromiso, la disciplina y todos los valores del rugby se extienden más allá de la cancha y el club y que deben trasladarse a todos los ambientes de la vida.

³⁹ Resulta interesante para un trabajo futuro investigar la contrapartida de lo *honorable*, es decir, qué entienden los actores por *deshonroso*, *avergonzante*. Agradezco esta reflexión al doctor José Garriga Zucal.

⁴⁰ Unión de Rugby de Buenos Aires. Es la institución que nuclea a los equipos de la provincia de Buenos Aires, y que organiza las competiciones de esa zona del país.

Desde el rugby, históricamente, se concibió la oportunidad de conciliar en un espacio, por un lado, la condición de *caballeridad* (basada en la tolerancia, la lealtad, el respeto y la disciplina) y, por otro, la *agresividad* (asociada a las características de violencia de la práctica). A propósito de esta asociación de significados, el trabajo de Geroge Mosse realiza una genealogía del concepto de caballeridad analizando cómo la noción de caballería –propia de la Inglaterra del siglo XIX– es tomada por las clases medias, para construir sus moralidades y sus costumbres. Mosse sostiene que la caballeridad está asociada no sólo a los atributos físicos de un caballero (y su correspondiente virilidad, fuerza y coraje expresados en las posturas y en las apariencias corporales), sino a los modos correctos de comportarse (Mosse, 1996).

En apariencia, si remitimos a la condición dualista, de lo dócil y lo agresivo, o lo violento y lo pacífico, estableceríamos una oposición que en el campo de rugby, se nos presenta como complementaria o necesaria. Es decir, el sistema elaborado históricamente en base a modelos civilizatorios que regularon el espacio del rugby en Argentina, como vínculo deportivo con los sectores dominantes, a través de una lógica apoyada en la razón como forma de descubrir el mundo y construir las propias prácticas, estabilizó y garantizó la necesidad de resguardar un espacio distintivo de clase y, conjuntamente, un lugar seguro para los atributos asociados a una forma tradicional de masculinidad. Una producción y reproducción cultural vuelta naturaleza, vuelta sentido práctico (Bourdieu, 1980, 2007).

IDENTIDAD, PODER Y CORPORALIDADES

Resulta difícil pasar por inadvertido uno de los trabajos que cruza la técnica etnográfica con la práctica concreta del deporte: el del sociólogo Loïc Wacquant (2000, 2006). Al igual que Wacquant –en algún punto–, nuestro trabajo asume un alto grado de inmersión en el campo, y también un profundo nivel de corporeidad puesta en juego, dadas las características de nuestro objeto y nuestros sujetos de investigación. Wacquant comienza su experiencia analítica en un gimnasio de boxeo tratando de registrar, para luego analizar, el sentido práctico de ese deporte y las disposiciones del *gusto* hacia determinadas acciones corporales. Cabe destacar que el investigador no *se vuelve* sujeto investigado por realizar la práctica de su informante. Debe mantener la conciencia de su posición como analista y, a la vez, reflexionar sobre las determinaciones objetivas y subjetivas de sus informantes (y las del propio investigador), y la relación establecida al momento de realizar la etnografía. En nuestro caso, no se trata de transpolar la experiencia de Wacquant sobre el boxeo, hacia el rugby. Pero sí de trazar algunas analogías en relación, sobre todo, al punto de reflexión sobre la técnica etnográfica y el objeto, y el grado de corporeidad del investigador, puesto al servicio de la técnica. Así, seguimos a Wacquant: “Debía estudiar el boxeo en su aspecto menos conocido y menos espectacular: la rutina gris y punzante de los entrenamientos en el gimnasio, la larga e ingrata preparación –física y moral al mismo tiempo–, preludeo de las breves apariciones bajo las luces, los ritos ínfimos e íntimos de la vida del gym que producen y reproducen la creencia y alimentan esa economía corporal, material y simbólica tan particular que es el mundo pugilístico” (2000, 2006:23).

Tanto el boxeo como el rugby requieren de técnicas corporales y destrezas lúdicas que les son específicas. Los dos deportes mantienen un profundo nivel de agresividad y violencia que obliga a determinadas percepciones sobre el juego, los rivales, y las acciones durante la competencia, tanto de los actores como del propio investigador. Mi percepción sobre la agresividad y la violencia de ambas disciplinas surge de una posición ajena a dichos ámbitos, a partir de la relación que establezco entre éstos y otros deportes que no se caracterizan por el contacto corporal. En el rugby se desarrollan actividades que se basan en un sistema de fidelidades entre compañeros y rivales, como habitualmente se estructuran los deportes jugados en equipo. Para ello es necesaria la cooperación, sobre todo antagónica. No sólo de los saberes corporales propios depende la seguridad (ante lesiones, sobre todo), sino de la contribución de los contrincantes al entrar en contacto *cuerpo a cuerpo*. Esto implica la incorporación de competencias prácticas que fueron modeladas y moduladas históricamente sólo por –y para– los hombres, fundamentalmente en el rugby. Es decir, dentro de lo que se entendería socioculturalmente como *lo masculino*⁴¹, marcado por las gestualidades, posturas corporales, lenguajes, acciones determinadas asociadas históricamente al mundo de lo masculino.

En el caso del rugby, y de nuestra situación particular de estudio en La Plata, el club elegido para realizar observaciones participantes, nos permitía pensar en relaciones de género.

Luego de entrenar, llegué al vestidor, y me senté sin hablar mucho al lado de Nacho. En este sector predominaban los ju-

⁴¹ Siguiendo a Badinter (1994) podríamos establecer que la identidad masculina dominante, en nuestras sociedades, podría emparentarse con el hecho de poseer, tomar, penetrar, dominar y afirmarse (si es que es necesario, por la fuerza). Mientras que la identidad femenina, ha de asociarse a las características de docilidad, pasividad, sumisión y a la búsqueda de ser poseída.

gadores más jóvenes del plantel (entre 19 y 23 años), excepto uno de los *forwards* del equipo, uno de los más experimentados. Comenzaron a dialogar entre ellos, hasta que ingresó otro de los jugadores con más experiencia. Yo lo conocía por haber conversado en *el tercer tiempo* de varios partidos. En el campo, ese día, no nos habíamos visto. Nos saludamos (él con un gesto de sorpresa y cordialidad). Se sentó al lado mío, me abrazó, y mirándolo al *forward* experimentado le dijo (refiriéndose a mí, mientras besaba el lóbulo de mi oreja izquierda): “¿está lindo no?”⁴². El *forward* asintió con la cabeza. Los demás sólo nos miraban y se reían. Yo continué bromeando y no me resistí. Seguía el tono de las acciones, hasta que, sutilmente, maniobré discursivamente para terminar con la broma (si es que era una broma). Fue ahí cuando me miró el *forward* experimentado y me dijo (con entonación, mitad en broma y mitad tenaz): “Si querés ser aceptado, no hables mucho, porque si no, te la podemos poner a la fuerza”. Se trataba de una situación repetida, donde había elementos homoeróticos en relación a cuáles son los modos que indicaban, por ahora, cómo debía actuar yo dentro del grupo, y también mostraba cuál era la práctica de algunos experimentados, ante la presencia de un nuevo compañero.

Seguido a esto, el mismo jugador que bromeó con mi lóbulo, le dijo a un joven que estaba en mi lado derecho “por qué no daba bien los pases dentro de la cancha”. El joven contestó, riéndose, que “estaba cansado”. A lo cual el jugador experimentado respondió utilizando su fuerza física, aplicándole golpes en todo el cuerpo, mientras lo tiraba al piso. En ese momento se replicaron las risas entre todos los que veían esa escena.

Claro que nuestras observaciones no nos dirían nada si no las pusiéramos en cuestión con otros trabajos sobre masculinidades. Es así que comenzamos a establecer relaciones, por

⁴² Un gesto que parece habitual hacia los que ingresan por primera vez.

ejemplo, con reflexiones sobre prácticas carcelarias entre hombres en Chile⁴³. Algunas situaciones durante la etnografía nos recordaban a esos escritos, haciendo consciente todo el tiempo, que mis sujetos de investigación no eran los mismos que los sujetos chilenos abordados por Parrini y Cabrera (1999). Por ejemplo, la escena relatada hace unas líneas más arriba, nos remitió a poner a prueba dos hipótesis de Parrini y Cabrera: que la subjetividad masculina tiene un origen sacrificial y su ejercicio requiere de un sacrificio permanente para sostenerse; la otra sostiene que dicha identidad se establece y se experimenta como una guerra. El sacrificio y la guerra anunciarán la identidad masculina (Parrini y Cabrera, 1999). En la cárcel hay alguien que debe sacrificar su masculinidad (sometiéndose a violaciones y a convertirse en *caballo*⁴⁴). Alguien debe sacrificarse para que una comunidad se mantenga, según René Girard, retomado por Parrini y Cabrera (1999), “todo sacrificio tiene como fin expiar y desviar la violencia permanente que amenaza a las colectividades humanas; de modo que la violencia, que podría extenderse entre todos los integrantes de una comunidad, sólo recaiga en una víctima que su propia inmolación la disipe y permita una convivencia pacífica”.

Entre otras escenas observadas, esta nos permitía trazar algunas recurrencias en relación a los modos de construcción de masculinidad entre un grupo de hombres, más allá de la clase social: la importancia y la disputa por el poder. Ante la ausencia, en el espacio estudiado, de mujeres (al igual que en la cárcel de varones), se intenta ubicar a otros en una posición de sub-

⁴³ Se trata de un trabajo de Rodrigo Parrini y Patricio Cabrera. La investigación fue denominada “Sexualidad entre hombres encarcelados: género, identidad y poder”. Una versión del escrito (de 1999) está disponible en <http://www.eurosur.org/FLACSO/artparr.htm>.

⁴⁴ *Caballo*, según Parrini y Cabrera, es una categoría nativa que alude a quien es sometido sexualmente, y tomado como servidor en las quehaceres cotidianos de la cárcel.

ordinación, de subalternidad, y así lograr el valor de *lo femenino*. Nacho nos decía ante la pregunta sobre por qué no había mujeres en los entrenamientos: “el entrenamiento es un lugar para hombres. Y acá sí que voy a ser machista, es el lugar donde te encontrás con tus amigos y podés hablar tranquilo sobre las minas que te garchaste, las salidas que hiciste, las despedidas de solteros, sin ningún peligro y sin que nadie te joda”. No sólo en los vestuarios, si no, desde el lenguaje, o en el juego mismo⁴⁵. Es decir, hay un ejercicio constante por ejercer acciones que coloquen a algunos sujetos en lugares preponderantes en relación al poder grupal, en tanto identidades masculinas (dominantes). Ya sea mediante la fuerza física, o mediante los juegos (y sus respectivos roles) homoeróticos puestos en ejercicio. Aquí coincidimos con alguna reflexión de Parrini y Cabrera (1999), en tanto que “la masculinidad tiene un origen sacrificial...la hombría de todos vale el sacrificio de uno, que asumirá lo que cada cual, en tanto hombre, no está dispuesto a asumir”. Alguien se debe someter ante la fuerza del otro, o ubicarse en una posición subordinada, asociada a la sumisión, a la pasividad, a la no resistencia. Pero no cualquiera sirve de víctima. En nuestro caso, ante nuestro esquivo, el sacrificio fue retomado por un joven mediante la recepción de una golpiza. No lo sacrificaron en términos mortales. Sino que a través de él, se mantuvo el ejercicio que garantizó, la estabilidad necesaria para reafirmar las identidades masculinas grupales (y también personales). Nadie fue penetrado sexualmente, pero hubo actos y signos corporales y retóricos, que marcaron un orden identitario, sustrayendo el *honor* de la víctima, y jerarquizando valores en la composición de lo que se entiende por *lo masculino*.

⁴⁵ Referida a una batalla, una competencia con un alto grado de agresividad y violencia.

CONCLUYENDO

Por allí es que trazo las pistas para seguir construyendo analogías, en relación a otros estudios, para poder desarmar los modos en que se establecen desigualdades de género y de clase, legitimadas y vueltas naturales, no sólo en el campo del rugby, sino en –y desde– otras porciones del espacio social. Continuo pensando en la construcción de las identidades en espacios como el rugby, donde se garantiza no sólo una condición de estatus social, sino también de género. Con Giménez (2005) –y por eso intento rastrear desde el cruce de técnicas y perspectivas de campo– entiendo que es necesario rastrear las posiciones objetivas de los agentes participantes de una porción del espacio social, y también las formas simbólicas y subjetivas que esos mismos agentes se forjan sobre sus posiciones, bajo la forma de representaciones. Por lo tanto, esto me habilitaría a pensar sobre las identidades, en palabras de Giménez:

Se puede decir, por consiguiente, que en la vida social las personas y las diferencias de posiciones (fundadoras de identidad), existen bajo dos formas: una forma objetiva, es decir, independiente de todo lo que los agentes puedan pensar de ellas, y una forma simbólica y subjetiva, esto es, bajo la forma de la representación que los agentes forjan de las mismas. De hecho, las pertenencias sociales (familiares, profesionales, etcétera) y muchos de los atributos que definen una identidad revelan propiedades de posición. Y la voluntad de distinción de los actores, que refleja precisamente la necesidad de poseer una identidad social, traduce en última instancia la distinción de posiciones en el espacio social” (Giménez, 2005:38).

Nacho me llevó hasta mi casa, y en el camino, comenzó a contarme, sin que yo indagara, cuáles eran los motivos de su fastidio. Me indicó sobre algunas cuestiones en relación a su pareja del momento, algunas otras cuestiones familiares y su angustia en cuanto a determinados comentarios que su madre y su padre hacían sobre su vida profesional⁴⁶, en términos de lo que esperaban de él. Entre sus expresiones, me decía que sentía malestar en lo que consideraba que sus *amigos de rugby* esperaban de él, y me contó que en unas vacaciones compartidas junto a ellos, le decían: “Dale andá a encararte a esa mina vos, que nosotros vamos atrás tuyo. Con la facha que tenés te levantas todas las minas”, y él me aclaraba, “yo quiero estar tranquilo, si salgo a la noche y no estoy con ninguna mina, también la paso bien. Pero siempre siento como que tengo que estar con una mina. Todo el tiempo mis amigos de rugby, me hacen sentir eso”. En ese momento aproveché, con cierta delicadeza, para hacerle una pregunta que creía fundamental, y le dije que si sentía eso, por qué seguía yendo. Temía que Nacho se enojara por la pregunta. Pero no paso nada. Y tomándose el pecho, me contestó: “porque es mi lugar. Es mi lugar de pertenencia”. Ni bien terminó de explicarme, empecé a comprender ciertas cuestiones que, tal vez, comience a des-velar. Sobre todo, pensando en el malestar de Nacho, y en el jugador que se accidentó y debió ser operado. Hay algo –por supuesto– que comparten como parte de un grupo, y que creen que vale la pena, permaneciendo en el espacio del rugby, a pesar de tener que sostenerse, por ejemplo, a pesar de graves operaciones, y el otro, de una expresión que me estaba indicando un malestar en torno a sus compañeros. Tal vez este último caso, me permita pensar en la posibilidad de hacer visible en Nacho, la oportunidad que

⁴⁶ Nacho no respondía a las expectativas creadas en el seno de la familia: su padre era Ingeniero; su madre, su hermana mayor y su hermano menor eran abogados, y él profesor de Educación Física.

tiene de construir múltiples masculinidades⁴⁷, es decir, alguna variable que decide *mostrar* conmigo, en relación a su identidad masculina.

Esa fue la primera vez que Nacho me confiaba este tipo de reflexiones sobre su vida, y sentí que el alto grado de corporeidad que demandaban mis preguntas de investigación, tenían sentido.

BIBLIOGRAFÍA

Archetti, Eduardo, *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*. Buenos Aires, FCE, 2001.

Bourdieu, Pierre (1980), *El sentido Práctico*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Bourdieu, Pierre (1979), *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Santa Fé de Bogotá, Santillana, 1998.

Bourdieu, Pierre, “*L’illusion biographique*”. En *Actes RSS*, N° 62/63, pp.69-72, 1986.

Bourdieu, Pierre, “Deporte y clase social” en *Materiales de sociología del deporte*, Barcelona, Ediciones de La Piqueta, 1993.

Branz, Juan Bautista, “Abordajes sobre la práctica del rugby: significados culturales en torno a la construcción de masculinidad” en Gabriel Cachorro y Ciria Salazar (coordinadores) *Educación Física Argenmex: temas y posiciones*. La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, 2010.

Citro, Silvia, “Variaciones sobre el cuerpo. Nietzsche, Merleau-Ponty

⁴⁷ A propósito, dice Badinter que: “No hay una masculinidad universal sino múltiples masculinidades, tal como existen múltiples femineidades. Las categorías binarias son peligrosas porque desdibujan la complejidad de lo real en beneficio de esquemas simplistas y condicionantes” (Badinter, 2003:49).

- y los cuerpos de la etnografía” en Matoso, Elina (compiladora) *Incertidumbres del Cuerpo. Corporeidad, arte y sociedad*. Buenos Aires, Letra Viva, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2006.
- Collins, Tony, *Rugby's Great Split. Class, Culture and the Origins of Rugby league Football*. Londres, Routledge, 2006.
- Dine, Philip, “Corps et genre: de la masculinité au rugby “. *Corps* 1/2007 (n° 2), p. 37-41. <www.cairn.info/revue-corps-2007-1-page-37.htm>. En línea.
- Dunning, Eric, *El fenómeno deportivo. Estudios sociológicos en torno al deporte, la violencia y la civilización*. Barcelona, Paidotribo, 2003.
- Giménez, Gilberto, *Teoría y análisis de la cultura. Volúmen II*. México, Conaculta. 2005.
- González, Jorge, “Convergencias paralelas: desafíos, desamores, desatinos entre antropología y comunicación” en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Época 11- Vol. V. Num. 10. Colima, diciembre, pp. 9-17, 1999.
- Iuliano, Rodolfo, “Me encantaría vivir del golf: apuntes sobre las categorías identitarias operantes en torno a la práctica del golf” en *Revista Question*, La Plata, Vol 1, No 18, 2008.
- Le Breton, David, *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.
- Palermo, Elisa, “Deporte y clases sociales: notas sobre las significaciones sociales del rugby y el hockey en el Hurling Club” en *II Seminario de discusión, investigación histórica y etnográfica sobre las clases medias en la Argentina*, Buenos Aires, IDES, 2010.
- Vasilachis de Gialdino, Irene, “Los fundamentos epistemológicos de la investigación cualitativa” en Cohen, Néstor y Piovani, Juan (compiladores), *La metodología de la investigación en debate*. La

**RUGBY Y MASCULINIDAD: DOS CARAS DE UNA
MISMA MONEDA...SÓLO PARA HOMBRES**

Plata, EDULP, pp. 197-218. 2008.

WACQUANT, Loïc, *Entre las cuerdas*. Buenos Aires, Siglo XXI,
2006.

ENTRE CAVALOS E BARCOS: CORPORALIDADE E GÊNERO EM UMA ANÁLISE COMPARATIVA ENTRE O HIPISMO E A VELA⁴⁸

POR LUIZ ROJO

Você fez uma ótima escolha para esta pesquisa, porque você vai ver que o hipismo é o único esporte que não é machista. Aqui não importa se você é homem ou mulher, a única coisa que diferencia é se você tem habilidade sobre o cavalo (fala de um dirigente brasileiro, em uma conversa sobre meu interesse em pesquisar a questão de gênero no hipismo).

-(Pesquisador): Nos esportes equestres não há separação entre homens e mulheres e isto é entendido como algo positivo. Mas, observando a página da ISAF, eu notei que a definição de classes apenas para as mulheres é que é vista positivamente. O que você pensa sobre isso?

-Os esportes equestres... eu não sou uma expert nisso, mas o André praticou algum tempo e eu sei alguma coisa sobre isso. Eles não demandam tanta força física, precisa de mais contro-

⁴⁸ Agradeço a FAPERJ e a Proppi/UFF pelas bolsas que possibilitaram a realização de cada uma destas pesquisas. Agradeço, também, ao grupo de estudantes de graduação que tem desenvolvido, junto comigo, o trabalho de campo entre os velejadores de Niterói.

le, a força realmente não é tão importante. Então, você pode notar que quase todos os cavaleiros são pequenos, você não vê ali homens tão fortes, com braços grandes, não tem muito espaço ali para um Marcelo Ferreira⁴⁹. Então, ali não existe uma diferença entre o corpo de homens e mulheres. Na vela isso é muito diferente. O corpo faz muita diferença. Então, por exemplo, é impossível competir junto na Laser. A tendência é que o homem seja mais alto e mais forte, então ele sempre irá correr mais rápido. A vela exige muita força, além da habilidade e da concentração... já quando você está em um barco de oceano isso é diferente. Ali a mulher pode ser timoneira se tiver uma tripulação mais pesada, então ela estará com as mesmas condições do que qualquer um. Mas o time precisa ser pesado ou o barco não corre. Assim, quando eles criaram as classes femininas isso criou um incentivo para nós, porque ninguém quer competir para perder, perder, perder o tempo inteiro. A pessoa quer competir tendo alguma possibilidade de ganhar e se você coloca homens e mulheres na mesma classe, sem qualquer distinção, a tendência é que, por causa do biotipo, eles precisem ser separados. Você não tem, por exemplo, boxe sem separação, natação é separado, todos os esportes onde a força física faz diferença precisam ser separados”. (Entrevista com uma dirigente de um clube de vela no Brasil).

Estas duas falas são oriundas de duas pesquisas que desenvolvi nos últimos anos. A primeira sobre as relações de gênero nos esportes equestres, a partir de um ponto de vista comparativo entre Rio de Janeiro e Montevidéu, nos anos de 2007 e 2008. A segunda, que venho realizando desde julho de 2009, venho realizando um trabalho sobre gênero e corporalidade em um clube de vela na cidade de Niterói, que é considerada a capital deste esporte no Brasil.

⁴⁹ Marcelo Ferreira é um dos velejadores brasileiros mais vitoriosos e tem cerca de 1,90m de altura e pesa 115 kg.

No presente texto, estarei buscando pensar sobre estas duas pesquisas de forma comparativa, de modo a poder desenvolver algumas interpretações sobre as relações entre corpo e gênero no esporte. Para realizar tal empreendimento, é fundamental ter em mente uma das contribuições de Boas (2005) que permanece com toda a sua atualidade: a decisão por uma análise comparativa deve ser precedida pelo estabelecimento da possibilidade desta comparação, que não deve ser tomada como dada a priori, mas comprovada pelo pesquisador. É neste sentido que entendo que as duas falas que abrem este capítulo apontam não apenas para a pertinência desta comparação, mas também já indicam a importância de se pensar a questão do gênero relacionada ao tema da corporalidade, para tentar compreender o contexto nos quais estes dois discursos assumem significado em seus respectivos esportes.

Deste modo, irei dividir este texto em três momentos. Nos dois primeiros irei resumir alguns dos aspectos centrais, envolvendo estes dois temas em cada uma destas pesquisas, de forma a possibilitar ao leitor o entendimento dos exercícios comparativos que serão realizados na conclusão.

GÊNERO E CORPORALIDADE NO HIPISMO

Em uma quantidade significativa de campos de investigação, do qual o hipismo é apenas um exemplo, a prática da observação participante é, senão impossível, claramente limitada a apenas alguns de seus aspectos, focando-se muito mais na observação do que na participação em atividades das quais seria necessário um conhecimento técnico aprofundado ou das quais estaríamos excluídos de antemão pelas regras do próprio grupo.

Não se trata, aqui, de postular que esta é uma característica intrínseca dos grupos urbanos, uma vez que temos relatos da impossibilidade de participação de etnógrafos em diversos rituais tribais, mas sim de que “o estudo das modernas sociedades nacionais traz novos desafios e problemas para a pesquisa e reflexão antropológicas” (Magnani, 1996:21). Entre estes problemas, como o próprio autor desenvolve, está a dificuldade em adequar os “conceitos e instrumentos de pesquisa forjados no estudo dos então chamados povos ‘primitivos’ (...) para dar conta da complexidade que caracteriza as sociedades contemporâneas” (Ibíd.: 20).

Para tentar superar estas dificuldades investi em uma combinação de diferentes técnicas de pesquisa que possibilitassem uma adaptação às características específicas dos ambientes nos quais o hipismo é praticado. Uma das motivações para isto foi o fato de que, na maior parte do tempo, as pessoas que eu buscava observar estavam treinando e/ou competindo, implicando um distanciamento físico –eu tinha que permanecer nas arquibancadas ou bancos que circundam as pistas– que dificultava o acompanhamento das interações entre eles (principalmente nos treinos, quando diversos cavaleiros e amazonas compartilham a pista e podem exercitar uma sociabilidade que as competições, por implicar sempre um único conjunto em pista, dificultam).

Entre estas técnicas utilizadas, a “observação de perto e de dentro” (Magnani 2002) e um levantamento sistemático de todos os aspectos das competições em que participavam cavaleiros e amazonas, das mais diversas idades, teve um papel destacado. Acompanhando a realização de diversos treinamentos e uma quantidade significativa de competições, embora de forma desigual entre Rio de Janeiro e Montevideu devido à impossibilidade de permanências mais longas nesta última cidade, pude observar não apenas a diferença numérica da presença de ho-

mens e mulheres nas provas de adestramento e de salto, mas também entre as diferentes categorias desta última modalidade. Além disso, com o desenvolvimento de minha compreensão do esporte, bem como com o treinamento de meu olhar para o que ocorre nas áreas de competição, pude perceber aspectos específicos tais como a variabilidade por gênero no uso do chicote para incentivar ou punir o animal em determinados momentos das provas ou em relação a como afagam o animal após cada passagem pela pista, bem como diversos outros detalhes que contribuíram para um refinamento das análises realizadas.

Além disso, esta ênfase na observação das atividades hípicas propiciou diversas possibilidades de realização de “entrevistas-relâmpago”, ou seja, aproveitar um fato específico ocorrido (uma queda, um uso mais específico do chicote, uma reação particular frente ao comportamento do cavalo, entre outros aspectos) para aprofundar a conversa sobre estes tópicos, no momento imediatamente posterior a sua ocorrência.

Através destas técnicas de pesquisa pude verificar como, neste esporte, seja em Montevideu ou no Rio de Janeiro, a inexistência de separação entre os sexos favorecia a observação de marcas de distinção entre os gêneros. Uma destas marcas pode ser encontrada nas diferentes manifestações corporais, entre as quais a utilização do chicote e a forma como os praticantes do hipismo interagem com seus animais aparecem como as mais significativas.

O chicote é considerado parte dos acessórios de quem pratica o hipismo, embora seu uso não seja obrigatório, e é utilizado de diferentes formas e com distintos objetivos no decorrer de uma prova de saltos⁵⁰. Pelo que pude observar, um dos seus usos mais frequentes é logo após um refugio⁵¹, onde me foi

⁵⁰ Nas vezes em que presenciei provas de adestramento o chicote, embora possa estar presente, não foi utilizado em nenhum momento.

⁵¹ Refugio é o termo nativo para quando um conjunto (cavalo/cavaleiro ou ama-

indicado que este teria o objetivo de “corrigir” ou “incentivar” o cavalo para uma nova tentativa de ultrapassar aquele obstáculo. Estes são os dois verbos mais utilizados pelos praticantes quando se referem ao uso “correto” do chicote. Entretanto, para algumas pessoas com quem conversei, o erro é sempre de quem monta –normalmente um erro de aproximação do obstáculo, que não permitiria a distância adequada para o cavalo saltar, implicando no refugo deste– e o verbo adequado seria “punir” o cavalo. Para os que defendem esta perspectiva com mais ênfase, muitos dos quais sequer entram na pista com o chicote, o uso deste acessório seria mais como uma forma de desviar a culpa pelo erro, de si mesmo para o animal.

A análise de uma situação concreta do uso do chicote, logo após um refugo, permite identificar alguns dos elementos centrais que são acionados, tanto por quem utiliza o chicote quanto pelas pessoas da assistência (que é composta, em sua quase totalidade, por pessoas que vivenciam o hipismo cotidianamente).

Assim, uma das primeiras vezes em que o tema do uso do chicote chamou minha atenção foi durante o percurso de um jovem cavaleiro (em torno de vinte anos de idade), que já contava com resultados expressivos, inclusive em provas de alturas mais elevadas. Ele vinha realizando um percurso perfeito, até sofrer o refugo do animal na última parte de um obstáculo triplo (o que implicava em ter que saltar novamente as três partes deste obstáculo, além da perda de quatro pontos e a consequente impossibilidade de vencer a prova). Na retomada da abordagem deste obstáculo este cavaleiro fez um uso do chicote que foi considerado ostensivo, o que percebi através dos comentários das pessoas que estavam próximas de mim, na arquibancada. Na nova tentativa, entretanto, o cavalo voltou a refugar

zona) estanca na frente de um obstáculo, levando a perda de quatro pontos como penalidade.

na última parte deste triplo, derrubando o cavaleiro. Houve um “zum-zum-zum” na plateia e a senhora (na faixa de quarenta anos de idade) que estava ao meu lado, com quem a esta altura eu já conversava, disse que “o cavalo pode interpretar que foi demais o uso do chicote e se rebelar” e deixou insinuado que a juventude de quem está montando pode levar a isso, porque “a pessoa ainda está insegura, querendo mostrar para todo mundo que não tem medo e que pode comandar o cavalo, aí acaba exagerando, principalmente quando é homem. É raro ver uma menina fazendo este tipo de demonstração exagerada de valentia”.

A minha interpretação deste fato é que não é apenas a dimensão do gênero que é acionada pelos praticantes do hipismo, para refletir sobre a relação com o medo. A faixa etária, principalmente levando-se em consideração que o hipismo pode ser praticado em nível competitivo até uma idade relativamente alta⁵², se comparado com outros esportes, também é entendida como relevante e, neste sentido, articula-se com a crítica de uma coragem que, por “excessiva”, colocaria em risco a própria qualidade da participação e, em última instância, a segurança do conjunto. É significativa, na expressão da mulher que comenta o desempenho deste jovem cavaleiro, a substituição do termo “coragem”, pelo termo “valentia”, demonstração exagerada da primeira, que estaria próxima da imprudência.

Desta forma, tal como ocorre em outros esportes que envolvem o risco (como o alpinismo ou os chamados “esportes radicais”), ou em situações de exposição à violência, como em casos de assalto às residências, tais como os analisados por Coelho (2006) ⁵³, não é a ausência do medo que caracteriza o com-

⁵² Durante a pesquisa entrevistei pessoas que seguem competindo, tanto no adestramento quanto no salto, com mais de cinquenta anos de idade.

⁵³ Neste trabalho, ao refletir sobre as reações a um caso de assalto à residência, a autora contrapõe o controle emocional de um homem adulto com a reação de “um heroísmo que beira o ridículo”, de um homem de mais idade.

portamento mais valorizado, mas torná-lo um sentimento sob controle, que oriente a ação no sentido de alcançar o melhor resultado possível.

A partir desta primeira observação, passei a ter maior atenção para as diferentes formas de uso do chicote, não apenas em situações de quedas ou de refugos, mas inclusive na própria entrada ou não na pista com este acessório, para verificar se este uso estaria associado a alguma característica de gênero.

De forma paralela a estas observações, realizei algumas entrevistas voltadas especificamente para este tema. Em uma delas, com uma ex-amazona de nível internacional e que atualmente trabalha como treinadora, ouvi que “sempre se deve dar uma “corrigida” (com o chicote) no cavalo, quando ele refuga, como se faz com cachorro e criança, que aprendem do mesmo jeito”. Assim que fala isto ela ri e se corrige, dizendo que isto era na sua época e que hoje em dia não se faz mais isso com criança. Em seguida explica que a intensidade depende da raiva na hora, do controle emocional e da coragem da pessoa, porque por um lado tem que ser só uma “corrigida”, e não uma agressão ao cavalo e, por outro lado, tem gente que não sabe a reação que o animal pode ter e aí fica com medo de usar o chicote. Normalmente, segundo ela, os profissionais dão uma chicoteada firme e seca, que sabem que o animal sente e reconhece que errou, mas que não o machuca.

Este trecho de entrevista permite associar, no entendimento de uma pessoa com amplo reconhecimento no meio hípico, não apenas pela importância de sua carreira como amazona, mas também por seu trabalho como treinadora e sua experiência no esporte, a utilização do chicote como um elemento de exercício da autoridade de quem está montando sobre o cavalo. A referência explícita à forma como, segundo ela, deveria se educar as crianças, “corrigindo” quando necessário (subentende-se

que igualmente, com firmeza para que a criança sentisse que havia feito algo errado, mas sem o intuito de machucá-la, o que exigiria um estreito controle das emoções do adulto que faz a “correção”), nos remete imediatamente para a divisão tradicional de “funções” na família tradicional, no qual a mãe era a responsável pelo cuidado, pelo carinho, pelo afeto e o pai a figura que exercia a autoridade e, quando necessário, aplicava as punições “corretivas” (Ariés, 1981; Vincent-Buffault, 1988). Torna-se interessante, portanto, que no hipismo esta função corretiva seja vista como sendo indistintamente ocupada por homens e mulheres que, neste aspecto, assumem um único gênero que, em outros trabalhos (Rojo, 2007; Rojo, 2010), denominei de gênero “salto”, por oposição ao gênero “adestramento”.

Entretanto, a observação da utilização do chicote por diversos cavaleiros e amazonas ou, pelo contrário, a opção por entrar em pista sem este acessório, mostra uma complexidade muito maior do que uma simples divisão por sexo poderia supor. Assim, como já foi observado, o componente etário aparece diversas vezes como estando associado a este controle, como no caso de uma menina, abaixo de quinze anos de idade que, após o refugio, ouve de seu técnico (os técnicos, muitas vezes, acompanham a prova o mais próximo possível da pista, de forma a tentar passar alguma orientação para quem está montando) o comando para “corrigir” o animal e, quando ela utiliza o chicote de forma considerada por ele como excessivamente “leve”, diz que é para usá-lo mesmo, com mais força. Assim, comparando com o ocorrido com o jovem cavaleiro que analisei anteriormente, no qual a juventude no homem apareceu associada com uma masculinidade “excessiva” para os padrões do hipismo, nesta menina (ainda mais jovem do que ele) ela está conectada com uma “feminilidade”, também vista como excessiva (pelo menos naquele contexto e por seu técnico), uma vez que poderia levar

o cavalo a questionar a autoridade da amazona, como ele mesmo se expressou quando fui conversar sobre o ocorrido.

Por outro lado, entre cavaleiros e amazonas “adulto”, principalmente entre aqueles que competem nas provas com obstáculos mais altos, o uso do chicote parece estar associado com outro elemento da corporalidade que permite mostrar, para além da simples divisão entre homens e mulheres, a complexidade das diferentes identidades de gênero existentes, que é a forma como os cavalos são afagados ao final de cada prova.

Assim, é significativo que Breno (um dos raros homens a competir tanto no salto quanto no adestramento, no Rio de Janeiro), quando participava de provas de salto, não entrasse em pista com o chicote e, ao término de sua passagem, fazia questão de expressar seu carinho pelo animal com afagos e até beijos. Em outros momentos em que pude estar com ele, seja em treinamentos durante a semana ou até desmontado, mas ao lado do animal, pude perceber como ele demonstrava ser permanentemente atento a seus cavalos, os tratando com um carinho que, como ele mesmo diz, expressava “o lado feminino que todos nós temos. Além disso, tem muita gente aqui que gosta de equitação, mas não gosta de cavalo, eu gosto de cavalo, respeito e admiro estes animais e os trato assim, com respeito, com carinho, com atenção”.

A sequência de observações, em relação a estes aspectos da corporalidade, possibilitou um maior entendimento dos diversos discursos sobre as relações de gênero e as diferentes identidades, contextualmente assumidas nos diversos momentos das atividades hípcas, rompendo com uma perspectiva que entende a identidade de gênero como uma característica essencializada, fixa e imutável, que definiriam homens e mulheres. Neste sentido, entendo que esta pesquisa possibilitou uma significativa contribuição sobre o que Abu-Lughod e Lutz (1990), em

diálogo com as teorias do “habitus” de Bourdieu (1983), chamam de “corporificação das emoções”, ou seja, a compreensão de que não apenas aquilo que falamos ou escrevemos, mas o nosso próprio corpo e nossos pequenos gestos, constroem uma “micropolítica” do discurso emotivo, que permite a apreensão de relações de poder no interior de cada sociedade. Permitiu também a interpretação de uma situação empírica na qual as diferenças de sexo são secundárias em relação às diferenças de gênero, possibilitando uma crítica mais profunda das perspectivas que entendem o biológico como destino ou, por outro lado, que incorporando, de forma apenas textual, o “cultural” nas identidades de gênero não ultrapassam as dicotomias que acabam por cristalizar um masculino e um feminino.

GÊNERO E CORPORALIDADE NA VELA

O início da pesquisa na vela pressupunha uma perspectiva metodológica bastante semelhante àquela que desenvolvi no trabalho sobre o hipismo. Entretanto, a possibilidade que se abriu, logo no início do trabalho de campo, para participar da escolinha de vela fez com que o que havia sido projetado para ser realizado, tal como na pesquisa anterior, através da “observação de perto e de dentro”, se transformasse em um trabalho no qual a observação participante tem sido desenvolvida procurando romper a dicotomia entre seus dois termos, tal como criticada por Favret-Saada (2005). Assim, profundamente influenciado pelo trabalho de Lööc Wacquant (2002), no qual ele etnografa uma academia de boxe a partir de um olhar construído por seu posicionamento como um iniciante na prática deste esporte, eu me matriculei como aluno da escola de vela que funciona neste clube e, desde setembro de 2009, tenho percorrido o mesmo

caminho que muitos que se aproximam deste esporte, desde as aulas iniciais (uma vez que eu nunca havia estado em um barco à vela anteriormente) até a participação em regatas junto com os demais velejadores deste clube.

O desenvolvimento de minhas observações, a partir desta posição de efetiva participação nas mesmas atividades daqueles que tenho pesquisado, tem possibilitado o acompanhamento de situações nas quais, como afirma Becker (1997), a presença do pesquisador torna-se praticamente irrelevante, uma vez que aqueles que pesquisamos estão mais preocupados com a correta performance daquilo que realizam e com o julgamento de outros, tais como colegas de tripulação e treinadores, que são entendidos como mais relevantes do que o que um antropólogo poderia vir a escrever sobre eles. Além disso, minha presença dentro dos barcos, como parte destas mesmas tripulações, possibilita, por exemplo, verificar as diferentes performances de gênero, não apenas nos discursos sobre o esporte, ou nas atividades realizadas em terra, mas na prática efetiva da vela em diferentes tipos de embarcação.

Desta forma, com a minha progressiva capacitação como velejador, para além do treinamento realizado em barcos da classe Dingue⁵⁴, nas manhãs e tardes de cada fim de semana, passei a ser mais vezes convidado para completar tripulações de barcos de oceano⁵⁵, nos quais a presença de mulheres é ainda mais reduzida do que nos barcos menores. As regatas de oceano envolvem tripulações mais amplas (variando de três a mais de

⁵⁴ O Dingue é um barco para duas pessoas, de fabricação brasileira, com uma única vela e considerado, pelos instrutores desta escola, como ideal para o aprendizado de adultos que tenham pouco ou nenhum conhecimento anterior do esporte, devido a sua grande estabilidade e facilidade de navegação.

⁵⁵ Os barcos de oceano se diferenciam dos monotipos, tanto pelo seu tamanho (barcos de oceano têm, normalmente, mais de vinte pés de comprimento – algo em torno de 6,5m) quanto por terem quilha, enquanto os monotipos possuem bolina (fonte: <http://www.sportnautica.com.br/velejar.html>).

dez tripulantes) e, em geral, percursos mais longos. Estas duas características levam a que, no decorrer das provas, exista uma intensa sociabilidade dentro de cada barco, com muitas conversas e, pelo menos nas regatas em que participei e que eram basicamente “festivas”⁵⁶, regadas a sanduíches e cerveja. Ocasionalmente, também estive em algumas “saídas”⁵⁷ que os donos destes barcos fazem, tanto exclusivamente para passeio quanto para testar algum material novo, antes de colocá-los efetivamente em uso em alguma competição.

Esta posição de observador efetivamente participante possibilitou analisar as construções de gênero neste esporte em múltiplos contextos. Além disso, pela colocação de meu próprio corpo como um instrumento de pesquisa pude vivenciar algumas destas situações e experimentar diversas posições dentro de diferentes tipos de barco.

Uma vez mais deve ser ressaltado que gênero, aqui, mesmo estando profundamente conectado com as dicotomias sexuais, as excede. Assim, em diversas classes, a divisão existente situa-se não apenas entre homens e mulheres, mas entre múltiplas corporalidades e identificações de gênero. Por exemplo, a definição das posições dentro de um barco é realizada através de uma série de variáveis, como a descrição abaixo, feita em relação a um barco de oceano, permite visualizar:

⁵⁶ Há um circuito de regatas de oceano que reúne os principais barcos desta classe, entre as quais a Semana de Vela de Ilhabela é uma das mais comentadas no local onde desenvolvi esta pesquisa. Para além deste circuito, há uma série de regatas “festivas”, que comemoram aniversários dos muitos clubes de Niterói e do Rio de Janeiro ou que se referem a figuras ilustres da vela (tal como a regata Preben Schmidt, que ocorre em dezembro de cada ano e que homenageia um dos introdutores da vela no Brasil).

⁵⁷ “Saída” é normalmente utilizado nestas ocasiões em que não se vai participar de uma regata ou, para algumas tripulações que participam de regatas mais importantes, em que não se vai treinar.

O proeiro necessita ser alto, magro e forte (...). Importante: o proeiro precisa de muito equilíbrio, uma vez que a proa balança muito (...). Na secretaria o peso do velejador não é tão importante (...). O trimmer da genoa precisa de um velejador forte, mas leve e com muita sensibilidade (...) enquanto quem cuida do trimmer da grande necessita ser muito forte e pode ser mais pesado também (...). O velejador que cuida do balão, precisa ser forte, pesado e habilidoso (...). O timoneiro é a posição mais desejada e é ocupada pelo proprietário ou pela pessoa mais experiente a bordo (...), habilidade, atenção, dedicação e experiência são consideradas na escolha do melhor velejador para guiar o barco⁵⁸.

Analisando as duplas da classe 420, Mendonça observou algumas similaridades com esta divisão, embora nestes barcos existam apenas duas posições (timoneiro e proeiro) e, em sua interpretação, não apenas os traços indicados acima distinguem entre ambos, mas também as atitudes ativa ou passiva relacionadas ao exercício da autoridade dentro do barco: “é o timoneiro quem comanda o barco e conseqüentemente é quem decide o melhor percurso a fazer, enquanto o proeiro deve ajustar-se a estas decisões” (2010:38).

Uma das primeiras anotações de meu diário de campo reforça esta interpretação realizada por Mendonça. Eu estava observando as preparações para uma regata, quando uma mulher disse que ela não poderia correr porque esta prova terminaria muito tarde e ela precisava voltar para casa para preparar a comida para seu marido, que voltava de viagem. Esta justificativa causou alguma comoção entre os demais velejadores e fez com

⁵⁸ Disponível no site: <https://nautica.websiteseuro.com/colunas/viewcoluna.php?id=95>, Revista Náutica, acessado em maio de 2011.

que eu fosse convidado, mesmo tendo tido apenas duas aulas até então, para substituí-la. Nós seríamos uma equipe de quatro –três homens e uma mulher– para correr em revezamento de duplas e eu fui colocado junto com Diana, a mais experiente de nós, com a recomendação explícita de obedecê-la em todos os seus comandos e, para ela, com a instrução de ser paciente e cuidadosa comigo, uma vez que era minha primeira regata. Obviamente, eu fui colocado como seu proeiro e, após algum tempo no barco, ela perguntou-me sobre os temas de minha pesquisa. Imediatamente após minha resposta, na qual eu enfatizei o tópico sobre gênero, ela disse: “então escreve em seu caderninho que eu sou uma mulher muito diferente dela”, dizendo que ela morava com seu namorado também, mas que nunca pensaria em deixar de participar de uma regata porque teria que cozinhar para ele.

Em minha perspectiva, é possível pensar sobre estas características que definem o posicionamento de cada um, como aspectos de gênero que assumem grande relevância na vela. Isto pode ser ainda mais significativo após 2012, quando a classe 470 irá sofrer alterações para passar a ser disputada com duplas mistas. As futuras observações sobre os modos pelos quais cada dupla irá definir as posições de homens e mulheres nestes barcos irão adicionar novos dados sobre como autoridade, corporalidade, competitividade e outras características serão associadas com gênero e sexo.

Por fim, esta pesquisa também tem permitido avançar no estudo da articulação entre corporalidade e controle das emoções no processo de construção do gênero no contexto das práticas esportivas. Neste campo, a possibilidade de observar a classe Optimist, na qual crianças e jovens, dos seis aos quinze anos de idade, se iniciam na vela, tem permitido acompanhar a construção das masculinidades desde as primeiras aulas desta classe

até os grupos de velejadores, seja nos barcos de oceano ou no bar do Nemo, dentro da área aberta do clube, onde sempre se encontram rodas formadas por antigos velejadores conversando, fumando (muitas vezes charutos) e bebendo (principalmente uísque e cerveja).

Este processo se inicia, como Leal (2011) tem analisado, na transição do nível de iniciantes para o grupo mais competitivo dentro da classe Optimist, quando os meninos são supostos serem mais resistentes do que as meninas, não apenas para um treino mais duro mas a uma linguagem igualmente mais dura.

Então, este treinamento pode ser entendido como construindo não apenas um velejador capaz de velejar em diferentes tipos de ventos mas também um corpo que começa sua diferenciação cultural entre “masculino” e “feminino”:

O trabalho de transformação dos corpos, ao mesmo tempo sexualmente diferenciado e sexualmente diferenciador, que se realiza em parte através dos efeitos de sugestão mimética, em parte através de injunções explícitas e, em parte, enfim, através de toda a construção simbólica da visão do corpo biológico produz habitus automaticamente diferenciados e diferenciadores. A masculinização do corpo masculino e a feminilização do corpo feminino, tarefas enormes e, em certo sentido, intermináveis que, sem dúvida, hoje mais do que nunca, exigem quase sempre um gasto considerável de tempo e de esforços, determinam uma somatização da relação de dominação, assim naturalizada (Bourdieu, 2007: 70-71).

Ao mesmo tempo, estes jovens aprendem uma retórica diferenciada sobre o controle das emoções que, em nossa sociedade, está profundamente atravessada por aspectos de gênero:

Western discourses on emotion constitutes them as paradoxical entities that are both a sign of weakness and a powerful force. On the one hand, emotion weakens the person who experiences it. It does both by serving of a kind of character defect and by being a sign of temporary psychological disorganization. The person who has ‘fallen apart’, needless to say, is unable to function correctly. On the other hand, emotions are thought as physical forces that push us into vigorous action (...). Although men and women understand emotion as something that needs control, they can be seen as making some different kinds of meaning from it (Lutz, 1990: 70-71).

Deste modo, é através destes dois caminhos privilegiados –o corpo e as emoções– que um jovem velejador realiza seus primeiros passos para tornar-se um homem. Aqui é importante enfatizar que, se alguém assume que tornar-se homem é um processo, não simplesmente um fato natural, atravessado pelos valores culturais de cada grupo, então é sempre possível que este processo resulte em um “fracasso”, do ponto de vista do próprio grupo. Esta ressalva é fundamental porque esta resistência corporal e o controle das emoções não apenas estabelecem as diferenças entre homens e mulheres, mas entre diferentes tipos de homens dentro do grupo analisado.

As consequências deste processo serão ainda mais visíveis após eles atingirem a idade limite imposta pela classe Optimist⁵⁹. Seja nas características esportivas ou na sociabilidade, o modo pelo qual alguém se torna homem é importante em uma série de aspectos. Como Mendonça (2010) observou, muitas coisas são relevantes na decisão sobre qual classe alguém

⁵⁹ A classe Optimist é a única que estipula este limite, que é de quinze anos de idade.

escolhe após ter terminado seu período na Optimist e, se esta opção não for pela Laser⁶⁰, também sobre qual posição dentro do barco esta pessoa irá ocupar. Os dados de sua pesquisa são específicos sobre uma única destas classes, a 420, mas eles permitem uma boa aproximação para entendermos o que ocorre nas demais classes.

Em sua investigação, Mendonça percebeu que não é apenas o peso e a força que são considerados quando alguém escolhe um proeiro para a sua tripulação. Esta própria palavra não é aleatória, uma vez que geralmente é o timoneiro que “escolhe” um proeiro e este é um sinal que simboliza o relacionamento dentro do barco, onde o comando é situado no primeiro, de quem se espera ser o estrategista e ser capaz de tomar as decisões rapidamente quando necessário, enquanto o segundo deve ser capaz de se adequar a estes comandos. Uma entrevista, realizada por um repórter, poucos dias antes do início dos Jogos Olímpicos de Pequim, em 2008, com o proeiro de um dos mais importantes velejadores do Brasil, enfatiza esta hierarquia, conforme descrito no trecho abaixo:

- “Como foi sua adaptação com ele?”
- “Foi natural. Nós fomos conquistando maior sintonia com a sequência dos treinos e competições. Nós somos amigos de longo tempo e isso também ajudou bastante. Nós temos um código dentro do barco. Eu tento falar com ele apenas o necessário durante as regatas, para não atrapalhar a concentração dele. Mas eu sempre dou alguma sugestão que eu penso que possa ser importante”.

⁶⁰ A Laser é uma das poucas classes para uma única pessoa. Praticamente todas as demais opções disponíveis no clube Nautilus são para duas ou mais pessoas sendo então necessária a definição de quem será proeiro e timoneiro (no caso de barcos de dois tripulantes) e as demais posições (em barcos de três ou mais tripulantes).

A questão do comando dentro do barco portanto, no que diz respeito as suas características de gênero, reforçam que este não pode ser pensado como uma decorrência imediata do sexo, reproduzindo suas dicotomias. Assim, uma análise que não parta desta distinção masculino/feminino como algo naturalmente dado da oposição homem/mulher deve procurar identificar, como pode ser desenvolvido a partir das sugestões de Yanagisako (1988), em que contextos específicos esta dualidade é prevalente para a compreensão das relações de gênero e em quais deles é insuficiente –mesmo que seja parte de sua configuração– para a análise destas relações.

CONCLUSÃO

Comparando as duas falas com as quais abri este trabalho e as questões que procurei desenvolver no seu decorrer, a corporalidade aparece como um elemento central para uma análise comparativa sobre as relações de gênero nestes dois esportes.

Elas também ajudam a compreender as diferenças entre os discursos existentes nos sites das federações internacionais de vela e dos esportes equestres. Enquanto neste a “igualdade entre os sexos” era um diferencial positivamente avaliado, tal como igualmente expresso pelo dirigente brasileiro na citação já referida, na vela foi a criação de classes separadas que foi mencionada como um passo adiante para a participação das mulheres neste esporte.

Além disso, minha atenção também foi despertada pela existência, no site da ISAF (Federação Internacional de Vela), de um link para uma página a parte, embora conectada com a página oficial da federação. Ali era possível ler sobre “mulheres inspiradoras”, seguir as “últimas notícias” de velejadoras ao re-

dor do mundo ou aprender sobre as “mulheres nos Jogos Olímpicos”. Nesta última seção, eu descobri que a primeira mulher a ganhar uma medalha olímpica foi Frances Rivett-Carnac, da Grã-Bretanha, em 1908 e que ela fez parte de uma tripulação de quatro pessoas em um veleiro de sete metros que conquistou a medalha de ouro e que somente em 1988, nos Jogos Olímpicos de Seul, houve eventos separados para as mulheres. A consequência disso, de acordo com o site, foi que “a participação das mulheres nos eventos de vela dos Jogos Olímpicos tem tido um crescimento contínuo a cada nova edição”.

A entrevista com a dirigente de vela, apresentada na primeira página e o contraste com os esportes equestres que ela enfatiza, possibilita lermos estas informações históricas a partir de um slogan feminista: “iguais, mas diferentes”. Entretanto, aqui, a igualdade ou a diferença não devem ser pensadas em termos de substância ou essência, mas como alguma coisa que necessita ser tomada contextualmente. Seguindo as formulações de Butler, “como um fenômeno inconstante e contextual, o gênero não denota um ser substantivo, mas um ponto relativo de convergência entre conjuntos específicos de relações, cultural e historicamente convergentes” (2003:29). Então, para analisar o gênero como performance e não como algo que as pessoas “tenham”, é necessário, entender cada um destes conjuntos específicos de conexões.

Esta referência teórica permite pensar sobre aquele contraste através destas múltiplas performances em cada esporte. Deste modo, as performances esportivas nos esportes equestres fazem com que categorias como “homem” ou “mulher” quase desapareçam, ressaltando a igualdade entre os sexos e deslocando o gênero para outras esferas, longe dos aspectos tradicionalmente associados a ele, os quais, para propósitos analíticos, eu denominei de identidades “salto” e “adestramento”.

Na conformação destes gêneros é interessante observar que as diferenças são deslocadas do corpo “físico” para as formas como este corpo desenvolve sua performance (seja no trato com o cavalo, seja na utilização dos acessórios).

Já na vela, a complexidade de classes e tipos de barcos e a facilidade de livre trânsito entre eles (principalmente para os velejadores amadores, mas possível para alguns profissionais também) torna impossível pensar em termos de qualquer identidade de gênero estável. Por outro lado, neste esporte as categorias naturalizadas de “homem” e “mulher” assumem uma posição mais forte como referências de gênero na “fala nativa” e, de forma oposta a que foi vista no hipismo, as diferenças entre os sexos são localizadas prioritariamente no corpo, entendido pelo grupo enquanto “natureza” e apenas secundariamente na utilização de acessórios, com a utilização ou não de luvas de proteção, por exemplo, sendo muito mais um elemento complementar para a “jocosidade” entre homens do que um aspecto efetivamente diferenciador (uma vez que os principais atletas da modalidade a utilizam, mesmo que apenas ocasionalmente em competições mais longas e de maior risco de desgaste das mãos, o que poderia afetar o desempenho).

Deste modo, o estudo comparativo entre estas duas modalidades aponta para a importância de uma teoria que possibilite romper com uma perspectiva essencialista sobre as relações de gênero. Na verdade, não se trata de desenvolver todo um referencial teórico inédito sobre isto, mas apenas romper com uma naturalização do sexo como suporte inquestionável e pensar sobre as identidades de gênero a partir das concepções já avançadas por Gallissot (1987) e Barth (1995) em relação à etnicidade. As duas pesquisas aqui apresentadas, portanto, buscam explicitar possibilidades de aplicação desta perspectiva e abrir um campo de possibilidades de estudos, dentro do campo mais amplo da Antropologia dos Esportes, para as interseções entre gênero, emoção e corporalidade.

BIBLIOGRAFIA

Abu-Lughod, Lila & Lutz, Catherine, *Language and the politics of emotion*. New York, University of Cambridge Press, 1990.

Ariés, Philippe, *História social da criança e da família*. Rio de Janeiro, Guanabara Koogan Editora, 1981.

Barth, Frédrik, “Les groupes ethniques et leurs frontières”. En Poutignat, Streiff-Fenart J. *Théories de l’ethnicité*. PUF, col Paris, Le sociologue, 1995.

Becker, Howard, *Métodos de pesquisa em Ciências Sociais*. São Paulo, Hucitec, 1997.

Boas, Franz, “As limitações do método comparativo da Antropologia”. In Castro, Celso (org.), *Franz Boas*. Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 2005.

Bourdieu, Pierre, “Esboço de uma teoria da prática”. In Ortiz, Renato (org.) *Coleção grandes cientistas sociais*, vol. 39. São Paulo, Ática, 1983.

Bourdieu, Pierre, *A dominação masculina*. Rio de Janeiro, Bertrand Brasil, 2007.

Butler, Judith, *Problemas de gênero: feminismo e subversão da identidade*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2003.

Coelho, Maria Claudia, “Emoção, gênero e violência: experiência e relatos de vitimização”. En *Revista Brasileira de Sociologia das Emoções*, nº 5, vol. 13, abril de 2006.

Favret-Saada, Jeanne, “Ser afetado”. En *Cadernos de Campo*, nº13, ano 14, São Paulo, USP, 2005.

Gallissot, René, “Sous l’identité, le procès d’identification”. En *L’Homme et la Société*, n.83, 1987.

Leal, Ísis, *Crianças e jovens velejadores: corpo, gênero e transmissão familiar*. X Graduação em Campo, USP, São Paulo, 2011.

Lutz, Catherine, “Engendered emotion: gender, power, and the rhetoric of emotional control in American discourse”. In: Abu-Lughod, L. & Lutz, C. (eds.) *Language and the politics of emotions*. New York, University of Cambridge Press, 1990.

Magnani, José Guilherme, *Na metrópole: textos de Antropologia urbana*. São Paulo, Fapesp, 1996.

Magnani, José, “De perto e de dentro”. En *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 17, nº 49, Junho 2002.

Mendonça, Sara, *Crescimento, corporalidade e identidades de gênero entre velejadores da classe 420*. Monografia de conclusão de curso de graduação em Ciências Sociais. Universidade Federal Fluminense, 2010.

Rojo, Luiz Fernando, “Igualdade de sexo e desigualdade de gênero: relações entre homens e mulheres no hipismo”. En *Omertaa - Journal for Applied Anthropology*, 2007.

Rojo, Luiz Fernando, “Borrando los sexos, creando los géneros: construcción de identidades de género en los deportes ecuestres en Montevideo y Rio de Janeiro”. En *Vibrant*, vol.6, nº 2, 2010.

Vincent-Buffault, Anne, *História das lágrimas*. Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1988.

Yanagisako, Sylvia, “Sex and gender”. En *First Annual Meeting of the Society for Cultural Anthropology*, Washigton, 1988.

Wacquant, Loïc, *Corpo e alma*. Rio de janeiro, Relume Dumará, 2002.

EL HOCKEY FEMENINO Y LAS LEONAS. IDENTIDADES CRUZADAS, ENTRE NACIÓN, CLASE SOCIAL Y GÉNERO⁶¹

POR SANTIAGO ULIANA

1. UN NUEVO FENÓMENO DEPORTIVO

Los sucesivos triunfos en el plano internacional y sobre todo la consagración por parte del equipo nacional de hockey femenino en el Campeonato Mundial de la especialidad disputado en Australia en el año 2002, han desatado un novedoso fenómeno que excede lo estrictamente deportivo, para terminar por constituir un acontecimiento en la trama de cultura nacional, en un deporte que históricamente ha sido practicado por grupos de élites, donde la participación y el interés estaba vedado al gran público.

Fue durante la disputa de los Juegos Olímpicos de Sidney 2000 cuando el seleccionado nacional fue rebautizado con el mote de “Leonas”, a partir de una sugerencia del entrenador

⁶¹ Este artículo es el resultado del proyecto de investigación: “Fuerza, talento y belleza en las Leonas. La construcción de identidades sociales en el hockey femenino”, que tiene asiento en la Universidad Nacional de Tres de Febrero y pertenece a la Programación 2010-2012.

Segio Vigil de identificar al equipo con el nombre de un animal, las jugadoras se decidieron por la leona y realizaron así un primer diseño del isologo para estampar en las camisetas durante aquella competición. De manera bastante vertiginosa el hockey femenino ha logrado desde entonces situarse en lo más alto de la consideración popular, algo que hasta el momento resultaba inimaginable en Argentina para un deporte amateur, practicado además por mujeres. Esta popularización de un deporte como el hockey, puede entenderse desde las ideas de Archetti (2003), quien señala que el fútbol ha representado un espacio de sociabilidad y construcción de identidades ligado esencialmente a la masculinidad, de modo análogo se sostendrá a lo largo de estas páginas, que un proceso similar está ocurriendo respecto de la práctica de del hockey en relación a las identidades femeninas. En este sentido, el hockey femenino viene ganado un espacio producto de una suerte de proceso que podríamos llamar *futbolización*, al expresar un profundo viraje tanto en su potencialidad simbólica en función de nuevos sujetos a los cuales representa, como en el contenido de las representaciones sociales que produce.

Asimismo el crecimiento del hockey femenino puede ser observado desde diferentes ángulos, un claro ejemplo de ello es el notable incremento de las audiencias televisivas. Según el rating de la empresa IBOPE⁶² durante el Campeonato Mundial de Rosario los partidos de Las Leonas alcanzaron un rating promedio de 11.9, con un pico de 20.6 puntos en la final. Si se compara la audiencia de Las Leonas durante el mencionado torneo con

⁶² Es una multinacional brasileña de capital privado destinada a la investigación de mercado en América Latina. La misma brinda un amplio conjunto de información y estudios sobre los más variados temas como medios, hábitos de consumo de productos y marcas, opinión pública, intención de voto, comportamiento de los consumidores y del mercado. Fuente: <http://www.ibope.com.ar/ibope/wp/grupo-ibope>.

otros eventos deportivos disputados durante el mismo fin de semana, se observa por ejemplo que el partido de fútbol de Boca Juniors, el equipos más convocante en las audiencias televisivas en el fútbol argentino, registro 14.7 puntos o la transmisión de la categoría Top Rice de automovilismo midió solo un 2.6 en promedio. Resta aclarar, para comprender el crecimiento del interés de las audiencias por Las Leonas, que según la propia empresa un 1 punto de rating equivale en la zona de la ciudad de Buenos Aires y Gran Buenos Aires a 96.782 individuos o espectadores televisivos. Otro indicador válido para corroborar dicho proceso puede resultar al observar la inclusión de Argentina por parte de la Federación Internacional de Hockey dentro del calendario de competencias internacionales para damas,⁶³ o al observar la reciente creación de nuevos equipos y competiciones⁶⁴ se demuestra directamente el aumento de personas involucradas en la práctica de este deporte.

Finalmente, de modo general, puede interpretarse que el aumento de la cantidad de empresas interesadas en patrocinar directamente al equipo de Las Leonas o a los partidos televisados por TV abierta, constituyen también indicadores que señalan el crecimiento del hockey femenino durante la década del 2000.

En este contexto de desarrollo de la actividad, el fenómeno *Leonas* tiene un correlato a nivel de representaciones simbóli-

⁶³ Luego del campeonato Mundial de Rosario 2010 se realizó en la misma ciudad a comienzos del año 2012 el Champions Trophy. Además, está confirmado para el año 2013 la realización de las semifinales de la flamante Liga Mundial. Finalmente para el año 2015 se proyecta la realización de las finales de la Liga Mundial.

⁶⁴ Por ejemplo como parte de ese crecimiento en la zona metropolitana de Buenos Aires se desarrolla el Torneo Verde Country, cuyos participantes pertenecen a los llamados barrios cerrados y countries. En este torneo y durante el año 2009, la cantidad de jugadoras creció un 20% respecto del año anterior, alcanzado un total de 3.000 jugadoras. Información obtenida del portal electrónico *Noticias y prensa* <http://noticiasy prensa.wordpress.com/2009/12/12/el-crecimiento-del-hockey-en-los-countries>.

cas, que consiste en la reconfiguración de tres de las identidades colectivas más trascendentes de la vida en sociedad; clase social, nacionalidad y género, que encuentran a través de este deporte nuevos contenidos y posibilidades de expresión. Los cambios que suceden en el hockey de estos tres aspectos básicos de las identidades sociales resultan de procesos para nada lineales, que desatan pasiones, tensiones y conflictos sociales, que a su vez nos hablan de una sociedad en constante movimiento, en donde los fenómenos colectivos son una instancia de reflexión y motor del cambio social.

Respecto a estos cambios producidos a partir de las impactantes campañas deportivas de Las Leonas⁶⁵, se ha generado una expansión de la práctica del hockey. Este deporte ha crecido notablemente tanto en cantidad de jugadoras como en las instituciones en donde se lo practica⁶⁶. A partir de Las Leonas colegios de barrios postergados y clubes que tradicionalmente se dedicaban a otras actividades han incorporado jockey dentro de sus ofertas deportivas. Este es el caso, por ejemplo del Club Atlético Nueva Chicago, que incorpora la práctica del hockey femenino en el año 2006. Durante el año 2011 y ante la gran afluencia de público para brindar más posibilidades de participación inaugura la llamada línea B. Esta institución centenaria está ubicada en la zona oeste de la ciudad de Buenos Aires, en un barrio histórico de trabajadores donde se destaca como actividad principal la industria cárnica que precisamente da origen

⁶⁵ Entre sus principales logros se encuentran la obtención de medallas olímpicas en los juegos de *Sydney 2000* (plata), *Atenas 2004* y *Pekín 2008* (bronce) y los campeonatos mundiales en Australia 2002 y Argentina 2010.

⁶⁶ A modo de ejemplo y según datos de la Asociación de Hockey del Litoral, en el año 1966, cuando se llevo a cabo el primer torneo oficial en categoría damas, participaron del mismo 10 equipos y 110 jugadoras. En el 2002, y con posterioridad a los primeros éxitos internacionales de Las Leonas, había 133 equipos de damas contra sólo 19 de varones. En el año 2004 y tomando en cuenta a los deportistas federados y escuelas de todos los clubes afiliadas a dicha Asociación los participantes ascendieron a 2.300 mujeres y 300 hombres jugadores.

al nombre del barrio. A su vez esta actividad laboral que identifica al barrio es la que otorga el mote al club con el cual los hinchas reconocen al equipo de fútbol: *torito*. En referencia al equipo de fútbol y reivindicando un lugar para la mujer dentro de la institución, es que el equipo de hockey femenino es bautizado como *Las Toritas*.

En Argentina el hockey femenino fue practicado históricamente por mujeres pertenecientes a sectores sociales medios altos y altos, para quienes este deporte representaba un espacio de socialización altamente eficaz para la producción de valores identitarios ligados a la clase social en conexión a representaciones de género. En su versión femenina el hockey fue durante todos estos años un deporte de elite, lo que Bourdieu entiende como una práctica de *distinción* (1999), porque otorgaba a las mujeres la posibilidad de establecer una diferenciación en relación a otros grupos sociales. Clase social y género han ido encontrando a lo largo del tiempo en el elitista mundo del hockey femenino, una práctica que les ha permitido producir un modelo de identidad y pertenencia social bien particular, actualmente con el ingreso de nuevos actores parece modificar los significados tradicionales.

Los triunfos de Las Leonas han disparado nuevos significados sociales, introduciendo novedosos elementos tendientes a alterar el típico tablero clasista del universo del hockey femenino. Esas victorias en el plano internacional proporcionaron una plataforma para el relanzamiento y producción de nuevas simbologías ligadas a la construcción de un imaginario sobre la identidad nacional diferente, donde deporte, política e identidades sociales encuentran en las hazañas deportivas de estas nuevas heroínas del siglo XXI, un paño para el despliegue de una novedosa trama social en donde están proyectadas nuevas imágenes sobre el significado de ser *argentina*. Estas nuevas re-

presentaciones de nación, género y clase social, son potenciadas desde los medios de comunicación y el mercado.

A su vez, estas nuevas imágenes e íconos movilizadas por Las Leonas han despertado el interés estatal. Y como sostiene Bourdieu (1998), la injerencia del Estado resulta clave en la creación, difusión y legitimación de significados sociales en las sociedades contemporáneas. Fue a partir de esta potencialidad narrativa que el Estado posó sus ojos sobre Las Leonas, al visualizar en ellas una posible herramienta para la producción y difusión de significados constructores de nacionalidad, en tiempos de globalización donde las identidades sociales son fragmentadas y tienen alcances parciales, de carácter más bien local. En este contexto, para el Estado Nacional la utilidad de Las Leonas como vehículo productor de identidad nacional surge de su capacidad para condensar y expresar valores como éxito, argentinidad y participación de género, sobre todo en un tiempo en el cual la igualdad de género resulta un tema presente en las agendas gubernamentales.

Si bien en Argentina la relación entre política y deporte no es para nada novedosa, y así lo demuestra Alabarces (2002), para quien la difusión del fútbol como narrativa nacional durante gran parte del siglo XX ha resultado sumamente útil en la construcción de un conjunto de relatos sobre valores nacionales, estos relatos se han centrado sobre todo en representaciones mayoritariamente masculinas. La particularidad de las narrativas desplegadas en torno a Las Leonas es que han logrado articular representaciones que se caracterizan por producir una narrativa sobre la nación estructurada desde un universo simbólico femenino. Por su parte Balibar (2005), entiende que los imaginarios nacionales son ideologías fundamentalmente proyectivas, lo cual implicaría que siempre se construyen en relación con otros fenómenos sociales, para el caso del hockey

femenino y Las Leonas es claro que el componente nacional de su representación se ha articulado en el tiempo, con elementos identitarios propios de la pertenencia a la clase social y el género. Comenzaremos a continuación a describir este intrincado proceso de reconstrucción de nuevas identidades desde el componente nacional.

UN ORGULLO NACIONAL

Las victorias y buenas campañas obtenidas por el equipo nacional de hockey femenino, terminaron por impulsar la organización del Campeonato Mundial disputado en la ciudad de Rosario durante el invierno del año 2010. Como todo certamen internacional, significaría una suerte de vidriera para mostrar las capacidades del país en materia de organización de eventos y para enviar así un mensaje de civilidad y modernidad al mundo. Pero sobre todo, constituía una excelente oportunidad, utilizando la figura de Las Leonas, para producir y poner en circulación valores propios de la identidad nacional.

La realización del certamen mundialista debe ser entendida en un contexto de recuperación del rol del Estado como actor clave en el desarrollo del país (Godio 2003). Así es que el Estado Nacional decide asumir un papel fuerte en la colaboración de la organización del campeonato. Como contrapartida para el Estado, el evento adquiriría una función política dentro de una estrategia de desarrollo nacional más amplia, porque como sostiene Oscar Ozlak (1997), desde los orígenes del Estado Nacional en Argentina, existe una fuerte correlación entre Estado y Nación, en la medida en que todo aparato estatal necesita de la consolidación de una nación entendida como conjunto de valores y símbolos para asegurarse la cohesión social. Ante esta necesi-

dad política del Estado, Hargreaves (1993) plantea específicamente que el deporte en tanto artefacto cultural, cumple un rol fundamental como espacio de producción y transmisión de valores constructores de hegemonía. Debido entonces el momento histórico particular de Argentina, signado como la llamo Godio (2003) por una estrategia de carácter neo desarrollista puesto en marcha durante el año 2002 y centrada en la reconstrucción de un modelo industrial, con un mercado interno fuerte, donde el trabajo constituye una de las piezas claves para asegurar la producción en pos de la acumulación de excedentes, la reconstrucción de una identidad nacional fuerte, resultaba un imperativo para poner definitivamente en marcha este proyecto nacional.

Pero por otra parte en tiempos de globalización en donde la efectividad de las instituciones tradicionales como por ejemplo la escuela, están en crisis en relación a su capacidad de producir valores nacionales (Sarlo 1998b), surge la necesidad de utilizar otros mecanismos de mediación que se presenten más eficaces. El fútbol, con un lenguaje universal y directo (Alabarces 2002), y el deporte en general, son comprendidos en este tiempo por los Estados como herramientas útiles en esa búsqueda por producir pertenencia a la nación. Así es que el hockey femenino terminaría por constituir una alternativa válida en la reconstrucción de simbologías nacionales. Junto con el desarrollo de nuevas tecnologías de comunicación, que brindan la posibilidad de producir y transmitir significados casi instantáneamente, la emergencia de Las Leonas abría al Estado una oportunidad magnífica para no desaprovechar en cuanto a la eficacia y potencia simbólica de su significación.

Por otra parte, sería incorrecto sostener que Las Leonas han sido una creación estatal, al contrario, es el Estado quien se ha montado sobre sus éxitos. El equipo de Las Leonas ha tenido

un desarrollo propio que se explica en parte, en relación a sus éxitos deportivos. Y como señala Guedes (2009) para el caso brasileño, pero aplicable también para Argentina, cuando otros deportes que no sean fútbol logran victorias en el escenario internacional, se transforman rápidamente con ayuda de los medios de comunicación en *orgullo nacional*, son tomados como representantes de lo nacional con extrema rapidez y facilidad. Algo similar sucedió en Argentina con otros deportes y deportistas. El hockey femenino con Las Leonas a la cabeza no sería la excepción.

Además del interés político por la identificación nacional que pueden promover, Las Leonas son un fenómeno comercial, en tanto el deporte se ha vuelto mercancía mediática. En ese sentido Brohm (1993) considera que el deporte moderno no es una entidad trascendente sino que está íntimamente vinculado con el modo de producción capitalista, esta idea ayuda a entender que la relación entre deporte y negocio es característica de nuestro tiempo. Las Leonas y sus éxitos deportivos, son la expresión de esa posibilidad mercantil que el deporte en un sentido más general brinda. El aspecto comercial se concreta sobre todo en la figura fetichizada de las jugadoras. Las empresas de indumentaria deportiva y los medios de comunicación venden a Las Leonas como algo más que deportistas amateurs apasionadas, en estos relatos de marketing las jugadoras son heroínas que sustentan sus éxitos en el amor por la nación. Así puede comprenderse, como el reconocimiento popular alcanzado a partir de los triunfos deportivos, ha posibilitado que Las Leonas hayan podido ingresar en los medios de comunicación como mercancías altamente rentables. Mientras que para el Estado Las Leonas *representan* nación, para el mercado *venden* nación. Son a la vez un hecho político y una mercancía mediática, pero en ambos casos, transmiten y venden un mismo

significando: el de la argentinidad, en uno caso para construir ciudadanía y en otro, para vender productos.

Sobre el contenido de los atributos que Las Leonas producen y transmiten se destaca sin dudas el carácter argentino que el equipo refleja en su estilo de juego y en la personalidad de sus jugadoras. En palabras del relator televisivo de los partidos del Mundial: “Las Leonas son el típico caso de un equipo argentino que conjuga garra y talento”. Este comentario es interesante porque deja observar que Las Leonas no son solamente un equipo de hockey, sino que son portadoras de valores nacionales en algo circunstancial como sería una competencia deportiva, algo así como si fueran primero argentinas y luego deportistas. Aquí la nación está por sobre todo como una huella conductora que las guiará hacia la victoria. Los comentarios de una ex Leona ahora comentarista de las transmisiones de televisión, también hacen mención con un tono épico, a estos dos componentes de la supuesta personalidad que caracteriza a los argentinos: la fortaleza anímica y la destrezas ligada al talento individual en el juego, son las bases para una casi segura victoria del equipo, ello se observa en el siguiente comentario; “el corazón de este equipo, el corazón de Las Leonas, la garra de Argentina” y después agrega sobre Luciana Aimar que “la mejor jugadora del mundo es argentina, la más talentosa”. Para el relato televisivo Las Leonas del hockey son garra y talento, fuerza y destreza, atributos generales propios del ser nacional que ahora se posan en Las Leonas, pero que sin dudas tienen una historia propia en la narrativa sobre la nación.

La construcción de un relato sobre la esencia del ser nacional plasmada a través del hockey femenino es el sello distintivo de estas Leonas, primero argentinas y después mujeres. En estos relatos, se expresa una notable particularidad; en Las Leonas aparecen borradas las diferencias de género, se menciona di-

rectamente a *Argentina* o a las *chicas argentinas*. Si bien esta última forma de referirse al equipo menciona concretamente al género, queda matizada con la adjetivación de *argentina*, porque termina por resaltar la condición nacional por sobre la de género.

Entrelazado con el componente de significación nacional, el equipo de Las Leonas constituye un apetecible banquete para el mercado, ello se debe en parte, a la eficacia resultante de la horizontalidad que aboca su contenido nacional, que refiere a una totalidad que involucra a todos los argentinos. Las Leonas se transforman en un producto muy vendible que excede clases o grupos sociales. Bajo la figura de Las Leonas también para el mercado entra a tallar su condición de género, siempre construida a través de atributos nacionales de argentinidad. La belleza, toda una característica para el público que las consume, es su sello distintivo. Claro que la estética Leona no es cualquier belleza, es una belleza que representan un modelo típicamente argentino, que si bien no es el único es el más extendido y hegemónico porque está impulsado por los medios de comunicación y la lógica comercial de la industria de la indumentaria, y se caracteriza por la delgadez de los cuerpos y la blancura de las pieles que se exhiben por ejemplo en los carteles de comerciales en las calles, las revistas de modas o las telecomedias en los horarios de mayor audiencia televisiva. En ese modelo cultural y mercantil cuadran perfectamente Las Leonas, porque son precisamente *ganadoras y hermosas*.

Toda competencia deportiva de carácter mundial es un escenario válido para representar las diferencias con otras naciones en un plano simbólico (Villanueva Fiengo, 1998). Bajo estos grandes escenarios, la alteridad que posibilita la construcción de identidades sociales se juega con mayor fuerza aun en relación a las identidades nacionales. Para Guedes (2009), la cons-

trucción de la identidad en Brasil y Argentina ha encontrado en el fútbol un espacio privilegiado en donde representar ese conflicto en un plano imaginario, que permita a ambas naciones diferenciarse a través de sus equipos de fútbol y fortalecer sus identidades. En el hockey femenino, a falta de una rivalidad clásica y fuerte de carácter regional como sucede en el fútbol, las jugadoras y la prensa local han ido construyendo adversarios con distintos equipos nacionales de los países potencias en este deporte. Para el Mundial de Rosario, y como viene sucediendo en las últimas competiciones internacionales como por ejemplo la Champion Trophy, por prestigio y poderío, el rival a vencer ha sido Holanda. Según los relatos periodísticos de la prensa especializada, el equipo holandés se caracteriza por poseer un juego físico, táctico y mecanizado, que contrasta con el estilo del combinado argentino cuyas características más notables están en la fortaleza anímica y el talento individual. Esta interpretación de la existencia de un supuesto estilo argentino opuesto del europeo es analizada por Archetti (2001) en relación al fútbol, en el presente, narrativas similares se reproducen para el hockey en los relatos de los medios. La elección del *enemigo* europeo, tiene en el fútbol local una historia y un significado especial (Alabarces, 2002). Veamos cómo este relato de la rivalidad típico del universo del fútbol, es retomado en las palabras de un destacado comentarista deportivo de radio y televisión durante la competencia mundialista de Rosario y llevado al jockey. Antes de la final con el equipo holandés la prensa destaca que Las Leonas se caracterizan en su juego por la garra y la inventiva de sus jugadoras, pero además porque “están entre las mejores del mundo”, y agrega que: “son unas excelentes embajadoras, con su juego, típicamente argentino nos dejan bien en lo alto, porque hoy podrán ganar o perder, pero no tienen nada que envidiarles a las holandesas”. En el plano discursivo y con caracte-

rísticas propias, las argentinas están a la altura de las europeas.

Retomando la idea de la construcción de un supuesto estilo nacional que identificaría culturalmente a los argentinos, Archetti (2001) agrega –al referirse específicamente a los orígenes del fútbol en los relatos de los medios de comunicación de la época– y destaca, que a diferencia del estilo criollo, donde el deportista sobresalía por su agilidad y el virtuosismo de los movimientos, el estilo británico era asociado al sentido táctico, la disciplina, el método, la fuerza y el poder físico. Dentro del universo de los estilos y la producción de identidades nacionales, el hockey *jugaría* una misma función social, la de plasmar representaciones efectivas. Además y pese al paso del tiempo, las diferencias entre el fútbol y hockey casi no existirían. En ambos deportes la producción y el contenido de un relato nacionalista, en parte, sigue siendo similar. El hockey femenino expresa una línea de continuidad en relación a la producción de una narrativa de la nación que históricamente era patrimonio del fútbol.

La visión estatal que trabaja para resaltar los componentes nacionales de Las Leonas supone la supremacía de lo nacional como signifiante. En los Estados Nación las narrativas nacionales son amplias en tanto son capaces de contener e imponerse por sobre otras formas identitarias más parciales. Para Michel Foucault (1995) lo social es un espacio indeterminado, movido, fluctuante, donde la capacidad de imponerse es el motor de la lucha política y en donde el estado ha jugado un papel crucial para hacer aparecer como general principios particulares. En este sentido, el impulso por imponer un relato que hace del hockey femenino un modelo que contenga a toda la sociedad argentina, esconde un conflicto que nace de la expansión del hockey como modelo nacional y que se colisiona fuertemente con la práctica en los clubes del hockey como espacio de socialización y producción de valores de pertenencia a una clase so-

cial. Veamos ahora como la identidad de clase social tan tradicionalmente atada a la práctica del jockey, entra en colisión con la masividad que se genera a partir de los éxitos de Las Leonas y su componente nacional en expansión.

LAS NEGRITAS DE BAJO FLORES

El hockey en Argentina tiene una rica historia atravesada por cambios en sus funciones sociales y en los contenidos simbólicos de sus representaciones. Buceando en esa historia Feiguin (2009) plantea que la expansión de la práctica del hockey hacia comienzos del siglo XX, entre otras actividades e instituciones como por ejemplo la de los clubes, tuvo una función destacada como espacio de preservación y reproducción de la cultura de los inmigrantes ingleses. Aquel modelo cultural de la sociedad burguesa asentado en la figura del ciudadano, encontraría un punto de anclaje y protección en la ética deportiva del amateurismo, presente justamente, por ejemplo, en deportes como el hockey de aquellas épocas.

Más cerca en el tiempo y durante los últimos decenios del siglo XX, el hockey femenino funcionó como un espacio para la preservación de valores distintivos relativos a la pertenencia a sectores sociales medios y medios altos, es decir que tuvo y aun tiene una fuerte vinculación con la clase social. Así es que la práctica del hockey femenino siempre estuvo alejada de lo masivo y vedado para los sectores populares.

Actualmente y producto de los éxitos deportivos y el boom mediático producido durante la pasada década del 2000 por Las Leonas, es que los sectores populares se han sentido atraídos por éste deporte. El equipo de Las Leonas es para los sectores populares un conjunto de significados que amalgama, desde

los triunfos, la argentinidad como valor colectivo, la belleza de las jugadoras, el atributo construido por los medios de comunicación y la destreza en el plano individual. Así lo relata Myriam, profesora de Educación Física de una escuela de nivel medio situada en el corazón del Conurbano Bonaerense, a donde concurren adolescentes de nivel socioeconómico bajo, cuando afirma al referirse a sus alumnas que “las chicas en la escuela quieren jugar al hockey, porque quieren parecerse a ellas”, y también agrega “lo empezamos a jugar porque son ellas quienes insistieron”. Está claro entonces que Las Leonas y su deporte constituyen un modelo societal, todo un espejo para nuevos grupos sociales cuya participación en el hockey resultaba inimaginable tan solo 15 años atrás.

Este nuevo modelo que trasciende las fronteras del deporte, se presenta masivo con la ayuda de la difusión mediática, que colabora en la construcción de una visión de la mujer mucho más protagonista y activa que contrasta con el tradicional rol del ama de casa que en muchos casos todavía existe, sobre todo en sectores bajos y medios bajos, y que también impacta directamente con situaciones en las cuales se produce un vacío de representaciones femeninas activas. Todavía en los sectores populares a la mujer se le continúa asignado un lugar mucho más relegado en relación al de los hombres. Sin embargo, la cercanía entre el hockey y los sectores populares, en tanto deporte que impulsa un modelo de representación de mujeres activas, permitirían observar ciertas transformaciones en las prácticas y las formas de representar las identidades de género, así como también de jugar los roles sociales establecidos para los géneros. El campo del deporte constituye un espacio donde predominante se tienden a reproducir situaciones de desigualdad de género (Hargreaves, 1993), sin embargo también puede operar como toda práctica social en un sentido inverso, de transformación

de lo establecido, pues el nuevo ideal de mujer representado en la figura de Las Leonas despierta el deseo en muchas de ellas salir de los roles tradicionales y encarnar justamente esa idea de *mujer activa*. Las Leonas poseen un costado transformador respecto de las típicas representaciones de género, en la medida en que constituyen un modelo atractivo para otras muchas mujeres de distintos estratos sociales, porque proyectan una imagen de mujer independiente, decidida y capaz que rompe con los modelos más tradicionales, que le aseguran un papel de cierta pasividad asociado a por ejemplo la maternidad.

Sin embargo esta corriente de nuevos grupos sociales que tiende a incorporarse al deporte, ha comenzado a producir fuertes conflictos y choques de índole clasista con los sectores tradicionales. Como se dijo, para estos grupos el hockey proporcionaba una fuerte identidad de clase, porque constituía una práctica de distinción que permitía a sectores medios y medios altos demarcar la pertenencia a una elite. Esta función social clásica del hockey en su versión femenina despierta resistencias y actitudes conservadoras hacia la apertura del deporte a nuevos grupos provenientes de sectores populares.

De todos modos y pese a las resistencias, el modelo Leonas ya con una circulación mediática que lo vuelve masivo, va generando la apertura de nuevos espacios para la práctica del hockey, orientados hacia nuevos grupos. En este camino de expansión aparecen en la Ciudad de Buenos Aires y en el Conurbano Bonaerense clubes de fútbol y otras instituciones que tradicionalmente no lo ofertaban para sus asociados y que ahora han comenzado a incorporarlo durante la última década. Clubes como San Lorenzo de Almagro, Vélez Sarsfield, Huracán o Estudiantes de la Plata pertenecientes al masivo universo del fútbol comenzaron a formar jugadoras y participar de las competiciones de modo regular.

El caso de San Lorenzo de Almagro resulta emblemático porque permite observar el conflicto clasista que atraviesa actualmente el hockey al incorporar un público no tradicionalmente ligado a este deporte. Este club se encuentra emplazado geográficamente en una zona de la ciudad de Buenos Aires conocida como Bajo Flores, un espacio de circulación intermedio entre zonas habitadas por sectores medios, medios bajos y bajos. Ese es entonces el público del club que se ha sumado a jugar hockey en San Lorenzo. No por azar la apertura del hockey femenino en el club, hace una década, coincide con el auge de Las Leonas. Para atraer jugadoras y desarrollar al deporte, la institución ha convocado como figura que organice las actividades internas a la *leona* Noel Barrionuevo, pues para los directivos del club es una suerte de emblema y modelo seductor, en una operación propia del marketing deportivo. Para muchas de las familias que participan de la vida deportiva de San Lorenzo, ligada sobre todo al fútbol, el hockey femenino otorga un lugar más activo a las mujeres jóvenes de la familia dentro del club, en un ambiente eminentemente masculino.

Como se viene sosteniendo, el hockey femenino recrea un espacio para las mujeres en donde se expresan conjuntamente articuladas representaciones de género y de clase social. Por ejemplo Mariana, una ya experimentada jugadora de San Lorenzo, cuenta que ella comenzó a practicarlo porque “en realidad quería jugar al fútbol femenino, que en el club también hay, pero mis papás no me dejaron porque decían que las que lo jugaban eran muy villeras y machonas”. Este comentario debela la existencia de otros modelos de representaciones sociales femeninos, la mujer *machona* o con rasgos masculinos, opuesta en parte al estereotipo femenino construido desde el hockey. Por otro lado, el comentario antes citado expresa también un costado marcadamente discriminatorio en términos racista

y clasista, porque coloca en un lugar de degrado y negativo a quienes provienen de la villa⁶⁷. Este comentario es concluido por Mariana con otro juicio en donde se reafirma el sentido de pertenencia a la identidad femenina que se construye desde el hockey; “es un deporte de mujeres”. Ahora bien, mientras el fútbol es un deporte considerado de hombres, aunque minoritariamente pueda ser practicado y consumido cada vez más por mujeres, el hockey es en la consideración general de los medios de comunicación y del público que lo práctica, un deporte de mujeres, en donde se constituyen valores femeninos y se recrea una socialización que impulsa la reproducción de dichas representaciones de género. En este sentido, la experiencia del hockey en un equipo tradicionalmente como San Lorenzo, llena un vacío que otorga a las mujeres la posibilidad de participar más activamente en un club en donde la identidad gira en torno al fútbol y lo masculino. Contrariamente a lo que sucede en los clubes tradicionales de hockey en San Lorenzo no está claramente emparentada la representación de un supuesto estilo de vida ligado a la clase social. Las jugadoras se sienten parte de un club que es sobre todo fútbol. Desde el hockey ingresan activamente en la defensa de los colores y el orgullo *azul grana*. El hockey en este tipo de clubes se encuentra *futbolizado*. Así lo considera un periodista de un convocante medio partidario quien afirma que “las chicas del hockey se caracterizan por tener un juego de mucha garra como lo marca la historia del club, de luchar, de nunca dar una pelota por perdida, del esfuerzo, porque llevan a San Lorenzo muy adentro”. Esta reflexión del periodista marca con claridad que primero está el emblema que el club representa por sobre cualquier identidad, “las chicas del hockey” como se las llama en el club, representan primero a San Lorenzo. De

⁶⁷ Se conoce como villas miseria a espacios territoriales enclavados dentro del tejido urbano y los límites de la ciudad de Buenos Aires, que son habitados por sectores sociales en condición de extrema pobreza.

manera diferente en los clubes donde el hockey es una práctica añejamente arraigada como en CASI (Club Atlético San Isidro) o Regatas Bella Vista, la pertenencia al club funciona como lo que Bourdieu (1999) llamó *distinción*, un mecanismo que en este caso produce una diferencia en torno a valores de clase social, la pertenencia al club señala directamente la relación con una clase social determinada. Así lo deja bien en claro la jugadora del CASI Martina, quien entre risas dice que “ser del CASI es más que un club, es un estilo de vida”, este comentario debela la relación de identificación entre determinados clubes y la pertenencia a una clase social determinada.

La necesidad de afirmación de la identidad ha llevado a las jóvenes jugadoras de San Lorenzo a la invención de una antinomia típicamente futbolera, para quienes participan de la primera división y a partir de una recordada final, en palabras de una de las jugadoras de San Lorenzo; “el partido contra el Olivos es especial para nuestro club, porque se ha creado una rivalidad fuerte”. Las jugadoras de Olivos, un equipo con tradición en este deporte y en el rugby, llaman a las jugadoras de San Lorenzo despectivamente como las “las negritas del bajo Flores”. Si bien el término *negrita* tiene un componente directo de discriminación racial, en el contexto de la historia argentina hace referencia también a una condición de clase. En este acto discriminatorio y xenófobo se deja entrever la reaparición de un conflicto fundamental de la historia política nacional de la segunda mitad del siglo XX: la antinomia clasista entre sectores peronistas y no peronistas⁶⁸. Es claro que la invención de las ri-

⁶⁸ La afirmación “negritas del bajo flores” está emparentada con el término *ca-becita negra*, que fue utilizado por las clases media y altas de Buenos Aires para denominar a un sector de la población asociado a personas con rasgos físicos de los pueblos originarios y de la clase trabajadora. El término se inserta en una conflictiva relación entre personas de la ciudad de Buenos Aires y migrantes internos provenientes del norte del país y zonas rurales. Este conflicto se enmarca dentro de la disputa entre sectores peronistas y no peronistas.

validades es central al campo del deporte, en tanto espacio para la producción de identidades, la existencia de un otro distinto permite desde allí la construcción de la propia individualidad. En el fútbol argentino y aun en la contienda entre equipos sudamericanos en la Copa Libertadores, resulta algo bastante frecuente el desarrollo de una *batalla* discursiva entre rivales que toma componentes clasistas y aun raciales para descalificar al oponente (Uliana, 2011) y reforzar los propios rasgos identitarios. En el caso del hockey y debido al proceso de popularización reciente⁶⁹, bajo el cual se han sumado sectores históricamente ajenos a él, se observa el despliegue de una comunicación simbólica entre grupos participantes que dialogan a partir de la historia nacional. En ese marco debe comprenderse la fuerte imputación “negritas del Bajo Flores”. Por su alto grado de visibilidad el hockey se constituye así como una arena propicia para poner en escena conflictos sociales y políticos que hacen la trama constitutiva de Argentina como Nación.

En ocasiones los sectores tradiciones del hockey también expresan su resistencia al ingreso de las nuevas jugadoras provenientes de otros sectores sociales, pero lo hacen de manera ciertamente velada, sin expresar frontalmente su rechazo. Mercedes, una jugadora de un club que pertenece a un colegio católico tradicional de la ciudad de Buenos Aires afirma que “son como muy brutas, no entienden que en el hockey hay ciertas cosas que van más allá del juego, que deben respetarse”, y concluye que cuando una delantera rival la increpó ante una jugada de roce y fricción ella le dijo “sos una groncha”. Esta frase alu-

⁶⁹ Otros datos que permiten corroborar la expansión del hockey es la inversión en infraestructura. Por ejemplo durante el año 2011 en la ciudad de Buenos Aires el club Ferro Carril Oeste inaugura su cancha de césped sintético. Otro dato que refleja el crecimiento de la actividad es el caso del club San Luis de la provincia homónima, que incorpora la práctica del hockey durante el año 2007 sólo en la versión femenina.

de claramente a su condición social. Respecto al significado de pertenencia social que imprime la práctica de este deporte para las jugadoras, Mercedes cuenta la historia de una ex compañera graduada recientemente en la universidad pública como Trabajadora Social: “Comenzó a meterse en política y a trabajar en el comedor de un barrio y al tiempo nos comunicó que no iba a jugar más en el equipo, porque se encontraba alejada del ambiente, y que ahora estaba en otra cosa”, y reflexionando al respecto concluye que “era más que evidente que no eran compatibles las dos actividades, porque ella ya está en otro lado”. Sobre su propia experiencia en la práctica del hockey como espacio de socialización a la clase social la siguiente afirmación resulta esclarecedora: “yo juego desde niña, lo hacía en La Pampa y después cuando me mudé a Buenos Aires para estudiar, me busque un lugar para jugar acá. Para mí es algo más que un deporte, es un lugar en el mundo, por eso aunque a veces estoy cansada igual voy a entrenar porque me encuentro con gente con la que me siento bien, con la que comparto valores”. La reflexión antes citada permite concluir que para los tradicionales sectores sociales ligados al hockey, este deporte es un espacio clave para delimitar la pertenecía a su clase social.

Pero como la práctica del hockey tiende a expandirse hacia nuevos grupos, en tanto construcción cultural se definen y entran en circulación nuevos significados. Para las jugadoras de San Lorenzo también existen otras rivalidades producto de su anclaje en un universo futbolero, como sucede entre hinchas de fútbol las jugadoras de hockey entienden que “para las de Vélez, San Lorenzo es un partido especial, pero para San Lorenzo es un partido más”. Este comentario denota una paulatina transformación del universo del hockey al recibir el ingreso de nuevos clubes y jugadoras, impensado hace tan solo una década atrás. Las antinomias futboleras expresan una forma de ejerci-

tar las prácticas culturales que son características de otros espacios como por ejemplo el de la política. El hockey por historia, ha organizado su universo de representaciones y de producciones de valores de acuerdo a parámetros que –siguiendo a Elias y Dunning (1992) en su análisis respecto del deporte moderno– podríamos llamar burgueses, sin embargo ahora comienzan a modificarse lentamente al recibir la influencia de modos de representación más ligados a un universo popular como lo es el del fútbol. Este proceso debe ser leído como un elemento más en un contexto general, en donde tibiamente y sobre todo en el ámbito de las prácticas culturales, se producen movimientos tendientes a la inclusión social.

A modo de síntesis sobre la cuestión de la construcción de identidades sociales ligada a la clase social, se lee en este proceso la apertura del hockey hacia grupos no tradicionales, que incluyen sectores medios y medios bajos, como las jugadoras de San Lorenzo, muchas de las cuales provienen geográficamente de la zona del Bajo Flores. Una práctica deportiva perteneciente por tradición a las elites, compuestas por sectores medios altos y altos, comienza a tener una incipiente apropiación de los sectores populares, hecho que produce nuevos conflictos. Lo que en definitiva se expresa, es un cambio en las posibilidades de representación que se ha tornado masiva y que también representa el éxito social y de la Nación.

CUERPOS BELLOS PERO ESFORZADOS

En una sociedad que venera al extremo la belleza física y la juventud como valores supremos, hasta el punto de condicionar el desarrollo laboral o el desenvolvimiento satisfactorio en la vida afectiva de una persona, desde lo estético, Las Leonas

expresan un modelo que encaja a la perfección con esos parámetros dominantes. Las jugadoras del equipo nacional son portadoras de una imagen que se despliega en sintonía con las formas de la belleza actual. Estas jugadoras-modelos, son colocadas en el pedestal de la consideración de un público que consume con avidez la belleza y la gracia que emana de su deseada juventud. Las Leonas son moneda de cambio estético en un mercado como el de la belleza corporal, que puede proporcionar las credenciales necesarias para asegurar el éxito social.

Transmisiones televisivas en vivo de sus partidos en los grandes campeonatos internacionales, tapas en revistas del corazón y de consumos de estilos de vida femenino, móviles periodísticos diarios siguiendo sus entrenamientos, reportajes exclusivos, documentales sobre la historia del equipo y los modos de vida de las jugadoras, son algunos de los productos comunicacionales que señalan la inserción de la marca Leonas en un mercado que excede ampliamente lo deportivo. El mercado consume imágenes en torno a su destreza en el juego, cuerpos esbeltos, atléticos, jóvenes y musculosos. Estos cuerpos deportivos están insertos en el corazón de una economía que produce parámetros de belleza para luego transformarlos en mercancías altamente rentables.

El deporte es una suerte de fábrica de belleza moldeada en clubes y gimnasios, con trabajos casi artesanales sobre cuerpos aptos y bellos, que son desarrollados a partir de una fuerte cuota de disciplina y sacrificio. En parte, el deporte constituye una maquinaria desde donde se producen los parámetros estéticos dominantes en los mercados. En esa línea se ubican el hockey femenino y Las Leonas en tanto prácticas productoras de una belleza mercantil.

Si bien la belleza física es un atributo ligado a la condición femenina, y en nuestra cultura existe una valoración que po-

dríamos catalogar de exagerada en relación a ello, las mujeres son valoradas antes que nada por esa belleza física, pero el contenido estético respecto de lo corporalmente lindo o feo ha ido variando a lo largo del tiempo. La idea de que un cuerpo es bello es una construcción social relativa a un momento histórico, lo que hoy consideramos bello tal vez no lo era hace tan solo un par de décadas atrás, y ni que hablar si nos remontáramos algunos siglos, porque por ejemplo las robustas mujeres de los cuadros de los pintores renacentistas, paradigmas de la belleza de aquel tiempo, hoy no serían casi miradas ni producirían deseo masculino alguno, todo lo contrario, serían juzgadas en la despiadada cultura de la belleza argentina como gordas y feas. Como señala Lipovestky (2007), la belleza como atributo y característica femenina es una construcción de la cultura moderna, y la estética de sus formas ha ido variando a lo largo del tiempo. Además, la belleza femenina posee una vinculación con otras estructuras sociales como la economía, que ha montado en torno a ella una gran industria, donde cosméticos, perfumes, dietas, indumentaria y ahora el deporte, son sólo algunos de los innumerables productos producidos en torno a esta rentable industria. El marketing apunta a despertar en las mujeres consumidoras la idea de que al consumir estos productos e imágenes podrán volverse hermosas y deseables. Los cánones de la belleza tienen que ver hoy más que nunca con una belleza exterior, en una sociedad en donde la imagen tiende a primar por sobre la espiritualidad y la inteligencia, como objetos de deseo y valores sociales.

Pero además de ser la belleza femenina un objeto que se consume como mercancía también es una suerte de capital social. En este sentido Louveau (2007) asegura que el deporte constituye un espacio diferenciado por género, sumamente útil en la producción de esos capitales sociales que luego serán carta

de presentación en los mercados laborales. En actividades laborales en donde se requiere dar la cara frente al público, para atender o vender productos, las empresas buscan mayoritariamente mujeres jóvenes y hermosas para que se presenten como el rostro de la compañía. En los mercados laborales la belleza termina adquiriendo un valor comercial extra para quienes se ajusten a estos parámetros estéticos, pudiendo permitirle a una persona conseguir trabajos con buenas remuneraciones y hasta iniciar una carrera en la compañía. De manera más o menos solapada la belleza estética funciona como un requisito curricular exigido en los ámbitos laborales. Un cuerpo considerado apto en el mundo del trabajo debe ser bello, atlético y juvenil. Todos estos atributos pueden conseguirse con la práctica de deportes. Así, las jugadoras de hockey y la fuerte amplificación que por su alcance mediático despiertan Las Leonas, convierten a este deporte en un poderoso imán que produce un magnetismo casi irresistible sobre todo en las mujeres jóvenes.

La práctica del deporte supone una moralidad estructurada en torno a valores como disciplina, competencia y perseverancia. Todos atributos típicos del deportista que coinciden con lo que los medios de comunicación reflejan de Las Leonas. La alta competencia exige a estas jugadoras método y disciplina, compromiso y solidaridad, talento e inteligencia, a su vez todos atributos valorados positivamente en los mercados laborales. Las imágenes transmitidas por Las Leonas en relación a lo actitudinal resultan un atractivo clave para muchas empresas que se han sumado como auspiciantes exclusivos, en un equipo que ha logrado, justamente a través de la portación de estos significados sociales positivos, representar a todos.

Cuando Las Leonas saltan a la cancha, la contienda deportiva se transforma por momentos en una suerte de show de modas, donde se pasean cuerpos hermosos con indumentarias

estridentes y apretadas al cuerpo, una moda que es también consumida en la vida cotidiana sobre todo por mujeres jóvenes o por aquellas que sienten la ilusión, al usar la camiseta de Las Leonas, de conservar uno de los atributos sociales más reconocidos y codiciados: juventud eterna. Esos cuerpos enfundados en ajustadas camisetas y cortas polleras resultan para el gran público sumamente sensuales. Pero no obstante, Las Leonas no sólo transmiten ideales de belleza en relación a lo físico, sino que también poseen una significación en torno a comportamientos y actitudes, en ese sentido la selección del nombre Leonas expresa un conjunto de atributos sociales por demás deseables. Culturalmente existe toda una construcción en torno a la figura del león, sobre su versión femenina se destaca en primer lugar obviamente su condición de felino; con un alto contenido erotizante, a ello se agregan otros significados como: fuerza, astucia, sagacidad. Los documentales televisivos sobre el mundo animal muestran y destacan a la leona siempre ocupada en criar y alimentar a la crías, sin dudas la maternidad consiste en un valor importante que le compete a las mujeres y que por lo tanto no deja de ser valorado. Se construye a partir de estas ficciones un estereotipo femenino de mucha valía, retomado y potenciado por los consumos deportivos.

IDENTIDADES CRUZADAS ENTRE EL GÉNERO, LA CLASE SOCIAL Y LA NACIÓN

Según Butler (2003) las identidades de género no son el resultado de diferencias sexuales, sino que son construidas en contextos sociales en donde funcionan otro conjunto de relaciones. El deporte es uno esos espacios relacionales en donde se construyen identidades, entre otras por ejemplo las de géne-

ro. Por su parte, Louveau (2007) considera que las diferencias entre hombres y mujeres pueden resumirse en un conjunto de atributos construidos en el deporte tanto en las prácticas como en los consumos deportivos. Resumiendo sus argumentos, Louveau considera que en el deporte, y en relación a las identidades de género, la fuerza es el atributo característico construido por y para los hombres y la belleza el de las mujeres. Esta distinción en apariencia obvia, esconde una asimetría en relación a atributos socialmente naturalizados que terminan por reproducir una profunda desigualdad entre géneros. En un sentido general el deporte reproduce entonces las diferencias entre géneros socialmente establecidas. A su vez, Bromberger (2007) plantea que la selección de diferentes deportes según el sexo, se debe a la posibilidad que estas actividades brindan para construir identidades de género, porque “para los hombres, los deportes de contacto, de percusión, los aparatos mecanizados, para las mujeres las prácticas que acuerdan el primado del mantenimiento, de la higiene corporal y de la gracia”, además asegura que estas diferencias pueden observarse aun en un mismo deporte.

Respecto del hockey y su división por género, hay que decir que si bien en Argentina es un deporte practicado por ambos sexos, es sin dudas la versión femenina la más popular en términos de públicos y audiencias televisivas. También como actividad deportiva convoca un mayor número de participantes. Esta división por género, en donde la versión femenina en tanto práctica y consumo deportivo es más fuerte, se establece a partir de una estrecha vinculación con la clase social. Mientras el hockey constituye el deporte por excelencia de los sectores sociales medios y medios altos en las mujeres, para los hombres de similar condición social, es el rugby y no el hockey, el deporte que les permite representar y escenificar su pertenencia a los sectores acomodados.

La elección del nombre Leonas, en apariencia referido a la identidad femenina, esconde sin embargo un componente fuertemente clasista que permite observar de cerca la conexión entre género y clase social. Como se mencionara líneas arriba, en tanto espacio de sociabilidad perteneciente a sectores sociales medios altos y altos, al jockey femenino le corresponde el rugby masculino, porque jugadoras y jugadores, pese a practicar diferentes deportes y a veces en distintos clubes, provienen de un mismo origen social. Así es que el equipo nacional de hockey femenino escogió un nombre que lo homologa en su distinción de clase con sus pares masculinos del rugby. El seleccionado nacional de rugby, llamado Los Pumas, lleva como escudo en su camiseta a otro felino, que en realidad no es un puma, sino un yaguareté, animal característico que habita la zona del norte del argentino, y que representa la astucia, la sagacidad, pero también la fuerza, y que le da al equipo un sentido desde su posición de clase de identificación nacional. En el caso de las mujeres, fueron las propias jugadoras que inducidas por su entrenador durante la competición de los Juegos Olímpicos Sydney 2000, antes de un difícil partido contra la selección de Holanda en segunda ronda, que escogieron el nombre Leonas, para diferenciarse e identificarse, y así estamparon a otro felino como escudo de su camiseta. El diseño correspondió a la jugadora Ines Arrondo y expresó en primera medida una condición de género, pero como se dijo, atravesada por la pertenencia a la clase social. La leona, en este imaginario de deportes nacionales de los sectores medios altos y altos, vendría a ser la compañera del puma. Respecto de la elección del nombre debe entenderse que y según Bourdieu (1998), existe un *efecto de nominación* para que sea posible la constitución de un grupo, el lenguaje resulta por tanto un elemento esencial en la construcción de toda identificación colectiva. Bajo la denominación de Leonas se expre-

sa la triple representación de género, clase social y Nación. Los sujetos son el resultado de identidades múltiples que confluyen para formar a la persona.

Las representaciones de género desplegadas en el hockey se construyen en conexión con la pertenencia a la clase social. A su vez, estas representaciones que articulan género desde la clase, se suceden a partir de otra pertenencia muy fuerte, la de las jugadoras a sus respectivos clubes. Los clubes en donde se practica hockey suelen ser espacios de sociabilidad que operan como marco para la construcción y despliegue de representaciones. Jugar en clubes como Liceo Naval, Gimnasia Esgrima de Buenos Aires (GEBa) o San Cirano, no expresa dentro del ambiente del hockey el mismo significado que hacerlo en clubes como Banfield o Quilmes, más allá del resultado o la tabla de posiciones, cada institución es un espacio de representación profundamente ligado a la clase social y con un marcado anclaje territorial.

Dentro de la práctica del hockey existe una institución particular en donde este cruce entre género y clase social se expresa con claridad, el llamado *tercer tiempo*⁷⁰. Esta práctica consiste en un momento posterior a la disputa del partido en donde las jugadoras de los dos equipos se juntan para comer, beber y conversar. El *tercer tiempo* en el hockey posee una clara funcionalidad social, en donde y debido a la tradicional pertenencia a sectores sociales medios altos y altos, las jugadoras borran momentáneamente la rivalidad previa que se sucede entre ambos equipos en el campo de juego y que resulta constitutiva del campo del deporte, para protagonizar una práctica que las vincula de acuerdo a la pertenencia de clase. Asimismo resulta

⁷⁰ La idea de *tercer tiempo* como institución es pensada aquí desde Berger y Luckmann (1999), quienes sostienen que toda institución es una práctica social consolidada en el tiempo, con un significado unificado por ser compartido por tres actores o más.

interesante observar en relación a los terceros tiempos, en tanto práctica colectiva en donde se construye simbólicamente la pertenencia a la clase social, que la misma, posee gran tradición y raigambre también entre los jugadores de rugby. El rugby y el hockey son deportes que dividen por género a sujetos que pertenecen a una misma clase social.

En el ámbito del hockey, el *tercer tiempo* constituye un ritual de comensalidad desde donde se construye la pertenencia a la clase social. En esta línea, Moreira (2006) analizó la práctica del *asado* entre hinchas de fútbol también como un ritual de comensalidad, y concluyó que *los asados* poseen una función social definida: la de permitir la consolidación de lazos de amistad entre hinchas de diferentes equipos en un universo signado por fuertes rivalidades. Esta reflexión realizada por Moreira respecto de *los asados*, permite comprender, trasladándola al *tercer tiempo*, la idea de un ritual específico en donde la comensalidad tiene la función de consolidar lazos sociales, para el hockey y el rugby los terceros tiempos son espacios de reafirmación de valores que marcan la pertenencia a la clase social. Por lo tanto no resulta para nada casual que en ambos deportes dicha práctica este fuertemente institucionalizada, permitiendo aflorar allí fenómenos identitarios que definen clase social en conexión con el género, superando las rivalidades ocasionales entre clubes. En deportes como el hockey y el rugby, en Argentina, donde aún persiste el amateurismo, pese a discusiones y conflictos en torno a ello, todavía se preserva el honor, la camaradería, la igualdad, como valores constitutivos en donde se expresa la clase y la distinción social. Al respecto, una jugadora de un club tradicional del que participan sectores medios altos y altos como Liceo Naval, club en el que se practican ambas disciplinas, aclara esta cuestión de género y clase social entre mujeres del hockey y hombres del rugby al señalar que, “Las chicas de

hockey nos juntamos con los chicos de rugby, porque hay algo en común, salimos juntos, las fiestas, siempre hay algún hermano o novio en el grupo de los de rugby” y agrega, “muchas veces hemos ido a ver los partidos, estar en los terceros tiempos de ellos ...es como que estamos más unidos, hay algo en común”. Si bien para estos grupos de elites la práctica de estos deportes están bien diferenciados según género, y les resulta *normal* que a las mujeres les toque hockey y a los hombres rugby, está claro también que son dos prácticas deportivas que posibilitan integración a una identidad social común, que en parte disuelve y articula las distancias que toda identidad de género impone. Esta idea queda refrendada en el relato de otra de las jugadoras de Liceo Naval quien afirma que “...en mi familia siempre fue así, mi tía jugaba al hockey desde chica y mis tíos, de los dos lados eh, tanto por parte de padre como de madre jugaron toda la vida al rugby. Lo mismo lo ves ahora con mis primos, primas y hermanos”. La pertenencia a una identidad de clase social está enhebrada desde las identidades de género para deportistas que practican hockey y rugby.

Por otra parte los relatos sobre los supuestos estilos de juego son también narrativas en donde son plasmadas representaciones sociales. Hay una clásica discusión en las ciencias sociales respecto de los estilos de juego en el fútbol como espacios para la representación de la Nación (Alabarces, 2002), pero en el hockey, al ser un deporte que en Argentina es identificado mayoritariamente con las mujeres, se da una discusión particular respecto de los estilos en función de las divisiones sexuales. Para los seguidores del hockey, las diferencias entre ambos sexos se reproducen en los estilos de juego entre hombres y mujeres, así lo afirma una destacada ex jugadora ahora dedicada a la formación de juveniles, para quien “los varones hacen un juego mucho más rápido y fuerte, hay grandes diferencias en

términos de potencia y eso es evidente, salta a la vista cuando mirás un partido de hombres” en relación al estilo desplegado por la mujeres, la misma entrenadora observa que, “El hockey femenino tiene por ahí otra gracia y elegancia, pero es más lento, le falta fuerza...pero es claro que sí se las compara...los hombres son mejores, en ese sentido no hay competencia”. Según las palabras de los protagonistas se encuentra al interior de la práctica del hockey la diferenciación señalada párrafos arriba por Louveau, en relación a deporte y divisiones sociales de género, es decir que también el hockey funciona como un espacio de reproducción de divisiones sociales de género más amplias.

Ahora bien y retornando al complejo entramado a partir del cual se construyen las representaciones en un deporte como el hockey, hay que decir que la popularización de Las Leonas marcó un viraje en la construcción de representaciones de género y su vinculación con la clase social. El significante nacional es el elemento más poderoso que Las Leonas portan, y es totalizante, porque abarca y contiene a todas las clases sociales bajo la idea de la pertenencia al colectivo nacional, que obviamente es más amplio. En este sentido Las Leonas expresan un significado que colisiona con las tradicionales representaciones de clase social y género que se ponen en juego en los clubes de hockey y rugby. A su vez, también resulta superador de la inequitativa división social de género, porque aunque Las Leonas son mujeres, representan a la Nación, y ello obviamente incluye desde luego a los hombres. Esto se refleja, por ejemplo, en la venta a través de los medios de comunicación al público masivo de las competiciones internacionales en la cuales Las Leonas participan, los partidos son vendidos en las publicidades de televisión y en general en las crónicas periodísticas, como confrontaciones entre naciones, el género o cualquier otro significante parcial queda en segundo plano, se dice de ellas en los medios que son “nuestras embajadoras”.

LA *MARADONA* DEL HOCKEY FEMENINO

La condición superadora de los significados parciales de género y clase social que Las Leonas expresan con claridad, es posible, debido a la cercanía del hockey y de éste equipo con el universo masivo de la cultura futbolera. El fútbol constituye en Argentina una estética que se impone en los consumos deportivos, sobre todo en los deportes de conjuntos, pero también tiene una marcada presencia en otros ámbitos, un ejemplo de ello es la política, en ese sentido la escenificación de manifestaciones callejeras expresa una notable influencia de la cultura del fútbol; cánticos, banderas, y corporalidades de los participantes son una elocuente muestra de esta futbolización, de una sociedad como la argentina que encuentra en él un lenguaje consolidado.

Asimismo este proceso de futbolización también alcanza al hockey, que debido a ciertas semejanzas con este universo, asentadas fundamentalmente en relación a la dinámica del juego, existen mayores posibilidades de que se desarrolle un lenguaje común. Veamos pues algunas conexiones entre ambos deportes. En los dos deportes participan once jugadores, uno de los cuales cumple la función de arquero o portero, el dibujo táctico que determina el despliegue de los jugadores en el campo de juego es más o menos similar o el puntaje que recibe cada anotación. Todas estas características son sólo algunas de las similitudes existentes entre ambas prácticas deportivas y si bien en términos de sociabilidad y representaciones sociales, existe una clara cercanía y afinidad entre jugadoras de hockey y jugadores de rugby, en lo que respecta al juego, son las mismas jugadoras quienes afirman sentirse mucho más cercanas al fútbol. Carolina arquera de un equipo de primera y entrenadora en divisiones menores lo deja bien en claro; “yo soy de Boca, miro

los partidos, en general voy a la cancha cuando juega de local y si no coincide con el horario de mis partidos... acá hay varias chicas que somos fanáticas del fútbol... cuando se jugó el mundial, ¡el de fútbol, eh! el de Sudáfrica, nos juntábamos a ver el partido de Argentina en la casa de alguna”. La importancia del fútbol a nivel popular, acompañado por la mediatización, determina que cuando se hable de *el mundial* significa una referencia ineludible al mundial de fútbol, es por ello que Carolina tiene la necesidad de aclarar que se está refiriendo al mundial de fútbol y no al mundial de su deporte, el hockey, que también se realizó durante el mismo año 2010. Este hecho denota la evidente importancia de esta práctica en la cultura popular argentina. Además, Carolina dice saber mucho más de fútbol que de rugby, aunque en su familia sus primos y tíos jugaban al rugby, y que “eso para la mayoría de las chicas es así”. Carolina cuenta, entre otras historias, de chicas de hockey que son “re futboleras”, la de Delfina, la arquera suplente del equipo de primera del club al que ambas pertenecen: “de fútbol sabe todo y es re fanática de Boca... cuando pierde se pone mal”, y agrega que su ídolo deportivo es el futbolista argentino Carlos Tevez.

Otro elemento en donde observar esta idea de futbolización del hockey aparece en la construcción de la figura ya emblemática en el fútbol del número 10. Normalmente esa denominación se refiere al desempeño, por parte de un jugador, de una función que requiere un alto grado de creatividad dentro de la cancha. El 10 sería una suerte de organizador de la ofensiva del equipo, que con talento y una clara dosis de carisma y temperamento, es capaz de hacer las cosas más geniales, contagiando y sobre todo guiando al resto del equipo a la victoria. En la historia del fútbol mundial y a nivel de selecciones nacionales existen sobrados ejemplos de esos jugadores; Pele en Brasil, Beckenbauer en Alemania o más recientemente Zidane en Francia,

son sólo algunos casos entre muchos. En el fútbol argentino se destaca por sobre todos los futbolistas que cumplen o cumplieron la función de “10”, la figura de Diego Maradona. En deportes colectivos y sobre todo en seleccionados, el sentir popular y los medios de comunicación buscan reeditar un Maradona como fórmula del éxito. En la narrativa deportiva los buenos equipos deben tener un conductor talentoso. En Argentina en muchos deportes colectivos se ha construido un relato de similares características, que destaca la figura del jugador sobresaliente, aunque a veces no lleve el número 10 en la camiseta, por ejemplo Hugo Porta en los Pumas, Emanuel Ginóbili en el básquet o Marcos Milinkovic en el volleyball, son ejemplo de esta narrativa del héroe deportivo. Sobre Las Leonas también se ha construido mediática y colectivamente una narrativa similar, donde el “10”, jugadora emblemática y talentosa, se destaca por sobre el resto. Ese lugar es ocupado por la leona Luciana Aimar, a quien se la conoce popularmente como Lucha, una “10” que en la selección nacional usa la camiseta número 8. La propia Luciana Aimar se reconoce a sí misma como el emblema del equipo a partir de su habilidad. En una entrevista televisiva es comparada con Maradona, cuando un periodista le pregunta si ella es “la Maradona de esta Selección Argentina”, Aimar le contesta que “el Diego es el Diego y Lucha es Lucha”. Luego de concluida la primera fase del Campeonato Mundial del 2010, cuando otro reconocido periodista deportivo –haciéndose eco de comentarios mediáticos y populares– le pregunta si se siente orgullosa por la comparación con el astro futbolístico argentino del momento, que triunfa en el fútbol de Europa, Lionel Messi, Lucha con una sonrisa irónica contesta: “¿Messi de mí?”, con ese comentario Aimar deja en claro al periodista que ella también ocupa el sitio del héroe deportivo.

La obtención del Campeonato Mundial 2010 por parte de Las Leonas disparó otro conjunto de representaciones sobre la victoria, que en la memoria colectiva resuenan a los ecos futboleros de la última gran conquista del fútbol argentino a nivel de selecciones, el Mundial de México en 1986. En el recuerdo de un periodista deportivo, la victoria argentina en ese torneo fue el resultado de un equipo que conjugo un “funcionamiento colectivo mecanizado, con la presencia del mejor jugador del mundo de todos los tiempos, en un equipo que jugaba así por él”, este último comentario es en alusión a Maradona. Por otra parte los relatos mediático sobre Las Leonas expresan una argumentación similar, en donde la destreza individual encuentra su punto de equilibrio con un sólido juego de equipo en lo colectivo. Ello puede comprenderse al recurrir a la ya clásica tipología sobre los regímenes sociopolíticos de Weber (1992), quien elabora entre otros, dos modelos fuertes para reflexionar sobre las organizaciones modernas, el racional-legal, caracterizado como un tipo de organización funcional, con un alto grado de previsibilidad y cohesión, y el modelo carismático, fundado en el carácter individual de las facultades extraordinarias que sólo algunos sujetos poseerían y que les valdría su condición de liderazgo. En este sentido, las narrativas mediáticas sobre las gestas deportivas de Las Leonas conjugan esos dos elementos de la tipología weberiana. En primer término, la dominación racional legal, se observa como causal directa de la victoria, cuando al elogiar el juego del equipo que obtuvo el Campeonato Mundial 2010 se destaca que; “la victoria vino de la mano del alto grado de organización de un equipo solidario, donde cada una cumple su función a la perfección”. Otro periodista haciendo alusión a la misma conquista, hace notar en su programa radial que; “el equipo funcionó como un relojito en la final de ayer, va...en todo el campeonato, porque cada jugadora sabía exactamente lo que

debía hacer en la cancha. Las jugadoras supieron durante todo el campeonato, y yendo de menor a mayor en su rendimiento individual, plasmar el planteo táctico a la perfección”. El costado carismático del líder del equipo es para la prensa el otro componente fundamental para la obtención del campeonato, porque “El nivel de Luciana Aimar fue superlativo, siempre se destacó por sobre el resto, con su habilidad hizo la diferencia, ese plus que sólo les dan los grandes jugadores a sus equipos” y en otro pasaje la compara directamente con Maradona cuando afirma: “salvando las distancias, porque además es otro deporte, Lucha tiene cosas maradonianas en su juego, por ejemplo esa capacidad para inventar sobre la marcha”. Respecto a las representaciones de las victorias, que destacan el componente carismático, el relator de la televisión destaca que “Aimar apoyo su magia en la solvencia y el funcionamiento colectivo de un equipo sin fisuras”. Este comentario expresa lo que sería el modelo de funcionamiento ideal de un equipo, la síntesis entre organización colectiva y talento individual, que además se asemeja notablemente al comentario del periodista deportivo, antes citado, respecto de la victoria argentina en el Mundial 86.

CONCLUSIONES

El despegue internacional de Las Leonas, sus logros, conquistas, han llevado a conducir a un deporte como el hockey hacia una masividad inesperada, que a su vez ha desatado todo un conjunto de fenómenos sociales, en donde se destaca la enorme riqueza simbólica que el hockey permite expresar. Sin dudas el hockey femenino a través de Las Leonas, despierta un renovado interés a los estudios sociales del deporte, por la posibilidad que brinda para leer en él las complejas tramas sociales contemporáneas.

Así también, indagar sobre el universo en la construcción de representaciones en el hockey femenino, permitió observar la persistencia de la centralidad de componentes nacionales en la construcción de la identidad de las personas, que muchas veces desde las teorías de la globalización fueron cuestionados como faltos de eficacia para esa tarea. El análisis de esta práctica deportiva permitió observar además, que la construcción de identidades no puede entenderse linealmente, somos en tanto personas, construidos en nuestras interacciones con medios sociales, una multiplicidad de identidades parciales, que a su vez es lo que nos diferencia y define. Nación, clase social y género siguen siendo tres de los elementos centrales que conforman; articulados, superpuestos, contradictorios y fragmentados, las bases de la identidad social en este tiempo.

Como principal resultado arrojado por la investigación en base a la cual se obtuvieron los datos para este artículo, hay que señalar que no puede entenderse el campo del deporte funcionando autónomamente, pero que también sería un error pensar que el deporte es la expresión mecánica de procesos sociales más amplios. Ni lo uno ni lo otro entonces. Para el investigador social se trata de desentrañar complejos procesos que conectan a veces sutilmente, en un trabajo como le gusta llamar a Bernard Lahire *artesanal*, al campo del deporte con otros ámbitos de la vida social, en una suerte de reflujo permanente.

Por último, quisiera señalar que no puede comprenderse la dinámica deportiva sin analizar la fuerte conexión con el mercado; el deporte se desarrolla actualmente como un espacio sumamente mercantilizado, y específicamente por los medios de comunicación, sin embargo admitir esto no le quita para nada uno de sus rasgos centrales, la capacidad de producir sociabilidad y comunicación en tanto artefacto simbólico. El deporte ahora, más que nunca, tiene muchas cosas para decirnos.

BIBLIOGRAFÍA

- Alabarces, Pablo, *Fútbol y patria*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2002.
- Archetti, Eduardo, *Masculinidades. Fútbol, Tango y Polo en la Argentina*, Buenos Aires, Antropofagia, 2002.
- Balibar, Étienne, *Violencia, identidad y civilidad*. Barcelona, Gedisa, 2005.
- Berger Peter y Luckman Thomas (1972), *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu, 1999.
- Bourdieu, Pierre, *Cosas dichas*. Barcelona, Gedisa, 1998.
- Bourdieu, Pierre, *La Distinción*. Madrid, Taurus, 1999.
- Brohm, Jean Marie, “20 tesis sobre el deporte”, en Brohm, Jean-Marie, Bourdieu, Pierre y otros, *Materiales de Sociología del Deporte*. Madrid, Las ediciones de La Piqueta, 1993.
- Bromberger, Christian, “Deportes, fútbol e identidad masculina. Los deportes, un revelador de la construcción de los géneros”. <<http://www.efdeportes.com/efd111/deportes-futbol-e-identidad-masculina.htm>>. En línea. Consulta: 8/10/2011.
- Butler, Judith, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires, Paidós, 2002.
- Elias, Norbert y Dunning, Eric, *Deporte y ocio en el proceso civilizatorio*. México, Fondo de Cultura Económico, 1992.
- Feiguin, María Andrea, “El origen y desarrollo de los deportes británicos en Argentina, el caso del hockey sobre césped”, en Tesis de Licenciatura, Mimeo, 2009.
- Foucault, Michel, *Genealogía del racismo*, La Plata, Altamira, 1995.
- Godio, Julio, *Argentina: luces y sombras en el primer año de transición. Las mutaciones de la economía, la sociedad y la política durante el gobierno de Eduardo Duhalde (enero-diciembre de 2002)*. Buenos Aires, Biblos, 2003.

- Guedes, Simoni, “Las naciones argentina y brasileña a través del fútbol”. En línea <http://www.vibrant.org.br/downloads/v6n2_guedes.pdf>. Consulta: 10/10/2011.
- Hargreaves, Jennifer, “Promesa y problemas en el ocio y los deportes femeninos”, en Brohm, Jean-Marie, Bourdieu, Pierre y otros, *Materiales de Sociología del Deporte*. Madrid, Las ediciones de La Piqueta, 1993.
- Lipovetsky, Gilles, *La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino*. España, Anagrama, 2007.
- Louveau, Catherine, “El cuerpo deportivo: ¿un capital rentable para todos?”, en Lachaud, Jean-Marc y Neveux, Olivier (Dir.), *Cuerpos dominados, cuerpos en ruptura*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2007.
- Oszlak, Oscar, *La formación del estado argentino*. Buenos Aires, Planeta, 1997.
- Sarlo, Beatriz, *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*. Buenos Aires, Ariel, 1998b.
- Uriana, Santiago, “Identidad y Rivalidades. Reflexiones desde la Copa Libertadores de América” en Fútbol y sociedad. Prácticas locales e imaginarios globales. Godio, Matías y Uliana, Santiago (compiladores). EDUNTREF: Saez Peña, Argentina. 2011.
- Villanueva Fiengo, Sergio, “El fútbol como ritual nacionalista”, en Ecuador debate N° 43, Quito 1998.
- Weber, Max (1922), *Economía y sociedad*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1992.

ENTRE AGUANTADORES Y PICANTES.
**VIOLENCIA Y SECTORES POPULARES EN
UNA HINCHADA DE FÚTBOL ARGENTINA**

POR JOSÉ GARRIGA ZUCAL

A MODO DE INICIO

Acontece en el fútbol argentino un fenómeno extraño, aunque no inusual en otros contextos. Un colectivo de simpatizantes, usualmente llamados *barras bravas*, con el objeto de construir señales identitarias se apropia de representaciones y prácticas asociadas a los sectores populares⁷¹. Proponemos en estas páginas desentrañar esta construcción identitaria, que surge a primera vista paradójal. Lo singular de esta identidad no tiene que ver con la homogenización de lo heterogéneo – operación común de todas las construcciones identitarias– sino que la misma se realiza en la elección como diacríticos de prácticas y representaciones socialmente deslegitimadas como son, efectivamente, las acciones violentas.

⁷¹ Siguiendo a Miguez y Seman (2006) entenderemos a los sectores populares como aquellos grupos con una participación negativamente en la distribución y apropiación de bienes materiales y simbólicos.

No le cabe a este trabajo ningún análisis de la –absurda y errada– relación que algunos académicos, los medios de comunicación y parte del sentido común establecen entre violencia y sectores populares en el mundo futbolístico⁷². Nos ocupa comprender cómo dicha asociación es aceptada por este grupo, cuya pertenencia social heterogénea se oculta, para convertir a la violencia en señal de membresía. Para ello, estudiaremos, por un lado, las formas en que la hinchada captura las representaciones violentas asociadas a los sectores populares. Por otro lado, a modo de reflexión final, analizaremos los motivos de una asociación que se gesta sobre prácticas y representaciones que son consideradas por el resto de la sociedad negativamente.

Desde una perspectiva etnográfica⁷³ reflexionaremos sobre las formas identitarias de una *hinchada* de fútbol –con el objetivo, ya mencionado, de revelar la articulación de la violencia y lo popular– en la constitución de un nosotros. La *hinchada*⁷⁴ es el colectivo que congrega a los que tienen *aguante*, a los *picantes*, pertenencia constituida en la lucha, en las peleas, en los piedrazos, trompadas y puntapiés. Esta distinción es propuesta por los mismos protagonistas que buscan ser definidos como distintos al resto de los espectadores. Los espectadores que no

⁷² Absurdo error que ha sido objetado y refutado en Alabarces 2004, Garriga y Moreira 2006 y Garriga 2007.

⁷³ Con el objetivo de desentrañar las lógicas violentas que parecían ser el ejemplo del sinsentido realicé un trabajo de campo con los miembros de la *hinchada* del club Huracán entre el 2004 y el 2007. Dicho club es uno de los más reconocidos de la Argentina (para muchos, es el sexto club más grande del país luego de River Plate, Boca, Independiente, Racing y San Lorenzo). Está ubicado en el barrio de Parque Patricios, en la zona sur de la ciudad de Buenos Aires. El clásico rival de Huracán es San Lorenzo.

⁷⁴ *Hinchada* es el nombre que usan para identificarse el grupo de simpatizantes que comúnmente son llamados *barras bravas*. Preferimos no usar esta expresión por su explícita negatividad. Por ello usaremos los términos nativos con los que sus miembros se denominan: *hinchada*, la *banda* o los *pibes*. Asimismo, emplearemos la denominación de *hinchada* para referirnos a los integrantes de estos grupos, diferenciándolos del resto de los espectadores.

pertenecen a la *banda*, también se refieren a ellos como un grupo diferente y diferenciable.⁷⁵

Aquello que los distingue es la violencia. Los miembros de las *hinchadas* de fútbol no definen a sus acciones como violentas, califican a sus peleas como *combates* y nunca mencionan que participaron de *hechos violentos* ni, menos aún, que son *actores violentos*, sino que afirman ser sujetos con *aguante*. Sin embargo, aunque la definición no sea nativa reconocen que así son caracterizadas sus acciones. Se torna imprescindible una reflexión –acotada a las metas del artículo– sobre el complejo y huidizo concepto de violencia.⁷⁶ La mayor parte de los investigadores no arriesgan una definición universal de lo que es entendido como violencia sino que la buscan en los parámetros de enunciación de cada sociedad, en un tiempo determinado (Isla y Míguez, 2002). Lo que se define como violencia es parte de un debate que atañe a cada cultura, donde las partes que discuten los sentidos de la misma no sólo tienen posiciones asimétricas de poder sino que presentan posturas contradictorias, inconclusas y confusas.

Debemos, entonces, como investigadores tomar la teoría nativa para hacer ciencias sociales y en este recorrido nos encontramos que el *aguante*, definición nativa de la acción violenta, se constituye como una marca identitaria. Violencia e identidad parecen dos términos difíciles de enlazar. Las identidades parecen factibles de construir en una multitud de prácticas y representaciones pero nunca en la violencia. La violencia, en todas sus formas, es comúnmente concebida como el sinsentido, la

⁷⁵ Los espectadores que no son de la *banda*, le suman –siempre– a la definición, un adjetivo que denigre sus prácticas. Un joven me decía: “los negros de la hinchada están siempre haciendo bardo y buscando problemas”. Otro espectador, un señor entrado en años, afirmaba: “los de la hinchada son violentos”.

⁷⁶ Hemos tratado en profundidad el difícil concepto de violencia en Garriga y Noel 2010.

sin razón. Por ende, un espacio imposible de afirmarse positivamente como vínculo interpersonal. Sin embargo, el *aguante* es una de las primordiales piezas del sistema identitario de los *hinchas*. Precursor, Archetti (1985) sostuvo que los espectadores en el fútbol jugaban un juego distinto al deportivo y que en sus canciones, saltos y luchas se dirimían signos, señales y marcas identitarias. Lo estrictamente deportivo tiene un rol secundario en estas disputas, que toman el género, la clase, la edad –entre otros tantos ejes– como hilo que cose identidades en ese contexto. La estrategia identitaria de los miembros de las *hinchadas* se cose entre la pertenencia social y la violencia. Debemos dilucidar y desenredar ese hilvanado.

LA HINCHADA Y SU CONFORMACIÓN SOCIAL

Hinchada y violencia irrumpen en el universo futbolístico como sinónimos. Equivalencia sustentada en obtusos argumentos formulados a diestra y siniestra por sectores de la justicia, la policía y los medios de prensa. Éstos conciben a las *hinchadas* como principales –a veces únicos– responsables de la violencia en el fútbol, escamoteando las prácticas violentas de otros actores de este universo. Los *hinchas* no son los únicos protagonistas de hechos violentos, sin embargo, se destacan por ser los únicos que le dan a sus prácticas un significado positivo. La positividad que asignan a prácticas, que el resto de la sociedad concibe negativamente, no puede comprenderse fuera del entendimiento de los códigos de prestigio grupal, que funcionan, al fin y al cabo, como marco de pertenencia. Una tarde calurosa del verano de 2004 conversaba con Ramón⁷⁷ en el buffet del

⁷⁷ Para mantener el anonimato de mis informantes han sido cambiados todos los nombres.

club Huracán. Me contaba, una y otra vez, sangrientas peleas, robos de banderas, viajes eternos. Los relatos formulaban un *nosotros*: “los muchachos del club”, como llamaba a los integrantes de la *hinchada*. Ubicado en esta posición que lo definía como “uno de los muchachos” desarrolló la relación tensa con los que estaban por fuera de ese espacio.

La *hinchada* tiene una estructura jerárquica piramidal, en lo más alto están los líderes, que son sólo unos pocos, más abajo están las segundas líneas y luego le sigue la *tropa*. Los jefes – *capos*, en términos nativos– son aquellos que definen y planifican los viajes, el traslado de las banderas –llamadas *trapos*–, la obtención de las entradas, el alquiler de micros, la compra de pirotecnia o globos, entre otras tareas. Cada uno de estos líderes tiene un perfil que los define, pero todos tienen una dosis de carisma que les permite detentar la posición que ostentan. Su liderazgo se sustenta, como veremos, en la lucha. Pero además de pelear tienen muchas otras tareas. Son los encargados de conseguir los recursos que dispone la *hinchada* y de su distribución. Para esto tienen una segunda línea de colaboradores, que se encargan de algunas facetas del reparto. Este grupo es muy reducido, según los líderes son sus *piernas*, término que define la lealtad de los colaboradores. En la estructura de la *banda* le sigue la *tropa*. Aquí se encuentra el resto de los espectadores que conforman la *banda*; muchas veces se los denomina los *pi-bes*, en contraposición jerárquica a los *capos*.

Es necesario, para concretar el objetivo del artículo, ilustrar la variada pertenencia social de nuestros informantes. Los miembros de esta grupalidad son en su mayor parte jóvenes de sexo masculino que no superan los treinta años. Muchos tienen parejas e hijos y viven con ellos. Este grupo de personas es muy heterogéneo respecto a la situación laboral; algunos individuos se dedican a actos delictivos, los *capos* “viven de lo que deja

la hinchada”, otros trabajan en empleos formales y otros están desempleados. La pertenencia social es heterogénea. En el mismo grupo conviven sujetos que pertenecen a la clase media y a los sectores más bajos de la sociedad. Si bien es cierto que una gran parte –no me animaría a decir la mayoría– proviene de los sectores más excluidos, la variedad es una norma.

Coco es una persona que de joven pasó muchas privaciones materiales, vivía en uno de los sectores más relegados del barrio y recuerda haber pasado malos momentos en cuanto lo económico. En la adultez tuvo períodos de prosperidad, llegando a tener comercio propio (una verdulería) y automóvil; en la actualidad nuevamente su situación económica es inestable. Coco no terminó el secundario y sus empleos siempre estuvieron ligados a los trabajos manuales; hoy trabaja de fletero en una moto vieja que siempre tiene algún problema mecánico. Por el contrario, Jorge, quien dice ya no pertenecer a la *hinchada*, terminó el secundario y empezó la facultad para estudiar la carrera de Ciencias Exactas que luego abandonó cuando pasó a la clandestinidad por su militancia en la dictadura. Cuenta que de joven nunca le faltó nada, que sus viejos lo tenían de *punta en blanco*. Sus empleos siempre estuvieron relacionados con tareas administrativas; ahora, a sus 53 años, trabaja para el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Ambos resaltan por su contraste; sin embargo, ambos participan o participaron de *la hinchada*. Tanto Ramón como Tito tienen empleos estables y ambos pertenecen a la misma generación. Tienen ahora alrededor de 30 años y son miembros de la *hinchada* hace más de una década. Ramón vive en concubinato y tiene un hijo de diez años, Tito también vive en pareja y espera su primer hijo. Sin embargo, la trayectoria de vida de Tito muestra más holgura en su vida material. Éste terminó el secundario y hace muchos años que trabaja en un empleo público. Ramón, por su parte, nunca terminó el se-

cundario y recuerda que de joven pasó tiempos difíciles. Ahora trabaja en una empresa de las que fueron privatizadas en la década de los 90. Los dos alquilan, pero en zonas muy diferentes. La procedencia social se percibe como contraste en sus formas de hablar; si bien ambos emplean el sociodialecto típico de los hinchas, Tito en otros contextos puede relacionarse usando otro vocabulario. Para finalizar podemos mencionar el caso de Nacho, un joven de 15 años. Él es el ejemplo de aquellos jóvenes que provienen de los sectores más populares. Vive en un barrio sumamente carenciado, que no posee los servicios básicos, en el sur del conurbano bonaerense. Allí convive con sus hermanos, la madre y el padrastro. Él abandonó el colegio en la primaria (en octavo), lo retomó en varias oportunidades y hace algunas changas para ayudar en su casa. Todos estos sujetos pertenecen a la asociación de personas denominada *hinchada*; agrupación reunida a través de la lógica del *aguante*.

EL AGUANTE

El *aguante* señala una frontera. Divisoria, inconstante e inestable –como todas las fronteras identitarias (Barth 1976)– que indica los términos de una membresía. El *aguante* define la pertenencia grupal⁷⁸. Tito, en una charla en un café de Pompeya, alegaba que ser de la *hinchada* no es ir a todos lados ni tener la última camiseta, sino “bajar cuando se pudre, subir suben todos, pero cuando se pudre...hay que bajar”. La referencia era puntual a un enfrentamiento entre las parcialidades de Huracán y del club Gimnasia de Jujuy, donde la *banda* Quemera debió descender –bajar– de los micros para confrontar a golpes

⁷⁸ La fidelidad y el fervor son valores relevantes pero subordinados a la idea de *aguante*. Para ahondar en estas diferencias ver Alabarces y Garriga 2006 o Garriga y Moreira 2006.

de puño. El enfrentamiento físico es la señal de membresía, la carta de ingreso a un mundo de iguales en el *aguante*. Ramón, mientras charlábamos en la sede deportiva del club, señalaba: “Nosotros ponemos la vida. Cualquiera te puede dar un tiro o un puntazo... nosotros nos jugamos la vida. No sabés las veces que yo me jugué la vida por Huracán”. La integridad física en riesgo, el peligro de la lucha que pone en juego la propia vida, organiza el límite de la pertenecía.

El *aguante*, cemento de esta frontera, es una categoría que articula, desde el punto de vista de los *hinchas*, lo moral y lo práctico. Estas dos dimensiones se imbrican y articulan. En tanto moral define una forma de ser, limita lo que está bien y lo que está mal, lo permitido y lo prohibido. Pero en tanto práctica pone en acciones esos valores. Acciones que enuncian moralidades y moralidades que actúan valores. Discurso moral, entonces, que se nutre y se sustenta en una práctica de lucha corporal que le da respaldo a esa cosmovisión. Al mismo tiempo, acción de enfrentamiento que pone en prácticas la cosmovisión de los *hinchas*.

Identidad grupal e individual, vociferada en cánticos, pintada en banderas y garabateada en grafitis construye la alteridad en la carencia del *aguante*. Muchas veces pregunté a los *hinchas* si se la aguantaban. Tito, ante la pregunta, fue categórico: “yo me la aguanto” enfatizó mientras cerraba el puño y lo dejaba caer sobre la mesa del bar. La duda no entraba dentro de las posibilidades y como prueba de ello continuaba nuestra charla narrando sus experiencias de lucha. En una oportunidad le pregunté a otro miembro de la *hinchada*, tal vez con demasiada ingenuidad, si él se la *aguantaba*. Coco, uno de mis informantes claves, me miró con asombro⁷⁹. Con el tiempo entendí que

⁷⁹ La relación con este informante atravesó siempre los caminos del afecto, siempre me brindó protección ante los avatares del trabajo de campo; por ello cuando en el transcurso de escritura de éste artículo me enteré de su muerte

esa pregunta en otro contexto y en otro tipo de relación puede ser interpretada como un desafío, un reto. Preguntarse si se la *aguantan* es, muchas veces, el paso anterior a una lucha corporal, una pelea, que defina quién se la *aguanta* y quién no. Igualmente, la sorpresa de Coco ante mi pregunta no radicaba en creer que lo estaba desafiando a luchar. Le costaba entender que yo le preguntara eso. Cómo podía dudar de su *aguante*. En cada una de sus historias, en cada una de las fotos que me mostró y en cada una de sus acciones me lo había demostrado. No podía preguntarle eso. Entonces, ante mi pregunta, nuevamente me contó una pelea.

El *aguante* es la noción nativa más rica y compleja del universo de los *hinchas*. Noción que conjuga saberes prácticos, que sólo pueden ser probados a través de acciones, y elementos constructores de diferencia. La complejidad de la noción *aguante* radica en su articulación entre lo práctico y lo poseído. A su doble acepción de verbo y sustantivo. Además, es una noción poco teorizada por los nativos, ya que está ligada a lo práctico, a lo corporal vivido (Garriga y Moreira, 2006). Ante la pregunta sobre qué es el *aguante*, trastabillan, se enmarañan en explicaciones que terminan graficándose en ejemplos de luchas, riñas y reyertas varias.

El *aguante* señala la pertenencia a la comunidad de la *hinchada*. Abordaremos dos ejes de análisis, cuerpo y territorio, para analizar las operaciones de identificación que articulan el *aguante* con la representación de lo popular.

sentí un profundo dolor. En vida le agradecí muchísimas veces su ayuda, su predisposición, su compañía y cuidado, queda ahora sólo la posibilidad de dedicarle estas páginas. Gracias Miguel, muchas gracias por todo.

CUERPOS AGUANTADORES

Barrigas descomunales, vientres rollizos y caídos, cuellos voluptuosos, brazos y piernas rechonchas y musculosas, son características corporales que se observan a montones entre los miembros de la *hinchada*. En una de las visitas a Coco, después de los saludos de rigor, le pregunté cómo estaba. Respondió entre sonrisas alzando su remera y palmeándose la barriga. Dijo que estaba bien, que estaba más gordo. Mostrar el cuerpo rollizo, no estilizado, y relacionar su estado anímico con la suba de peso es un dato que puede ilustrar los valores corporales grupales. Estas anatomías, denominadas *buen lomo*, conforman un ideal corporal que es el del *gordo* y el *groso*⁸⁰. Los miembros de la *hinchada* poseen un modelo anatómico de cuerpo relacionado con lo voluminoso (Alabarces 2004; Alabarces y Garriga Zucal 2006; Garriga Zucal 2005).

Las grandes anatomías, desde la óptica de los *pibes*, poseen más *aguante*. Conversando con Tito se refirió a un rival de San Lorenzo en estos términos: “un gordo que da miedo”. Mientras decía eso extendió los brazos exagerando las dimensiones físicas. El miedo estaba en sus palabras asociado a la voluptuosidad del rival que era sinónimo de *aguante*. Boltanski (1975), en su análisis de las concepciones corporales según las clases sociales, menciona que la *delgadez* es un atributo considerado positivo por los estratos más altos y que los sectores populares no la conciben tan positivamente porque suponen que disminuye la fuerza física. Una noche que Huracán jugaba contra Ferrocarril Oeste en su estadio, Billy recorría los paravalanchas haciendo

⁸⁰ Corresponde aclarar que no todos los *pibes* tienen estas características corporales. Ser *groso* o *gordo*, tener *buen lomo*, como dicen muchos hinchas, no funciona como límite de inclusión en la *hinchada*, ya que hay muchos participantes delgados. Además, en la *hinchada* encontraremos algunos hinchas que tienen cuerpos grandes producto del trabajo físico.

bajar a los más jóvenes. Lo hacía de forma brusca, empujándolos o tirándoles de las banderas que sujetaban. El criterio para tirar por la fuerza a los jóvenes no tenía que ver con la edad sino con el tamaño físico, ya que tiraba a aquellos cuya anatomía era pequeña. Gritaba que arriba de *los fierros* debían ir sólo *los pibes grandes*, en referencia al físico. Dijo, entre risas, que si no, en las fotos de la *hinchada* aparecerían *todos pibitos* y parecería que es *una banda de guachines*. El argumento del líder vinculaba la edad y los cuerpos con la visibilidad y la consideración que otras hinchadas hacían de *la banda* de Huracán. Si en una foto de *la hinchada* se veía a muchos jóvenes en sus paravalanchas se dudaría del *aguante* del grupo. Pero la definición no tenía que ver con la edad sino con la envergadura física.

Cuerpo grande es sinónimo de fortaleza. La delgadez es debilidad. El ideal corporal se sostiene en el argumento que afirma que los *gordos* y *grosos* tienen más posibilidades de triunfar en un *combate* ya que su cuerpo los favorece en los enfrentamientos físicos. Argumentan que los *gordos* son luchadores lentos que no se valen de movimientos diestros para vencer al rival pero que su gran contextura física les impide huir del enfrentamiento teniendo que afrontar la pelea a “todo o nada”. Imposibilitados de huir ponen el *lomo* –el pecho– para resistir la embestida del rival. Estos argumentos son enunciados y rápidamente relativizados, expresando la incongruencia de todo modelo ideal, al ilustrar los casos de aguantadores cuyas anatomías no se ajustan a dicho modelo o, viceversa, mostrando el caso de *grosos* carentes de *aguante*.

Dicha concepción corporal es legitimada sobre ciertas experiencias sociales distintas y distintivas según las clases sociales. Los *gordos* y *grosos*, imágenes corporales que proyectan *aguante*, aparecen vinculados a determinadas experiencias, como el trabajo rudo, la resistencia al alcohol o la rutina de pe-

leas⁸¹. Experiencias supuestamente distintivas de los sectores populares, quienes cotidianamente tienen acciones que *endurecen* el cuerpo. Para *los pibes*, las piernas y los brazos gruesos y musculosos fueron moldeados en la experiencia del trabajo pesado; las barrigas rollizas y caídas exhiben el consumo de grandes cantidades del alcohol (tanto que es común discutir si las panzas son *de cerveza* o *de vino*); asimismo, conciben que los cuerpos grandes expresan experiencias de luchas anteriores.

Las concepciones de *duros*, resistentes, ordenan un universo de oposiciones. Duros y aguantadores, por un lado, blandos y *chetos*, por el otro. Las anatomías concebidas como mejor preparadas para la lucha, tienen su contracara en otros ideales de actores sociales que privilegian cuerpos estilizados. Por ejemplo: *los patovicas*⁸², forma en que se denomina a los *grosos* del gimnasio, son interpretados como cuerpos que alcanzan dimensiones aceptadas y deseadas pero por los medios erróneos. La grandeza, la fuerza y la dureza adquiridas mediante otro medio que no sean las experiencias ideal que moldean tipos *duros* y resistentes son concebidas como simuladas. Según estas concepciones, *los patovicas* pueden tener cuerpos voluminosos pero no poseen el *aguante* de los gordos. De esta forma, los miembros de la *banda* se distinguen de otros sectores sociales que privilegian ideales de cuerpos estilizados. Los sujetos anatómicamente mejor preparados para la lucha no son, entonces, aquellos que tienen grandes cuerpos preparados por ejercicios regulares de entrenamiento ni aquellos delgados. La corporalidad del *gordo* es en contraposición a esbeltos, musculosos y delgados representada como aguantadora.

⁸¹ Es necesario afirmar que aquí juega un papel fundamental la idealización, ya que estas tres marcas distintivas que representan a *los duros* podrían estar perfectamente vinculadas a los cuerpos delgados.

⁸² Ver Rodríguez en este volumen.

Las representaciones del *aguante* toman el mismo camino de la resistencia corporal respecto al consumo de drogas y alcohol. En los excesos y consumos abusivos los *hinchas* construyen ideas de *aguante* que, cristalizadas en imágenes corporales, conciben positivamente prácticas socialmente desvalorizadas. *De la cabeza, dado vuelta, loco*, términos recurrentes en los cánticos futboleros desnudan la legitimidad de los consumos abusivos. Banderas, tatuajes y grafitis con frases como *loco por vos*, caricaturas de duendes fumando marihuana o dibujos de la flor de la marihuana son recurrentes expresiones de esta legitimidad. El abuso es legítimo en tanto es testimonio del *aguante*, alegato de la resistencia, declaración corporal de la tolerancia. Los *hinchas* exhiben el ideal en los excesos en una doble distinción. Por un lado, definen como *caretas* a los que no beben ni se drogan. La sobriedad de los *caretas* es muestra de la ausencia de *aguante*; la abstinencia es interpretada negativamente y el mote de *careta* funciona, en muchos casos, como insulto. Por el otro, se distinguen de los *flojos* o *blanditos*; así definen a aquellos que pierden el normal estado de conciencia ante un consumo mesurado. La tolerancia es un hito del *aguante* y el abuso es marca distintiva de los *duros*. *Caretas* y *flojos*, contracara de la dureza aguantadora son en numerosas oportunidades llamados despectivos como *chetos*. Aquí el término crea una doble referencia: sobriedad y bonanza material. Así, los abusos y excesos se entrelazan con imágenes de clase señalando un sujeto social específico: el aguantador.

Esta dicotomía, duros-blandos, se sustenta, también, en representaciones de pertenencia social producidas y reproducidas por la alteridad no aguantadora. Una noche de fútbol en la tribuna del club Ferrocarril Oeste varios *hinchas* desafiaban con sus torsos desnudos una torrencial lluvia que incluía un gélido viento. Cerca mío un grupo de espectadores los miraban

azorados, diciendo entre risas “estos negros están re locos, se van a morir”. Estos espectadores abrigados y protegidos del frío, pero igualmente mojados, se distinguían de los *negros* en términos de la anormalidad de sus acciones. *La negritud* de los miembros de la *hinchada* no hacía referencia a características fenotípicas sino a pertenencias sociales.

Los *hinchas* que resistían el frío y la lluvia lo hacían en referencia a su *aguante*, señal de la tolerancia y resistencia de los miembros de los sectores populares. Una canción especialmente entonada los días de lluvia, dice: *Toda mi vida saltando en la tribuna/el Globo es mi locura el Globo es mi pasión/y muchas veces nos bancamos la lluvia/los palos de la yuta y todo eso por vos*. Palazos, lluvia, frío contingencias a resistir en pos de exhibir el cuerpo aguantador. *Bancamos* emerge aquí como sinónimo de aguantar, de resistencia.

La canción funciona como mecanismo eficaz de distinción: los que banca y los que no. Aún más clara es la distinción cuando algunos espectadores abandonan la tribuna ante la tormenta desencadenada, yéndose para guarecerse del agua y el frío. Una noche que Huracán jugaba contra Tigre en su estadio un gol anulado al conjunto visitante desató una refriega de sus simpatizantes con la policía. Estos dispararon balas de goma y gases lacrimógenos. Iniciaron, así, una desaforada huida de la numerosa parcialidad visitante, cerca de ocho mil personas, que observaban la gresca sin participar. La imagen dantesca de la represión y las corridas era observada con atención por los Quemeros. El partido había sido suspendido por la dureza del enfrentamiento. El viento cambió repentinamente y jugó una mala pasada a todos los que estábamos en el estadio. Los efectos de los gases lacrimógenos pronto llegaron al campo de juego y al espacio Quemero. Los jugadores, tapándose la cara, corrieron hacia los vestuarios. Los espectadores locales empezaron a

correr despavoridos. Alrededor de quince mil espectadores escapaban corriendo de la tribuna; mujeres y niños acongojados se escabullían por los laberínticos pasillos del estadio. Desde un paravalanchas el jefe de la *hinchada* ordenaba a los gritos que no se moviese nadie, decía en un tono exultante que motivaba miedo y respeto: “no se va nadie...manga de putos”. Respetando la voz del líder, en el centro de una tribuna ahora semivacía, la *hinchada* de Huracán se negaba a abandonar el estadio. Unos doscientos *hinchas* tapándose la cara con las remeras, con la mano o lagrimeando soportaban el embate de los gases. Un *hinchcha* al lado mío gritaba que nadie se tocara los ojos. Otro pedía que no dejen las banderas tiradas en el piso y daba órdenes para juntarlas; mientras tomaba con una mano las banderas del piso con la otra se tapaba la boca y la nariz. Los bombos estaban en el piso, mientras los bombistas ocultaban sus rostros. Entre nauseas me metí en una de las salidas, escuché al pasar que alguien aconsejaba no salir porque decía que en los pasillos los gases “no se iban más”. En esos pocos minutos en que se vivió el aturdimiento de la represión los *pibes* no abandonaron el centro de la tribuna. Pasado lo peor del efecto de los gases empezaron a cantar una canción que hacía referencia al estoicismo. Los bombos acompañaron el cántico en una tribuna raleada de público. Los miembros de la *hinchada* se quedan soportando, resistiendo y mostrando su tenacidad ante la adversidad. La contrapartida del *duro* es el *blando*, el que no tiene resistencia, el que huye de la lluvia, de los gases y de los *palos* de la policía.

Los *hinchas* poseen un modelo que los distingue y los identifica. El cuerpo es concebido simbólicamente como herramienta de distinción. La distinción con otros ideales corporales, *el cheto* y *el patovica*, se realiza en torno a la concepción nativa de *aguante*. Imaginación arbitraria que vincula lo abstemio y delgado a lo débil y los abusos y la gordura al *aguante*. Boltans-

ki (1975) dice que las condiciones objetivas, modeladas por el orden cultural, establecen modelos corporales distintos y que en los *habitus* físicos encontramos dimensiones de *habitus* de clase. La construcción corporal de los miembros de la *hinchada* captura el modelo corporal de los sectores populares, captura que supera a los sujetos sociales que poseen esas condiciones, para poder así demostrar el *aguante*.

LA QUEMA: UN BARRIO DE GUAPOS

El territorio es una de las dimensiones centrales sobre las que se sustenta la identidad (Gatti 2003). Los simpatizantes de Huracán no son ajenos a esta premisa y los miembros de la *hinchada* tampoco. Entre los simpatizantes de Huracán el club y el barrio, el Globito y Parque de los Patricios, se fusionan generando una representación indisoluble. La relación entre el barrio y el club tiene sólidos lazos. La página web oficial del club Huracán hace referencia al barrio como cuna de la institución. Y el afiche que el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires realizó para presentar esta barriada tiene numerosas menciones al club. De hecho, en su portada tiene un dibujo del estadio y del globo que representa al club. El barrio, también denominado La Quema, puede ser pilar identitario a raíz de las imágenes que lo muestran como propio. Con este nombre se denomina un espacio que no aparece delimitado por el catastro de la ciudad, un espacio informalmente determinado un territorio ideal que nadie sabe donde comienza ni donde termina. El imaginario colectivo delimita barrios que el catastro no reconoce como sucede en el Abasto según Carman (2006). A metros de la cancha de Huracán estaban ubicados los predios donde se quemaba la basura recolectada en la ciudad de Buenos Aires hasta 1820. La zona lindera a estos predios tomó el nombre de La Quema.

Son muchos –muchos más que los simpatizantes del fútbol que aquí analizamos– los que se identifican como habitantes de La Quema, se llaman Quemeros.

Los simpatizantes afirman que el espacio les pertenece porque lo conocen, lo usan, lo habitan. Cuando hablan sobre el barrio, rememoran los lugares donde habitaron y donde se juntan o juntaban con sus amigos. Caminar por sus calles, conocer sus bares y kioscos, utilizar las plazas, habitarlo crea sentidos de pertenencia. Los miembros de la *hinchada* recorren el mismo camino identitario pero su pertenencia se construye en función de la idea de *aguante*. El territorio es fundamental en la autodefinición como aguantadores. Por ello, definen un espacio como propio y en esa delimitación definen un territorio seleccionando las particularidades que puedan probar la posesión de *aguante*. Buscan, así, representar al espacio con las características que dicen tener. Variados mecanismos utilizan los *hinchas* para representar al espacio como aguantador. Nuevamente grafitis, banderas, canciones hablan no de los abusos sino del barrio y del *aguante*. Parque de los Patricios o La Quema se instituyen como iconos del *aguante*. Abundan los mensajes que articulan espacio y aguante, “La quema se la banca o la plaza aguanta” como muestras de la construcción de un lazo identitario.

La frontera de lo propio se define por relación de distinción con la alteridad. Los sentidos aguantadores con que los *hinchas* de Huracán representan “su” espacio se contraponen a las particularidades que definen el territorio del “otro”: Boedo. Lo relevante es que la misma operación que construye la idea de propiedad sobre el espacio sustenta concepciones de *nosotros-ellos* sobre la dicotomía *aguante-no aguante*. La Quema y Boedo se construyen como las dos facetas contrapuestas del vínculo aguantador.

El espacio, ya no abstracto de sentidos ni relaciones, sino como lugar, es por sobre toda las cosas un recorte, un límite (Gatti 2003). El límite, la marca, la frontera, señala la división entre distintos sentidos asignados a los territorios y a los espacios sin sentido. Entre los miembros de la *hinchada* de Huracán el territorio adversario es llamado *el cuerverío*. Si bien por la retórica aguantadora los Quemeros no pueden mencionar el *aguante* rival ni el miedo al espacio enemigo, en muchas oportunidades escuché historias sobre la precaución y los recaudos que hay que tomar cuando se transita por el espacio del “otro”. Por ejemplo, Tito repetía asiduamente que con la camiseta de Huracán no cruzaba la avenida Cobo, frontera imaginaria entre los territorios de Quemeros y Cuervos. Como decía Simmel, el límite social toma forma espacial (1939), una frontera que define lo propio por oposición a lo ajeno (De Certeau 1996).

El imaginario espacial utiliza –manipula, elige– ciertas representaciones, sentidos y significados para crear y (re)crear los límites sociales. Una tarde, estaba conversando con un dirigente y él me dijo: “este es un barrio de guapos”. Esta frase era un dato clave para entender cómo el barrio y algunos de sus habitantes se representan. La guapeza como particularidad espacial es el resultado de la elección de una genealogía, que toma algunas imágenes históricas para construir el sentido popular del barrio.

El guapo es una forma arquetípica de ser vinculada a la violencia, al arrabal limítrofe entre la civilización y la barbarie. Los guapos eran los que, antaño, dirimían sus conflictos a puñaladas entre facones y filosos cuchillos. Son muchos los vecinos que entienden al barrio vinculado con la guapeza y la violencia; para ellos, es “la historia” del barrio vinculada a la marginalidad, al tango, al matadero, la que establece la relación entre *aguante* y espacio.

En una página Web no oficial de los simpatizantes de Huracán: www.soy-quemero.com.ar, un link menciona algunas particularidades del barrio de Parque de los Patricios, entre las características resaltadas como distintivas se mencionan al tango y al duelo. En un párrafo dice: “El barrio fue célebre por los duelos criollos que se celebraron en sus esquinas y boliches, a puro cuchillo y en diferentes categorías, que hasta tenían un código de honor. Uno de los duelos más famosos entre el Tandilero y el Norteño se celebró en la calle Carlos Calvo, en la casa de baile de María La Vasca. Dicen que ganó el Tandilero y que luego los dos contrincantes se hicieron amigos. Entre las categorías estaban los duelos a muerte, duelos a primera sangre, etcétera”.

Estas historias exhiben la *esencia aguantadora* del espacio. Guapo, *aguante* y marginalidad se entrelazan en una compleja amalgama identitaria. Combinación que retoma el argumento que liga lo popular a la violencia para representar al espacio como aguantador. En una conversación con Coco, mientras hablábamos del barrio, los amigos y las peleas, le pregunté por la guapeza del barrio. Quería saber si él, al igual que el dirigente de Huracán, consideraba al barrio como un espacio de *guapos*. Coco empezó a comentarme sobre *los pibes* y sus vínculos con las actividades delictivas: “Guapos son los que están en la marginalidad, los que están en la pesada, porque no cualquiera vende faso o merca. Ser guapo es estar en la pesada. Los pibes andan en esto o en aquello y eso los hace pesados, los hace picantes”.

Para Coco guapo, *picante* y *aguantador* se vinculan por su relación con el delito, con lo marginal. Luego, con una cerveza en la mano dibujó un mapa imaginario y desarrolló las diferencias entre *los pibes* de Huracán y los de San Lorenzo, diciendo: “Los pibes de acá son más jodidos, son de barrio. Allá tienen más plata (gesticulaba imitando al que cuenta billetes), son

todos departamentos. Fijate de donde viene la gente de Huracán, de acá –estábamos en un bar en Pompeya–, de Soldati, de Barracas, son lugares marginales, donde está la pesada. Allá se juntan diez en un departamento y vienen a comprar faso acá”.

Que unos fuesen de *barrio* y los otros no, nuevamente, establece una diferencia en torno al *aguante*. Ser de *barrio* se define por una sumatoria de experiencias, entre ellas las peleas, la marginalidad, la privación. Este imaginario produce sujetos sociales distintos por su vinculación a ciertos espacios. Ser de barrio está relacionado –para ellos– con las privaciones materiales. La comparación que Coco hace con los simpatizantes de San Lorenzo intenta dar solidez al andamiaje de esta construcción. Los simpatizantes de San Lorenzo no tienen las experiencias que hacen de los integrantes de la *hinchada* de Huracán *picantes* o *jodidos*. Estas experiencias están, para Coco, ligadas a la marginalidad del espacio que ellos habitan en contraposición al espacio rival que es a sus ojos más próspero. La urbanización ejemplifica la dicotomía próspero-no próspero; los edificios como marca distintiva de Boedo, en comparación con las casas que distinguen a su barrio, son una pista del poderío económico del espacio rival.

Le pregunté si existía diferencia económica entre los dos barrios, teniendo en cuenta que ambos eran vecinos y que a simple vista las diferencias no parecían grandes. Contestó convencido que sí, que eran dos lugares totalmente distintos. En otra charla, Ramón expresaba el mismo punto de vista; para él hay grandes diferencias económicas entre los simpatizantes que integran *la banda* de San Lorenzo y los de Huracán: “ellos vienen de Flores y Caballito que son lugares más chetos”.

La quema, barrio basural y fronterizo, espacio del ciruja y del delincuente, es capturado e idealizado por los miembros de la *hinchada* de Huracán para señalar las carencias consti-

tutivas del *aguante*. Lo *cheto*, vinculado a lo espacial, dificulta construir la idea de ese espacio como *aguantador*. Un barrio de *chetos* es un barrio sin *aguante*. Por esto mismo, las *hinchadas* del fútbol argentino construyen ideas espaciales que asignan a sus territorios características vinculadas a la marginalidad. Es común que *las bandas* con el objetivo de ser concebidas como *aguantadoras* hagan referencia a su espacio como excluido, peligroso, marginal.⁸³

ENTRE AGUANTADORES, GUAPOS Y PICANTES

El camino recorrido del *guapo* al *aguantador* está sustentado –en el imaginario de la *hinchada* quemera– en la marginalidad que caracterizaría a ambos; orilleros y reos son imágenes de lo popular que emergen como características del espacio. Los *guapos* de antaño eran el producto cultural de la mezcla de lo urbano y lo rural, de lo inmigrante y del tango, del matadero que estaba emplazado dentro de los límites de La Quema. Asimismo, los *pibes* son producto de la pobreza expresada en términos de marginalidad de los barrios carenciados, de las experiencias delictivas, de la cotidianeidad a *las piñas*. La Quema es la construcción espacial que sustenta la genealogía –del *guapo* al *aguantador*–, sobre la cual se asientan las ideas espaciales que pueden construir un nosotros-ellos. Pero estas ideas se articulan con imágenes corporales; el *guapo* y el *aguantador* son corporalidades espacializadas.

⁸³ En el trabajo de campo que hice hace ya muchos años con *hinchas* del Club Colegiales estos satirizaban a sus rivales de Defensores de Belgrano y de Excursionistas por ser de un barrio pudiente: Belgrano. Para ellos su procedencia barrial era una prueba de su falta de *aguante*.

La guapeza tuvo en Parque Patricios muchos exponentes. Uno de los más recordados es Herminio Masantonio, jugador que brilló en la delantera de Huracán entre 1931 y 1943, recordado no sólo por sus 243 goles sino también por ser un *guapo* en el área chica. Su guapeza estaba ligada al coraje, a una recordada trompada a un jugador de Newell's Old Boys de Rosario, a la reacción ante la adversidad, a sus fuertes y precisos zapatazos (Vicente 1994: 46). Otro guapo que está vinculado indiscutiblemente a la historia de Huracán y Parque de los Patricios es el boxeador Oscar "Ringo" Bonavena. Había nacido en Parque Patricios y era simpatizante fanático de Huracán; campeón peso pesado argentino, fue asesinado en Estados Unidos en un confuso episodio a la salida de un cabaret. Muchas son las historias que rememoran el romance de Bonavena y Huracán. Por ejemplo, en 1965, para festejar el título argentino de los pesados, Ringo fue al estadio de Huracán a exhibir su cinturón de campeón. Según sus biógrafos, Ringo se ufanaba de ser "el más guapo de la tribuna de Huracán" (Vicente 1994: 74), cuestión que lo enorgullecía aún más que sus títulos pugilísticos. El boxeo como deporte es el universo de la guapeza, de aquellos que entre las cuerdas pondrán en juego su cuerpo y su integridad para demostrar su coraje. Ringo era un gran boxeador hecho a medida de fuerza y bravura más que técnica y entrenamiento.

Ringo y Masantonio son dos figuras representativas del guapo en Parque Patricios. Ambos son reconocidos e idolatrados. Los dos tienen calles con sus nombres, los dos tienen sus monumentos en el parque enfrente de la sede de Huracán. El de Masantonio es un monolito de cemento con su rostro tallado en bronce; un poema recuerda a Herminio y su guapeza. Varias plaquetas colocadas en el monolito recuerdan a fallecidos simpatizantes de Huracán, algunas de éstas asimilan la guapeza del recordado con la de Masantonio. El monumento a Ringo ilustra

la relación entre cuerpo y espacio. Una escultura del boxeador de cuerpo entero dibuja al boxeador con su vestimenta correspondiente, sólo un pantalón corto, guantes y unas botas. Una sonrisa le dibuja el rostro, los brazos flexionados a la altura del pecho en posición de defensa y las piernas abiertas dibujan al púgil en sus buenos tiempos. Un boxeador en posición de guardia en el Parque. Un espacio de boxeadores. Pero aún más, la guapeza del boxeador, su muerte trágica relaciona La Quema y lo marginal. Ringo, muere como un guapo inmiscuido en un lío de faldas con el *mafioso* dueño de un cabaret. Marginal como el espacio, Ringo es una símbolo del guapo. Una canción de la murga *Pasión Quemera* en varias de sus estrofas señala esta relación, dice:

Yo soy de un barrio muy reo
Mi cuna es Parque Patricios
La murga creció en sus calles
Y un año nuevo marco su inicio
Refugio de muchos guapos
Surgidos allá en La Quema
Orgullo le dio Ángel Vargas
Y un gran campeón Ringo Bonavena

La canción desnuda los hilos invisibles que relacionan guapeza y espacio. La Quema es un barrio de reos y guapos cuyo exponente es Bonavena. Antaño los simpatizantes de Huracán gritaban: “somos del barrio, del barrio de la quema, del barrio de Ringo Bonavena”. En este canto se presentaban como una continuidad del boxeador, la posibilidad de constituir una imagen metonímica se sustenta en compartir el mismo espacio. Ser del mismo barrio es tener las mismas cualidades distintivas, la

guapeza de Ringo es la misma que tienen los Quemeros. Así, para ellos, compartir el espacio de socialización es compartir las experiencias que los definen, compartir formas corporales que los distinguen. Espacio y cuerpo se vinculan con el objeto de señalar un cúmulo de experiencias distintivas.

Pierre Mayol (1999) utiliza el concepto de *conveniencia* para dar cuenta de los signos convenidos por un grupo que permite la interacción entre vecinos. La *conveniencia* es el conocimiento de los códigos, maneras de presentarse, de hablar, de gesticular, que empleados de buena forma incluyen a los vecinos parisinos en relaciones de intercambio. Los integrantes de la *hinchada* ajustan las formas de interacción a la muestra de –entre otras marcas distintivas– formas corporales que los incluyen en un mundo de iguales. Los cuerpos interiorizan representaciones espaciales y estas los incluyen en un determinado mundo social. La aceptación de estos signos conquista un beneficio simbólico, el conocimiento se transforma en reconocimiento.

IDENTIDADES VIOLENTAS

Corporalidad y territorio son piezas centrales de la identidad aguantadora. Piezas que mueven el engranaje identitario en tanto puedan mostrar el vínculo con los sectores populares. Este vínculo edifica el ideal aguantador. Las *hinchadas* se apropian de los argumentos estigmatizantes que vinculan a los sectores populares con la violencia, la marginalidad y la delincuencia. Pero la apropiación es un ejercicio de revalorización. Los *pibes* convierten el estigma en emblema. Hacen de la violencia una contraseña del “nosotros”, positiva vinculada a concepciones de honor y prestigio grupales. La mutación de lo negativo en positivo se encuentra enredado en un entramado de poderes que disputa la definición de las prácticas distintivas.

Los miembros de las *hinchadas* saben que el *aguante* es estigmatizado y socialmente condenado. Sin embargo, obstinadamente siguen apostando a esos diacríticos para distinguirse e identificarse (Gil 2007, Alabarces 2004, Moreira 2005, Garriga 2007). Su obstinación no es el resultado del desconocimiento de la condena social. Por el contrario, conocen los valores que la sociedad otorga a sus habilidades distintivas; saben que son designados como “violentos”, “bárbaros” y “salvajes”. Pero modifican la valoración negativa que la sociedad asigna a sus prácticas convirtiéndolas en acciones que los nutren de honor y prestigio. Los *hinchas* dialogan con las definiciones que la sociedad asigna a sus prácticas y a su grupo. Como dijimos, ellos preferirían ser observados y definidos como aguantadores y miembros de la *banda* nunca como “barras” ni mucho menos como violentos. Varias veces escuché cuestionamientos y enojos ante las definiciones de “violentos”. La mayor parte de las veces estas controversias estaban relacionadas con la acción violenta de otros grupos sociales y, entonces, en términos comparativos debatían la rotulación que sobre ellos recaía. En una oportunidad, Coco hablaba del atentado terrorista que destruyó la AMIA⁸⁴ en Buenos Aires; el relato sumamente acongojado finalizó con unas palabras claras y concisas: “después nos dicen violentos a nosotros”.

Pero el poder de la definición hegemónica es verdaderamente efectivo. Los *hinchas* aceptan, a regañadientes, con las objeciones antes presentadas, las definiciones que se les imponen: “barras bravas” y “violentos”. “Es lo que somos”, indicaba con una mueca sarcástica Coco, cuando le pregunté si se consideraban violentos. “Son las reglas del juego”, repetía una y otra vez, argumentando que de no ser así, el resto de los grupos se apro-

⁸⁴ En 1994 una bomba estalló en la Asociación Mutual Israelita de Buenos Aires, dejando numerosos muertos y heridos.

vecharían de su debilidad. La eficacia de la definición foránea los ubicaba en una posición desvalorizada respecto al resto de la sociedad. Jorge en cierta ocasión me preguntó qué pensaba mi mujer de que yo trabajara con *estúpidos* como ellos. La definición de su grupo era la de *estúpidos* porque era el único adjetivo que le cabía a un grupo de “drogados y borrachos que se andan cagando a palos por la vida”. La grupalidad de la *hinchada* era para Jorge, en esta oportunidad, definida desde la visión hegemónica. Y remarcamos lo situacional de la definición, ya que tantas otras veces Jorge definió a su grupo desde la positividad del *aguante*.

Observamos, entonces, como la *hinchada* dialoga, desde una asimétrica posición de poder, con la significación que la sociedad instaure sobre sus prácticas distintivas. Descubrimos que en la construcción de la ficción identitaria, de la amalgama comunitaria de los aguantadores, el vínculo entre pobreza y violencia es levantado al estatus de verdad revelada con el único objeto de ostentar *aguante*. Cuerpos y territorios son elementos de esta ficción identitaria. Cuerpos con parámetros diferentes, que hacen de la práctica violenta su carta de acreditación, señalan significados distintos y distintivos. Señales que estigmatizadas o sobrevaloradas forman “nosotros” y “otros”: espejos donde mirarse y evaluarse. La identidad marca la diferencia, la exclusión, la otredad. Aquí la otredad, imaginada como diferencia de pertenencia social, es una otredad de valores y de representaciones.

Lo mismo sucede en el plano espacial. La genealogía que va del *guapo* al *picante* es un engranaje central de la operación identitaria que edifica los valores del aguante. Las representaciones territoriales, solidificadas en la idea de La Quema aguantadora, refuerzan los hilos de este andamiaje, exhibiendo que el camino de esta relación es deliberado y proyectado. La Quema

no sólo vio nacer a guapos, compadritos y malevos, reconocidos poetas y escritores nutren otro costado de la historia barrial que son escamoteados en la elección de la *hinchada*; soslayados en tanto no pueden legitimar el proyecto del espacio como *aguantador*. Como tampoco pueden hacerlo otros grandes ídolos, relacionados con el espacio, pero que no fueron guapos como Masantonio y Ringo Bonavena. El linaje aguantador legitima los valores que la banda considera positivos. Para ellos, *aguante* y espacio se vinculan al exhibir un pasado y presente marginal, orillero. No todos los miembros de la *banda* provienen de barriadas carenciadas o pobres pero señalan este origen como marca distintiva para identificarse. Las diferencias económicas con los espacios rivales que pertenecen a los *hinchas* de San Lorenzo no son tan claras como ellos afirman.⁸⁵ Diferencias imaginadas argumentan la ficción identitaria: “los Quemeros provenimos de barrios marginales y eso nos hace picantes”. Resulta relevante que los rivales de San Lorenzo hagan el mismo planteo, y que en una canción digan: *en el barrio aprendimos a ser picantes*. El *aguante* como marca distintiva de las *hinchadas* – de todas– se edifica en el vínculo con los sectores populares, socialmente visualizadas como violentas.

A MODO DE CIERRE

La violencia se constituye como un lugar propicio donde construir un “nosotros”. Las prácticas violentas definidas desde la mirada convencional como la ruptura del lazo social, como el páramo de la sociabilidad, el desierto de la identidad, se torna un espacio habitable.

⁸⁵ El lugar de reunión de la *banda* de San Lorenzo está a sólo cuatro cuadras de donde se reúnen los integrantes de la *hinchada* de Huracán.

La negatividad y estigmatización de la violencia hacen eficaz a ésta como elemento constitutivo de una identidad. Una efectividad doble, certeza de la ficción identitaria. Por un lado, genera fuertes sentimientos de pertenencia, permitiendo a los identificados “ser alguien” o “ser parte”. Se crea un “nosotros” estable y sólido en función del rechazo que tienen sus prácticas distintivas⁸⁶. Por otro lado, y como resultado de estos mecanismos de identificación, la elección de acciones espectacularizadas y confrontadas desde la normalidad como diacríticos, adquiere una relevancia no posible para otras identificaciones. Establece rápidamente alteridades. Los significados de pertenencia e identidad son construidos con mayor eficacia cuando se es reconocido, sin importar la conceptualización negativa.

Identificarse con prácticas estigmatizadas, conociendo la condena que sobre éstas recae, es una operación que lleva al extremo el ejercicio de la identificación y diferenciación. Identidad sustentada sobre ciertas imágenes –seleccionadas– de los sectores populares, elección que revela el carácter ficcional de toda identidad. Debemos entonces ahondar en la desnaturalización del sentido común sobre la violencia; debemos encargarnos de uno de los lugares comunes construidos con mayor tozudez y tenacidad. Tanta tenacidad que es aceptado por los *hinchas* para hacerlo emblema. Nos referimos, nuevamente, a la relación entre violencia y sectores populares. Los datos exhibidos en este trabajo tiran por tierra las hipótesis que afirman que la violencia pueda estar vinculada a los miembros de un determinado grupo social. En el caso argentino la composición so-

⁸⁶ La mención a lo sólido y estable amerita una aclaración. El recorrido analítico exhibió la construcción de esa identidad. Construcción que pone al descubierto lo endebles y arbitrario, por ende, también dinámico, de esta identidad (como todas las identidades). La identidad es presentada como ficción sólo para los analistas, para los que la viven y comparten es una realidad con significativas relevancias en las acciones cotidianas.

cial de las *hinchadas* es heterogénea: conviven miembros de los sectores más bajos de la sociedad con sujetos que provienen de otros estratos sociales. Por ello, los datos permiten afirmar que en el caso del fútbol, como en otros planos de la sociedad: no todos los pobres son violentos ni todos los violentos son pobres.

La conversión del estigma en emblema exhibe el actual debilitamiento de las credenciales legítimas. Siempre existieron “nosotros” contruidos a contramano de los valores convencionales, tomando –por ejemplo– la violencia como diacrítico. Sin embargo, esas ficciones identitarias eran desacreditadas, deslegitimadas, ocultadas y usadas sólo por unos pocos en contextos reducidos. El guapo tanguero, exponente ilustre de esta identidad, perdía validez fuera del arrabal. Identidad no sólo reducida a espacios sino también a sujetos sociales. La actual transversalidad de la identidad aguantadora, imaginada popular aunque más amplia que los límites de lo popular, supone una novedad que amerita una reflexión final.

Archetti (2003) sostenía que existe una “zona libre” donde la construcción de la identidad no tiene un formato típico. Espacio donde tanto el Estado como las “máquinas culturales” hegemónicas pierden su influencia como constructores identitarios. El debilitamiento del Estado en los últimos treinta años –aunque mínimamente fortalecido en la última década– ha acrecentado el tamaño de estas zonas libres capaces ahora de interpelar a actores de diferentes sectores sociales. Estas identidades aumentan su legitimidad, aumentando su eficacia, en un escenario sociocultural donde las identidades legítimas están devaluadas.

BIBLIOGRAFÍA

- Alabarces, Pablo, *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*. Buenos Aires, Capital Intelectual, 2004.
- Alabarces, Pablo y Garriga Zucal, José, “La moral de los ‘inmorales. Los límites de la violencia según sus practicantes: el caso de las hinchadas de fútbol” en *Anuario de Estudios en Antropología Social*. Buenos Aires: Centro de Antropología Social- IDES- Antropofagia, 2006.
- Archetti, Eduardo. “Fútbol y ethos” en *Monografías e informes de investigación*. Buenos Aires, FLACSO-Series de investigación, 1985.
- Archetti, Eduardo, *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires, Antropofagia, 2003.
- Barth, Fredrik. *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, Fondo de Cultura Económico, 1976.
- Boltanski, Luc, *Los usos sociales del cuerpo*. Buenos Aires, Ediciones Periferia, 1975.
- Carman, María, *Las trampas de la cultura: los intrusos y los nuevos usos del barrio de Gardel*. Buenos Aires, Paidós, 2006.
- De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. México, Universidad Iberoamericana, 1996.
- Garriga Zucal, José, “Soy macho porque me la aguanto. Etnografías de las prácticas violentas y la conformación de las identidades de género masculinas” en Alabarces, Pablo (compiladores), *Hinchadas*. Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Garriga Zucal, José y Moreira, Verónica, “El aguante. Hinchadas de fútbol entre la pasión y la violencia”, en Míguez, Daniel y Semán, Pablo (editores), *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires, Editorial Biblos, 2006.

- Garriga Zucal, José y Noel, Gabriel, “Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso” en *Publicar en Antropología y en ciencias sociales*, Buenos Aires, 2010.
- Gatti, Gabriel, “Las modalidades débiles de la identidad. De la identidad en los territorios vacíos de sociedad y de sociología”, en *Política y Sociedad*, 2003.
- Gil, Gastón, *Hinchas en tránsito. Violencia, memoria e identidad en una hinchada de un club del interior*. Mar del Plata, EUDEM, 2007.
- Isla, Alajandro y Míguez, Daniel, “De la violencia y sus modos. Introducción” en Isla, Alejandro y Míguez, Daniel (compiladores), *Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Buenos aires, Editorial de las Ciencias, 2003.
- Mayol, Pierre, “Habitar” en de Certeau, *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México, Universidad Iberoamericana, 1999.
- Míguez, Daniel y Semán, Pablo, “Diversidad y recurrencia en las culturas populares actuales”, en Míguez Daniel y Semán, Pablo (editores). *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires, Biblos, 2006.
- Moreira, Verónica, “Trofeos de guerra y hombres de honor” en Alabarces, Pablo (compiladores), *Hinchadas*. Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Simmel, Geroge, *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Buenos Aires, Calpe, 1939.
- Vicente, Nestor, *Ayer, hoy y siempre, el Sexto Grande*. Buenos Aires, Haciendo punta, 2001.

CUERPOS EN LA TRAMA DE LA POLÍTICA: SABERES, HABILIDADES Y CAPITALES QUE CONSAGRAN A LOS HINCHAS

POR VERÓNICA MOREIRA

PRESENTACIÓN

Los estudios realizados sobre el aguante en el campo del fútbol argentino fundaron una perspectiva novedosa, la cual sentó las bases para pensar las acciones violentas de los hinchas como acciones con múltiples significados. Asimismo, éstas no fueron ubicadas en una zona distinta y separada de las acciones de los actores sociales relacionados con roles prestigiosos y posiciones legítimas. Los estudios mostraron que las estrategias de los hinchas para mantenerse en los intersticios del poder conservaban ciertas particularidades, y que éstas les permitían participar exitosamente del armado de tramas políticas con otros individuos. Pero, además, los estudios sugirieron que algunas estrategias de los hinchas no se distanciaban en exceso de las implementadas por los dirigentes deportivos, ubicados en posiciones socialmente reconocidas. Este trabajo se inscribe en el recorrido allanado por los estudios precedentes y se ocupa de

las maniobras que los hinchas desplegaron en el marco de un tiempo político singular: la elección de autoridades de un club social y deportivo. Poner el foco en una institución deportiva particular⁸⁷, permite agregar una serie de matices sobre el papel que juega la hinchada en el entramado de relaciones que se gestan en torno al fútbol. A su vez, la mirada etnográfica en torno a los hinchas permite ampliar el abanico de apreciaciones sobre sus trayectorias, las cuales se analizan superficial y generalmente a partir de hipótesis que defienden motivaciones irracionales o únicamente económicas.

En este estudio optamos por analizar las características que definen a la hinchada como un sector singular en el mundo social del fútbol, recordando que sus integrantes, pese a los lugares subalternos e ilegítimos que ocupan, ponen a jugar capitales —que son altamente estimados— en la competencia política de los dirigentes deportivos. Dividimos el trabajo en varias secciones íntimamente relacionadas. En primer lugar, señalamos el tipo de organización que adquiere la hinchada, en la que las posiciones encumbradas se logran a través del valor máspreciado en el grupo: el aguante. En segundo lugar, describimos los múltiples significados que rodean el cuerpo del aguante para mostrar, posteriormente, cómo los hinchas exponen e intercambian sus virtudes en el proceso de la política electoral deportiva. Finalmente, analizamos las aristas de las relaciones de los hinchas y los dirigentes para sugerir que su estudio no puede reducirse únicamente a una explicación económica ya que las trayectorias de dichos actores sociales van tejiendo un entramado social complejo que combina motivaciones variadas y distintas, como la amistad, el respeto, la lealtad, la búsqueda de prestigio, entre otras.

⁸⁷ La redacción del presente trabajo se basa en los datos etnográficos construidos durante una investigación realizada en una institución social y deportiva, afiliada a la Asociación de Fútbol Argentino, la cual se encuentra emplazada en un municipio del Conurbano Bonaerense.

LA HINCHADA: PRESTIGIO Y ORGANIZACIÓN

Los hinchas que integran la llamada *barra brava* o *hinchada* del club tienen la particularidad de exhibir *el aguante*⁸⁸ como una insignia que los llena de orgullo. La jactancia sobre los combates o los enfrentamientos violentos contra hinchas de equipos rivales es una pieza clave de una retórica que los hinchas manipulan para autorizarse y ubicarse en una posición singular dentro del mundo social del fútbol. Allí, la hinchada es un conjunto especial de fanáticos porque hace de la violencia física un valor deseado y buscado. Como el aguante es un valor a través del cual se marca el límite entre los hinchas que pertenecen y no pertenecen a la hinchada, los hombres que se identifican con este sector ponen a prueba la disposición de aceptar y lanzar desafíos corporales contra los rivales circunstanciales que pueden ser hinchas de otros equipos o también miembros del mismo grupo. No es necesario que los hinchas estén en un estado de guerra permanente, pero se espera que sean capaces de aceptar los duelos que se les presentan. También puede suceder que el resultado de la pelea no sea el deseado. En este caso, el valor reconocido no depende tanto del resultado del reto sino de la demostración de valentía y coraje. Así, los hinchas que tienen aguante son aquellos que avanzan en la lucha aunque las condiciones sean adversas y el desarrollo de ésta desemboque en un saldo negativo de muertos y/o heridos. Más allá de las habilidades corporales que porte cada individuo –plantarse correctamente ante el rival, saber pegar con los puños y desplegar

⁸⁸ *El aguante* es una categoría que ha sido tratada ampliamente en otros trabajos, aquí rescatamos los significados que resultan centrales para el análisis. Para un tratamiento extenso ver Archetti 1992; Alabarces 2004; Garriga Zucal, 2007; Moreira 2001; Garriga y Moreira 2006. Después de la presentación de las categorías nativas en bastardilla se repondrán las mismas con la tipografía común del texto, pero debe recordarse que éstas conservan el significado otorgado por los actores sociales.

las técnicas de defensa—, en este colectivo se aprecia positivamente *ir al frente* en la pelea.

Hoy, los antiguos miembros de la hinchada discuten la existencia del aguante en las nuevas generaciones. Ellos aducen que “peleas eran las de antes” cuando los hinchas se batían a duelo cuerpo a cuerpo, y se armaban secuencias de robo y rescate de banderas a través de múltiples estrategias pero evitando, por lo general, el uso de armas blancas o de fuego. Con el tiempo, efectivamente, los combates dejaron de enfrentar a los hombres únicamente bajo la vieja modalidad para incorporar tales instrumentos. Sin embargo, desde el punto de vista de las nuevas generaciones de hinchas, los combates con el agregado de dichos artefactos continúan perteneciendo a la matriz simbólica del aguante. Si los hinchas se pelean mano a mano o empuñan armas blancas o de fuego, en ambos casos, están poniendo (y exponiendo) en un primer plano las destrezas de su cuerpo.

Como observamos en otros trabajos, las peleas entre hinchadas antagónicas se desencadenan en muchas ocasiones por la pérdida de las banderas. Cuando éstas son robadas por los hinchas del equipo contrario se convierten en *trofeos de guerra*, que engrandecen la reputación de los apropiadores. Como las banderas son bienes sagrados que concentran simbólicamente los atributos positivos del grupo, la pérdida en manos del enemigo significa despojar a los hinchas de su identidad, para dejarlos en un estado de humillación o deshonra (Moreira 2005). Cuando los hinchas recuperan las banderas y superan la afrenta, intentan también sustraer las banderas del rival. Así, en el campo de las hinchadas se generan ciclos de violencia motorizados por el sentimiento de pérdida del honor y su inevitable recuperación.

Asimismo, el territorio es otro bien en disputa que pone a prueba las virtudes del aguante. Los hinchas en su andar co-

tidiano crean y trazan significados alternativos en el espacio urbano; especialmente donde se emplazan el estadio y la sede social del club. En el uso que hacen del espacio –al caminar calles y veredas, cantar al unísono a favor del equipo, desplegar y vestir los colores del club, descansar en una esquina, comer una hamburguesa en un puesto de comida, reunirse en un bar antes de los partidos, etcétera–, los hinchas realizan una apropiación (De Certeau, 1996) y provocan una configuración significativa asociada a la pertenencia. Los hinchas caminan, cantan, visten, marchan creando un espacio que se ve, huele, suena y siente como propio. Estar allí, junto a otros aficionados viviendo al equipo, unidos en un mismo canto, trotando en una marcha donde los cuerpos se tocan y rozan, oyendo a la multitud en el estadio, provoca una vivencia con una potente carga afectiva y emotiva. La apropiación que se produce a través de la experiencia del espacio conduce a la construcción de una idea de pertenencia que en la hinchada se manifiesta en términos de territorialidad.

El uso que los hinchas hacen del espacio convierte a éste en su territorio y a su defensa frente a la invasión de los enemigos en un gesto territorial. Los hinchas señalan enfáticamente sobre aquella porción imaginaria que crean de su propiedad: “el territorio es nuestro”. A su vez, los hinchas que pretenden que su territorio no sea profanado por los adversarios, intentan dañar el del enemigo, como señala Garriga Zucal (2007), *caminando su barrio*⁸⁹. La defensa y la invasión del espacio –territorio, que se encuentra regulado por la lógica del honor– la cual indica que la humillación del enemigo repercute directamente en el aumento del propio prestigio, implica poner en práctica los conocimientos del aguante por medio de gritos, desafíos, insultos, corridas y peleas cuerpo a cuerpo o con armas blancas o de fuego.

⁸⁹ En Garriga Zucal (2007) se desarrolla esta idea en profundidad en relación con los hinchas del Club Atlético Huracán y el barrio de Parque Patricios.

Los miembros de la hinchada se diferencian de otros hinchas del mismo equipo no sólo porque hacen del aguante un símbolo de orgullo y distinción, sino también porque se hacen acreedores de ciertos privilegios: la obtención de pases libres para los partidos y viajes gratis hacia los estadios visitantes. La pregunta sobre, cómo consiguen estos bienes, reenvía la discusión hacia la organización jerárquica del conjunto.

Las normas de organización y sucesión jerárquica en la hinchada no se encuentran escritas ni establecidas de una vez y para siempre. Sin embargo, podemos indicar una serie de características según las regularidades observadas durante varios años de trabajo de campo con el mismo grupo. La hinchada conserva una estructura jerárquica con diferentes posiciones. Los *jefes* o líderes ocupan la posición de mayor reconocimiento y autoridad. Ellos están acompañados por un pequeño círculo de amigos que los reemplazan en sus funciones en circunstancias especiales, por ejemplo, cuando deben ausentarse durante varios partidos de fútbol. Asimismo, quienes también mantienen una cuota de poder y un margen de acción para tomar decisiones son los referentes de los barrios⁹⁰, que guían –y facilitan las entradas y otros bienes– a los hinchas que se agrupan en torno a ellos. Hay barrios que son más respetados que otros. Esto depende de la cantidad de integrantes y de la trayectoria de sus referentes dentro del colectivo (más extensa y con más aguante). Entre los referentes de los barrios más prestigiosos se perfilan aquellos que tienen más probabilidades de convertirse en los futuros jefes porque, a diferencia de los amigos cercanos

⁹⁰ En este caso, la categoría *barrio* indica la existencia de subgrupos dentro de la hinchada. Por ejemplo, *Flores* permite identificar a los hinchas que se reúnen de acuerdo a un lugar de procedencia común. La hinchada está formada por distintos barrios o subgrupos que responden a un hincha que oficia de referente. La categoría también conjuga para los hombres que habitan o se socializan allí varios de los sentidos señalados anteriormente sobre el territorio.

a los líderes, los primeros cuentan con el apoyo de los hinchas que dirigen. Los jefes de la hinchada han tendido en los últimos quince años a ganar el liderazgo poniendo en juego las estrategias del aguante; esto es, a batirse a golpes de puños para ganar la máxima posición. Por lo general, la sucesión de los líderes es un hecho que se soluciona a los golpes entre individuos que pertenecen a distintos segmentos o barrios. Por esto, los hombres que guían barrios numerosos con integrantes aguerridos corren con ventaja.⁹¹

Saber mediar ante otros individuos y en distintas instancias es un aspecto que los jefes deben desarrollar para defender sus privilegios. Esto es, resulta necesario que los jefes gestionen frente a los dirigentes entradas para ingresar gratis a los partidos de fútbol; un número considerable que permita el ingreso de los 250 hinchas del colectivo. El trato con los dirigentes facilita además una cuota de dinero que los líderes usan para alquilar los micros que trasladan a los hinchas a los estadios visitantes. Los hinchas se benefician de las mediaciones de los jefes en situaciones complicadas cuando quedan hospitalizados y/o detenidos en las comisarías después de un choque violento. En este último caso, los líderes se encargan de hablar con las autoridades policiales para facilitar la entrega de bienes que ayudan a paliar el momento, ya sea abrigo, comida, bebida, cigarrillos, etcétera. El rol negociador de los jefes beneficia tanto a los hombres influyentes, amigos o referentes de barrios, y a *la tropa* –hinchas con la menor jerarquía–, como a ellos mismos porque distribuir generosamente los bienes entre todos repercute en la construcción de su imagen positiva. Así, buena parte del consenso de la autoridad de los jefes se construye en función del ofrecimiento de dones (Moreira 2008).

⁹¹ En otro trabajo desarrollamos con mayor precisión cuáles son las condiciones que desencadenan el cuestionamiento del poder de los jefes, generalmente cuando fallan los gestos generosos de distribución de ayudas y favores hacia los hinchas de menor jerarquía (Moreira 2008).

CORPORALIDAD ALTERNATIVA ENTRE LOS HINCHAS

El *aguante* que sirve para que los hinchas se consagren como miembros del grupo se expone cotidianamente de múltiples formas: la muestra explícita de violencia en un desafío, la exposición verbal de los detalles de un combate y la jactancia pública de los cuerpos y gestos. En particular, los hombres que conservan las posiciones encumbradas (líderes, amigos y referentes) saben mostrar las marcas que los diferencian, por ejemplo, saben mirar firmemente a sus interlocutores con un dejo de orgullo y soberbia. Cuando entran a distintos recintos (tribunas, sedes y predios del club) lo hacen seguros de sí mismos, con la cabeza en alto, el torso inflado y una marcha sin flaquezas. Las posturas corporales –con un cuerpo bien plantado y los brazos generalmente cruzados por delante cuando mantienen una conversación– concentran las miradas de otros individuos que comparten el mismo espacio. Su presencia en sitios públicos produce un efecto en el que ellos nunca se encuentran en la periferia sino en la zona central del campo visual. Asimismo, como estos hombres usan famosas marcas de ropa deportiva ayudan en el armado de un imaginario que los asocia a un lugar de poder y autoridad.

Por otra parte, los cuerpos de los hinchas son cuerpos que portan las cicatrices de la lucha y las marcas del consumo excesivo de drogas y el alcohol. Garriga Zucal (2005a) describe en su etnografía cómo los hinchas exhiben con orgullo las cicatrices que cosecharon en los combates. Esta es una forma de acreditar que “estuvieron allí”, peleando en nombre de la hinchada. A su vez, el autor señala que las barrigas abultadas de los hinchas son índices de un consumo de alcohol en abundancia y que éstas, lejos de ocultarse, se muestran sin pudor⁹². Tomar drogas

⁹² Para conocer con mayor detalle los pormenores de dichas marcas, incluso las de los combates, ver Garriga Zucal 2005a y 2005b.

y alcohol genera beneficios simbólicos en este colectivo. Por un lado, el acto remite nuevamente a la matriz del aguante, especialmente a la noción de resistencia, ya que los consumidores deben mostrar que soportan exitosa y estoicamente los pormenores del consumo en exceso. Por otro lado, los hinchas celebran el consumo y *la locura* que éste despierta como un signo de diferenciación y distinción respecto de otros grupos (Garriga Zucal 2005b). La afirmación de la identidad, que está en rebeldía con el orden moral dominante, se percibe en los cantos del estadio que tematizan con alegría el consumo de drogas y alcohol. Asimismo, con la intención de construir una identidad que se encuentra al margen de la ley, que resulta trasgresora de una serie de normas oficialmente establecidas, los hinchas reivindicán en los cantos otros hechos como el robo de banderas y la muerte violenta de los enemigos. Ambas acciones, basadas en hechos reales o imaginados, se exponen en el duelo verbal para destacar la superioridad frente a las otras hinchadas.

Cabe señalar que en este punto encontramos una zona de confluencia con los hinchas que pertenecen a otros sectores, distintos de la hinchada. Los hinchas comunes participan abiertamente de la creación de las letras y de la entonación fervorosa de los cantos, los cuales buscan el enaltecimiento propio y la vergüenza ajena. Este hecho nos permite relativizar la noción sobre la formación de límites rígidos entre los tipos de hinchas. En nuestro caso, el borde social que separa la hinchada de otros grupos del mismo equipo no se eleva firme y definitivamente, sino que es el resultado de un proceso de construcción permanente que depende de las situaciones y los contextos⁹³.

Los cuerpos de los hinchas son el resultado, en algunos casos, de una trayectoria laboral basada en el trabajo manual. Estos hinchas no se desempeñan en el rango de las profesionales

⁹³ Sobre la dificultad de establecer límites precisos –y construir una tipología– sobre los hinchas, ver en este volumen el artículo de Sodo.

liberales ni en tareas de servicio, mantienen trabajos que requieren la puesta en práctica de las destrezas físicas. La plomería, el transporte de carga y el transporte público de pasajeros pueden ser los oficios que algunos de sus miembros desarrollan cotidianamente. Los hinchas no hicieron –o no pudieron hacer– de los distintos niveles de la educación formal, ni de un trabajo regular, una elección viable. Por distintos motivos, los cuales exceden los límites de esta investigación, un sector de los hinchas participa de prácticas ilegales que desarrollan como prácticas laborales, esto es, con cierta regularidad y en busca del sustento material. Más allá del detalle de las actividades ilegales que realizan regularmente, un aspecto para destacar es que, precisamente, por la trasgresión sistemática del sistema formal de justicia, varios hinchas permanecen o han permanecido detenidos en prisiones y comisarías. En estos lugares, justamente, los hinchas ponen a jugar las sabidurías corporales de defensa y ofensa contra los rivales circunstanciales en un contexto donde predominan el control y la dominación masculina.

Los cuerpos muestran generalmente señales distintas de aquellas que responden al parámetro hegemónico⁹⁴ de lo bello, esbelto y perfecto. Los cuerpos carnalescos e “imperfectos” (Bajtín 1987)⁹⁵ de los hinchas se distinguen por las panzas abultadas, las manos anchas y curtidas, las cicatrices producidas en las peleas –(extra) futbolísticas–, los tatuajes profesionales o caseros con dibujos alegóricos al club y/o a sus afectos, las marcas en el rostro, los dientes deteriorados por un consumo excesivo de drogas, la corporalidad propia de un trabajo manual, etcétera. Pero también, como vimos, los hinchas muestran una modalidad que se hace carne en los gestos de un andar seguro, que desdeña con jactancia investiduras legítimas, y en

⁹⁴ Ver trabajo de Rodríguez en esta compilación.

⁹⁵ Tomamos la categoría para señalar las dimensiones estéticas del *grotesco* que se caracteriza por la acentuación de los relieves y las imperfecciones.

las elecciones de un vestuario singular que expone un gusto por las mejores marcas deportivas. Sin embargo, los hinchas, por lo general, no eligen ejercitar sus cuerpos por medio de la práctica regular de un deporte o en el gimnasio bajo una disciplina estricta de entrenamiento y una rigurosa alimentación. Ellos se entrenan en los retos que encuentran en su devenir del día a día. Así, la subalternidad de los cuerpos de los hinchas se funda en distintos registros, no sólo en el desempeño de sus prácticas laborales, sino también en la reivindicación de los cuerpos con una estética alternativa⁹⁶ y en la afirmación de un espacio de la trasgresión o ilegalidad⁹⁷.

Las marcas del aguante que enaltecen a los hinchas funcionan desde el exterior del grupo como un signo negativo que conjuga las cualidades morales más adversas. Sin embargo, los hinchas manipulan dicha marca, que es un signo de pertenencia y autoadscripción, en el conjunto de relaciones con distintos actores. Como mostramos a continuación, los hinchas exponen sus recursos con los dirigentes en circunstancias especiales: cuando los políticos se presentan como candidatos a los puestos directivos del club durante sus campañas electorales.

CUERPOS, ELECCIONES Y POLÍTICA

Las elecciones en un club de fútbol tienen la finalidad de elegir al presidente y a los candidatos de la Comisión Directiva (Secretario General y Deportivo, Tesorero, Vocales y demás).

⁹⁶ Un punto de contacto respecto del modelo hegemónico podría ser el uso de las marcas deportivas exclusivas.

⁹⁷ No nos referimos sólo a las actividades delictivas extrafutbolísticas sino también a las reglas del aguante: cuando los hinchas se sienten deshonrados apelan a la recuperación del orgullo a través de la venganza (materializada en la muerte o en la lesión de un enemigo).

Los socios que se presentan como candidatos para conducir una asociación civil deportiva lo hacen como representantes de una *agrupación política*. El objetivo principal de las agrupaciones políticas en competencia es reunir la mayor cantidad de socios que voten a su favor. Así, para concretar esta meta, los participantes despliegan múltiples recursos y estrategias en el tiempo de la política o tiempo electoral.

Siguiendo a Masson, el período de elecciones es un “tiempo especial” en el cual un/a candidato/a elabora una estrategia de presentación pública para construir su biografía (2004: 31). Por su parte, Palmeira y Heredia (1997) presentan la categoría “tiempo de la política” para describir un tiempo cuasi indefinido en el que “los políticos profesionales comienzan a hacer política”. En ese marco, “los profanos” perciben la política como una dimensión externa y amenazadora o contaminante de su cotidiano. En este trabajo, consideramos el período de elecciones como un “tiempo especial” pues la política de los socios interesados en el poder adquiere mayor visibilidad y notoriedad en las conversaciones, las situaciones y los lugares de la vida cotidiana del club. Esto no quiere decir que se constituya un tiempo diferente, discontinuo, del que transcurre cuando los dirigentes no están sumergidos en la campaña electoral.

Teniendo en cuenta la división social del trabajo político, los miembros de la hinchada son convocados por los candidatos de las agrupaciones para realizar tareas específicas. Las habilidades del aguante que están asociadas a la apropiación de los objetos sagrados (banderas y territorios) son valorizadas y buscadas en dichos procesos electorales. En éstos, los cuerpos cubiertos de una estética distinta y subalterna se convierten en un bien solicitado por el sector de la política institucional del club. Los hinchas, que se jactan del aspecto ilegal de sus prácticas y se mantienen al margen del orden oficialmente establecido, son

invitados para sumar sus habilidades corporales a la promoción de los candidatos. Por otra parte, las relaciones clandestinas y ocultas entre hinchas y dirigentes, que son negadas habitualmente en los medios de comunicación y en las entrevistas, logran mayor visibilidad en el tiempo electoral.

Los miembros de la hinchada son convocados por las agrupaciones políticas para pintar las paredes con el nombre del aspirante a la presidencia de la institución; colgar pasacalles y descolgar los del candidato opositor; repartir volantes con las consignas políticas; etcétera. Los hinchas desempeñan las tareas que están más directamente relacionadas con las habilidades del aguante. Las destrezas corporales, que son valoradas positivamente en el campo de las hinchadas y estigmatizadas desde el exterior, en el tiempo de la política funcionan como recursos que permiten un reconocimiento temporal de sus poseedores frente a los políticos.

En particular, la actividad de pintar las paredes implica organizar un pequeño grupo⁹⁸ que sale a apropiarse del espacio urbano poniendo en juego el cuerpo y sus capacidades. Pintar las paredes implica no sólo el hecho de pintar y producir una inscripción política sino también apropiarse de las paredes pintadas por la cuadrilla del candidato opositor para imprimir un nuevo texto. La apropiación de las paredes ajenas y la defensa de las propias pueden generar entre los integrantes de las cuadrillas que responden a distintos candidatos enfrentamientos físicos o, simplemente, acuerdos de una división territorial del espacio. Mientras los candidatos a la presidencia del club se encargan de realizar sus discursos en actos de campaña frente a centenares de socios-electores, de presentarse en programas de televisión abierta y por cable, de asistir a eventos públicos, los

⁹⁸ Cabe señalar que los hinchas que son buscados para realizar estos trabajos son los jefes y un sector reducido de hinchas influyentes.

hinchas destinan su tiempo a organizar las pintadas, pintar las paredes de la ciudad y defender su trabajo a fuerza de golpes, si esto resulta necesario. Cuando los hinchas dicen, “nadie quiere trabajar contra nosotros, no los dejamos”, quieren decir que saben defender los bienes apropiados (las paredes) y lo hacen a través de distintas maneras donde el cuerpo es un elemento fundamental. Cuando ellos expresan “ese no pinta más, le pateamos los tachos... debe estar... te aseguro que no pinta más... acá, esto es nuestro, acá, (el territorio) es nuestro”, lo hacen para resaltar la importancia de proteger los bienes propios contra la invasión y la profanación ajena.

Hacer las pintadas no siempre es un trabajo que recibe una remuneración en dinero; puede ser la prestación de un servicio que espera ser recompensado en el futuro si el candidato triunfa en la elección. Precisamente, el tiempo electoral es un período en el que las promesas de los candidatos se multiplican entre los electores. Los hinchas que realizan tareas de campañas se hacen eco de posibles ayudas que podrían recibir en el futuro para mejorar su situación. Algunos imaginan la posibilidad de insertarse laboralmente en el club en tareas relacionadas con su potencial físico. Así, en una conversación con un integrante de la hinchada, él comentó su interés: “conseguir un trabajo acá, en el club, para mí y mi familia, en algún predio... no, no, barriendo, limpiando no. Estar ahí, estar atrás de un político”⁹⁹. Trabajar como custodio es una tarea que algunos hinchas piensan y buscan interesadamente. Es extraño ver dirigentes con guardaespaldas. Sin embargo, no es tan raro cruzarse con hombres que vigilan los lugares donde se desarrollan los actos de campaña. Si bien hay personas contratadas especialmente para realizar trabajos de seguridad, ciertos hinchas que participan

⁹⁹ En este trabajo la categoría nativa *político* aparece asociada a la figura del dirigente.

de los eventos (actos de apertura y cierre de campaña, caravanas, elecciones) se convierten en custodios que observan atentamente el acto y a las personas que transitan por el lugar.

Como señala Garriga Zucal (2007), el aguante es un capital que permite la inserción de los hinchas en el seno de redes sociales donde comerciantes, dirigentes, políticos, vecinos y funcionarios establecen con ellos relaciones personalizadas y mantienen posiciones ambiguas en torno a los actos de violencia. El *capital aguante* es el que de forma manifiesta o latente se expone para ser intercambiado por otros dones en un sistema de reciprocidades con individuos ubicados en secciones distantes del mapa social (ibid. 2007). Así, en nuestro caso, observamos que los hinchas participan exitosamente en el tiempo de la política junto a los dirigentes exponiendo los recursos que poseen, los cuales se basan principalmente, aunque no de forma exclusiva, en las habilidades y potencialidades corporales. Además, como sugerimos a continuación, los hinchas ponen a jugar a favor de los candidatos su capital social, esto es, buena parte del conjunto de sus contactos y relaciones.

HILOS Y TRAMAS EN EL CAMPO DEPORTIVO

Antes de describir la puesta en escena del capital social de la hinchada, resulta necesario mencionar algunos aspectos de las relaciones y los intercambios entre distintos sectores del club para presentar en torno al tema nuevas perspectivas. En este sentido, destacamos la mirada de Ferreiro y Fernández (2005) sobre el aguante, para quienes éste funciona como una moneda de cambio en la relación con los dirigentes y los políticos locales. Los hinchas reciben de ellos favores como dinero y entradas gratis para los partidos. Los hinchas hacen de la violencia una moneda de cambio en un mercado donde los dirigentes depor-

tivos y/o los referentes del poder político local buscan servicios de seguridad para los actos electorales y *aprietes* para intimidar a los adversarios, jugadores, cuerpo técnico, etcétera. La privatización del aguante consiste en un proceso por el cual *el valor de uso* de la violencia se transforma en un bien mensurable en un mercado donde los compradores ofrecen a cambio bienes tales como favores, servicios o dinero (Ferreiro y Fernández, 2005: 188 y 189). Los investigadores clasifican el proceso de mercantilización de la violencia como “sicarización” o “sicarismo” estableciendo una referencia directa con la práctica de contratar sicarios o mercenarios para cometer crímenes; y establecen una marca temporal para señalar el comienzo de este proceso: fines de la década del noventa. Mientras que la sicarización se define por la venta del aguante en un mercado libre y autorregulado, “la pretorización” refiere a un vínculo más estable y duradero entre los hinchas/clientes y sus *patrones* (políticos, sindicalistas, jefes policiales y mafiosos) (Ferreiro y Fernández, 2005: 197). La dupla traza una conexión entre la privatización de la violencia de las barras en la provincia de Jujuy y el proceso de exclusión y pauperización de la población, producto de la reforma del Estado durante la década del noventa; el proceso elevó notablemente los índices de pobreza y desempleo en la región del noroeste. Ferreiro y Fernández narran la historia de la hinchada del club Talleres de Perico, ubicado al sur de la provincia norteña, para describir los cambios en la composición social y económica del grupo de hinchas¹⁰⁰.

En el devenir de los procesos políticos deportivos en el club, la sicarización y la pretorización son prácticas posibles. Sin embargo, en torno a ellas es necesario agregar ciertos matices. Una primera salvedad es que las relaciones entre los individuos

¹⁰⁰ Este último aspecto también es considerado por Dodaro (2005) en su trabajo sobre la hinchada del Club Colegiales, ubicado en la zona norte del Conurbano Bonaerense.

mencionados pueden estar atravesadas por otras dimensiones, distintas de las finalidades materiales y económicas. En este sentido, preferimos formular interpretaciones que combinen los términos utilitarios del intercambio con términos que exceden esta finalidad. Resulta enriquecedor sumar otros aspectos, que no son instrumentales ni mercantiles, como el cumplimiento de las obligaciones formales y morales, y la búsqueda del prestigio y del poder (Bezerra 1999) entre los individuos involucrados.

Entre hinchas y dirigentes hay obligaciones formales y morales que exceden el tiempo de la política y que se expresan, por ejemplo, en el cumplimiento de una protección mutua que permite callar secretos, ocultar información a los medios de comunicación u omitir denuncias en la Justicia (un gesto que se reproduce en ambos sentidos de la relación). Los jefes reciben mensualmente dinero de los dirigentes. Sin embargo, en este caso, también resulta difícil sugerir que el dinero se entrega a cambio de un valor en particular. Las relaciones entre hinchas y dirigentes responden a tiempos largos y los pedidos del intercambio pueden ser de distinto género, muy difíciles de aprehender en términos de “un toma y daca”. Por otra parte, particularmente en el tiempo de la política, la hinchada en su totalidad no responde como una clientela estable de un determinado político. En tiempos electorales, puede suceder que los jefes de la hinchada decidan apoyar al *candidato x* y en la elección siguiente al *candidato y*. El apoyo en un sentido u otro depende de las negociaciones que se dan entre los hinchas y los políticos en el período de elecciones. Nuestra propuesta no es interpretar este fenómeno únicamente como un gesto por dinero (favores por votos) o como una lealtad especulativa (Fernández 2004), sino pensar que tanto hinchas como dirigentes cambian de posición para establecer alianzas y oposiciones en cada juego electoral.

Como el proceso de formación de alianzas en tiempo de elecciones es complejo y dinámico resulta difícil pensar a la hinchada como un bloque estable de clientes que se mueve en función de un político determinado. El proceso de formación de alianzas da como resultado la constitución de cadenas de apoyo, conjuntos de acción (Mayer 1980) o facciones¹⁰¹, que se arman, como veremos más adelante, en torno a los individuos que tienen la capacidad de *reunir* y *arrastrar* los votos a favor del ego (o candidato).

Los jefes y los hombres influyentes (amigos y referentes barriales) ponen en juego su estatus y decoro como líderes en el intercambio con los dirigentes y con otros hinchas. Repartir las entradas para los partidos es un gesto que depende de los hinchas que están bien conectados y ubicados en la estructura jerárquica de la hinchada. La distribución de los bienes al interior del grupo es una cualidad que fortalece el respeto y la autoridad de estos hombres. Antes de los partidos, es habitual ver a los jefes, a los hinchas más importantes y a los que dirigen barrios entregando las entradas a otros de menor rango que se amontonan y empujan a su alrededor. La jactancia del reparto y de la posesión de los recursos funciona como señal que indica quienes detentan el poder. Los jefes son los que entablan un diálogo fluido con los dirigentes para asegurar los dones del reparto y fortalecer, a través de él, la máxima posición dentro del colectivo. Dar, distribuir, tener, lograr, generan un prestigio y un caudal de adhesiones y apoyos. Los dones entregados a otros refuerzan el poder, el prestigio y la reputación de los líderes. Con la intención de relativizar la mirada sobre la búsqueda utilitaria y material de los hinchas, marcamos el bienestar y el placer que las acciones del reparto producen en sus ejecutores.

¹⁰¹ Palmeira (2003) sugiere que deben ser entendidas como “no permanentes”, “cuasi-grupos” o “grupos diádicos no corporativos”.

Por otra parte, como no hay generosidad desembarazada del interés (Mauss 2009)¹⁰², debemos destacar que mostrarse como hombres dadivosos reenvía nuevamente a la afirmación de la autoridad y poder de unos pocos.

Un caso para pensar la formación de alianzas y conjuntos de acción (y desactivar la idea de la hinchada en su totalidad como un bloque estable de clientes) es el que incluye a un sector particular del colectivo. Según las divisiones internas promovidas por barrios y referentes, se destaca un grupo singular que responde a un afamado líder sindical. Estos hinchas que están ligados al *sindicato*¹⁰³ se identifican en la tribuna popular con una bandera con los colores representativos de este sector y con otra que nombra al barrio de donde proviene la mayoría de sus integrantes. Ellos conocen los pormenores de la militancia sindical, la asistencia a las marchas y la participación en los actos del sindicato. Los sindicalistas no constituyen un grupo numeroso de hinchas, pero su referente es un hombre influyente que conserva cierta autoridad en el colectivo de fanáticos. En este caso, el referente sí mantiene un vínculo estable y firme con el patrón del sindicato; un vínculo que excede la afinidad futbolística y que se proyecta hacia (o desde) otros ámbitos.

En 2005 cuando se desarrollaban las tareas de campañas de las agrupaciones políticas para elegir al nuevo presidente y al resto de los dirigentes de la Comisión Directiva, los jefes de la hinchada decidieron brindar su apoyo al candidato de la agrupación política con más trayectoria en la institución. Sin embargo, los sindicalistas no dudaron en apoyar al candidato

¹⁰² Los bienes pertenecen a un intercambio signado por flujos continuos en ambas direcciones. El interés atraviesa la circulación de los dones aunque éstos no tengan necesariamente un contenido material (Mauss 2009).

¹⁰³ Optamos por no revelar la rama específica de trabajo en la que se encuadra el sindicato y sus líderes y seguidores, a quienes identificamos como el/los sindicalista(s).

opositor, que había establecido una alianza política con el principal líder del sindicato. En ese entonces, el patrón del sindicato se presentó en dichas elecciones como candidato del bloque de representante de socios¹⁰⁴, mientras que su hijo figuró como candidato a vocal de la Comisión Directiva. El apoyo de los hinchas al líder y a sus aliados políticos en el deporte se limitó a dos tareas específicas: las pintadas callejeras y la canalización de los votos el día de la elección. Aunque el vínculo entre los hinchas y el líder sindical no fue estudiado en profundidad, sugerimos que la cadena de apoyos que absorbió a este sector de la hinchada estuvo motorizada por un sentimiento de lealtad hacia la figura emblemática del campo sindical.

Los lazos sociales pueden conjugar una sólida defensa de la lealtad, un sentimiento de respeto mutuo y/o una amistad. Estas motivaciones pueden estudiarse con mayor claridad en el tiempo electoral cuando los individuos de los distintos sectores de la institución se mueven en las redes para participar de las facciones políticas. La constitución de las cadenas de apoyo y el conjunto de factores que intervienen en ellas se visualizan con detalle en el mecanismo que se extiende semanas antes a las elecciones, a saber: el mecanismo de reunir socios para votar.

La elección genera un operativo que incluye un despliegue de individuos y recursos que están destinados a obtener la mayor cantidad de votos a favor de un ego o candidato. A todos los participantes que adhieren a una lista de candidatos se los incentiva para que lleven gente a votar, entre ellos se destacan ciertos individuos que trabajan para concretar este objetivo. Llevar gente a votar es un mecanismo de una máquina aceiteada donde cada uno tiene una función asignada. En 2008 cuando

¹⁰⁴ Cuerpo de socios que se reúnen dos o tres veces por año para votar a favor o en contra de los informes presentados por la Comisión Directiva. Allí se reúnen representantes de la agrupación política oficial y las agrupaciones políticas opositoras.

los adherentes del candidato oficial precisaban electores, el antiguo jefe de la hinchada solicitó el apoyo de sus compañeros de tribuna de otros tiempos. Ellos asistieron favorablemente porque sentían respeto y lealtad hacia el líder que había dejado su marca y orgullo en el grupo. Este sector de hinchas que se hace llamar *la barra vieja* está integrado por hombres que fueron miembros de la hinchada en las décadas pasadas. Ellos poseen una autoridad –que está dada por la experiencia en la cancha– y gozan del prestigio logrado en las peleas del pasado. Sus cuerpos siguen siendo robustos y voluminosos, vestidos con ropas alejadas de la formalidad del traje que distingue a los dirigentes¹⁰⁵.

Un hincha que intervino activamente en el proceso electoral *llevando gente* fue Misterio, un hombre de cuarenta años, que integró la hinchada en otros años cuando el líder era el famoso Ares. En ese entonces, Misterio era el referente de los hinchas que se agrupaban en uno barrio del Conurbano. Misterio había sido el referente de un grupo de 50 hinchas que respondían a su autoridad; él les repartía las entradas gratis para los partidos que recibía directamente de Ares. Misterio se presentó diciendo: “yo era lo que hoy se denomina primera línea en la hinchada”, es decir, un hombre influyente que era referente de otros fanáticos y pertenecía al círculo íntimo del jefe. Retirado, al momento de la investigación, de la hinchada y de la popular, Misterio siguió siendo fiel a su antiguo amigo y líder. Ares, que era empleado del club e integraba desde hacía varios años un sector político que se alió con otros en la última elección para apoyar al candidato del oficialismo, solicitó la ayuda de Misterio y de otros ex integrantes de la hinchada para armar una lista de posibles electores.

¹⁰⁵ Efectivamente, varios de estos hombres tienen en el haber de sus trayectorias laborales trabajos manuales (tareas de mantenimiento, traslado, fletes, etcétera) y de carácter informal como, en algunos casos, la venta ambulante.

Misterio logró inscribir en la planilla una lista con 100 socios entre familiares, amigos, vecinos e hinchas que antiguamente respondían a su liderazgo. Algunos de los inscriptos en una primera instancia llamaron a otros socios entre sus conocidos. Todos formaron la red que Misterio *movió* en las elecciones. Misterio vivía en el barrio que comandaba cuando era miembro de la hinchada y era una persona conocida entre los vecinos. Según él, el respeto que los hinchas y los vecinos le tenían se forjó porque siempre daba una mano al más débil y sucedían cosas como no permitir atropellos, mediar en un problema, cargar con cosas al hombro. Estos gestos (hacer algo, dar, distribuir, ayudar) siguen teniendo valor entre los hinchas. En una ocasión, Misterio hizo mención del respeto que los hinchas le tenían a Ares por la demostración de su destreza corporal y coraje “a Ares lo vi hacer cosas que nunca vi”. Ésta era una característica que Misterio también poseía: disfrutaba de las peleas mano a mano. En la memoria de los hinchas se conservan algunas de las historias heroicas de Ares durante los viajes a los estadios visitantes y los partidos. Por sus virtudes como luchador y por su poder de convocar y controlar un número importante de hinchas (la hinchada llegó a agrupar 400 hombres), Ares se convirtió en el jefe emblemático en la historia del mencionado colectivo. El hecho de distribuir entradas gratis y proveer micros para que los hinchas viajaran a los estadios visitantes, así como también obsequiar comida y bebida, aunque estos no son elementos necesarios, generó un fuerte consenso entre los miembros de la sociedad. Por otra parte, Misterio también destacó la atención que Ares tenía con gente que era invitada a comer con la hinchada.

Las relaciones de los hinchas identificados con la barra vieja se formaron a partir de las experiencias compartidas en la hinchada (estar en la tribuna, disfrutar de los viajes y los asados,

pelear contra otros y entre ellos) hacía muchos años. El respeto hacia Ares se fundó en el momento en el que éste mostró la capacidad de conducir a sus pares y de presentarse ante ellos como un hincha con aguante. Ares conservaba el respeto a través del paso de los años. Los integrantes de la barra vieja trabajaron durante meses para confeccionar las planillas con los electores y se movieron con energía porque Ares les solicitó una ayuda. Así, los seguidores más fieles y cercanos a Ares movieron a sus conocidos por el pedido expreso del que fuera su jefe y, como dijo Misterio, lo hicieron porque “la lealtad era hacia él y no con el candidato”. Una motivación importante para llevar gente a votar era la lealtad sentida por el emblemático líder, quién, a su vez, mantenía un lazo de amistad con un dirigente de la institución. Cuando los dirigentes de mayor peso dejaron sin un lugar a su amigo político en la lista de candidatos de la Comisión Directiva, Ares decidió por unas semanas abandonar la búsqueda de votos.

Pese a tener una imagen degradada y deslegitimada, los hinchas reciben periódicamente la convocatoria de los políticos para participar del proceso político electoral. Sobre los motivos que llevan a los dirigentes a llamar a este sector, Misterio comentó: “porque tienen liderazgo, arrastran gente. Esos son los que te hacen ganar las elecciones. El líder de un barrio te aporta votos. El líder no necesita de afiches, carteles”. Así, la posición de Misterio fue que la hinchada *movía* más electores que los mismos dirigentes. Este hincha había podido reunir un caudal interesante de socios. En su caso particular, la red social fue el producto de relaciones personalizadas construidas en base a vínculos fuertes y cercanos –como los que signaban la unión con sus parientes políticos, de sangre y amigos íntimos–; o más débiles y distantes –como los que tenía con sus viejos vecinos y algunos hinchas de su mismo barrio–. Precisamente, este fe-

nómeno (el de la capacidad de reunir y arrastrar votos) pone en un primer plano el tema del capital social, esto es, el caudal de relaciones sociales e influencias que son altamente valoradas en el tiempo electoral.

Mover socios para votar en las elecciones es una capacidad que los interesados en participar en la arena política desean tener y mostrar. Así, abonando la teoría de la importancia de poner en juego el capital social, Mabel Moreno, que integró la Comisión Directiva desde 2006 hasta 2008, explicó en una entrevista que para hacerse fuerte en el mundo masculino de la política ella tuvo que convencer a las mujeres y recorrer el padrón. Como dirigente debía contar con una cantidad de socios que pudieran acudir a su llamado en el período de elecciones. Era central mostrar que tenía: 30, 50, 60, 70 personas que respondían por ella. Un mes antes de las elecciones de diciembre de 2008, ella se encontraba visiblemente exaltada y conmovida. Con enojo habló del cierre definitivo de la lista de los candidatos de la Comisión Directiva y de la presencia en un primer plano de gente de la municipalidad. Mabel era la quinta vocal titular pero en la nueva lista figuraba como Revisor de Cuentas Suplente, un papel de menor jerarquía. “Yo quedé (en la Comisión Directiva) dicen que porque el presidente me defendió”. Golpeándose el pecho, con vehemencia y orgullo repitió varias veces: “yo tengo mi tropa, tengo mi gente”.

Olivera era un hombre influyente de la hinchada, que trabajaba en las pintadas realizadas en el municipio a favor de la lista oficial de candidatos, se jactó de sus conexiones diciendo: “yo tengo mucha gente conocida que puede venir a votar”. Mencionó que entre dichas personas se encontraba la parentela que tenía en el barrio donde vivía. En la misma conversación aprovechó la oportunidad para preguntar: “¿tenés socios?, ¿sabés quién puede venir a votar?”.

Mover gente, tener socios, arrastrar, tener una tropa, reunir, son acciones que incrementan y fortalecen la posición de los interesados en hacer y participar de la competencia política en la institución deportiva. Los jefes de la hinchada, los hinchas que dirigen pequeños grupos nucleados en los barrios, los hinchas influyentes que rodean a los líderes, los que integraron la barra en otras décadas, tienen seguidores naturales dados por los lugares que ocupan o que llegaron a ocupar.

Los hinchas se hacen acreedores de una certificación que le entregan los dirigentes deportivos al convocarlos para colaborar en las campañas electorales y en los comicios. Los dirigentes que ocupan posiciones legítimas en el campo político del club solicitan la ayuda de los hinchas que conservan posiciones y trayectorias sin reconocimiento en él. Los hinchas estigmatizados por el sentido común hegemónico con términos tales como “bestias”, “animales”, “soldados” y “mercenarios” se convierten en aliados directos de los dirigentes durante las elecciones. El capital social que es altamente estimado en tiempos electorales es el que muestran e intercambian los hinchas que están interesados en ingresar en la arena política y/o en mantener y reforzar las posiciones de poder adquiridas en otros ámbitos. Si el capital violencia o aguante, analizado en profundidad por Garriga Zucal (2007), es el que les otorga legitimidad en el campo de las hinchadas y les permite hacer amigos en ámbitos distintos con comerciantes, dirigentes, políticos, empleados de la salud, formando una red social amplia y diversa, el capital social es el que les da la posibilidad a los hinchas de exponerse y posicionarse en las disputas entre y con los dirigentes como aliados o clientes.

PALABRAS FINALES

La intención de este artículo fue poner en un primer plano la multiplicidad de dimensiones que se presentan en el estudio de un sector singular de hinchas del mundo social del fútbol. Si bien en otros trabajos hemos focalizado en la descripción de los pormenores de los enfrentamientos físicos de la hinchada y en su organización interna estructurada en función de un sistema de intercambios recíprocos, en esta oportunidad optamos por ubicar a estos actores sociales en la trama elaborada junto a los dirigentes deportivos. Reponer una parte de la trama, que cobra visibilidad en tiempos electorales, permite ampliar los conceptos que se vierten sobre la participación de los hinchas en las instituciones futbolísticas. El artículo abona la postura sobre la mercantilización de las relaciones, esto es, la circulación de dinero para la compra y la venta del aguante o las habilidades corporales de los hinchas; es decir, abona la hipótesis del dinero como un elemento de las relaciones entre hinchas y dirigentes. Pero, al mismo tiempo, sostiene que los hinchas establecen relaciones que se constituyen y refuerzan en la simultaneidad de vínculos de distinto género. Para ciertos casos resulta menos complicado observar lealtades y sólidos compromisos. El segmento de la hinchada que se perfiló detrás del líder sindical en 2005, pese a que los jefes de la hinchada en ese momento respaldaron al candidato de la lista opositora, muestra otras dimensiones además de la económica, en los procesos de constitución de las cadenas de apoyo para las elecciones. Los hinchas encolumnados detrás de Ares, el referente emblemático del colectivo en décadas anteriores, expone también la circulación de otros valores referidos a la lealtad, la amistad, el compromiso fundado en experiencias comunes del pasado, el respeto, la estima, etcétera. Incluso, en torno a los jefes de la hinchada,

quienes exponen con mayor claridad una relación económica con los dirigentes –desde hace tiempo se impuso como derecho consuetudinario desviar dinero hacia la hinchada–, pueden marcarse aspectos complementarios de la visión material. Los jefes a través de las relaciones con los dirigentes del club refuerzan el liderazgo y la investidura a través de la entrega ostentosa y visible de dones entre los hinchas. El reparto de dones es un gesto que implica no sólo la distribución de bienes sino también un fortalecimiento del prestigio y del poder. Asimismo, cabe aclarar que los hinchas entablan con los dirigentes intercambios que no deben entenderse como efímeros ni transitorios sino como permanentes y estructurantes de la relación entre dichos sectores. El vínculo entre dirigentes e hinchas se mantiene a lo largo del tiempo. Explicar las relaciones en términos de un “toma y daca” o “entradas y dinero por apriete” es reducir y minimizar las múltiples aristas que conserva el fenómeno de las vinculaciones entre ellos.

Otro aspecto que destaca el artículo es la exposición de los recursos con los que cuentan los hinchas que están ubicados en posiciones marginales, ya sea por sus prácticas ilegales o por sus carentes trayectorias sociales y laborales. Frente a las afirmaciones que sostienen que los hinchas son objetos manipulables de los dirigentes, el artículo propone una alternativa que ubica a dichos actores con pocos recursos –respecto a otros sectores del mapa social– pero con recursos al fin. Generalmente, esas interpretaciones giran en torno a la manipulación y el uso que los hombres con mejores posiciones hacen de los hinchas, quienes están destinados únicamente a cumplir tareas de intimidación, de apriete, etcétera. Estas posturas se basan en la idea de la irracionalidad o animalidad de los hinchas. Para cambiar el signo de estas apreciaciones, la salida es pensar en el aprovechamiento que hacen los hinchas del juego electoral. Las

prácticas violentas o del aguante que expresan los hinchas como marcas de su identidad –de una diferencia respecto de otros simpatizantes– cobran significados positivos para otros actores sociales durante las elecciones. Los hinchas son convocados durante las campañas electorales por su potencial físico, necesario para realizar en el marco de la división del trabajo político una labor que implica *poner el cuerpo*, ya sea para concretar las pintadas así como también para defenderlas de apropiaciones ajenas. El cuerpo del aguante se revaloriza en el tiempo de la política, no sólo para los hinchas que pueden exponer todo su potencial, sino también para otros que públicamente lo suelen menospreciar. Como vimos, este trabajo no genera necesariamente una remuneración en dinero, sino la promesa de un trabajo estable si el candidato gana la elección. El cuerpo grotesco, rudo, fuerte, marcado, con una estética alternativa, ingresa a jugar en el proceso electoral.

Asimismo, en el tiempo de elecciones, los hinchas juegan con las reglas del campo de la política y lo hacen no sólo exponiendo el capital violencia (Garriga Zucal 2007) sino también su capital social. Esto es, los hinchas que tienen, o se hacen, de los medios para intervenir en el campo de los dirigentes procuran y muestran un bien altamente valorado: el conjunto de influencias y relaciones que poseen. Ellos, que son *patrones* en su juego de poder en la hinchada, se convierten en mediadores en relación con el mundo de los candidatos durante el proceso electoral. Este mecanismo no es exclusivo de los hinchas, también otros socios colaboran y brindan su apoyo aportando el caudal de votos de su red de conocidos a favor de un candidato (como el caso de Mabel y de otros tantos que no aparecen en este artículo). Es importante señalar aquí que todos los hinchas que integran o integraron la barra no acceden a la arena de luchas. Buena parte de los hinchas que se ubican en las posiciones

inferiores de la estructura jerárquica de la barra quedan fuera de las condiciones de juego.

Los líderes y referentes de la hinchada ingresan al universo político no como sujetos ajenos y extraños. Ellos encarnan una de las formas de hacer política que no es siempre ni necesariamente el ejercicio de la violencia (el apriete) sino también la puesta en práctica de la seducción, el carisma, la exposición de poder (a partir del tener y repartir). Los políticos profesionales o dirigentes, que son los actores sociales legítimos y reconocidos en este ambiente, tienen un discurso y habilidades aceptadas y autorizadas (Bourdieu 2007), unidas a una buena oratoria y capacidad de convencer. Como vimos, los hinchas, que son los actores sociales negados en este contexto, también tienen sus habilidades. Precisamente, dichas destrezas permiten la participación exitosa de ellos en la trama social donde juegan públicamente los dirigentes.

BIBLIOGRAFÍA

- Alabarces, Pablo, *Crónicas del Aguante. Fútbol, Violencia y Política*. Buenos Aires, Capital Intelectual, 2004.
- Archetti, Eduardo, “Calcio: un rituali di violenza?”, en Lanfranchi, Pierre (editor.), *Il calcio e il suo pubblico*. Napoles, Edizione Scientifiche Italiane, 1992.
- Bezerra, Marcis Otávio, *Em nome das “bases”. Política, Favor e dependência pessoal*. Rio de Janeiro, Relume Dumará, 1999.
- Bourdieu, Pierre, *O poder simbólico*. Río de Janeiro, Bertrand, 2007.
- De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. México, Universidad Iberoamericana, 1996.

- Dodaro, Cristian, “Aguantar no es puro chamuyo. Estudio de las transformaciones en el concepto nativo”, en Alabarces, Pablo et. al., *Hinchadas*. Buenos Aires, Prometo, 2005.
- Fernández, Federico, “Fútbol, relaciones asimétricas y poder: los vínculos entre dirigentes, referentes políticos y barras brava. El caso de Talleres de Perico (Jujuy-Argentina)” en *Revista de Ciencias sociales* N° 14, 2004.
- Ferreiro, Juan Pablo y Fernández, Federico, “El discreto encanto de la mercancía. Aguante, sicarios y pretores en el fútbol”, en Alabarces, Pablo et. al., *Hinchadas*. Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Garriga Zucal, José, *Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*. Buenos Aires, Prometeo, 2007
- Garriga Zucal, José, “Soy Macho porque me la aguanto”. Etnografía de las prácticas violentas y la conformación de identidades de género masculino, en Alabarces, Pablo et. al., *Hinchadas*. Buenos Aires, Prometeo, 2005a.
- Garriga Zucal, José, “Pibitos chorros, fumancheros y con aguante. El delito, las drogas y la violencia como mecanismos constructores de identidad en una hinchada del fútbol”, en Alabarces, Pablo et. al., *Hinchadas*. Buenos Aires, Prometeo, 2005b.
- Garriga Zucal, José y Moreira, María Verónica, “El aguante: Hinchadas de fútbol entre la pasión y la violencia”, en Míguez, Daniel y Semán, Pablo (editores), *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires, Biblos, 2006.
- Masson, Laura, *La política en femenino. Género y poder en la provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires, Antropofagia, 2004.
- Mauss, Marcel (1979), *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires, Katz, 2009.

- Moreira, María Verónica, “Honor y Gloria en el fútbol argentino: el caso de la Hinchada del Club Atlético Independiente”. Tesis de Licenciatura en Antropología social. Inédita. UBA, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 2001.
- Moreira, María Verónica, “Trofeos de guerra y hombres de honor”, en Alabarces, Pablo et. al., *Hinchadas*. Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Moreira, María Verónica, “Aguante, generosidad y política en una hinchada de fútbol argentina”, en *Avá Revista de Antropología*, N° 12, Misiones, UNAM, 2008.
- Palmeira, Moacir, “Política, facciones y votos”, en Rosato, Ana y Balbi, Fernando (editores), *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social*. Buenos Aires, Antropofagia, 2003.
- Palmeira, Moacir y Heredia, Beatriz, “Política ambigua”, en Crespo, S. et. al. (editores), *O mal a Brasileira*. Rio de Janeiro, UERJ, 1997.

LOS SIGIFICADOS DE LO POPULAR EN UN GRUPO DE HINCHAS DEL FÚTBOL ARGENTINO

POR JUAN MANUEL SODO

Por la época en que recibí la invitación a participar, este iba a ser “un libro sobre deporte y clase social”, leído ese vínculo tanto en el plano de los deportistas como en el de los espectadores. Aclaré por entonces que de clase, lo que se dice clase, no tenía mucho para aportar; y que incluso, en mis distintas derivas por el campo de estudios sociales y culturales del deporte, nunca había trabajado, al menos de manera explícita y formal, con esa categoría.

Es decir: había abordado dimensiones de la relación hinchas activos-producción de ambientes de violencia, en torno del evento futbolístico, entendiendo a los hinchas activos, entre otras cosas, como aquellos provenientes de sectores profesionales medios (ver siguiente apartado), pero sin trabajar central ni sistemáticamente, siguiendo con el argumento, la categoría clase media.

Lo más parecido que tenía para un libro sobre deporte y clase social, aclaré, eran unas observaciones sobre los usos del término *popular* en el contexto de la enunciación futbolera

argentina. Allí me preguntaba: ¿de qué popular se trata?, ¿de qué hablan los hinchas cuando hablan de lo popular?, ¿qué significados de lo popular se juegan en un club?

Sobre ello entonces tratará este escrito, aún cuando el eje del libro ahora viró al más abarcativo “deporte y sociedad”. Sobre los usos de lo popular y sus distintas implicancias, por qué no políticas, por qué no institucionales, por qué no sociales, en el contexto de la enunciación *hinchista*.

Pero antes, un extenso aunque necesario apartado sobre tipos de hinchas (sus prácticas, sus valoraciones, sus significaciones) y tipos de *aguantante*. Doblemente necesario.

Porque sin las aclaraciones –si se quiere, terminológicas– allí efectuadas, difícilmente puedan comprenderse algunos de los términos que, justamente, se utilizarán a lo largo del texto. Y porque ese efectuarlas significará ir conociendo algunas especificidades del tipo de hincha en el que se basan las mencionadas observaciones sobre lo popular.

SOBRE HINCHAS Y AGUANTES: TIPOLOGÍAS

En publicaciones argentinas encontramos que, utilizando diversos nombres, se divide y clasifica al universo de hinchas de fútbol en distintos tipos ideales: hinchada, espectadores, simpatizantes, hinchas militantes, hinchas comunes, pibes, banda, barra.

Antes de indagar en estos nombres y en los que serían dos de sus problemas, un comentario sobre las variables en las que se sustentan estas diferentes tipificaciones.

Esto es, pasando revista a una serie de trabajos (Alabarces, 2004; Ferreiro y Fernández, 2005; Moreira, 2005; Salerno, 2005; Garriga y Moreira, 2006; Garriga y Salerno, 2008;

Moreira, 2008) podemos identificar que a los hinchas argentinos se los suele clasificar según:

1. La frecuencia con la que asisten a los partidos disputados por su equipo: ¿van siempre a la cancha? ¿Van a todos lados? ¿Asisten sólo de local? ¿Asisten sólo de local y únicamente cuando el equipo atraviesa una buena racha?

2. Su ubicación en el estadio: ¿se ubican en el sector platea o en el sector popular? ¿En qué parte de la platea? ¿En qué sitio de la popular?

3. Sus conductas, prácticas y acciones durante un partido: ¿solamente ven el partido, como quien asiste a la contemplación pasiva de un espectáculo, desentendiéndose del aliento al equipo? ¿Solamente alientan, desentendiéndose del devenir del partido? ¿Hacen ambas cosas?

4. Los sentidos que atribuyen al aguante: ¿se trata de sentidos prácticos o de sentidos lúdicos y simbólicos?

5. El tipo de posesión de aguante que ostentan, en conexión con el punto anterior: ¿poseen un aguante entendido en términos simbólicos y lúdicos o en términos prácticos? Es decir, y respectivamente, ¿un aguante que se prueba poniendo el cuerpo estoica y festivamente al servicio del apoyo y el aliento en la adversidad, o un aguante que se prueba así, pero fundamentalmente en el enfrentamiento físico con los hinchas rivales?

Aquí hay una primera cuestión merecedora de detenimiento: ¿cómo es esto de que habría dos tipos de aguante? Volvemos sobre ello hacia el final del apartado. Por lo pronto, más variables:

6. El tipo de vínculo o contrato que tramitan con el club: ¿se trata de un contrato pasional-emocional-sentimental con inversiones desinteresadas de tiempo, energía y dinero, dando sin esperar nada a cambio (Moreira, 2008) o se trata de algún contrato de tipo económico-instrumental redundante en la obtención de beneficios (entradas y micros gratis, dinero)?

7. De dónde extraen recursos para costearse entradas y viajes: si éstos provienen de iniciativas autogestionarias, como rifas y colectas, o si provienen de apoyos y prebendas dirigenciales.

8. El grado de inversión (energética, monetaria, laboral) en asuntos del club: ¿se trata de una inversión puntual, un domingo cada tanto yendo a la cancha? ¿O de una inversión que excede a los partidos, consistente en presencias entre semanas para intervenir en asuntos institucionales del club, en prácticas organizativas de cara a un partido (conseguir recursos para viajar, conseguir globos y pirotecnia para alentar), en eventos festivos y rituales, en prácticas folklóricas en general?

9. Sus características visuales: si se pintan la cara, si van con camisetas, si llevan banderas, etc.

10. Su grado de organización.

11. Si tienen o no relación con los dirigentes del club y de qué tipo de relación se trata.

Moreira, alrededor de este punto, realizó un trabajo etnográfico en ocasión de los festejos organizados por hinchas del Club Atlético Independiente de Avellaneda para conmemorar el aniversario número cien de su nacimiento. Concretamente, observó las disputas entre *hinchas comunes*, autodenominados Grupo Centenario o caravanistas, con *barras* y dirigentes en torno de la preparación de una caravana por la ciudad de Buenos Aires en el marco de los festejos de cumpleaños. Mejor dicho, en torno de sus criterios y significados. Los siguientes fragmentos son interesantes en tanto dan cuenta de cómo esos hinchas perciben a los dirigentes y conciben a la política:

Separar la dimensión festiva de la política fue un aspecto que caracterizó al Grupo Centenario. La mayor parte de sus integrantes creía que la política de los dirigentes y

de aquellos que aspiraban a obtener cargos en el club estaba signada por la búsqueda del interés personal, más que por la del beneficio de la entidad, los socios y los hinchas. La política estaba asociada al robo y a la corrupción [...] El uso que los caravanistas hacían del término hincha se fundaba en los valores que para ellos esta figura concentraba: la lealtad, la fidelidad, el amor, el sentimiento verdadero e incondicional sentidos hacia el club, los cuales se confirmaban en múltiples sacrificios ofrecidos en su nombre [...] La concepción generalizada entre los caravanistas era que cuando una persona, transitando por el camino de la política, accedía a un cargo directivo perdía, en la consagración, los atributos constitutivos del hincha (2008: 118-120).

VARIABLES A LAS QUE SE PODRÍAN SUMAR:

12. Si son o no son socios de la institución.

Un estudio de caso con hinchas de Rosario Central (CARC) ha revelado la importancia que, desde su perspectiva, tiene esta variación a la hora de distinguir entre quiénes son verdaderos hinchas y quiénes no (a tal punto que el sitio www.canalla.com, el más visitado entre los hinchas del club, sugiere que para opinar en las discusiones virtuales la persona deba ser preferentemente socia del mismo).

13. Los grados y modalidades de participación en la producción del nosotros-hincha, una producción sustentada en un cúmulo de atributos (Ver apartado Observaciones sobre el folklore).

En definitiva, según cada uno de estos puntos el universo de hinchas del fútbol argentino se dividiría en, nuevamente: hinchada, espectadores, simpatizantes, hinchas militantes, pibes –que, hay que subrayar–, no son sino tipos ideales. Abstraccio-

nes que de ninguna manera pretenden perder de vista el carácter relacional, procesual, móvil e inmanente a una situación de las clasificaciones.

Por ejemplo, en el citado trabajo sobre los festejos de los hinchas de Independiente la autora muestra cómo, para definirse en relación a los dirigentes, los hinchas se nombran como “hinchas”, mientras que para definirse en relación a los “barras” estos mismos hinchas se auto-mencionan como “hinchas comunes”.

Desglosado el punteo de variables, cabe un comentario respecto de los problemas que se presentan al trabajar con algunas de las categorizaciones en cuestión.

En primer lugar, aparece un problema terminológico. Vale preguntarse: ¿cuáles de esas categorías son nativas? ¿Cuáles son mediáticas? ¿Cuáles encierran prejuicios o supuestos estigmatizantes?

Empecemos por *barras* y digamos que no es una categoría nativa. Es decir, los hinchas a los que se agrupa bajo esta denominación no se llaman a sí mismos barras. Por el contrario, y justamente porque barras es un término mediático, no nativo, y claramente estigmatizante, se reconocen como “de la hinchada”.

Ahora bien, llamar a estos hinchas como “la hinchada” nos presenta una dificultad, puesto que para el sentido común futbolero nacional la hinchada designa al genérico de los hinchas de un club, y no a un sector particular. Así, se habla de “la hinchada de San Lorenzo”, por ejemplo, en alusión al colectivo o al universo de hinchas de San Lorenzo. Cuando se escucha decir que la hinchada de San Lorenzo es muy numerosa o que San Lorenzo tiene mucha hinchada, allí *hinchada* no está utilizado como sinónimo de barra.

En síntesis: *barrabrava* no es un término nativo sino mediático, como arroja por otra parte un trabajo de Conde (2005)

que, historizando las maneras en que la prensa gráfica fue nombrando a los hinchas en el tiempo, sitúa su génesis en la década de 1980.

Por lo que, atentos a la vigilancia epistemológica de toda aproximación que se pretenda tan válida como crítica, no habría de usarse. Pero ocurre que el término nativo apropiado tampoco podría utilizarse porque debido a sus ambigüedades se presta a confusión.

Pasemos ahora al grupo que en este escrito nos convoca. Siguiendo con algunos de los puntos arriba señalados, es dable inferir que los hinchas militantes (en adelante HM) son aquellos hinchas activos que, relativamente organizados o no, por lo general siguen al club a todas partes cualquiera sea la distancia a recorrer o la ubicación en la tabla de posiciones, haciéndolo de manera independiente; aquellos que entablan con el club un contrato de tipo emocional según el cual invierten su tiempo y su trabajo desinteresadamente; aquellos para quienes, según su escala imaginaria de valores, los mejores hinchas son no solamente los que más se entregan e invierten sino aquellos que más festivamente alientan en las buenas y en las malas, de visitante o de local, etcétera.

Y esa, a modo de adelanto, esa es su asepción de aguante. Es decir, una asepción vinculada esencialmente al fervor, a la fidelidad y a la abnegación, y no necesariamente al enfrentamiento corporal (asepción de aguante para los *barras*, como se verá), no al menos como rasgo distintivo o límite de inclusión, tal como ocurre con aquellos.

A propósito de este diferencial, dos trabajos. Uno, nuevamente de Moreira:

Los actores mencionan al menos dos dimensiones de esta categoría. En primera instancia, los hinchas hablan

de un aguante vinculado directamente con el aliento [...] Un aguante que es compartido, tanto por los hinchas militantes como por algunos miembros de la hinchada, y que refiere al compromiso y a la fidelidad de los que están incondicionalmente presentes [...] En segunda instancia, el aguante se vincula al arrojo de la persona que va al frente, que tiene huevos, en una situación de conflicto y riesgo, como la que sucede en los combates. [...] La segunda modalidad del aguante funciona como propiedad diferenciadora [...] El aguante físico es el signo de distinción que marca el límite entre los simpatizantes del mismo cuadro de fútbol (2005: 81).

El otro, de Garriga y Salerno:

En el ámbito del fútbol encontramos dos conceptos de aguante. La diferencia radica en la importancia atribuida a las peleas, a los combates. Mientras a algunos espectadores, los denominados hinchas militantes, llaman aguante al fervor y a la fidelidad por el club, *los pibes* de la hinchada lo vinculan sólo al enfrentamiento corporal [...] Por eso, “ir a todos lados” y alentar siempre son particularidades relevantes en la conformación de una comunidad de valores, pero tienen un lugar secundario en la conformación de un límite de inclusión. El aguante es la característica específica que distingue a *los pibes* (la barra) del resto de los espectadores (2008: 71).

En suma, se trata de hinchas que, precisamente a raíz de los diferenciales que apuntábamos, no son ni barras ni espectadores; lo cual nos lleva a pensar que está todo bien, pero no, no todo es tan fácil como parece. En este caso el problema es más complejo.

Porque, en primer lugar, HM tampoco es un término nativo sino proveniente de la empiria etnográfica; concretamente

Archetti (1985) fue el primero en utilizarlo. Lejos de ello, este tipo de hinchas hablan de sí mismos como “hinchas comunes”, “fanáticos” o “enfermos”.

Sin embargo, y contradiciendo a la mismísima vigilancia epistemológica invocada, hay algo de interesante en este nombre, que podría pesar en la decisión de mantenerlo. Y ese algo es lo siguiente: HM es el único término positivo hoy por hoy existente para nombrar y darle entidad a los no-barras. De otro modo, serían apenas definidos por la negativa.

Negatividad que en nada contribuye a quitarle efectos de centralidad a los *barrabravas* a la hora de abordar el problema de la violencia; efectos de centralidad que pueden leerse no solamente en el sentido común futbolero y en las coberturas de los medios sino además en investigaciones académicas y en los trabajos del periodismo de investigación.

Trabajos e investigaciones que, descontando el valor de las intenciones, al postular como objeto casi siempre a hinchas ligados a las barras, a sus aspectos delictivos y negociados (Romero, 1986; Veiga, 1998; Grabia, 2009) y a los sentidos que subyacen a sus prácticas (Garriga, 2005 y 2007; Moreira 2005), pero dejando en segundo plano la pregunta por las relaciones de éstos con los otros actores-hinchas que vuelven posible (de distintas maneras) esos negocios tanto como esas prácticas, cuando no directamente las legitiman, generan un efecto de lectura según el cual el problema pareciera circunscribirse al accionar de aquellas. Por qué se suele dejar de lado esa pregunta es todo un tema para un artículo en sí mismo. No obstante, pueden conjeturarse rápidamente dos razones: en cuanto a las investigaciones académicas, quizás tenga que ver con los resabios de una tradición en ciencias sociales según la cual el objeto de estudio es por lo general algo relacionado con el mundo de lo subalterno. Desde esa óptica, no es de extrañar que en los

congresos o en las publicaciones científicas existan en mayor medida ponencias y artículos sobre nuevos pobres, sobre chicos de la calle, sobre hinchas ligados a barras, y no tanto referidas a nuevos ricos, jóvenes empresarios o hinchas comunes de clase media. En cuanto a las investigaciones periodísticas, acaso obedezca a la vigencia de un criterio crítico basado principalmente en la denuncia.

Este último es el supuesto que, por otra parte, y a diferencia de lo que sucede por ejemplo en Inglaterra, subyace a la legislación y a las políticas de seguridad existentes en materia de espectáculos deportivos en el país (Ver Alabarces, 2004).

Aún así, simultáneamente el término presenta otra dificultad. Y esa dificultad radica en que da lugar a equívocos, si tenemos en cuenta que el adjetivo *militante* remite inmediatamente al campo semántico de la política, por lo cual suele creerse que se trata solamente de hinchas que participan en las filas de las facciones que se disputan la conducción de un club, cuando en realidad, ya se vio en Moreira, nada más condenable para ellos que eso.

En definitiva: de ahora en adelante nos referiremos al grupo de la barra o hinchada como *la banda*, palabra también nativa y de uso extendido entre los hinchas. Y a los hinchas militantes los denominaremos *hinchas activos*. Decisiones que se sustentan fundamentalmente en la búsqueda de reducción de ambigüedades.

SEGUNDO PROBLEMA: PROBLEMA METODOLÓGICO

Toda banda es un grupo organizado. Posee estrictas reglas de inclusión y permanencia, por lo cual no cualquiera es miembro (ver acerca de la estructura, de los modos de funcionamiento y estratificación, así como de los límites y normas de

inclusión, nuevamente, Moreira 2005 y Garriga 2007). Por su ubicación, las bandas son espacial y visualmente identificables en la cancha. Por último, variando según la importancia y el arraigo popular del club del que se trate, una banda puede estar compuesta hasta por unas mil personas.

Nada de esto sucede con los HM, o mejor dicho, con nuestros HA, que no siempre están organizados, que no siempre son fácilmente visualizables en el estadio, y que andan desperdigados de a miles y miles por toda una ciudad. De allí que un trabajo empírico con este tipo de hinchas tenga que sortear algunas dificultades de cara a su operacionalización.

¿Qué hacer?

Una opción sería realizar una muestra probabilística con técnica de muestreo al azar simple de entre la nómina de asociados a un club. Pero desde nuestra perspectiva ser socio no lo vuelve a un hincha necesariamente activo.

De modo que optamos por trabajar con HA formales, esto es, que formen parte de grupos reconocidos al interior de una comunidad. Para la cuestión de nuestro caso, la comunidad canalla (mote con que se reconocen los hinchas de CARC).

Una acotación, antes de pasar a los aguantes, a título de variaciones sobre la factibilidad de las investigaciones del campo.

Lejos de lo que ocurre en los abordajes que tienen por objeto a integrantes de bandas, en las que, desde su imaginario, el investigador es en un primer momento situado en la serie: policía-infiltrado-buchón-periodista-extractor de información, lo cual dificulta su acceso, los hinchas activos son personas que todo el tiempo quieren hablar. Y no solamente porque Central, por ejemplo, constituya en muchos casos su principal ocupación y tema de conversación o porque el fútbol sea eso de lo que en Argentina todo el mundo habla o quiere hablar, sino también por dos razones:

1. Al contrario de la invisibilidad que necesitan los miembros de la banda para seguir desarrollando sus actividades sin sobresaltos, los HA, insertos en redes en las que se disputan prestigio, protagonismo, reconocimientos, lugares y capitales simbólicos varios, legitiman sus posiciones acumulando visibilidad, apareciendo, figurando, hablando.

2. En toda relación entre pares antagónicos, como es en Rosario la de la rivalidad entre Newells y CARC por ejemplo, se invoca a un tercero excluido o extranjero que haciendo las veces de árbitro vendría a dirimir el conflicto. En esa ciudad, para seguir con el caso, la máquina de la rivalidad transforma todo lo que toca en rivalidad. ¿Qué es lo que está en juego? Dirimir la grandeza. Determinar cuál de los dos es más grande que el otro. Pero se trata de una empresa condenada de antemano a la irresolución, al fracaso. Por dos motivos: en primer lugar, porque no existe un único criterio de medición-evaluación. El criterio puede ser la cantidad de campeonatos obtenidos (y entonces los de Newells dirán que tienen cinco y Central cuatro, pero éstos últimos intentarán compensar el asunto ostentando su campeonato internacional), la cantidad de clásicos ganados en la historia (y entonces los de Central serán los más grandes, pero los de Newells matizarán la cuestión diciendo que ganaron en 1905 el primer clásico disputado). Simultáneamente el criterio exitista quedará relegado a segundo plano en plena cultura del aguante-fiesta (ver sobre el final del apartado), que valorará, precisamente, el aguante en la adversidad (y en ese sentido, los más sufridos pero persistentes en los últimos veinticinco años, y por tanto los más grandes, serán los hinchas de Central). El criterio también puede ser cuál de los dos tiene más socios, quién de los dos tiene más hinchas célebres en el ámbito de la cultura, la política y el espectáculo, cuál la bandera más larga y quién a la gente que en la cancha más alienta.

Pero el fútbol, como buen ritual, es cíclico. Está regido por la lógica de la vuelta a empezar, con lo cual, incluso para el caso de los criterios cuantitativos de medición (número de socios, cantidad de hinchas, cantidad de entradas vendidas, cantidad de metros de tela, de decibeles, etc.), la grandeza no está dada nunca de una vez y para siempre.

Panorama que se exagera, y aquí viene el segundo motivo, cuando los terceros-legítimos prioritariamente referenciados por los hinchas –los periodistas deportivos–, dada la pretensión de objetividad en la que sustentan su trabajo, no se van a expedir ni a pronunciar. De ahí que el máximo logro al que podrían aspirar los hinchas es a que se manifieste públicamente al respecto algún unánimemente respetado e influyente periodista, relator o comentarista de intachable trayectoria y probada honestidad (Víctor Hugo Morales, Gonzalo Bonadeo, Alejandro Fabri). Entonces, su operatoria es la siguiente: cuanto más se le (de) muestre a ese supuesto tribunal, más se lo impresionará en su decisión final.

¿A qué viene todo esto? A que un etnógrafo o un investigador social ingresa en esta serie, favoreciéndose, así, la factibilidad de su trabajo (aunque entrando en crisis, a su vez, herramientas metodológicas como la entrevista, a lo que haremos mención en el apartado Observaciones).

Planteados los dos problemas, volvemos al punteo de variables en el que se sostienen las clasificaciones disponibles en el campo. Y volvemos para decir que varias de ellas se desprenden directa o indirectamente del aguante, casi como si éste constituyera un organizador, una matriz o una variable madre.

Por ejemplo, si un hincha ostenta un tipo de aguante relacionado con la puesta del cuerpo en el enfrentamiento seguramente forme parte de una *banda*. Por el contrario, si ostenta el tipo de aguante emparentado al estoicismo y al fervor y a lo

carnavalesco, probablemente será socio de la institución, participará activamente en la producción del nosotros-hincha, verá con recelo cualquier tipo de vinculación política, etcétera. En suma, será un hincha activo, nuestro viejo hincha militante.

Pasando en limpio, habría dos aguantes:

Uno, el de la banda, independientemente del resultado de la pelea, se prueba *plantándose*, no *corriendo*, porque lo que desde esta acepción se valora, antes que nada, es la predisposición corporal a la contienda, el *pararse*, el *ir al frente*. Este aguante se mide en cantidad de cicatrices, de heridas, de *trapos* robados, de anécdotas, de piñas dadas y patadas recibidas.

El otro, el de los HA, se prueba estando presentes en las buenas y en las malas, soportando festiva y estoicamente. En el torneo imaginario de los hinchas, el club que sale campeón no es aquel que más puntos consigue en el campo de juego sino aquel cuyos hinchas más aguante demuestran en las tribunas. Es decir, que más convocatoria tienen a pesar de los malos resultados deportivos, que más fervorosos y festivos se muestran en la derrota, que más kilómetros recorren para seguir a su equipo sin ningún tipo de apoyo económico, que más alientan en un partido disputado bajo la lluvia o en un día de mucho frío, que más apoyan y menos putean a sus jugadores. Este aguante se mide en kilometrajes, en decibeles, en afonías, en cantidad de presencias, en insolaciones o resfríos.

Ya quedó claro que habría dos tipos de aguante. Ahora bien, ¿qué es exactamente el aguante? Si bien numerosos autores lo han definido (Elbaum, 1998; Alabarces, Op. Cit; Dodaro, 2005; Ferreiro y Fernández) diremos que es la resistencia de los hinchas de fútbol a la adversidad y al dolor físico, o a la adversidad y al dolor deportivo, según se trate de un tipo u otro.

Y, nuevamente, para reducir ambigüedades, de ahora en más desdoblaremos el término y nos referiremos a la primera acep-

ción como aguante-enfrentamiento (adversidad, dolor físico), mientras que a la segunda la llamaremos aguante-presencia o aguante-fiesta (adversidad deportiva).

PRÁCTICAS DE SOCIABILIDAD

Prácticas de sociabilidad (PDS) es una manera de nombrar a ese conjunto de acciones, conductas e intervenciones que, con cierto grado de rutinización, los hinchas activos realizan para distinguirse, diferenciarse y vincularse como tales.

El universo de hinchas activos del CARC, ese caso del que extraemos todo lo que acá se diga de aquí en más, es de una heterogeneidad socioeconómica insoslayable. Y de una heterogeneidad etaria también.

De hecho, en otro lugar estuvimos preguntándonos si en el campo del fútbol serían posibles iniciativas protagonizadas por jóvenes, como sí se han dado en otros campos de lo social tales como la educación (tomas de secundarios), la cultura (bandas de rock del plan barrial, movidas pos-cromañón) o la política (irrupción militante tras el fallecimiento de Néstor Kirchner), planteado esto de un modo rápido y esquemático.

Pero a los fines de este capítulo en particular nos centraremos arbitrariamente en aquellos hinchas de sectores medios, hombres la mayoría de ellos, empleados administrativos o de comercios, profesionales liberales exitosos en muchos casos, provenientes de carreras tradicionales o ligadas a ciencias exactas en otros.

Se trata de aquellos hinchas que integran los grupos de lo que podríamos llamar las fuerzas vivas de la *sociedad civil canalla*. Grupos que participan de la vida institucional, cultural,

folklórica o comunicacional del club¹⁰⁶. Grupos referentes para el resto de los hinchas. Referentes en el sentido de los más mirados o los más escuchados.

Aclarando que se trata de una generalización a los fines analíticos, las que siguen son algunas de las acciones que, con cierto grado de rutinización, los hinchas activos en consideración realizan:

1. Se asocian al club.
2. Se reúnen en sus instalaciones a compartir almuerzos y cenas.
3. Impulsan medios partidarios (ver nota al pie) e interactúan con ellos.
4. Asisten a eventos, festejos, celebraciones¹⁰⁷, homenajes, inauguraciones, presentaciones.
5. Viajan a los partidos disputados por el equipo en condición de visitante.
6. Alientan durante todo el partido.
7. No insultan a los jugadores ni a los dirigentes, exceptuando situaciones límite, en tiempos de crisis deportivas o institucionales.
8. Cuelgan en internet fotos o videos de la propia hinchada tomadas por ellos mismos con celulares durante el partido.

Ahora bien, ¿no hay en esta enumeración algo que nos resulta familiar? ¿No nos suena de algún lado? ¿No nos recuerda al apartado terminológico de recién?

¹⁰⁶ Es el caso de los medios partidarios. Entre radiales, gráficos y televisivos, los centralistas cuentan con más de veinte. En cuanto a los sitios web, *www.canalla.com* se edita todos los días desde hace trece años. Probablemente sea junto a *Rosario de Central* (un programa de TV que lleva diecinueve temporadas en pantalla) el medio partidario más instalado entre los hinchas auriazuales. Por día, según datos proporcionados por un integrante de su staff, fluctúa entre las diez mil y las quince mil visitas.

¹⁰⁷ Las más arraigadas entre la gente de CARC, dentro de su inagotable liturgia: 2 de mayo, Día del pecho frío; 29 de agosto, Día del pirulazo; 23 de noviembre, Día del abandono; 19 de diciembre, Día del padre.

Allí habíamos repuesto las variables que suelen utilizarse para tipificar a los hinchas. Y, a la vez que lo habíamos desdoblado en aguante-enfrentamiento y aguante-fiesta o aguante-presencia, habíamos dicho que con el aguante, matriz, variable madre, tenían que ver las variables en que se basaban las tipificaciones.

Todo esto para decir que, puntualmente acerca de varias de las actividades apuntadas, hablar de prácticas de sociabilidad de los hinchas activos de CARC es hablar del aguante-fiesta o del aguante-presencia. Y para terminar trazando una comparación con Garriga antes de entrar ya de lleno a la cuestión de lo popular.

Si leyendo el libro *Haciendo amigos a las piñas* (2007), encontramos que aquello que funda pertenencias, redes de vínculos y sistemas de intercambios en los allegados a una *banda* es el capital-violencia (que no es otro que nuestro aguante-enfrentamiento), lo que ubica a un HA en una posición central en el mapa de los prestigios y las referencias es el aguante-presencia. Hinchas que, a fuerza de años de viajar a todos lados, de estar presentes en todas las actividades sociales de la vida folklórica e institucional, de tener llegada a dirigentes y personalidades y jugadores o ex-jugadores, de circular por los pasillos del club, de aparecer en los medios partidarios, se han granjeado el reconocimiento del resto.

En una charla informal, un hincha activo comentaba: “En Central hay mucha vedette, muchos que siempre quieren aparecer en la foto, al lado de los grosos. Y mucho *canallómetro* también: la eterna puja de egos por ver quién hace más cosas por Central” (3/10/2008).

No habría que olvidar que, en las condiciones de vida contemporánea en ciudades grandes, en medio de la indiferencia generalizada, la hostilidad y el anonimato, ser reconocido por

los demás no es un dato menor. Ser reconocido o identificado como fulano de X grupo o mengano de tal otro y hacerse un lugar y un nombre desde ahí o armarse un personaje en torno de ello, es un horizonte tentador para nada desdeñable, a partir del cual se pueden entender incluso algunas disputas.

Y esto, finalmente, hecha por tierra con uno de los imaginarios más instalados en el ambiente de un club como Central, que podría resumirse así: según lo que estuvimos viendo, escuchando o leyendo, para la percepción del común de los hinchas, toda persona de alguna u otra manera allegada a los núcleos principales de la comunidad canalla tiene una segunda intención. Y esa segunda intención, para la perspectiva de estos hinchas, por lo general pasa por el arreglo de favores con los dirigentes de turno (entradas de protocolo, por ejemplo, o accesos diferenciales, o tratos especiales, o adjudicaciones de recursos, etc.). No obstante, lo que observamos es que, antes que eso (que, desde ya, ocurre), lo que se juega para los hinchas es la acumulación de referencias, visibilidades y reconocimientos, *canallómetro* de por medio.

OBSERVACIONES SOBRE EL FOLKLORE (O VARIACIONES SOBRE LO POPULAR)

¿Cómo puede ser que en la ciudad de Rosario todo aquél que se destaque en el mundo de las artes, la música, la pintura, de lo que sea, de la bohemia intelectual sea canalla? Yo creo que tiene mucho que ver con sus orígenes: todo lo popular pasa fundamentalmente por Central [...] y Central como popular fue un equipo siempre peronista en la década del cincuenta cuando se prohibía andar con el escudito de Perón o de Evita o cantar una marcha peronista o demás [...] Central es el

equipo popular, peronista y que tiene toda esa formación que arranca desde los talleres ferroviarios y lo otro era un colegio inglés, te guste o no te guste, (fragmento de entrevista realizada el 28 / 06 / 2007).

En mi nombre está el nombre de la ciudad, el tuyo no sé bien qué es, sos tan puto que hace cien años, llevas puesto un nombre en inglés. Carnaval, carnaval, el carnaval es el pueblo, el pueblo es hincha de Central, (fragmento de cántico entonado por los hinchas de Rosario Central en la cancha).

El Che era mucho más que una remera que llevan todos los inconformes del planeta. Era un ser humano que sentía, amaba, se apasionaba y tenía todos los vicios y virtudes que tenemos todos. Y como rosarino no podía dejar de expresar su sentimiento futbolístico por el equipo de fútbol de la ciudad, el que lleva su nombre, el más popular, (fragmento de gacetilla emitida por la Secretaría de Cultura del CARC en el marco del ciclo de actividades organizadas en ocasión del aniversario número ochenta del nacimiento de Ernesto Che Guevara)

Como puede notarse, los fragmentos que abren este apartado contienen algunos términos que insisten. Sobre todo uno, que es el que nos convoca. Pero vale aclararlo: la insistencia de *popular* no se agota ahí. Seguramente nos ocuparía cientos de páginas tratar de reponer su aparición en las canciones de cancha, entrevistas a hinchas, intervenciones gráficas públicas, charlas de café, opiniones en foros virtuales de medios partidarios, consignas y slogans en indumentaria temática, libros de Historia e historias y demás discursividades del hinchismo.

Afirmábamos que la máquina de la rivalidad transforma todo lo que toca en disputa por la grandeza. En ese sentido, la

cuestión de la popularidad no le es ajena. Lo vemos en las citas. No lo vemos, pero lo tenemos muy en cuenta, en una bandera de la banda de Newells que reza: “La hinchada más popular”. Pero, ¿de qué *popular* se trata?

Más que responder a esta pregunta y las preguntas venideras, buscamos volverlas tratables. Y para ello nos resulta particularmente productivo definir tres rasgos de lo popular siguiendo a Alabarces (2004).

Uno: definir lo popular es definir lo otro; aquello que está en situación de subalternidad. E identificar lo subalterno no es sólo nombrar lo hegemónico sino además reponer el conflicto como articulador social. Este primer rasgo de lo popular no hace sino remitir a la pregunta recurrente: la pregunta por el poder.

Dos: lo popular no habla por sí mismo porque no tiene capacidad de autonomización. Lejos de ello, es siempre hablado por una voz culta o docta que lo narra. Al respecto dice Alabarces, que dice Piglia, que la ficción nace en la Argentina como forma de narrar al otro, al gaucho, al indio, al obrero, al migrante; y que la clase docta se narra a sí misma en la autobiografía, pero que para narrar al dominado precisa de la ficción.

Tercero: si lo popular es una distinción conflictiva, no puede leerse por fuera del régimen de hegemonía y subalternidad que lo instaaura. Por eso su registro es histórico. Dicho de otra manera: lo que podía leerse como popular en los años sesenta no necesariamente tiene que serlo en los años noventa.

Sobre el segundo punto, hemos visto que los HA referentes de CARC actúan como narradores doctos de la *novela* (ver definición abajo); *novela canalla* de la que serían sus notables, voceros o portavoces legítimos, decidiendo aquello que se narra y aquello que no, qué se acentúa y qué se obvia, qué se enfatiza y qué se mantiene en un cono de sombras. En definitiva, decidiendo qué capítulos se relegan y cuáles se privilegian. Para que

luego, sobre esa base, y por los medios que tengan a mano (boca en boca, cadenas de email, declaración ante cámaras), pero fundamentalmente aprovechando los canales abiertos por las redes sociales y las tecnologías del contacto, cada hincha devenga una especie de agente difusor de imágenes y relatos destinados a la impresión en la carrera por la grandeza (y a esto nos referíamos más arriba cuando hablábamos de los grados y modalidades de participación en la producción del nosotros-hincha).

Pero ¿qué es eso de la novela? Con *novela* nos referimos al relato auto-referencial compuesto por una heterogeneidad de elementos que comparten los miembros de una institución o colectivo, en este caso un colectivo de hinchas (de ahí que hablemos de novela del hincha o, más concretamente, de novela canalla), cuya función es permitir que un grupo o institución delimite una interioridad y se diferencie de otros configurando su identidad.

Se trata de un texto que se construye, circula y administra a partir de distintas mediatizaciones, según la época de que se trate. ¿Cada época encuentra una mediatización hegemónica para que los hinchas construyan, soporten y difundan la novela? ¿Lo fue la oralidad en tiempos en que la radio modulaba el relato del fútbol? ¿Lo son las pantallas en estos tiempos? ¿Cambian las sintaxis y los modos de presentación al “exterior” con el pasaje de una a otra? ¿Cómo se articulan las novelas institucionales-canallas con las novelas familiares y personales de cada hincha –el padre que lo llevó por primera vez a la cancha, el recuerdo del abuelo, etcétera?. Un texto conformado a partir de elementos del orden de lo real, aunque también de lo imaginario. Vale aclarar que si se califica a este texto como novela es porque en su construcción la dimensión imaginaria tiene un peso fundamental. La novela se distancia en ese sentido de la historia. En última instancia, como buena ficción, su productividad se juega

en el terreno de lo verosímil antes que en el de lo verdadero.

El campo psi, de hecho –dicho sea de paso el campo del cual emerge este concepto–, informa que la categoría *novela institucional*, categoría que da pie a nuestra *novela del hincha*, funciona sobre la base de formaciones imaginarias grupales, como ser mitos e ilusiones. En lo que a los mitos respecta, son siempre relatos contruidos por un grupo que se refieren a la narración de un origen, cuya eficacia simbólica reside justamente en la repetición. El origen popular y ferroviario por ejemplo, para el caso de la novela canalla.

Retomemos en este punto la cuestión de la factibilidad a la que aludimos anteriormente para decir que en charlas, entrevistas, lecturas de testimonios e intervenciones en medios partidarios hemos notado cómo los hinchas para opinar sobre un problema actual o simplemente hablar desde el presente, precisan pasar primero revista a los hitos del pasado, reponer los orígenes de la institución y demás capítulos de la novela.

Esa, sin ir más lejos, es una de las razones por las que, como fue mencionado, en su momento dejamos de lado el recurso de la entrevista. Se dejó de lado porque resultaba muy difícil e improductivo, o cuanto menos redundante para una investigación, lograr que el hincha no se enunciara desde la novela; lograr la aparición de su voz singular, sobre todo si recuperar la voz singular de los hinchas significa recuperar los sentidos prácticos que actúan, sus definiciones de los otros, los proyectos que pueden gestionar juntos.

Más aún cuando el hincha le está hablando a alguien que, con un grabador en la mano y con preguntas “de fútbol”, es rápidamente ubicado en la serie de los periodistas deportivos impresionables. De ese modo, todas las entrevistas parecían la misma. Terminaban saliendo muy parecidas unas a otras.

Hecha la introducción, sigamos con las preguntas.

¿Puede *lo popular* de los narradores doctos de la novela canalla seguir nombrando lo subalterno, lo peronista (primer fragmento), lo rebelde (último fragmento), lo otro? ¿Es posible eso, a la luz de los procesos de vaciamiento económico y desmantelamiento deportivo en los últimos veinticinco años culminado en descenso de categoría, ante la apatía y la desmovilización mayoritaria de hinchas y socios? ¿Es posible a la luz de lo que fue el aumento excesivo de la cuota social y la elitización del club durante la gestión de Horacio Usandizaga, que incluyó, entre otras cosas, intentos de plateización de las tribunas populares, y en el cargo de secretario a quien fuera comisario de la Provincia durante los asesinatos de diciembre de 2001?

¿Cuál es el significado de lo popular cuando en la última elección de autoridades, en la que votaron doce mil personas, gana por paliza un integrante reciclado de la gestión del mismísimo Usandizaga –la cual culminó en deudas inexplicables y descenso–, a la postre confeso admirador de Mauricio Macri y autor de frases tristemente célebres como “no va a haber caza de brujas, no hay tiempo para investigar el pasado”?

Y más: ¿qué idea de lo popular opera en un club que mantiene como formador de juveniles en divisiones inferiores a Edgardo “Gato” Andrada, sospechado de integrar los servicios de inteligencia de la última dictadura militar, ante la indiferencia de hinchas y dirigentes? ¿Qué idea de lo popular subyace cuando solemos leer en *canalla.com* comentarios hacia notas de integrantes de la oposición o hacia acciones de estos (reclamar documentación, frenar un aumento de la cuota societaria, llamar a asamblea extraordinaria para tratar irregularidades) en los cuales son tratados por los mismos hinchas de *zurdos*?

Estas son sólo algunas de las tantas preguntas que suscita la realidad de un club como Central, el contacto con los hinchas

activos que hemos delimitado para este texto, el seguimiento de sus intervenciones públicas, la observación de las dinámicas que tienen lugar en el corazón de sus instalaciones, etcétera.

Justamente un hincha comentaba, en charla informal, el 27 de febrero del 2010: “el perfil del socio de Central cambió mucho en los últimos años. Hace mucho que voy a la popular del tablero electrónico y es casi como ir a una platea”.

Algunos meses más tarde, hacia fines de mayo de ese mismo año, luego de que el equipo del barrio de Arroyito perdiera la categoría en un partido repechaje disputado ante All Boys en su propio estadio –tras el cual, inmediatamente, varios hinchas destrozaron las cabinas de prensa y los palcos dirigenciales– tuvo lugar un episodio que relatamos así: A los pocos días de consumado el descenso, miles de hinchas de CARC se autoconvocaron en el Monumento a la Bandera por facebook. La iniciativa no tenía en principio finalidad preponderante ni clara. Simplemente encontrarse, estar. No se sabe exactamente cómo, tras cantar un rato en el Monumento y marchar hacia la sede social para pedir el adelantamiento de elecciones, una columna terminó apareciendo en el centro de la ciudad y enfilando hacia el estadio de Newells. En algún momento de esa noche, el desborde y el estallido que señalamos en el paréntesis más abajo. Los protagonistas, según pudimos chequear revisando el informe presentado por la División Judicial de la Unidad Regional II de la policía provincial al juzgado de menores, fueron en su mayoría jóvenes provenientes de zonas y barrios alejados del centro. Hubo 96 detenidos, 28 de ellos menores de edad.

Se planteaban entonces algunas preguntas: ¿cómo leer lo ocurrido? ¿Quiembre entre el *hinchismo-marca* y el *hinchismo-real*? ¿Irrupción de un nuevo *sujeto-pibe* social? ¿Por qué el ataque a blancos extrafutbolísticos en el camino? (vidrieras de la peatonal, vidrieras de Avenida Pellegrini, vidrios de los

Tribunales Provinciales, móviles de la policía, vidrios de edificios, vidrios de autos, etcétera).

Enseguida, el pánico del Secretario de Seguridad de la Provincia, del Juez a cargo de la causa y de periodistas, ante la posibilidad de nuevos estallidos:

Señores padres, no dejen salir a sus hijos para ir a este tipo de marchas; vamos a elevar sus nombres a la AFA para que no puedan entrar a la cancha; vamos a reforzar la seguridad en distintos puntos de la ciudad en los que se puedan reunir los hinchas; vamos a implementar un operativo a la salida de los boliches, por temor a enfrentamientos entre simpatizantes; que los hinchas de Central, por las dudas, no concurran el domingo al abrazo simbólico que tienen previsto en el estadio; lo malo de este tipo de convocatorias es que, como son anónimas y se dan por internet de un momento para el otro, no las podemos ni judicializar ni prever; estos no son hinchas, son violentos; por culpa de algunos violentos, pagan los vecinos; estos son los mismos violentos que el domingo destruyeron parte de las instalaciones de su club, sin entender que el club es de todos los socios, y que cuando hacen eso es como si rompieran su propia casa, de la misma manera que ahora rompen su propia ciudad.

Pero lo más interesante, y lo que aquí traemos a colación, fue la reacción de los mismos hinchas de Central, en especial de los referentes, de los notables, de los medios partidarios; es decir, de los enunciadores doctos de lo popular.

Tiempo atrás ya una editorial del sitio www.sociocanaya.com había cuestionado las marchas autoconvocadas por cadenas de mails, mensajes de texto y facebook (condenando, como agre-

gado, el uso de la palabra *autoconvocado* por remitir a un grupo de hinchas de Newells que, conocidos como Los autoconvocados, impulsaron un interesante proceso de recuperación y apertura democrática en su club).

Ocurrido el hecho, una editorial de www.canalla.com pronunció su rechazo a la violencia y un llamado a la paz y a la organización en tiempos de resurgimiento y reconstrucción del club. Referentes y agrupaciones de la comunidad canalla lanzaron comunicados en idéntica línea. Muchos hinchas comentaron que lo que pasó en la marcha no era propio de canallas y que mejor dar vuelta la página, no perder tiempo con acciones que no sirven para nada y ya mentalizarse en alentar y hacer el aguante el campeonato próximo. Una hinchas, sin ir más lejos, en comunicación telefónica a los dos días de ocurridos los sucesos, ante la pregunta de si había estado en la marcha, comentó en claro gesto de demarcación: “no, yo esa noche a esa hora estaba trabajando para Central”, (aludiendo a una reunión en la que se convocó a todas las agrupaciones políticas con la intención de armar una lista de unidad para las elecciones).

Se abrían así más preguntas: ¿cómo es que hinchas de un club que en canciones y banderas no paran de reivindicar su esencia popular dijeran que lo ocurrido en la marcha no era propio de canallas? La desautorización de este tipo de iniciativas, ¿obedecía a un desfase de modos y formas de entender los canales de la protesta, entre las versiones institucionalistas más clásicas y las de aquellos, quizás más jóvenes, que, hartos, están interesados en experimentar y protagonizar algo nuevo? A su vez, ¿había algo clasista, algo generacional en ese desfase?

Por último, en el llamado a dejar las calles, esperar que todo se arregle y concentrarse en seguir a todos lados a Central el campeonato siguiente, ¿se jugaban distintas maneras de ejercer el aguante-presencia, para unos exclusivamente ligado a sus

aspectos enrostrables (cantidad de aliento en las malas, convocatoria de local y visitante), y para otros, además de eso, ligado a reaccionar ante los que se meten con su principal motivo de encuentro, fiesta y sociabilidad?

Pasado el tiempo, formularíamos una hipótesis: cuando el Central que discursivamente se construye como una especie de marca vinculada a una serie de atributos (lo popular, sin ir más lejos), cuando el Central novelado se agota en su capacidad para explicar el presente, emerge explosivamente el Central-real, el de los cuerpos hartos de que les arruinen algo tan suyo como una fiesta y estallan poniendo el cuerpo.

Esta batería de preguntas, sumado a los testimonios y al episodio reseñado, y teniendo en cuenta que los clubes de la ciudad han mutado considerablemente respecto de sus idiosincrasias fundacionales, llevan a inferir que el uso de lo popular que están haciendo los HA delimitados es uno en el que *popular*, vuelto criterio para dirimir la grandeza, es tomado como sinónimo ya no de *subalterno* sino de *masivo*.

Cuando esto es así, resulta pertinente introducir un matiz en la afirmación de Moreira (Op.Cit.) que postula que lo propio del hincha militante (hincha activo para nosotros) es dar sin esperar nada a cambio.

En ese sentido, y si bien desde una lógica de la práctica antes que desde una lógica de la lógica (Bourdieu, 1991), el hincha activo daría en tanto eso que da, estando en consonancia con la novela, puede representar un aporte en la disputa por la grandeza. Así, si los integrantes de la banda esperan a cambio recursos económicos y los espectadores esperan resultados deportivos, los HA esperarían que sus prácticas aguantadoras, pudiendo devenir espectacularizables –esto es, pasibles de ser exhibibles y difundidas–, puedan constituir un evento impresionable a la mirada del otro. Al respecto, una hincha activa en

conversación informal: “Ser canalla no es un valor que cotice tanto por el propio canalla hacia adentro; más bien cobra cabal sentido hacia afuera, a partir de la mirada del otro. De ahí que cantar fuerte para que todos escuchen tome un carácter casi imprescindible. El hincha de Central se enorgullece de pertenecer a una de las hinchadas más reconocidas como populares, vibrantes, multitudinarias, fieles, por el afuera, por el periodismo porteño, por el respeto de jugadores y técnicos de otros equipos”, (22/10/2009).

No obstante, cabe remarcarlo, así como existen este tipo de prácticas, también encontramos aquellas más invisibles y silenciosas, o, si se quiere, más internas; aquellas no necesariamente capitalizables o espectacularizables. Las iniciativas solidarias o festivas hacia la comunidad impulsadas por particulares o por grupos anónimamente, el trabajo a pulmón de padres e integrantes de subcomisiones, verdaderos sostenes de las actividades sociales del club, son una muestra de ello.

Veamos, por ejemplo, y para seguir con el lapso temporal en el que nos venimos moviendo, cómo solamente desde que el club descendió a Primera B el 23 de mayo de 2010, hasta el fin de dicho año, tuvieron lugar algunos de los siguientes eventos:

1. El 22 de julio la agrupación Carnaval Auri azul organizó los festejos del día del amigo canalla, en un boliche de la zona norte de la ciudad.
2. El 1 de septiembre la subcomisión del hincha canalla realizó donaciones de alimentos en el Centro Comunitario Niño Jesús de Belén.
3. El 12 de septiembre, con presencia de los jugadores del plantel profesional, merienda, batucada del grupo Los descontrolados y juegos organizados por el Cirkito Canaya, se festejó en la Ciudad Deportiva de Granadero Baigorria el día del niño.

4. El 24 de septiembre se llevó a cabo una fiesta, con actuación de bandas canallas, en la filial Fito Páez de Granadero Baigorria.

5. El 8 de noviembre entró en vigencia la campaña solidaria “Yo pisé el Gigante”, que organiza el Secretariado de Acciones Sociales del club, destinada a promover la visita de contingentes de niños de escuelas y hogares carenciados al estadio.

6. El 29 de noviembre, con motivo del cumpleaños del logrado Roberto Fontarrosa, tuvo lugar en la subsele Británica la cuarta edición de la entrega de premios a la cultura canalla.

7. El 4 de diciembre se conmemoró el sexto aniversario de la Filial Buenos Aires, en Buenos Aires, con una cena, sorteos, regalos y bandas en vivo.

8. El 10 de diciembre se inauguró con un partido de fútbol y una cena la Filial Pablo Vitamina Sánchez de Cañada de Gómez.

9. El 19 de diciembre se realizó una maratón de 6KM en conmemoración del 121 aniversario de CARC. La misma salió desde la puerta del estadio.

10. El 23 de diciembre se conmemoró el 121 aniversario de la fundación de Rosario Central con música en vivo, fuegos artificiales y una caravana que partió desde el lugar de su fundación hacia el estadio. Como parte de los mismos festejos, se realizó un acto con música en vivo en el lugar de la fundación, el 24 a la tarde.

CONCLUSIÓN

Entre ambas versiones de lo popular, en el ámbito del fútbol, tradicionalmente fértil para el florecimiento de retóricas populistas (ver Alabarces, 2002), entendemos que se juegan hoy sus significados. Entonces, ¿existirán grupos de hinchas activos lle-

vando a cabo iniciativas, proyectos, experiencias, desplegando una dimensión de prácticas de sociabilidad que no tengan como gesto fundante espectacularizar el aguante-presencia o hacer de este un medio de acumulación de referencias? ¿Existirán quienes vean en el aguante-fiesta el punto de partida de una cultura popular, de una novedosa forma de club y no solamente algo capitalizable en imagen ante la mirada del otro?

Entre lo subalterno y lo vuelto masivo y capitalizable en imagen como variable de disputa de grandeza; entre la novela y la generación de un nuevo modelo de club que institucionalice, por ejemplo, una dispersa y autogestiva serie de iniciativas comunitarias, festivas, solidarias, de las que los hinchas son capaces; entre el cántico declamatorio y la implicación en la producción de nuevas imágenes de la política, la participación y la protesta, que refunden el club y funden novedosas formas de institucionalidad; entre la fiesta enrostrable del aguante para las pantallas y la fiesta como modo de vida, encuentro y sociabilidad. En fin, y nuevamente: entre estos pares dicotómicos y el sinnúmero de prácticas de las que participan los hinchas, se dirimen hoy en un club de fútbol los significados de lo popular.

BIBLIOGRAFÍA

- Alabarces, Pablo, *Fútbol y patria; el fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*. Buenos Aires, Prometeo, 2002
- Alabarces, Pablo, *Crónicas del aguante; fútbol, violencia y política*. Buenos Aires, Capital intelectual, 2004a.
- Alabarces, Pablo; “Cultura(s) de la(s) clase(s) popular(es), una vez más: la leyenda continúa. Nueve proposiciones en torno de lo popular”, en *Tram(p)as de la comunicación y la cultura*, III, 23, La Plata, FPyCS-UNLP, 2004b.

- Archetti, Eduardo, “Fútbol y ethos”. FLACSO, Serie investigaciones, 1985.
- Bourdieu, Pierre, *El sentido práctico*. Madrid, Taurus, 1991.
- Conde, Mariana, “La invención del hincha en la prensa periódica” en Alabarces, Pablo y otros. *Hinchadas*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005.
- Dodaro, Cristian, “Aguantar no es puro chamuyo. Estudio de las transformaciones en el concepto nativo” en Alabarces, Pablo y otros, Op. Cit., 2005.
- Ferreiro, Juan y Fernandez, Federico, “El discreto encanto de la mercancía. Aguante, sicarios y pretores en el fútbol” en Alabarces, Pablo y otros, Op. Cit., 2005.
- Garriga, José y Moreira, María; “El aguante. Hinchadas de fútbol entre la pasión y la violencia” en Miguez, Daniel y Seman, Pablo. *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires, Biblos, 2006.
- Garriga, José, *Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*. Buenos Aires, Prometeo, 2007.
- Garriga, José y Salerno, Daniel, “Estadios, hinchas y rockeros: variaciones sobre el aguante” en Alabarces, Pablo y Rodríguez, María. *Resistencias y mediaciones; estudios sobre la cultura popular*. Buenos Aires, Paidós, 2008.
- Grabia, Gustavo, *La doce; la verdadera historia de la barra brava de Boca*. Buenos Aires, Sudamericana, 2009.
- Moreira, María, “Trofeos de guerra y hombres de honor” en Alabarces, Pablo y otros, Op. Cit., 2005.
- Moreira, María; “Club social y deportivo: hinchas, política y poder” en Alabarces, Pablo y Rodríguez, María, Op. Cit., 2008.
- Romero, Amilcar, *Muerte en la cancha*. Buenos Aires, Nueva América, 1986.

**LOS SIGIFICADOS DE LO POPULAR EN UN GRUPO
DE HINCHAS DEL FÚTBOL ARGENTINO**

Salerno, Daniel, “Apología, estigma y represión; los hinchas televisados del fútbol” en Alabarces, Pablo y otros, Op. Cit., 2005.
Veiga, Gustavo, *Donde manda la patota; barrabravas, poder y política*. Buenos Aires, Agora, 1998.

DEPORTE RECREATIVO O SOCIAL. LA COMPETENCIA DIVIDIENDO AL CAMPO DEPORTIVO

POR ALEJO LEVORATTI

INTRODUCCIÓN¹⁰⁸

Como observara Norbert Elias (1992), la regulación de conductas y sentimientos producida con la génesis y desarrollo de la modernidad, tuvo también su correlato en la configuración de los deportes de origen británico. La disminución de la violencia que aparejó esa regulación fue asociada por este autor con la definición de reglas estrictas aplicadas a distintas competencias físicas preexistentes, transformándolas como parte de este proceso en el *deporte moderno*. Estos cambios llevaban implícitos la búsqueda de la igualdad de posibilidades de los participantes, la estandarización de sus reglas y su utilización en distintos países¹⁰⁹.

¹⁰⁸ Quisiera agradecer los comentarios de Germán Soprano y de María Leonor Vernasca a las versiones preliminares de este trabajo, siendo sólo el autor de estas páginas el responsable por el sentido de las afirmaciones expuestas aquí.

¹⁰⁹ Estos procesos no incorporaron a todas las prácticas corporales, pues sólo algunas fueron subsumidas en la lógica deportiva.

Para el caso de la Argentina del siglo XX, el antropólogo Eduardo Archetti (2003) dio cuenta del proceso de importación y resignificación de estas prácticas del cuerpo trabajando sobre dos deportes –fútbol y polo– y en el tango. Sostiene que aquí las prácticas del cuerpo se encontraron asociadas con la construcción de un determinado “estilo nacional de juego”, que a su vez eran expresivos de una masculinidad en la que el sentido de la contienda en el juego se presenta como un componente sustancial. Al respecto, también Julio Frydenberg (2011), al abordar la historia social del fútbol en nuestro país, nos muestra los sentidos sociales que asumen estas disputas que conciben el honor como una esencia masculina que se expresa en el triunfo deportivo, produciéndose un corrimiento en el proceso de apropiación de las prácticas británicas desde la concepción de honor basadas en el fair play a las nociones propias de los argentinos sobre esta cuestión. En estas contiendas se comprometía el honor de los jugadores.

A partir de la década del 30 se produce en la Argentina la incorporación de los deportes como contenido educativo de la Educación Física (EF), inscripción que está vinculada a una serie de beneficios a la educación de los cuerpos con los cuales son asociados estas prácticas, entre las que se pueden destacar: la libertad de movimientos, la iniciativa individual que da lugar cada situación de juego y el placer que emana de lo lúdico, que responde a las expectativas de nuevos sectores sociales, que desean en sus hijos una formación como individuos emprendedores y reconocen esos beneficios en los *sports* (Aisenstein, 2006)¹¹⁰.

¹¹⁰ Numerosos autores –como Aisenstein (1996), Crisorio (2003), Centurión (2001) y Gómez (2002)– coinciden en reconocerla a la EF, en la Argentina, como una práctica pedagógica con propósitos educativos; al tiempo que conciben desigualmente su relación con saberes diferentes del cuerpo y del movimiento de los actores (Crisorio, 2003), la cultura de la actividad física (Aisenstein, 1996), el movimiento corporal humano (Centurión, 2001), “saberes y haceres relativos al cuerpo y al movimiento” (Gómez, 2002: 4).

Así mismo resulta importante destacar que la inscripción de determinadas prácticas del cuerpo en el sistema educativo encuadradas dentro de la asignatura Educación Física se encontró desde sus comienzos como disciplina escolar relacionada con la conformación de una determinada ciudadanía, teniendo como objetivo contribuir a la formación integral y especialmente con las cuestiones del orden social y la salud pública (Aisenstein, 1996), variando sus contenidos de acuerdo a diferentes formas de legitimidad social, circunstancias políticas nacionales e internacionales, y construyendo determinados estereotipos de masculinidades y femineidades (Scharagrodsky, 2004). Desde inicios de la década del 90 hasta la actualidad aparecen una serie de programas especiales, destinados a poblaciones focalizadas, que incorporan a las prácticas corporales, principalmente a las deportivas, y a los profesores en/de Educación Física con el objeto de trabajar para disminuir alguna problemática de orden social. En la provincia de Buenos Aires se desarrollaron diversos programas, algunos de los cuales lo hicieron en paralelo entre sí. Tomando su fecha de inicio, los primeros que encontramos son los Centros Recreativos COLECLU, se desarrollaban durante los fines de semana y estaban destinados a los niños y niñas de 6 a 13 años durante el año 1990 y 1991. En el año 1999 comienza a llevarse a cabo el Programa Apoyo a las Iniciativas de los Jóvenes en las Escuelas (AIJE) destinado a alumnos del nivel polimodal. En el año 2000 se inicia la implementación del Programa Recreativo de Comedores de Verano, siendo transformado en el 2004 hasta la actualidad en el Programa Escuelas Abiertas en Verano. En este mismo año se inicia la implementación del Programa Patios Abiertos en las Escuelas y los Centros de Actividades Juveniles (CAJ) y en el año 2011 se emprenden las tareas en los Centros de Actividades Infantiles (CAI).

En este artículo se presentan resultados parciales de una etnografía que tiene por objeto el análisis de las representaciones y prácticas sobre las prácticas corporales de los profesores en/de Educación Física y de los funcionarios provinciales que participan en los programas de políticas socio-educativas de la Provincia de Buenos Aires entre el año 2004 a la actualidad¹¹¹. Se analizará, en particular, en las instancias de diseño y ejecución, los procesos sociales de apropiación, resignificación y resistencia relacionados con la producción y actualización de representaciones y usos de las prácticas corporales en el programa Patios Abiertos en las Escuelas, que se desarrolla en la Provincia de Buenos Aires.

La decisión de la utilización del término prácticas corporales se fundamenta en que nos permite tener un amplio espectro sobre los saberes y prácticas del cuerpo que los profesores transmiten en sus talleres/actividades, dado que establecer a priori cuáles son éstas puede limitar el campo de análisis. Esto adquiere mayor relevancia en este caso particular dado que lo que dictan los docentes en estos talleres/actividades no se encuentra, en principio, regulado por los diseños curriculares de ninguna de sus asignaturas de procedencia. Es por ello que, al optar por un enfoque y método etnográfico, siguiendo la propuesta de Rosana Guber (2001), procuramos producir una comprensión situacional de una pluralidad de perspectivas de los actores sociales, mediante el recurso de la observación participante, las entrevistas en profundidad, las conversaciones informales, ela-

111 La selección de esta fecha de inicio se fundamenta en que a partir de ese momento se institucionaliza en la Dirección General de Cultura y Educación (DGCyE) una serie de políticas caracterizadas como socio-educativas, con la creación de la dirección provincial con nombre homónimo. En este trabajo utilizaremos la denominación política socio-educativa en el sentido que la DGCyE asigna para nombrar y clasificar sus programas y/o propuestas. Esta categoría a lo largo del tiempo adquiere distintos significados y usos prácticos por los actores.

borando una producción textual fruto de las interpretaciones realizadas por el investigador y en un esfuerzo por alcanzar una articulación entre teoría y los datos elaborados durante la realización de trabajo de campo etnográfico.

El abordaje de las representaciones de las prácticas corporales de los profesores de EF y funcionarios que participan en los programas de las políticas socio-educativas, implicó reconstruir su inscripción en una pluralidad de contextos que son necesarios para la comprensión de los comportamientos observados (Revel, 1998), entre los que encontramos su trayecto formativo profesional, su subscripción en el campo de las prácticas corporales como deportistas y docentes, los ámbitos de ejercicio profesional, su extracción política. Espacios que fueron definidos a partir del trabajo de campo, atendiendo a los distintos componentes que informan su ejercicio profesional, en donde las características del *saber* a transmitir asumen un lugar de relevancia. Como veremos para estudiar las significaciones de las prácticas corporales, debemos tener en cuenta los modos de transmisión de los dominios corporales, instancias donde se juegan representaciones y saberes sobre lo corporal. Pierre Bourdieu (1987) al esbozar una agenda para el estudio del deporte, pone de relevancia el carácter mimético de la transmisión de los saberes corporales y la dificultad de textualizar dichos procesos educativos. En este sentido Silvia Citro (2011) nos propone la construcción de un abordaje dialéctico del cuerpo que atienda por un lado a la descripción fenomenológica de la experiencia de las prácticas del cuerpo y por el otro a la materialidad y la experiencia práctica de este atravesada por significados culturales. Con este propósito se indagó en sus valores, reglas, repertorios simbólicos y en distintos ámbitos de sociabilidad, no trasformando por ello el objeto de estudio en un determinado lugar (Geertz, 2003). Esto nos conduce a tener en cuenta la

circulación que realizan los actores por instituciones de formación, escuelas provinciales y municipales, clubes.

El trabajo de campo etnográfico se realizó en dos escuelas en donde funciona el Programa Patios Abiertos en las Escuelas en un distrito del conurbano bonaerense¹¹², llamado para esta ocasión Salto de las Rosas, en ambos establecimientos esta iniciativa se desarrolla desde el año 2004. Al mismo tiempo se realizaron entrevistas y observaciones con participación a los asistentes técnicos del programa, así mismo se entrevistó a los principales funcionarios provinciales. En un principio, se asistió periódicamente al horario en el cual se efectuaban las actividades (los talleres, encuentros con otras escuelas e inter-patios) en una de las escuelas, concurrendo en un segundo momento a las dos escuelas de forma simultánea, permitiendo esto último realizar comparaciones en el campo. Esta elección teórico-metodológica se sustenta en la propuesta de Fredrik Barth (2000), el cual al problematizar las formas de concebir la comparación en la antropología, plantea un enfoque que se centre en la búsqueda de la diversidad, analizando el conjunto de las dimensiones de las variaciones, teniendo en dicha labor una perspectiva centrada en los actores y en los parámetros que afectan su acción. Esta invitación tiene como intención evitar la cosificación de las formas sociales y culturales.

SOBRE EL PROGRAMA PATIOS ABIERTOS EN LAS ESCUELAS EN LOS DOCUMENTOS Y PARA LOS FUNCIONARIOS PROVINCIALES

El Programa Patios Abiertos en las Escuelas es una propuesta creada en el año 2004 por la DGCyE de la provincia de

¹¹² Quiero advertir que los nombres de los personajes y los distritos han sido modificados a efectos de preservar su intimidad.

Buenos Aires, el cual surge a partir de un protocolo de colaboración entre la UNESCO Brasil y dicho organismo provincial. A lo largo de los años de su ejecución las finalidades del programa fueron mudando en paralelo a las planteadas por las políticas sociales, en materia educativa, de la provincia de Buenos Aires, caracterizadas como socio-educativas. En un principio, se encontraba destinado a la franja estaría de 11 a 21 años de edad, teniendo como objeto central que “los adolescentes encuentren sentido a su educación, para que sientan a la escuela como espacio de producción, expresión, defensa de sus derechos y cumplimiento de sus obligaciones y aprendan a ser solidarios, valoren la vida y protejan su salud”¹⁴³.

A partir del año 2007, se modifica la franja poblacional destinataria, siendo orientado hacia la inclusión educativa. En el Manual de Procedimientos del año 2010, se plasman diversas modificaciones que se fueron dando en los distintos años de ejecución, como se condensa en este extracto que hace mención al programa:

[...] una propuesta de la Dirección General de Cultura y Educación con financiamiento provincial destinado al fomento de proyectos de interés para la franja de edades comprendida entre los 5 y los 21 años. El objetivo central de este programa apunta a mejorar las condiciones de *inclusión educativa* y retención en la escuela de niños y jóvenes en situación de vulnerabilidad socio-educativa, fortaleciendo además, los vínculos con la comunidad en la que se hallan insertos. La misma se desarrolla en espacios escolares durante los días sábados y domingos. Si bien los destinatarios son niños y jóvenes, la prioridad de la propuesta en el territorio es la convocatoria

¹⁴³ Considerando de la Res. 2273/04 a partir de la cual se crea el Programa Patios Abiertos en las Escuelas.

del adolescente en situación de riesgo socio-educativo, para dar respuesta a sus intereses (DGCyE: 2010: 4). (El destacado es del autor).

En dicho documento de la DGCyE aparece como destacada la categoría *inclusión educativa* en donde se entiende por ésta: “[...] a la posibilidad de convocar a todos y todas a ser parte de un proyecto escolar, [...] para que, a través del mismo, puedan volver y quedarse en la escuela” (DGCyE, 2010: 6).

Los talleres/actividades que se dan en cada una de las escuelas, dependen del proyecto que fue presentado por los docentes y aprobado por la coordinación del programa, para esa determinada sede. A lo largo de los años, teniendo en consideración las modificaciones de los manuales de procedimiento, se observa que hay categorías temáticas que perdurar en el tiempo, aunque con matices en su orden de prioridad, como es el caso de Arte y cultura: teatro, música, murga, artesanías, etc; Actividades de contención social: informativas, SIDA, droga, interés general, etc; Comunicación; Participación en la comunidad: voluntariado social, actividades solidarias, etc; Prácticas deportivas y recreativas. Al mismo tiempo en el último manual, del año 2010, encontramos la incorporación de: Metodología del Estudio con distintos soportes lúdicos y recreativos; Actividades de capacitación en oficios múltiples o en oficios no convencionales, lo cual se encontraría asociado al cambio de gestión y a la concepción que se tiene del mismo.

Las prácticas corporales en los manuales del año 2004 y 2005 agrupaban en la categoría “Recreación y/o deporte: realización y /o aprendizaje, torneos, competencias, etc.”, en el del año 2006 se pasan a llamar “Prácticas Corporales” y partir del año 2007 hasta la actualidad se las denomina “Prácticas deportivas y recreativas”, adelantándonos al desarrollo este cambio de denominación es asociado por los funcionarios provinciales,

que se desempeñaron entre 2008 a 2011, a una serie de modificaciones sobre la concepción de la referida temática informada por una serie de variaciones en la forma de entender a la política educativa en materia social.

Al analizar una serie de datos estadísticos, el estudio de las prácticas corporales en este programa adquiere un rol relevante a raíz del papel que estas asumen, para graficar esto, encontramos que en el 82% de las escuelas donde se desarrolla esta experiencia se efectúa alguna práctica corporal, siendo al mismo tiempo la temática con mayor número de talleres. De las 646 propuestas que se agrupan en la categoría “Prácticas Deportivas y Recreativas”, 497 corresponde al desarrollo de algún deporte, 64 de recreación, 41 de vida en la naturaleza, 22 que son denominados como de Educación Física y el mismo número para los de gimnasia. Estos datos nos muestran el proceso de deportivización, dada la recurrente clasificación nativa como *deporte/s* de distintas prácticas del cuerpo en materia de políticas sociales educativas. Esta categoría funciona como aglutinadora tanto de actividades como de diversos sentidos sociales, en los cuales nos concentraremos.

Centrando la preocupación sobre la incorporación de las prácticas corporales y las modificaciones en su denominación en esta experiencia se entrevistó a los coordinadores provinciales en ejercicio en el año 2011. La misma se realizó en la sede central ubicada en la ciudad de La Plata. Al consultarlos sobre la incorporación de dicha categoría temática plantean que: “[...] es una herramienta para lograr otro fin claramente, cualquier práctica corporal va a ser una herramienta para lograr un fin de inserción social o de inclusión, entonces sí nos interesa que sea de calidad lo que están haciendo, pero en realidad lo que más nos interesa que sirva como ‘herramienta de inclusión’. Se logra que un pibe vuelva, se acerqué a la escuela nuevamente [...]”. (El destacado es del autor).

En el transcurso de la misma, me exponen que hay un cambio en la concepción del programa dado que las actuales autoridades lo entienden dentro de una *política social*, eso no se limita a las autoridades del programa, sino a los programas agrupados dentro de lo que en las resoluciones ministeriales es llamada como Dirección de Coordinación de Programas, pero en los usos de los funcionarios y en los documentos de dicho organismo es nominada como Dirección de Coordinación de Programas Sociales. Este cambio de denominación, en el relato de un grupo de funcionarios del programa, atraviesa a las prácticas corporales y como son concebidas. En este sentido se profundizó el cambio de percepciones de las prácticas corporales, planteándome uno de los coordinadores provinciales, en el marco de una entrevista, que: “Antes se los tomaba como los CEF (Centros de Educación Física) o para complementar la oferta de los CEF en las actividades deportivas, ahora en cambio se lo toma como dentro de una política social, el deporte tiene una función social, es un deporte social”.

El desarrollo anterior corresponde a la presentación que realizan estos funcionarios en el marco de una entrevista, en donde se puede observar la búsqueda por parte de estos de la construcción de una posición singular sobre este programa, realizando una interpretación por parte de éstos de cómo se desarrollaban y lo hacen ahora las prácticas corporales en el programa y las significaciones que asumen.

En este sentido, resulta interesante matizar los alcances de dichas afirmaciones, del análisis de las presentaciones públicas de los distintos funcionarios que se desempeñaron desde el 2004 a 2011 en la conducción política a nivel ministerial, se observaron una serie de lineamientos que acompañan al programa desde su creación. Estos se concentran en diferenciar las prácticas del programa consideradas como *extracurriculares*

con las escolares *formales*. Las propuestas *extracurriculares* tienen como propósito la escolarización de niños, jóvenes y adolescentes. La comparación de los distintos relatos permite diluir las singularidades que nos planteaban los actuales funcionarios en relación a la concepción del programa. Realizar tal abordaje analítico reduciría la problemática, por ello para comprender esta afirmación, se deberá tener en consideración un punto olvidado hasta el momento que es la extracción política y la ubicación jerárquica e institucional en el sistema educativo de los distintos actores. Mientras que en un comienzo el programa fue coordinado por un inspector de Educación Física que se había desempeñado y lo hace en cargos de gestión en el área educativa-formal, a partir del año 2006, con la asunción de la doctora Adriana Puiggrós, se producen una serie de modificaciones paulatinas, en donde las políticas socio-educativas dentro de la DGCyE, pasan a ser gestionadas por personal, en muchos casos docente, con militancia en las organizaciones sociales, encontrándose actualmente asociados con el *frente transversal*. Consideramos que esto cobra relevancia y da sentido a las afirmaciones que nos plantearon los funcionarios, en donde procuran expresar los rasgos distintivos de su gestión.

Volviendo a las prácticas corporales en esta trama se encuentra la modificación realizada sobre la denominación en los manuales que mencionamos precedentemente. La competencia en el deporte queda excluida, dicha supresión se fundamenta en que “el deporte, al no ser competitivo, a lo que apunta es a una cuestión de integración, que es la parte pedagógica-didáctica, al no tener la presión y la exigencia de la competitividad, todo lo que te resta tiene que ver con esa superación que yo te digo, tiene que ver con la inclusión del otro, inclusive con sus diferencias ventajas o desventajas y el aprendizaje de esa inclusión con el hecho concreto que es integrar un equipo”.

Como pudimos ver en el Programa Patios Abiertos en las Escuelas, las prácticas corporales se encuentran en procesos de resignificación y tensión sobre sus alcances, teniendo permanentemente un rol protagónico *el/los deporte/s*, esta afirmación se sustenta tanto en la información sobre la cantidad de actividades, como en las fundamentaciones y las reiteradas menciones que realizan los funcionarios en sus presentaciones públicas y en las disputas que sintetizamos por sus significaciones. A continuación nos proponemos indagar en las representaciones y prácticas sobre éstas y en los docentes que se encargan de dictar las actividades.

SOBRE LOS PROPÓSITOS DE LAS PRÁCTICAS CORPORALES EN PATIOS ABIERTOS PARA LOS PROFESORES EN EDUCACIÓN FÍSICA:

En el devenir del trabajo de campo, presencié y participé en charlas con los profesores en distintas escuelas, donde se hacía mención al propósito de la propuesta de abrir las escuelas los fines de semana. Lucía, la coordinadora de una escuela, una mañana de octubre mientras miramos las actividades que se estaban dictando me dice: “Cuántos chicos, cuántas pelotas, vale la pena perderse un sábado con tal que los chicos no estén en la calle drogándose” (4/10/08), alusiones similares me planteó el coordinador de otro patio, cuando lo consulto en el marco de una entrevista me dice que “la idea de patios es para que los chicos no estén en la calle los fines de semana, y estén en la escuela” (17/10/09).

En estos argumentos, encontramos una relación con los fundamentos que presentaron los coordinadores del programa, el hecho que las prácticas corporales funcionen como herramien-

tas para que los niños y jóvenes se acerquen /vuelvan a la escuela, o como se plantea desde la coordinación lograr la *inclusión educativa* o por lo menos que se encuentre en la escuela por un determinado período de tiempo. Esta fundamentación puede darse sin importar la temática de la actividad; pero a partir del análisis de los argumentos que nos dan los profesores de Educación Física, las prácticas corporales, en particular las deportivas, para cumplimentar tales fines deben asumir determinadas características.

Es en este terreno es en donde se presentan las disputas sobre las concepciones de las prácticas del cuerpo, que se plasman en el discurso, pero se juegan en: las temáticas de los talleres, los propósitos que se plantean en las clases, cómo organizan y clasifican a los alumnos, cómo es la circulación que posibilitan de éstos, con qué otras instituciones se vinculan, entre otras instancias.

En un texto pionero en lo inherente a la problemática del cuerpo, Marcel Mauss en las “Técnicas y movimientos corporales” nos pone de relevancia el estudio de las mismas, entendiendo por éstas como la forma en que los hombres hacen uso de su cuerpo de una forma tradicional y eficaz, con una determinada carga simbólica. En nuestro caso, el aporte central del autor se presenta al abordar la problemática del aprendizaje y la enseñanza concibiendo que cada sociedad en un determinado momento, tiene sus propias técnicas de aprendizaje y una carga simbólica sobre las prácticas del cuerpo.

Con esta orientación empecé a realizar la comparación entre las dos escuelas, que sus propuestas se inscriben dentro de la categoría *deporte*. Se procuraron los significados que le daban los profesores de Educación Física a las prácticas corporales dentro del programa. En este derrotero, me encontré con la pregunta constante por parte de los docentes, sobre qué da el taller de

la otra escuela, ¿cuántos chicos tienen?, ¿cómo se organizan?, planteándome al realizar un comentario sobre las actividades de la otra institución el contrapunto de cómo es organizado por ellos. En esta interacción, entendiendo que el conocimiento se construye dialógicamente, a partir de las argumentaciones que me exponían se puede establecer dos líneas argumentativas centrales. Por un lado aquellas que se pueden asociar con un propósito recreativo o deporte basado en lo recreativo y por el otro el deporte o llamado deporte social. Resulta interesante que ambos razonamientos clasifican a las prácticas del cuerpo como *deporte*, debiendo asociarse esto a la legitimidad social de dicha categoría para la utilización del tiempo libre. En la primera de éstas, se realiza una explicación tautológica, en donde el propósito recreativo se desarrolla a partir de actividades consideradas de recreación. Esta categoría de actividades se encuentra dentro del manual de procedimientos del programa.

Con el propósito de ahondar en esta concepción, realicé una entrevista grupal a los docentes de una de las escuelas en donde esta concepción toma un rol protagónico. El proyecto que se desarrolla en este establecimiento, se encuentra coordinado por un profesor de Educación Física y dos docentes animadores de la misma disciplina estando cada uno de estos a cargo de un taller. Uno de ellos, destinados a los alumnos varones, de fútbol y básquet y el otro de voleibol y aeróbica para las mujeres, en los dos casos el docente es del mismo sexo que los alumnos. Es oportuno indicar que se observaron modificaciones tanto en las temáticas como en la forma de organizar a los alumnos en algunas jornadas de acuerdo a quienes eran los asistentes y su número, pero la división por sexos de los participantes se presenta como un criterio de clasificación implícito.

Volviendo a la entrevista¹¹⁴, en el transcurso de ésta al preguntar sobre cómo se organizan las actividades en Patios, me manifiestan que:

Fabián (F) Coordinador del proyecto: en realidad se plantea más que nada que sea un trabajo de recreación en Patios

Ana (An) Docente animador: de recreación

F: exacto, en este Patio en específico, o en especial, a diferencia de otros que tienen sólo fútbol, sólo básquet, sólo voley, acá cuando quieren jugar al voley juegan al voley, cuando quieren jugar al handball, juegan al handball, o al fútbol o lo que sea, cuando quieren bailar, bailan, hacen todo cuando lo demanda el grupo, más allá que los profes tienen una tendencia de decirles vamos a hacer un poco de handball ahora o vamos a bailar un poco, pero sale de los chicos.

En el devenir de la entrevista se planteó un binomio recreación-deporte, en donde al consultarles, para aclarar, a que se referían con el segundo de los términos, dado que antes me habían nombrado *deportes* dentro de las actividades recreativas, me dicen:

F: es el deporte pero basado en lo recreativo, por dos cosas, una porque yo era el profesor antes de los chicos, no estoy muy a favor del deporte de competencia, y dos porque...

Javier (J) Docente animador: se encasillan, –se escucha de fondo.

¹¹⁴ Fabián: es profesor de educación física por el Instituto Superior de Formación Docente (ISFD) N°101. Se desempeña como docente de la asignatura homónima en el nivel de educación secundario y como practicante e instructor de taekwondo. Ana es profesora de educación física egresada del ISFD N°101. Se desempeña como docente de la asignatura homónima en el nivel de educación secundario y como instructora de aeróbic. Javier es profesor de educación física egresado del ISFD N°101. Se desempeña como docente de la asignatura homónima en el nivel de educación primario. Previo a su formación como docente se desempeña como instructor de aeróbic.

F: no, no, yo los encasillé y no querían, más allá que hemos ido a competir con la gente que yo tenía antes y hemos ido a competir con otras escuelas y todo, porque eran chabones muy futboleros, que jugaban muy bien y todo, pero a mí no me gustaba la competencia. Se terminan agarrando a piñas, punteándose entre ellos porque no se pasan la pelota.

An: aparte yo creo que la idea de Patios es que sea un lugar de encuentro

F: de integración

An: de integración, no de competencia, más allá que hay un evento y uno juega, la idea es de compartir

Esta diferenciación entre la práctica del deporte y lo recreativo me la había planteado Javier, mientras lo acompañaba una mañana en su taller. Me pregunta: “¿Qué taller tiene la otra escuela que voy a ver de Patios?”, estábamos mirando la actividad del día que consistió en darle una pelota de fútbol y mirar el partido e intervenir en las jugadas de disputa entre los alumnos:

[...] le digo que de básquet, y él me comenta que en un principio quiso dar, pero que los chicos no querían, así que desistió. También quiso armar una escuelita de fútbol con distintas actividades y que no funcionó, porque los chicos que venían no querían hacer eso, sino que sólo querían jugar al fútbol. ‘Los tenías 5 minutos y comenzaban a hacer otras cosas, perdían la atención rápido’. Me aclara que con esto se enganchaban un poco los chicos de la fundación (son chicos discapacitados), ‘porque me prestaban más atención, pero los otros no. Entonces no lo hicieron más, porque como esto es recreativo y se busca que los chicos vengan, la forma de que vengan es si saben que van a jugar al fútbol’ (Nota del cuaderno de campo del día 24/10/09. El destacado es del autor).

Después de la entrevista mencionada precedentemente, los profesores se fueron a dictar sus clases, me coloqué en un costado del patio de la escuela y comencé a registrar las actividades, las cuales consistieron en “juegos de ronda”, el “quemado”, “carreras de posta” (los nombres mencionados son dados por los docentes). A lo largo de las actividades algunos chicos le comienzan a pedir que cambien de actividad, si pueden hacer partido, en eso viene Ana la profesora del Patio y me dice:

[...] cuando vienen los chicos que no son de la fundación, tienen que jugar sí o sí porque esto no les gusta, se van, pero los de la fundación son más dóciles, por eso hoy lo podemos hacer (Nota del cuaderno de campo del día 17/07/10).

Cuando finaliza la actividad de esta escuela, me voy al establecimiento que tiene el taller de básquet. Al llegar me encuentro con Luis uno de los profesor de Educación Física. En la escuela casi no quedan chicos dado que llegué a la hora de finalización, por esa razón nos podemos dirigir a la Secretaría para hablar sobre el deporte en Patios:

Me pregunta que hacen en la otra escuela, le digo que el taller es recreativo, me pregunta qué actividades hacen, le digo los títulos como los tenía registrados en el cuaderno, que son como se la presentaron los docentes a los alumnos y me dice con tono imperativo si son recreativas, preguntándome qué edad tienen los chicos que asisten, le digo que 12 ó 13 años más o menos, me mira medio de costado, le digo pero son discapacitados algu-

nos, ¡ah! me dice, entonces está bien (Nota del cuaderno de campo del día 17/07/10)¹⁴⁵.

Esta afirmación de Luis me permite problematizar que para los docentes que fundamentan sus prácticas en lo recreativo, aunque me plantean un no encasillamiento en una práctica, hay una serie de actividades reconocidas entre los profesores de la disciplina que se conciben como de recreación, encontrándose estas atravesadas por la edad como una variable de clasificación de los alumnos.

Finalizando la presentación de los docentes, es propicio destacar que esta propuesta tiene implícito una serie de principios de socialización que el docente transmite a partir de la realización de estas actividades, como queda plasmado en una conversación informal con el coordinador del proyecto que tuvimos los primeros días que yo asistía a la escuela, en donde vuelve aparecer nuevamente el rechazo de la competencia por el tipo de situaciones a las que son expuestos los alumnos:

...Le pregunto si los hacen participar a los chicos de algún torneo, y él me dice que no está a favor de la competencia, que él compitió y que se dio cuenta que esto genera una angustia en la persona todo el tiempo, que sólo termina cuando te dan el trofeo. Fabián me dice que él hace deporte pero sin competencia, yo le digo que el deporte de por sí tiene competencia que no puede haber deporte sin competencia, a lo que él me responde que no que él lo que busca es que uno se divierta que sean recreativos, que sí, competencia hay desde el momento en que uno divide por equipos. Pero que supongamos él

¹⁴⁵ Luis es profesor de Educación Física por el Instituto Nacional de Educación Física N° 1, se desempeña como docente de la asignatura homónima en el nivel primario y secundario y en un Instituto de Formación Docente dando la asignatura Básquet. Es profesor de la Escuela Municipal de Básquet de Salto de las Rosas. Se ha desempeñado como jugador y entrenador de básquet.

va a jugar al fútbol con sus amigos, a él le gusta ir a jugar, y entre los amigos de él hay algunos que se ceban que te van a trabar que te matan con tal de ganar, entonces yo los paro y les digo “si somos todos amigos nos venimos a divertir, no importa quién gana o no” (Nota de campo del día 17 de octubre de 2009).

Más adelante en la conversación, me dice que él valora mucho cuando realizan determinadas prácticas “que sean buenos compañeros y la conducta”, en este contexto la forma de concebir al deporte que se plasma en cómo es transmitido y en la reproducción, de determinados valores morales con los que son asociados el deporte.

En la presentación de estos profesores la propuesta a favor de la recreación se exteriorizaba en franca oposición a la deportiva de competencia dado que consideran que esta práctica discrimina a los menos aptos por su carácter competitivo. Al mismo tiempo que genera una determina forma de socialización entre los participantes basada en la disputa entre éstos. En este sentido se manifiestan en contra de aquellos Patios que se concentran en el abordaje de un deporte en particular, así mismo estas prácticas culturales son usadas en la búsqueda de la asistencia y permanencia en la escuela de los niños y jóvenes. Con el primero de los argumento, interpelé a los docentes, de la escuela de básquet, que se encuadra dentro de Patios. Al realizarles esta presentación ellos, me plantearon una diferenciación hacia dentro de las prácticas deportivas que no habían efectuado los otros docentes: “Por un lado tenés el deporte de alto rendimiento y por el otro el deporte social, en donde el deporte tiene como propósito la integración social”¹¹⁶. En este con-

¹¹⁶ Esta concepción de deporte social, es relacionada con la Secretaría de Deporte de la Nación, organismo que entiende por ésta como “...las prácticas de actividad físicas y deportivas orientada a la población en su conjunto, sin discrimi-

texto me presentan una clasificación de las prácticas deportivas en tres niveles: “...el primero es el de escolita, que acá se da con los más chicos, el segundo es el que se da con los más grandes pero acá no se termina de dar porque no tienen competencia, que es el entrenamiento de libres, y por último tenés el nivel de entrenamiento, como en un club...”.

En esta división de las prácticas corporales la competencia parecería ser la variable que marca la diferencia, dado que cuando me da esta clasificación le pregunto, “¿Preparás a un equipo como si fueran federados pero compiten en libres?, me dice que no tiene competencia, que eso es fundamental para desarrollar al jugador...”.¹¹⁷

Esta concepción y forma de organización de la práctica deportiva, la cual se asemeja a la esgrimida por la Secretaría de Deportes de la Nación y es utilizada por los clubes deportivos y municipios con los cuales tienen interacción estos docentes, queda plasmada, en primer lugar en la forma de clasificar a los alumnos que se da tanto en el lenguaje como en las prácticas y en las actividades que realizan. Las denominaciones *pre-mini*, *mini*, *infantiles*, *cadetes*, *juveniles* son moneda corriente para referirse a un determinado grupo de chicos. El pertenecer a una de estas categorías presupone una serie de actividades que de-

minación de edad, sexo, condición física, social, cultural o étnica, diversa en sus manifestaciones, generadora de situaciones de inclusión, entendiendo al Deporte como un ámbito propicio para el desarrollo humano integral”. (Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, 2008: 3).

¹¹⁷ La diferenciación entre libres y federados, es utilizada en los torneos *Buenos Aires la Provincia* y en su antecesor los *Torneos Juveniles Bonaerenses*. Para conformar un equipo en la categoría libre ninguno de los integrantes puede encontrarse inscripto en la federación del deporte de referencia y/o participar de competencias regulares. Los equipos federados, en este circuito, son aquellos en que los integrantes se encuentran inscriptos en alguna de las federaciones, siendo principalmente aquellos equipos que representan a un club. Esta diferenciación genera carriles separados de competencia, en búsqueda de la igualdad de condiciones iniciales para la participación.

ben realizan y una determinada modalidad, al mismo tiempo dichas categorías los hace formar parte de y al mismo tiempo diferenciarse de los otros grupos dentro de la escuela¹¹⁸. El ser parte de una categoría, presupone un determinado horario de práctica y habilita una determinada circulación que el profesor propone a los alumnos.

En esta estructura de desarrollo deportivo a partir de la categoría *cadetes*, el profesor les informa cuando algún entrenador de un club está probando jugadores. Este tipo de comentarios sería impensado con los *pre-mini* o en los *mini*, dado que formarlos en ese nivel es la función que se plantean en esta escuela, como sintetiza una charla entre los profesores de este establecimiento y el de la escuela municipal de básquet de Los pinos, en el marco de un encuentro para *pre-mini* y *minis*. Al comentarle Luis sobre una serie de alumnos de la categoría *cadetes* que se federaron, el profesor de Los pinos le dice: “... está bien, acá llegaron al techo, que es para lo que estamos...” (Nota del cuaderno de campo del día 16/09/09).

Dentro la perspectiva de este segundo grupo de docentes, la realización de un deporte particular no es asociado con la discriminación, es importante destacar que si la encuentran al momento de llegar a un determinado nivel de rendimiento. En este sentido me expresa Luis que él diferencia muy bien con los chicos cuando es un “encuentro” con otra escolita de la situación de “partido/torneo”. En las primeras situaciones “jugamos todos” y en la segunda hay un proceso de selección. Al mismo tiempo me hace constantemente alusión al “manifiesto del Fair Play”, documento que él trabajó en su formación como docente y provee a los alumnos del profesorado de Educación Físi-

¹¹⁸ A los participantes se los inscribe dentro de cada una de las categorías de acuerdo a su año de nacimiento. En la categoría *pre-mini/escuelita* participan chicos de entre 8 a 10 años, en *mini* de 11 a 12 años, en *infantiles* de 13 a 14 años, en *cadetes* de 14 a 16 y en *juveniles* de 17 a 18 años de edad.

ca en donde dicta clases. Ese tratado expresa como debe ser la competencia en el deporte en todos los niveles. Analizando tal edicto, se observa una preocupación central sobre la competencia en el deporte, dado que la misma en determinadas formas amenaza al fair play, y sin éste considera que “el deporte no es deporte”¹¹⁹. Para este manifiesto, el deporte tiene un espíritu dentro de él, que es el del fair play, que implica la aceptación de las decisiones arbitrales, la voluntad de jugar para ganar, la honestidad, lealtad y actitud firme, el respeto al compañerismo y al adversario. Para la transmisión de este modelo se les asigna una responsabilidad a los profesores de Educación Física. Estos valores morales con lo cual es asociada la práctica deportiva, entra en juego, en nuestro caso, al momento de organizar los encuentros con otras instituciones, como relata Luis, al hacer una rememoración sobre una situación vivida años atrás en donde se pone en juego esta dimensión sobre la competencia:

...Luis me pregunta si me gustó el encuentro del miércoles con la gente de Los pinos, le digo que sí, que fue muy parejo, aparte el entrenador me pareció muy honesto al decirle a Lucas, el árbitro, a quien le tenía que cobrar todo. El me dice que él también le dijo a Lucas, le digo que sí.

Agrega: viste la diferencia con el del sábado con los de Defensores (hace mención a un encuentro en donde el entrenador insultaba a los alumnos para que marquen a los contrarios). Me aclara: igual yo con el ‘gordo’ (refiriéndose al entrenador de Los pinos) me peleé una vez, o en realidad me enojé, porque cuando estaba la profesio-

¹¹⁹ Al buscar este documento “Manifiesto del fair play” en la web, a partir de la página www.google.com.ar, me encuentro que la primera opción y en la única página en donde se encuentra para su descarga en castellano es la de la Dirección de Educación Física de la DGcYE.

ra de Básquet, hace tiempo tenía un equipo de mujeres, que recién empezaban. Fueron a jugar los regionales, y en esa época no había no federados, así que tuvieron que jugar contra Españoles, del distrito de Los pinos, donde el gordo era entrenador. Y sabés lo que hizo les marco personal todo el partido a chicas que recién empezaban. Iba ganando por cien puntos y seguía marcando personal eso no se hace en escuelita. Está bien que quieras ganar, pero eso me hizo enojar (Nota de campo del 19/9/2009).

Es importante considerar que dentro del planteo de Luis en el nivel libre, se debe utilizar como sistema defensivo la modalidad de “zonas”, en donde a cada jugador se le asigna una determinada sección del terrero que deben defender. Este modo de juego se fundamenta en su discurso a que en este nivel todos los jugadores deben pasar por todos los puestos no especializándolos en ninguna posición y es lo que se enseña en primera instancia, al tiempo que no se concentran en el rendimiento de un jugar contrario en particular. Esto último está asociado a un argumento pragmático, que es que en este circuito de encuentros no se conocen a los contrarios por lo cual no se puede utilizar otro sistema defensivo. En cambio la defensa personal, consiste en que a cada uno de los jugadores se le asigna una persona a marcar, lo cual generaría un mayor asedio a los que atacan, es pertinente tener en cuenta que para utilizar este sistema se exige mucho más también a los que defienden.

Para matizar esta presentación de la concepción de los docentes que clasifican sus prácticas dentro de *deporte social*, es oportuno rememorar un situación relatada por los actores en forma reiterada que sucedió en un viaje a Mar del Plata, para jugar las finales provinciales de los torneos Buenos Aires la pro-

vincia, llamado por ellos “los bonaerenses”, en donde tres jugadores, del plantel de diez, plantearon al grupo la no asistencia al próximo partido dado que “total no vamos a jugar”, a raíz que en los dos encuentros anteriores se hizo uso de los mismos seis jugadores. Esta decisión trajo aparejado una reunión con todos los miembros sobre los propósitos del torneo, en donde Luis afirmó que él decide quién es a su criterio el que puede aportar más al grupo en ese momento. Esta situación nos pone en tensión las afirmaciones que nos realizan los profesores en determinados contextos, al tiempo que nos permite ver los usos de las mismas. Estas diferencias entre lo que se plantea en el discurso y lo que se realiza en la práctica en determinadas momentos, nos muestra la pluralidad de contextos interrelacionados en el cual se desarrollan las prácticas del cuerpo en políticas socio-educativas.

CONCLUSIÓN

A lo largo de este trabajo se intentó recorrer los complejos procesos que atraviesan a las representaciones y prácticas sobre las prácticas corporales de los profesores de Educación Física y funcionarios que se desempeñan en programas socio-educativos. Esta presentación no intenta agotar la discusión, sino muy por el contrario es una primera aproximación a una problemática poco estudiada en el país.

Es intención de esta conclusión hacer énfasis en dos puntos que consideramos nodales. En primer lugar, una cuestión del orden teórico-metodológico que se fue construyendo a lo largo del trabajo de campo y de la producción textual de los resultados, es que en el análisis de las intervenciones de los docentes y funcionarios, se dejó al descubierto una compleja trama en donde la formación, la historia de vida, las particularidades del saber a

trasmitir, la ubicación en el campo disciplinar, los significados sociales sobre las prácticas, se encuentran en interacción y en juego, siendo necesario para el estudio de las representaciones de las prácticas corporales, hacerse desde una perspectiva holística que comprender la trama de significación en las que se encuentran inmersas.

Se observa en el relato que los docentes fundamentan de manera diferente en lo relativo al propósito de su práctica aunque organizan y valoran sus intervenciones con categorías similares de clasificación. También que la propuesta marco es resignificada a partir de los actores a cargo del ámbito específico. Como vemos el aprendizaje de las técnicas del cuerpo, presupone una clasificación de los alumnos, por edades, sexo, por rendimiento y por formas técnicas, como plantea Mauss, siendo necesario para comprenderla estas clasificaciones las cargar simbólicas que los actores dan a sus intervenciones como docentes. Estas prácticas de los docentes, se encuentran atravesadas por un *habitus* que las estructura, y se plasma en como concebir la organización de sus alumnos por sexo, edad, rendimiento, cuestiones que están en juego tanto en una propuesta recreativa o de deporte social, dado que éstos son los que le permiten interactuar en el campo de las prácticas corporales.

En segundo lugar, interesa retomar la problemática planteada para este trabajo. Durante la presentación se dejó al descubierto la deportivización de las prácticas corporales que se desarrollan en políticas socio-educativas. El deporte aparece como una categoría esencializada y unívoca en su definición para los actores, mas el derrotero transitado nos da cuenta del constante proceso de apropiación y resignificación, tanto por los funcionarios provinciales como por los docentes que se encuentran a cargo de las actividades. En los funcionarios observamos como la concepción particular que asumen sobre las

prácticas del cuerpo se construye principalmente en relación a *otro*, que son los gestores anteriores, denotando en los sentidos que le asignan a las prácticas del cuerpo los principios que orientan su gestión. En los docentes, vemos como se conjuga por un lado la reproducción del discurso institucional del programa en lo referente a las concepciones de las prácticas deportivas. Al mismo tiempo que cada grupo de estos informa a la categoría de forma desigual, construyendo una visión particular sobre esta problemática. La categoría *deporte* es asimilada por los docentes de ambas corrientes a una serie de prácticas del cuerpo, en donde el adjetivo que la acompaña toma una fuerza sustancial, al ser recreativa o de deporte social, y los ubica dentro de su cosmología en veredas opuestas. Cada corriente genera determinadas formas particulares de prácticas, teniendo como punto de diferenciación y de tensión la participación de la competencia deportiva. La descripción intentó dar cuenta que para los docentes que fundamentan su práctica en lo recreativo, la competencia se presenta filosóficamente como antítesis de su propuesta. En cambio, los docentes que clasifican sus prácticas dentro de políticas socio-educativas como de deporte social, si bien los encuentros competitivos ingresan y son practicados regularmente, exigen en su organización de unas determinadas reglas tácitas entre los involucrados sobre los sentidos de las mismas. En ambos casos, los propósitos y formas de competencia en los deportes resultan imposibles de comprender si no es en la trama de significación en el cual se encuentran inscriptos los profesores en/de Educación Física en estudio.

BIBLIOGRAFÍA

- Aisenstein, Ángela, “La Educación Física en el nuevo contexto educativo. En busca del eslabón perdido”, en *Lecturas: Educación Física y Deporte*, Año 1 N° 2, Buenos Aires, Septiembre de 1996.
- “La Educación Física en el currículo moderno o la historia de la conformación de una matriz disciplinar (argentina, 1880-1960)”, en Rozengardt, Rodolfo (coordinador), *Apuntes de historia para profesores de Educación Física*. Buenos Aires, Miño y Dávila, 2006.
- Archetti, Eduardo, *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires, Antropofagia, 2003.
- Barth, Fredrik, *O guru, o iniciador e outras variações antropológicas*. Rio de Janeiro, Contrachapa, 2000.
- Bourdieu, Pierre, “Programa para una sociología del deporte”, en Bourdieu, Pierre, *Cosas dichas*. Barcelona, Gedisa, 2007.
- Centurión, Sergio, “Formación profesional y necesidades sociales”, en *Lecturas: Educación Física y Deporte*, Año 7 N° 42. Buenos Aires, Diciembre de 2001.
- Citro, Silvia, “La antropología del cuerpo y los cuerpos en-el-mundo. Indicios para una genealogía (in)disciplinar”, en Citro, Silvia (coordinadora) *Cuerpos Plurales. Antropología de y desde los cuerpos*. Buenos Aires, Biblos, 2011.
- Crisorio, Ricardo y Brach, Valter (compiladores), *La Educación Física en Argentina y en Brasil. Identidad, desafíos y perspectivas*. La Plata, Ediciones Al Margen, 2003.
- Dirección General de Cultura y Educación, *Resolución 2273/2004. Creación del Programa Patios Abiertos en las Escuelas*. Buenos Aires.

Manual Operativo del Programa Patios Abiertos en las Escuelas.

Buenos Aires, 2010.

Elias, Norbert y Dunning, Eric, *Deporte y ocio en el proceso de civilización.* México, FCE, 1992.

Frydenberg, Julio, *Historia social del fútbol del amateurismo a la profesionalización.* Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2011.

Geertz, Clifford, “La descripción de densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”, en Geertz, Clifford, *La interpretación de las cultura.* Barcelona, Gedisa, 2003.

Gómez, Raul Horacio, *La Enseñanza de la Educación Física.* Buenos Aires, Stadium, 2002.

Guber, Rosana, *La etnografía. Método, campo y reflexividad.* Bogotá, Norma, 2001.

Mauss, Marcel, “Técnicas y Movimientos corporales”, en Mauss, Marcel, *Sociología y Antropología,* Madrid, Tecnos, 1979.

Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, *Plan nacional de deporte social 2008-2012.* www.deportes.gov.ar/ar/site/planestrategico. En línea.

Revel, Jacques, “Microanálise e construção do social”, en Revel, Jacques (org.), *Jogos de escala. A experiencia da microanálise,* Rio de Janeiro, Fundação. Getulio Vargas Editora, 1998.

Scharagrodsky, Pablo, “Juntos pero no revueltos: la Educación Física mixta en clase de género”, en Aisenstein, Ángela y Scharagrodsky, Pablo, *Tras las huellas de la Educación Física Escolar Argentina. Cuerpo, Género y Pedagogía. 1880-1950.* Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006.

ELLOS HACEN FIERROS. LA CONSTRUCCIÓN DEL CUERPO MASCULINO EN LOS GIMNASIOS PORTEÑOS

POR ALEJANDRO DAMIÁN RODRÍGUEZ¹²⁰

INTRODUCCIÓN

Cercano al centro geográfico de la Ciudad de Buenos Aires, en la confluencia de los barrios de Parque Chacabuco, Caballito y Flores, se encuentra ubicado el gimnasio Boulevard¹²¹. Allí confluyen hombres y mujeres de todas las edades: algunos asisten porque desean adelgazar, otros, por el contrario, van para ganar volumen muscular. Muchos, en cambio, arribaron porque su médico les indicó realizar algún tipo de actividad física y otros, también por consejo clínico, para realizar algún tipo de rehabilitación ósea o muscular. Algunos deportistas de discipli-

¹²⁰ Licenciado en Ciencia Política, estudiante avanzado de Sociología y del Profesorado en Educación Media y Superior en Ciencia Política (UBA); maestrando y doctorando en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

¹²¹ El nombre real del gimnasio ha sido modificado.

nas como el rugby también complementan su entrenamiento con los fierros. Los fisicoculturistas, amateurs o de élite¹²² tampoco faltan.

En este trabajo analizaremos dos cosas: en términos amplios, qué es lo que está en juego detrás de una simple práctica recreativo-deportiva como *ir al gimnasio*¹²³. Definir qué es *ir al gimnasio* tiene dos clases de problemas: unos referidos a la práctica corporal misma, otros relativos a su definición nominal. Entre los primeros, el más importante es la falta de acuerdo respecto a si esta práctica corporal es un deporte o no. Quiénes entrenan creen que sí lo es; en cambio, quienes practican deportes más *tradicionales*, en muchas ocasiones consideran que no, incluso, tildan a la práctica como menor, recreativa o suplementaria de algún deporte principal. Respecto a los problemas referidos a la definición, ocurre que no hay una manera precisa de nombrar la actividad, ni a los sujetos que la practican, a diferencia de lo que sucede con los deportes (quiénes juegan al fútbol son futbolistas, quienes practican tenis son tenistas, etcétera), por tal motivo en varias ocasiones en este texto, nos referimos a quienes van al gimnasio como entrenados, aunque esta noción no nos satisfaga demasiado.

En términos más específicos, analizaremos la manera en que un grupo de hombres jóvenes, cuyas edades van desde los dieciséis hasta los cuarenta años, que residen en los barrios cercanos al *Boulevard*, asisten allí tres, cuatro, cinco, seis y a veces a diario a entrenar con pesas o a *hacer fierros*¹²⁴.

¹²² Esta distinción es sumamente compleja. El fisicoculturismo en la Argentina es una actividad más amateur que profesional. Sin embargo, la diferencia se marca entre quienes compiten y quiénes no. Los primeros podrían ser denominados profesionales, mientras que los segundos, amateurs.

¹²³ Así nombran la actividad quiénes la practican.

¹²⁴ *Hacer fierros* tiene al menos dos significados. El primero de ellos es más general y, desde el punto de vista nativo, sinónimo de *ir al gimnasio*. El segundo significado, en cambio, refiere directamente al entrenamiento del cuerpo me-

Colocamos el foco sobre este grupo para observar e interpretar la idea de masculinidad que ellos están construyendo a partir de representaciones y prácticas –de y sobre el cuerpo– que a su vez requieren de un conjunto específico de inversiones de tiempo y dinero. Este aspecto del entrenamiento con pesas parece estar relacionado con una posición de clase social privilegiada que tiende a ser velada detrás de una mascarada que la reduce a ciertos clichés tales como *la confianza en uno mismo* o *tener fe en sí*, tratando de desarticular el componente de clase. En último lugar nos preguntaremos por la rentabilidad que tienen esas inversiones que se hicieron en el cuerpo propio.

BREVES CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS

Antes de comentar lo que voy a analizar, prefiero destacar lo que no será aquí abordado. En este trabajo no analizaré las diversas formas de entrenar el cuerpo en un gimnasio, ni la manera en que un conjunto tan heterogéneo de actores se relaciona entre sí en ese espacio. Un trabajo de esas características requiere un esfuerzo mucho mayor, ya que habría que analizar cada una de las maneras de entrenar el cuerpo allí, así como las imágenes corporales asociadas a cada una de ellas que son muy diferentes entre sí. Es decir, el cuerpo al que aspira una persona que concurre habitualmente a clases de natación no es seguramente el mismo que el que desea aquella otra que toma clases de *spinning*¹²⁵, y mucho menos parece tener algo que ver con el que anhelan quienes *hacen fierros*.

diante la utilización de las máquinas, las barras y las mancuernas. Ese conjunto de elementos son denominados los *fierros*.

¹²⁵ El *spinning* es un tipo de entrenamiento que se realiza en grupo, con bicicletas fijas y al ritmo de la música.

En este trabajo coloco el foco sólo en el último de los grupos, en quiénes *hacen fierros*; en el espacio del gimnasio que ellos habitan, entre los *fierros*, y en el tipo de cuerpo que ellos aspiran encarnar. Esta estrategia nos va a permitir anclar el análisis a un grupo de personas delimitado, a un micro-espacio del gimnasio y a un tipo específico de cuerpo.

Para la realización de este trabajo me he valido de la etnografía; durante el trabajo de campo hice lo que la mayoría de las personas que asisten a un gimnasio hacen: entrenar. También recalco que la elección del tema y sus recortes tienen que ver con mi propia biografía, ya que sería irreal indicar que mi llegada al campo fue motivada por intereses de investigación previos, por el contrario yo ya *estaba ahí* cuando decidí abordar la cuestión. Claramente, esto tiene elementos a favor y en contra. Entre los primeros debo resaltar que mi pertenencia al grupo de *ferreros*¹²⁶ me permitió acceder a información que para otras personas seguro es menos accesible. Entre los puntos negativos, esta doble situación de sujeto-objeto de investigación me coloca en un lugar incómodo porque me hace dudar casi constantemente de que mis datos representen las vivencias ajenas. Sin embargo, cada vez que consulto el tema con mis informantes, y viejos conocidos de entrenamiento, ellos afirman que mis apreciaciones son acertadas, de la misma manera que me han dicho que *yo ya conozco todo*, o que obviamente *yo entiendo las cosas porque las viví en carne propia*. Sin embargo, lejos de creer conocer todo, sólo me siento capaz de organizar un punto de vista fiel a mi propia experiencia en el grupo. Si como sostiene Guber (2001:8), no existe conocimiento que no esté mediado por el investigador, en este caso particular, esta mediación es mayúscula. Recalco todo esto a fin de destacar de antemano, que lo aquí expuesto tiene también un carácter autobiográfico y mi posición en el campo no ha sido ni es neutral.

¹²⁶ Así se denominan entre ellos quienes hacen *fierros* en el *Boulevard*.

IR AL GIMNASIO

En la zona de confluencia de los barrios de Parque Chacabuco, Caballito y Flores, relativamente cerca del centro geográfico de la ciudad de Buenos Aires, se encuentra ubicado el gimnasio *Boulevard*. Es una zona de vida comercial más bien poco intensa compuesta por casas residenciales y algunos edificios de departamentos. Allí acuden a entrenar personas que en su mayoría residen también en esos barrios.

Además de considerarlo un típico gimnasio de barrio, quienes allí acuden, también se consideran a sí mismos como habitantes de vecindarios de clase media. Esta conceptualización de sí mismos tiende a ser defendida con énfasis, quizá debido a la cercanía que sus viviendas tienen con los barrios del sur de la Ciudad, los más pobres, los que tienen los grandes asentamientos y los índices de pobreza y desempleo más altos. De esa zona sur de la ciudad, de Pompeya y el Bajo Flores –que no es de clase media como ellos–, los vecinos de estos barrios quieren tomar distancia; en cambio, pretenden asemejarse más a los vecinos del norte. Sin embargo, esa realidad de pobreza y marginación está a unos, como mucho, diez minutos del *Boulevard*.

El *Boulevard* es un espacio de socialización sumamente heterogéneo. Allí confluyen hombres y mujeres, jóvenes y personas mayores. Muchas arribaron porque su médico les indicó realizar algún tipo de actividad física, otras tantas, también por consejo clínico, para realizar algún tipo de rehabilitación ósea o muscular. Algunos deportistas de disciplinas como el rugby también complementan su entrenamiento con los *fierros*. Los fisicoculturistas tampoco faltan.

A partir de las 18,00 y hasta la hora de cierre, las 22,00, el *Boulevard* se llena de gente. En el centro del salón, con música de reggaeton a todo volumen, unas veinte mujeres entrenan

al compás. Todas imitan los movimientos de la instructora que situada en el centro del grupo baila; salta y hasta boxea con un enemigo imaginario. Las alumnas la siguen coreográficamente. Alrededor de ellas están los hombres. Ellos *hacen fierros*. En ocasiones contadas, alguna mujer realiza ejercicios en esa *zona de fierros*, sin embargo, es bastante raro verlas ahí. Ese sector de máquinas, barras y mancuernas es eminentemente masculino.

HACIENDO FIERROS: LAS PRÁCTICAS NECESARIAS PARA CONSTRUIR UN HOMBRE

Ellos son todos hombres cuyas edades van desde los dieciséis hasta los cuarenta años y residen en los barrios aledaños al *Boulevard*. Algunos hombres de mayor edad también se *internan* allí a veces, sin embargo parecen preferir el sector de bicicletas o las *cintas*¹²⁷, por lo que al final, entre *fierros*, sólo persisten los hombres más jóvenes.

Desde lo laboral este grupo de hombres jóvenes es bastante ecléctico. Muchos de ellos son estudiantes universitarios, algunos otros son graduados de profesiones liberales, unos pocos pertenecen a fuerzas de seguridad. También hay muchos empleados de *cuello blanco*: vendedores en locales comerciales, empleados bancarios y oficinistas. Sólo uno de ellos tenía un oficio con el cual hacía changas, trabajo que detestaba y siempre tuvo intenciones de abandonar. Actualmente lo logró y se transformó, como varios de sus compañeros, en un empleado de oficina. Sin excepciones, todos tienen sus estudios secundarios completos.

¹²⁷ Las *cintas* son máquinas para caminar o correr. Suelen estar agrupadas en un sector del gimnasio, muchas veces junto a las bicicletas fijas.

Hay varios de ellos que además de estudiar o trabajar de lunes a viernes, complementan sus ingresos los fines de semana como *patovicas*¹²⁸ de discotecas o bares. Otros también generan unos dividendos extras mediante la venta de suplementos nutricionales y anabólicos, aunque sólo en cantidades pequeñas y entre conocidos. A excepción del gimnasio, los *ferreros* del *Boulevard* no comparten otros círculos de socialización entre sí.

Ellos entrenan su cuerpo al menos tres veces a la semana, alternando días de trabajo físico con jornadas de descanso. Sin embargo, las sesiones de entrenamiento pueden transformarse en cuatro, cinco o seis a la semana, incluso diarias, reduciendo los días de descanso. Para entrenar el cuerpo lo reducen a partes específicas –piernas, espalda, pecho, hombros, tríceps y bíceps– que luego recombinan en una *rutina*¹²⁹ de ejercicios que cumplen estrictamente. A modo de ejemplo, una *rutina* típica trisemanal podría consistir en entrenar el primer día el pecho, los tríceps y los abdominales; el segundo día las piernas y los abdominales; el tercer día la espalda, los bíceps y los hombros. De todos modos las combinaciones son muy variables.

Esa *rutina* está compuesta de ejercicios variados que son realizados en *series*¹³⁰, cuyo número se modifica de acuerdo al grado de destreza y a las metas corporales; sin embargo, la mayoría de los *ferreros* realizan tres o cuatro por ejercicio. Cada *serie*, a su vez, consta de una cantidad de *repeticiones*¹³¹ bastante variables: desde cuatro hasta treinta, o quizás más. Esa repetición es la unidad de medida más chica entre los *fierros*; es el ejercicio corporal *per se* que, basado en el movimiento de una parte del cuerpo específicamente accionada, requiere de imprimir fuerza en una fracción de tiempo mínima. A diferencia de

¹²⁸ Guardias de seguridad de locales nocturnos.

¹²⁹ Conjunto de ejercicios con *fierros*.

¹³⁰ Grupo de ejercicios de una misma parte corporal.

¹³¹ Es el ejercicio corporal en sentido estricto.

otras praxis físicas donde se requiere destreza, hacer *fierros* es sinónimo de fuerza y potencia para levantar muchos kilos en un tiempo breve, segundos, o fracciones de ellos.

Además de fuerza, *hacer fierros* también es sinónimo de trabajar; quizás esta sea la relación semántica que más llamó mi atención en el campo. El término *trabajar*, a diferencia de la alocución *labor*, proviene del término *trebejare* que significa realizar un esfuerzo; ésta última, *trebejare*, a su vez, proviene de otros dos términos del latín: *tripaliare* y *tripálium* que son instrumentos de tortura (María Moliner, 1994). Al volver sobre la etimología de la palabra, podemos entender mejor porque entrenar con *fierros* es sinónimo de trabajar. Entre ellos impera esa noción de trabajo ligada al esfuerzo y la tortura. Antes que divertirse, jugar o practicar un deporte, entre los *fierros*, entrenar implica esforzarse físicamente, incluso tortuosamente, ya que “sin dolor no hay ganancia física” (Rodríguez, 2010:51). En otros términos, *hacer fierros* requiere de un sacrificio individual; de la misma forma concebían el entrenamiento los boxeadores del Southside de Chicago (Wacquant, 2006).

Expresiones tales como “hoy voy a hacer pecho y bíceps, el jueves hago piernas y hombros” o preguntas como “¿qué vas a hacer hoy?”, tan frecuentes entre los *fierros* de un gimnasio, sólo se comprenden si se atiende al modo en que se practica este tipo de entrenamiento físico, o sea, mediante el desagregamiento total del cuerpo en partes que hemos indicado más arriba. Hasta aquí no hemos hecho nada más que explicar cuáles son los movimientos corporales del entrenamiento con *fierros*, a pesar de lo difícil que resulta explicitar por escrito y teóricamente una lógica basada en principios eminentemente prácticos. Bourdieu ya había advertido sobre este problema (1991). Sin embargo, con tener en mente que se trata de un entrenamiento de fuerza física es suficiente, ya que lo que nos interesa

en realidad es indagar a qué tipo de cuerpo está asociado esa praxis física, cuáles son las imágenes que la nutren y qué es lo que pretenden lograr los *ferreros* mediante este tipo de trabajo físico rutinario.

GROSO PERO MARCADO: LAS IMÁGENES DEL CUERPO MASCULINO

Entre los *ferreros* dos discursos se disputan la hegemonía de la noción cuerpo. El primero de ellos es el *discurso médico*, el segundo es el que proyecta la subcultura fisicoculturista¹³², sin embargo, éste último también es alentado en buena medida por la publicidad y los medios masivos de comunicación¹³³. A este último lo denominaremos, de aquí en adelante, el *discurso entrenado*. Cada uno de esos discursos, a su vez, está regido por una ética distinta, a las que llamaremos respectivamente, ética de la salud y ética del tamaño. A partir de ciertos principios normativos cada ética discursiva propone una noción de cuerpo distinta.

En el primer caso, el discurso del saber médico genera una noción de cuerpo en función de un patrón clínico, el índice de masa corporal¹³⁴, que correlacionando peso y altura determina que el *cuerpo correcto* es aquel que está en una relación de coordinación: a una altura corporal dada una cantidad de kilos determinados por intervalos, ni más ni menos. Estar dentro de esos intervalos transforma al cuerpo –por lo menos desde la relación

¹³² La subcultura fisicoculturista es un término que retomamos de Klein (1993). Muchas de sus imágenes corporales, especialmente la de Arnold Schwarzenegger aunque no de forma excluyente, nutren la sala del *Boulevard*.

¹³³ En muchísimas ocasiones para representar el cuerpo *positivamente* tanto la publicidad como los medios masivos recurren a imágenes de fisicoculturistas.

¹³⁴ El paradigma médico define el *peso correcto* de una persona de acuerdo a un índice denominado de masa corporal (IMC) que se basa en correlacionar el peso con la talla.

altura-tamaño–, en saludable. Por el contrario, el cuerpo que no se ajusta a los parámetros de ese patrón clínico es incorrecto, no correlacionado, enfermo y requiere ser intervenido, ya sea, debido a su sobrepeso, o a su bajo peso.

El discurso médico opera en el ámbito del gimnasio de múltiples maneras, sin embargo, la más clara de ellas es la exigencia de un certificado de aptitud médica –de ese cuerpo– para poder *hacer fierros* en el *Boulevard*. El objetivo de este discurso y su ética es la construcción de cuerpos saludables.

En el segundo caso, en cambio, el discurso entrenado opera en el *Boulevard* a través de imágenes corporales que, colgadas de las paredes funcionan como modelos corpóreos simbólicos a imitar. Son las fotografías y pósters de los grandes fisiculturistas norteamericanos y argentinos, pero también son los cuerpos de las publicidades de suplementos nutricionales e indumentaria deportiva. La unidad de medida de este discurso es el peso corporal, al igual que en el médico, sin embargo no existen unos parámetros específicos que delimiten cuál es el tamaño de cuerpo que se debe poseer y cual no. Por el contrario, justamente la característica central de este discurso parece ser la falta de límites, por lo menos para acumular peso. La ética de este discurso está relacionada con el tamaño, y más kilos parecen ser siempre mejor, por lo menos sí son de músculo. Se trata de una única indicación que fija límites no tanto en cuestiones de cantidad sino alrededor de la *calidad de ese peso*. Este discurso y su ética, en función del tamaño, genera una noción de cuerpo donde lo que importa es la masividad de las formas, el volumen del cuerpo, el tamaño de los músculos. Se trata de una ética de la estética corporal y su meta parece ser la construcción de cuerpos *extra-large*.

Estos dos discursos, como dijimos al principio de este apartado, están en una constante disputa por hegemonizar la noción

de cuerpo entre los *fierros*, al mismo tiempo que por modelar los cuerpos de acuerdo a sus pautas. Mientras el discurso médico propone cuerpos ajustados a una norma, el discurso entrenado plantea la grandeza de esas mismas formas físicas. Está claro que son ideas contrapuestas, sin embargo, los *ferreros* ponen en práctica una fórmula que parece conciliar ambos discursos en las formas de su cuerpo.

Entre los *ferreros* imperan unas nociones de cuerpo masculino particulares: éste debe ser ante todo *groso* y, en segunda instancia, *marcado*. Mientras que la primera característica hace alusión al tamaño muscular exuberante, la segunda, en cambio, refiere a un cuerpo que esté *limpio*, sobre todo en su zona abdominal, de grasa corporal. Prestar atención a la fórmula *groso* pero *marcado* es importante por el imaginario que evocan ambos términos: *groso*, en el gimnasio, está relacionado a la potencia, el vigor, la fuerza física; en cambio, *marcado*, tiene que ver con la formas, las líneas musculares. Si tuviéramos que asociar cada término a una parte corporal, *groso* estaría emparentado con el tamaño de la espalda o los brazos, mientras que *marcado* estaría en relación con unos abdominales visibles y notorios.

Construir un cuerpo *groso* pero *marcado* es una estrategia que inventan los *ferreros* para situar su corporalidad a *mitad de camino* entre lo entrenado y lo saludable y, así, imbricarla de una connotación positiva para cualquiera de los dos discursos: Ya sea visto desde la óptica del discurso médico, como desde la del patrón entrenado, su cuerpo se adhiere a las características de la ética del tamaño y de la salud, un cuerpo con volumen es *groso*, pero al mismo tiempo es correcto –y saludable– porque está *marcado*, lo que lo ajusta también, por lo menos en cuanto al kilaje, a los parámetros médicos.

Para tener un cuerpo *grosso y marcado* los *ferreros* trabajan a diario. Sin embargo, para que ese trabajo sea exitoso se requiere de unas inversiones en y sobre el cuerpo que sólo se pueden realizar con recursos y capitales específicos.

LAS INVERSIONES SOBRE EL CUERPO: LA DIMENSIÓN DE CLASE EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA MASCULINIDAD *FIERRERA*

Adherir a unas imágenes, tomarlas como modelo e intentar parecerse a ellas parecería estar al alcance de todos. Sin embargo, esto no es tan así. Los *ferreros* cuentan con un capital cultural (Bourdieu, 1988) que les permite comprender los significados del cuerpo que proyectan los discursos médico y entrenado y elaboran una concepción propia que mixtura ambas en la fórmula *grosso pero marcado*.

Sin embargo, hacer propias esas imágenes corporales, comprenderlas y trabajar el cuerpo a diario para representar en él salud y entrenamiento tampoco basta. Para llevar adelante esta carrera moral (Goffman, 1970) de entrenamiento, también es necesario realizar una serie de inversiones sobre el cuerpo propio.

La primera de esas inversiones es la consagración casi total del tiempo libre a una actividad de ocio. Es necesario definir mínimamente estos conceptos, ya que tiempo de ocio y tiempo libre no son lo mismo. Mientras que el último término refiere al tiempo que no está dedicado a dormir, trabajar y comer, el tiempo de ocio es aquél sobre el que se realiza una inversión para el desarrollo personal, el divertimento o el descanso (Dumazedier, 1964). Concretamente, la diferencia entre tiempo libre y tiempo de ocio es que el primer término refiere al lapso temporal, mientras que el segundo está relacionado con su utilización en una actividad.

Los *ferreros* dedican casi todo su tiempo libre a entrenar. Esta es la primera inversión que ellos realizan y, aunque parezca trivial, esto no debería desatenderse, ya que el uso del tiempo libre sólo es posible para quien primero lo posee. A pesar de que el tiempo de trabajo ha disminuido mucho en la sociedad actual (Buñuel Heras, 1994) y además se encuentra bastante bien reglamentado por leyes laborales, no creemos que pueda sostenerse para nuestra sociedad que “las necesidades básicas están resueltas para la mayoría de la población”, (Buñuel Heras, 1994:98). Quizás esto sea así para el caso español que analiza la autora. Por el contrario, a pesar de que los lapsos de tiempo libre se extendieron en nuestra sociedad y son *rellenados* con actividades de ocio de lo más diversas, entre ellas las gimnasias del cuerpo, estas inversiones en ocio están también constreñidas por posiciones de clase social. Los *ferreros* del *Boulevard* tienen una posición de clase medianamente acomodada que les permite realizar esa inversión de tiempo en el ocio y además la van a complementar con otra de tipo más material.

Esa segunda inversión sobre el cuerpo es de tipo económica. Para llevar adelante esta práctica, los *ferreros* dedican una parte importante de su presupuesto al entrenamiento. En la actualidad, a principios de 2012, ellos abonan una cuota en el gimnasio que ronda los cien pesos mensuales. A ese gasto se le suman otros, los que tienen que ver directamente con la construcción de ese cuerpo por medio de la alimentación. Así, destinan una gran parte de su presupuesto por un lado a la dieta y por el otro al consumo de suplementos nutricionales¹³⁵. Respecto a la co-

¹³⁵ Los suplementos nutricionales deportivos conforman un grupo de productos que tienen funciones diversas: optimizar el rendimiento físico, favorecer la reparación muscular, ganar peso, quemar grasas, entre otras. Su comercialización ha crecido tanto en las últimas décadas que ha terminado constituyéndose en uno de los mercados más modernos, dinámicos y de mayor expansión en el mundo (Schjell, 2009).

mida, el seguimiento riguroso de dietas altamente proteicas, basadas en el consumo de carne, pollo, pescado y huevos, así como la priorización de carbohidratos complejos como el arroz, las pastas o la avena, por encima de los carbohidratos simples, los cuales son relegados o directamente excluidos, se conjuga con el consumo de algunas frutas, entre las cuales la banana suele ser la preferida debido a sus aportes nutricionales. El consumo de estos alimentos varía y es combinado de forma diferente según los objetivos físicos perseguidos: aumentar de peso para estar más *grosos* o *marcar* la musculatura general. Estos alimentos suelen ser costosos en comparación con otros como las galletitas, los bizcochos o cualquiera a base de azúcares que, aunque proporcionan energía, no son adecuados para la nutrición que necesita un cuerpo *ferrero*. Por ejemplo, difícilmente el desayuno de un *ferrero* conste de mate con galletitas o facturas, por el contrario, es mucho más probable que combine unos huevos cocidos o crudos con medio litro de leche, miel, almendras y algún cereal.

A la dieta alimenticia se le suman los suplementos nutricionales adecuados: un ganador de peso en polvo, en el caso de que se desee ganar kilos, una proteína de suero lácteo, la más utilizada, o de huevo, ambas también en polvo, creatina, glutamina y quemadores de grasa. Todos estos son los más utilizados, aún a pesar de ser sumamente costosos, más aun si son importados.

Sabino indica en un brillante trabajo sobre los fisicoculturistas cariocas que ellos poseen cierto anhelo de “integración en la cultura dominante” (2000:2, traducción propia), y que lo expresan adaptando sus cuerpos según las formas corporales hegemónicas de las clases acomodadas de Río de Janeiro. Los *ferreros*, aún sin ser fisicoculturistas, parecen tener ideas parecidas. Ellos utilizan un capital cultural que les permite apropiarse de ciertos significados corporales *positivos*, cuentan con

tiempo libre para dedicarse al ocio y lo respaldan con un capital económico disponible (Bourdieu, 1988) para realizar inversiones bastante onerosas sobre la dieta. Mediante este conjunto de apropiaciones de imágenes e inversiones corporales, que requieren de una posición relativamente acomodada, ellos parecen estar tratando de fortalecer la pertenencia de clase.

Sin embargo, este aspecto de clase tiende a ser soslayado en sus apreciaciones. Para ellos su cuerpo es un producto construido a base de la voluntad y el esfuerzo individual, de su sacrificio físico. “Valorar la confianza en uno mismo”, así como “tener fe en sí” son frases típicas que acompañan las fotografías del discurso entrenado, que nutren las paredes del *Boulevard*, al mismo tiempo que aparecen en las revistas que, en la mesa de trabajo del instructor del gimnasio, muchos de los *ferreros* ojean a diario. Esas expresiones pueden dar cuenta de la importancia fundamental que tiene el yo entre los *fierros*: los relatos sostienen que *a pesar de todo* es posible lograr lo que uno se propone –ese cuerpo– cuando se tiene plena confianza en sí mismo. Si la fe es grande se superan todos los obstáculos para lograr un cuerpo *ferrero*; la clase social no es un impedimento. Sin embargo, a partir de nuestras indagaciones podemos sostener lo contrario. El elemento de clase parece estar totalmente presente en la construcción de ese cuerpo y se enlaza a todo un conjunto de apropiaciones e inversiones sobre él dirigidas a la elaboración de un capital-símbolo que va a ser rentabilizado.

LA RENTABILIDAD DE LA INVERSIÓN

La existencia de una relación entre clase social y cuerpo no es nueva. Ya a principios de siglo XX circulaban manuales de ejercitación física y entrenamiento que, en sus referencias prác-

ticas, apuntaban que “deben realizarse por la noche, después de cerrar la oficina” (Vigarelo, 2006:175). Los destinatarios de esos manuales eran parte de la pequeña burguesía de comienzos de siglo XX que intentaba distinguirse, de formas variadas, de los estratos inferiores de la sociedad y en el cuerpo encontraron también un espacio de inscripción de la diferencia social. En el mismo sentido Bourdieu (1988) y Boltanski (1975) sostenían que las clases populares tienden a no reconocer el valor social del cuerpo, a diferencia de los estratos superiores, en tanto reflejo de representaciones positivas (de belleza, de salud y demás), por lo que tenderían a ser más reacios a realizar inversiones sobre él, especialmente de tipo económico.

Después de haber analizado el trabajo *ferrero*, las imágenes que lo motivan y las inversiones para construir un cuerpo *groso* pero *marcado*, intentaremos tratar de interpretar cual es la rentabilidad de todo este proceso complejo de producción corporal.

A diferencia de, por ejemplo, los púgiles que entrenan para acumular un capital corporal que sea redituable en el ring (Wacquant, 2006), la rentabilidad de un cuerpo *ferrero* es bastante más difusa. ¿Para qué sirve un cuerpo así entrenado?, ¿cuál es su valor?

El cuerpo *groso* pero *marcado* de los *ferreros* parece ser rentable en términos simbólicos: es la proyección de una idea de súper-hombre asociada al esfuerzo individual, al sacrificio y a la voluntad de superación. Ese cuerpo, el de ellos, que son hombres, jóvenes y que pueden valerse por sí mismos, sobreponiéndose a todo tipo de obstáculos porque tienen una voluntad inquebrantable, es redituable porque evoca todo un imaginario sobre la voluntad, la fe y la confianza individual. Así también intentan trazar una distancia de aquéllos que no logran lo que se proponen, su cuerpo en términos específicos, pero en térmi-

nos más amplios también cualquier otro objetivo profesional, económico o laboral porque no se valoran ni tienen voluntad. Sin embargo, lo que queda soslayado en esta noción masculina de cuerpo es que él se construyó apoyado en un conjunto de representaciones e inversiones que fueron posibilitadas por una posición de clase relativamente bien acomodada. Además de todo esto, ese cuerpo está revestido de la legitimidad que le otorga estar en el cruce del discurso médico y el discurso entrenado, lo que lo constituye en un cuerpo socialmente aceptado. Los *ferreros* parecen estar elaborando una compleja manera de distinguir socialmente su cuerpo por medio de la adopción de unas imágenes que funcionan como modelos, a las que intentan parecerse mediante el entrenamiento y, capital económico de por medio, una variada lista de consumo dietético.

Finalmente debemos decir que en este trabajo hemos analizado tan solo una de las muchas actividades que pueden realizarse actualmente en un gimnasio. En un contexto en que la culturas *fitness*¹³⁶ y *wellness*¹³⁷ cobra cada vez más fuerza va a ser necesario volver la mirada sobre los espacios de entrenamiento corporal para dilucidar qué es lo que implican ellas así como su discurso relacionado con el buen vivir y la vida saludable.

¹³⁶ *Fitness*, en términos muy amplios, significa actividad física realizada con el propósito de alcanzar un estado de bienestar corporal.

¹³⁷ El *wellness*, aunque hermanado al *fitness*, es un concepto más global: a la actividad física se le suman la danza o la natación, los estiramientos o el pilates, en un catálogo bastante indefinido de actividades que también tiene como objetivo el bienestar del cuerpo.

BIBLIOGRAFÍA

- Archetti, Eduardo, *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires, Antropofagia, 2003.
- Boltanski, Luc, *Los usos sociales del cuerpo*. Buenos Aires, Periferia, 1975.
- Bourdieu, Pierre, *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus, 1988.
- Bourdieu, Pierre, *El sentido práctico*. Madrid, Taurus, 1991.
- Buñuel Heras, Ana, “La construcción social del cuerpo de la mujer en el deporte”, en *Revista española de investigaciones sociológicas (REIS)*, no. 68. Madrid, 1994.
- Dumazedier, Joffre, *Hacia una civilización del ocio*. Barcelona, Estela, 1964.
- Goffman, Erving, *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires, Amorrortu, 1970.
- Guber, Rosana, *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires, Norma, 2001.
- Klein, Alan, *Little Big Men: Bodybuilding Subculture and Gender Construction*. EE.UU., State University of New York Press (SUNY), 1993.
- Moliner, María, *Diccionario de uso del español*. Madrid, Gredos, 1994.
- Rodríguez, Alejandro, “Callate y entrená. Sin dolor no hay ganancia: corporalidad y prácticas ascéticas entre fisicoculturistas amateurs”, en *Revista latinoamericana de estudios sobre cuerpos, emociones y sociedad (RELACES)*, año 2, no. 3. Córdoba, 2010.
- Sabino, César, “As drogas de Apolo. O consumo de anabolizantes em Academias de Musculação”, en *Arquivos em Movimento*, no. 2. Rio de Janeiro, 2000.

- Schjøll, Alexander, Bjerck, Mari, Jacobsen, Eivind y Ånestad, Siv Elin, *The nordic market for sports nutrition products. A market analysis using norway as case*. Copenhagen, Nordic Council of Ministers, 2009.
- Veblen, Thorstein, *Teoría de la clase ociosa*. México, Fondo de Cultura Económica, 1963.
- Vigarello, Georges, “Entrenarse”, en Courtine, Jean-Jacques, Corbin, Alain y Vigarello, Georges (directores), *Historia Del Cuerpo. Volumen 3. Las mutaciones de la mirada. El Siglo XX*. Madrid, Taurus, 2006.
- Wacquant, Loïc, *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2006

MÁSCARAS Y SOCIALIDAD. NOTAS INICIALES PARA PENSAR A LA FAMILIA TECEISTA

POR PABLO BILYK

INTRODUCCIÓN

El presente escrito comparte las diferentes problematizaciones llevadas a cabo a la hora de pensar las construcciones identitarias y los lazos de socialidad que se configuran entre los públicos del Turismo Carretera en la provincia de Buenos Aires. Por medio de una investigación etnográfica se apunta a una problematización de los sentidos otorgados a la idea de *la familia teceista* por estos públicos, como acciones constitutivas de identidades sociales, como procesos de construcción de legitimidades y hegemonías.

Partiendo de la puesta en diálogo del trabajo de campo realizado (entrevistas, registros y observaciones etnográficas¹³⁸) con diferentes categorías de análisis abordados por el texto, se pondrán en tensión los relatos que se solidifican en torno a la idea de *la familia teceista*. Conexión que se propone bucear en los

¹³⁸ Particularmente en los autódromos de La Plata (13/11/2010) y Ciudad de Buenos Aires (28/11/2010 y 28/05/2011).

magmas de sentido que confluyen en este proceso de constitución identitaria.

La necesidad de pensar críticamente esta nominalización se advierte en los riesgos que se asumen ante la posibilidad de congelar y simplificar la heterogeneidad que se intenta condensar con esta noción.

Las sucesivas preguntas por las lógicas de socialidad establecidas, la dimensión de clase y los autorelatos construidos, que a lo largo del escrito se proponen, profundizarán la reflexión acerca de los sentidos compartidos por estos actores y las implicancias de los mismos al momento de pensar las alteridades establecidas.

Las aproximaciones iniciales al territorio permiten comenzar a explorar variables, por ende, empezar a nombrar bajo nuevos modos las lógicas por las cuales estos espacios se establecen y configuran cotidianamente. Éstas serán algunas de las tareas que se intentarán desarrollar a lo largo del presente escrito.

UNA PRIMERA APROXIMACIÓN A LAS PROBLEMÁTICAS

A lo largo de estas líneas se buscará indagar los relatos, cotidianidades y pautas culturales construidas y puestas en juego por los espectadores que acampan en el autódromo de La Plata. Para aproximarse a estos intereses, se trabajará a partir de las observaciones, notas de campo, entrevistas y diálogos grupales llevados adelante con diferentes grupos de asistentes al autódromo de La Plata.

La preocupación por abordar el Turismo Carretera remite a su condición como competencia automovilística fundante en Argentina, en una relación directa con la pampa húmeda, espacio geográfico donde se sitúan los sectores hegemónicos tradicionales ligados a la producción agropecuaria.

Por su parte, las narrativas sobre el automovilismo –a partir de los aportes pioneros de Eduardo Archetti (2001)– presentan una filiación estrecha entre el pueblo, la chacra, los caminos, lo rural, en definitiva con el interior. Al mismo tiempo, podríamos decir –a partir de lo que desarrollaremos en adelante– que la construcción simbólica de *lo rural*, del *interior* se encuentra emparentada con la idea de la esencia nacional, como el espacio donde se situarían las *entrañas de la patria*.

Al mismo tiempo, se trata de la competencia de este tipo más tradicional de la Argentina, por lo cual es posible identificar una larga sedimentación de prácticas y relatos por parte de los públicos asistentes a la competencia. Dicho espesor constituye una complejidad de sentidos entramados, que se encuentran configurando lógicas y relatos particulares sobre y desde el colectivo.

Dentro de estas significaciones construidas y sedimentadas, la idea de la existencia de una *familia teceista* circula espectralmente por el espacio y sus actores, estructurando los modos de relacionarse, de ocupar el espacio y de auto-nominalizarse.

Una construcción identitaria que funciona de acuerdo a como describe estas configuraciones Cornelius Castoriadis (2005:193): “La falacia fundamental sigue siendo siempre: nuestras normas son el bien; el bien son nuestras normas; las normas de los otros no son nuestras normas; por lo tanto, esas normas no son el bien. Del mismo modo: nuestro dios es verdadero; por lo tanto, el dios de los otros no es un verdadero dios. Siempre resultó casi imposible para las colectividades humanas considerar la alteridad como precisamente eso: simple alteridad”.

Las autopercepciones y los relatos construidos sobre sí mismos, delimitan un encadenamiento de características positivas que, en términos absolutos, los integrantes de este colectivo se autoatribuyen. En principio, la *familia teceista* –para la discursividad de los actores nativos– resume una serie de valores

“esencialmente buenos” que se comparten dentro del colectivo: la solidaridad con los demás integrantes, la colaboración desinteresada, la ausencia de acciones malintencionadas, la certeza de la existencia de un conjunto que más allá de sus diferencias se encuentra unido como comunidad homogénea, entre otras características.

En un primer registro, las significaciones identitarias se encuentran funcionando en el sentido absoluto que anteriormente planteáramos, como una construcción de autopercepciones que es explicada por sí misma, como si no se encontrase sujeta a nada.

Poner en tensión esa discursividad nos permitirá avanzar en la problematización del espacio. A continuación, la empresa del escrito será interpelar esta estructuración de sentidos a partir de la puesta en diálogo con diferentes categorías que nos permitan avanzar en la complejización de la mirada sobre el espacio y sus formas de habitarlo.

UNA PRIMERA APROXIMACIÓN AL ESPACIO

A modo de introducción al espacio indagado, cabe destacar que la distribución física y simbólica separa a los públicos de la pista mediante un alambrado perimetral, hacia el exterior de la pista la infraestructura es prácticamente nula. El alambrado delimita la posibilidad de acercarse al lugar de la competencia y marca el territorio de acampe de los observadores. Sobre la línea del alambrado se encuentran una serie de plantas, de alrededor de quince años de desarrollo, con lo cual brindan un apreciable resguardo del sol.

Por otra parte, diseminados a lo largo del perímetro se encuentran una serie de baños públicos que en el relato de quienes asisten a esta competencia son muy ponderados, destacando que en otros circuitos “a campo abierto”¹³⁹ no tienen tantos servicios como en éste. Por último, a lo largo del perímetro se disponen una serie de tribunas provisorias –son montadas sólo para los días en que compete el TC– de las que se ocupa la organización. Para hacer uso de éstas durante el fin de semana, se deben abonar cincuenta pesos extras (por encima del valor de la entrada que en este momento ronda los cien pesos).

En términos generales, sobre la zona delimitada como público general se pueden identificar las infraestructuras detalladas. A partir de estos condicionantes se distribuyen diferentes formas de apropiación del espacio por parte de los concurrentes.

Las formas de ocupar y habitar el espacio podrían pensarse a partir de dos grandes grupos: quienes acampan y permanecen hasta cuatro días alrededor de la pista y quienes van a ver las competencias, pero no acampan allí. Cada grupo establece una serie de hábitos, relaciones espacio-temporales, cotidianeidades y relatos respecto de esto.

Por otra parte, la llegada al autódromo de La Plata implica un traslado hacía las afueras de la ciudad, y el ingreso a través de un camino de tierra, rodeado por una zona descampada. Podríamos decir que se presenta como la experiencia del movimiento desde la ciudad al campo –planteado en estos términos– es un desplazamiento que se ve marcado por algo que podríamos denominar –para comenzar a indagarlo en términos analíticos–, “contacto con la naturaleza”.

No nos referimos a esto desde una concepción esencialista,

¹³⁹ Así denominan a los autódromos que se caracterizan por la posibilidad de acampar (Olavarría, Nueve de Julio, Junín, etcétera.), a diferencia del autódromo de la Ciudad de Buenos Aires

al estado natural del espacio, sin ningún tipo de intervención del hombre. El espacio sobre el que estamos problematizando se caracteriza por una preponderante intervención del hombre en su funcionamiento, en su acondicionamiento para adaptarse a las reglas del espectáculo automovilístico.

Sin embargo, la potencia simbólica del traslado *de la ciudad al campo* está marcada por la posibilidad de relacionarse con una serie de elementos y entornos del contacto con el escenario de *la pampa*, con la potencia simbólica que esto tiene. La escena del acampe alrededor de la pista y la llanura verde que puede observarse a los alrededores, marcan el entorno en el cual se sitúan y desarrollan las cotidianidades de estos públicos.

AUTORELATOS: LAS NARRACIONES SOBRE LOS MODOS DE CONSTITUCIÓN DE SOCIALIDAD

El paisaje de los alrededores del autódromo está marcado por un parcelamiento del territorio, quienes acampan generalmente delimitan su parcela de diferentes modos, utilizan sus vehículos y carpas como elementos de separación. Incluso, en muchos casos, dividen los fragmentos mediante cintas de peligro, convirtiendo ese territorio *abierto* en un mapa que replica las lógicas de la división privada de la tierra.

Sobre estas divisiones se montan las estructuras que cada uno traslada hasta el autódromo. Estas son heterogéneas, se trata de carpas, toldos, bajo los cuales se arman espacios comunes, improvisadas tribunas para mirar las carreras¹⁴⁰, entre otras estructuras que se edifican en torno al circuito.

¹⁴⁰ Principalmente andamios de albañilería convertidos en puestos de observación de la competencia.

Mientras recorro el terreno en busca de observar la escena y entrevistar a sus actores, me acerco a un hombre de alrededor de cincuenta años que está junto a su mujer. Jorge está con Esther, su esposa, estratégicamente situado sobre el alambrado que separa al público de la pista. Evidentemente vinieron temprano porque están en uno de los codiciados lugares junto al alambrado que permite observar cómodamente la competencia. Dividieron su espacio con cintas de peligro, demarcaron cuál es su terreno y allí instalaron una mesa y sus reposeras. Están tomando mate, escuchando una radio en la que se transmite la carrera y miran hacia la pista a la sombra de unos árboles.

Jorge y Esther amablemente aceptan conversar conmigo sobre su presencia en las carreras del Turismo Carretera, me relatan por qué asisten, cuentan de qué modo se ha relacionado cada uno con estas competencias (Jorge como parte de una tradición heredada por su padre, y Esther como una práctica de acompañamiento de su marido y de distensión al mismo tiempo)¹⁴¹. La presencia de las mujeres es recurrente, cuestión que se reafirma institucionalmente, ya que hasta el año 2011 no abonaban el valor de la entrada (a partir de 2011 debieron pagar el 50% del valor de la entrada para adultos varones).

Nos encontramos dialogando, y mientras que se desarrolla la entrevista uno de los hombres que está acampando junto a ellos le hace una consulta a Jorge por el espacio para estacionar. Él le responde que no hay problema, organizan cómo pueden colocar los autos para no molestarse entre sí.

A partir de esta situación, Jorge me comenta: “Esto es otra cosa linda ves. Por ejemplo, a la cancha a mí ya no me gusta ir mucho porque siempre hay quilombo y acá no. Yo vine ayer, marqué el lugar, traje la mesa, las sillas, me fui, le dejé las sillas

141 Tanto las dimensiones de género, como la potencia simbólica de la experiencia del contacto con la naturaleza forman parte de las preocupaciones centrales de la investigación realizada y serán desarrolladas en otros documentos.

a los de acá al lado, les pedí que me cuiden porque no me podía quedar, te cuidan, nunca te falta nada, nadie te roba, nadie te jode, los de Dodge y Torino están juntos” . Esther acota: “no hay peleas, no hay robo, no hay nada”. Luego retoma la palabra Jorge: “de los años que vine al TC jamás vi gente que se peleé, y eso también te invita a seguir viniendo. Hay otras cosas, por ejemplo el fútbol que a mí me gusta, pera ya no me entusiasma tanto ir al fútbol, es distinta la cancha”. Interviene nuevamente la esposa: “Acá la gente se va acomodando, empieza a traer cosas”, Jorge agrega: “si te falta algo todos te ayudan. Nosotros hemos estado al lado de muchachos que chupaban toda la noche y vos te crees que alguna vez alguien nos gritó o algo, nunca, eso te indica...” (No termina la frase).

Luego de entrevistar a Jorge y a Esther, continúo recorriendo y dialogando con diferentes familias y grupos que están acampando –esto ocurre el día sábado alrededor de las 18:00– las actividades en la pista acaban de finalizar y los que permanecerán en el autódromo hasta el día siguiente, acondicionan sus espacios para hacer sus asados y pasar la noche.

Dentro de esos diálogos, en otra entrevista tengo la posibilidad de conversar con Osvaldo sobre qué es el TC, él me dice: “el folclore del Turismo Carretera sigue existiendo. La sociedad ha cambiado, en la cancha de fútbol cambió todo, la sociedad cambió, en el Turismo Carretera no cambió nada, el asado, el vino, te encontrás diez mil mamados y no se pelean. Y si vienen a hacer lío, los sacan, es distinto. Yo he ido a carreras re lejos de acá y para mí es lo mismo, comés el asado, grita el de Chevrolet, grita el de Ford, están unos de Torino, otros de Ford, otros de Chevrolet comiendo y cagándose de risa. Eso no puede pasar en el fútbol. El folclore no cambió, la sociedad ha cambiado”.

El relato delimita claramente una valencia positiva y otra negativa, un valor destacable y añorado en el no-cambio,

en la invariancia. Aquello que no ha cambiado es lo que se mantiene *puro* y se ve idealizado por los actores en esta escena. Allí esta investigación encuentra sus núcleos centrales de interés, en las preguntas por los sentidos cargados sobre el espacio compartido.

Como podemos observar, los espectadores que acampan sobre el perímetro del autódromo, durante el periodo en que permanecen juntos en ese espacio, elaboran una serie de relatos acerca de los sentidos que se condensan en esa instancia. Allí se constituyen una serie de *certezas* sobre una especificidad identificatoria que podría resumirse –a fin de avanzar en nuestras problematizaciones– como: *la familia teceista*.

La decisión de nominalizar de este modo, intenta condensar la recurrencia a valores como la solidaridad, la fraternidad, el respeto y la certeza de una colaboración desinteresada que el espacio garantizaría. Pensándolo en estos términos, se reafirma la metáfora nativa de *la familia teceista*, el colectivo se narra bajo características de homogeneidad, con una serie de lazos que determinan/exigen, para pertenecer, una serie de actitudes respecto del conjunto.

Al mismo tiempo, todas estas aseveraciones son complementadas con una serie de prácticas y de máscaras construidas en el marco de este escenario. Resulta enriquecedor pensar estas problemáticas a partir de las herramientas que Erving Goffman (1981) nos aporta acerca de la construcción de máscaras y consensos para pertenecer y formar parte de un espacio social compartido. Tal como sostiene Goffman (1981:38):

Concebimos el *sí mismo* representado como un tipo de imagen, por lo general estimable, que el individuo intenta efectivamente que le atribuyan los demás cuando está en escena y actúa conforme a su personaje. Si bien esta

imagen es considerada en lo que respecta al individuo, de modo que se le atribuye un *sí mismo*, este último no deriva inherentemente de su poseedor sino de todo el escenario de su actividad, generado por ese atributo de los sucesos locales que los vuelve interpretables por los testigos. Una escena correctamente montada y representada conduce al auditorio a atribuir un *sí mismo* al personaje representado, pero esta atribución –este *sí mismo*– es un producto de la escena representada, y no una causa de ella. Por lo tanto, el *sí mismo*, como personaje representado, no es algo orgánico que tenga una ubicación específica y cuyo destino fundamental sea nacer, madurar y morir; es un efecto dramático que surge difusamente en la escena representada, y el problema característico, la preocupación decisiva, es saber si se le dará o no crédito.

No se pretende, con las indagaciones que aquí se realizan, tipologizar prácticas y características que hagan a una esencia de los actores observados. En términos de pensar la escena cultural construida por los públicos del TC, los alcances de la investigación se circunscriben a las máscaras y cotidianidades compartidas en torno a este escenario particular, que se configura alrededor del autódromo, alrededor del TC, todos afirman que esto no ocurre en otras competencias automovilísticas.

Como diría Goffman, al analizar las máscaras en cierta forma nos desprendemos del *sí mismo*, del poseedor, porque él nos proporciona sólo la percha sobre la cual se colgará durante cierto tiempo algo fabricado en colaboración.

Indagar el escenario en estos términos, permite profundizar nuestra mirada sobre las especificidades que la configuración de la *familia teceista* establece. Tal como se ha planteado,

epistemológicamente se comprende la imposibilidad de desentrañar las significaciones imaginarias de los sujetos indagados en términos holísticos. Así, la preocupación se sitúa en las preguntas por comprender el particular escenario –y sus lógicas de funcionamiento específicas– que se conforma en torno a estas competencias.

Al mismo tiempo, para que la escena construida/representada se consolide y tenga sentido, es necesario un actor externo que se encuentre allí para experimentar y corroborar la particularidad de esa cotidianeidad: el rol del forastero. En ese papel fui colocado durante mi participación, en el lugar del externo que era invitado a participar, al cual se lo instruía sobre las particularidades y debía apreciar –y valorar– la escena como algo único.

La ocupación de la posición de forastero no fue construida sólo por un modo de relatar-se en la escena, sino también por compartir una diversidad de modos de habitar el espacio y de estar juntos. Durante mi recorrido en cada uno de los lugares que me detuve a dialogar con los espectadores –en diferentes grados– se mostraron predispuestos a dialogar y a colaborar con mis inquietudes. En la mayoría de esos encuentros me ofrecían comida (choripanes, asado, tortas, etcétera) y bebidas (mates, gaseosas, “un trago de vino”, etcétera). Una serie de actitudes que en ese marco apuntan a reforzar una relación de camaradería y de solidaridad que se corresponda con sus relatos como colectivo.

Estas observaciones cobran mayor relevancia al establecer una comparación con la experiencia del trabajo de campo en el autódromo de Buenos Aires, donde ante el intento por realizar entrevistas o establecer diálogos con los asistentes en la mayoría de las oportunidades recibí negativas a participar.

La diferenciación constituida entre la experiencia del autódromo de la Ciudad de Buenos Aires, y el resto de espacios que permiten acampar a los asistentes, se traduce en lo que Hugo relata de la siguiente manera: “En Buenos Aires no podés prender fuego, en Buenos Aires es sanguuche de milanesa con mucho ajo, la que hace la mamá de él –para los vampiros acotan, se ríe. Todo el folclore este de la mesa, el asado, una pata de choncho, el disco –ayer cocinamos al disco– todo eso olvidate. En Buenos Aires sos un tipo de saco y corbata, vas a ver al autódromo”. De este modo se condensa la diferenciación establecida y reafirmada entre lo que podríamos entender como *s distancias entre el campo y la ciudad.*

LA PARTIDA DEL VASCO

Alrededor de las 19:00 del sábado, continúo caminando, las tandas clasificatorias ya han finalizado. Hay mucho humo, en realidad el humo ha sido incesante durante todo el día, pero llegada la noche esto empieza a aumentar. Me acerco a una zona que tiene varios camiones, han delimitado la superficie de acampe ampliamente. Unos hombres

tirados en el pasto –contra las cubiertas de un camión toman cerveza–, hablan entre sí pero con pocas fuerzas, por cómo está constituida la escena, acaban de comer algo y están descansando de esto, también se hace evidente que han tomado bastante –lo siguen haciendo–, el exceso aparece como una lógica absolutamente legítima, y por ende legitimadora, de este espacio.

Me acerco, me presento, me siento con ellos en el pasto y les pregunto por su relación con el TC, comienza a hablar Hugo, quien tomará la voz en la conversación. Estos diálogos transcurren por diferentes andariveles, me cuentan de sus añoranzas

sobre el viejo Turismo Carretera, el de las competencias a circuito abierto y acerca de su admiración por los pilotos de antes –todos concuerdan en torno a la leyenda del “Toro” Mouras¹⁴²– y demás cuestiones.

En medio de la charla, que duró alrededor de una hora, la atención se centra en el Vasco, un compañero del grupo que no se puede quedar a pasar la noche y ver las carreras al día siguiente.

El Vasco se acerca y nos dice: “hasta pronto, que se diviertan mañana cuando gane el Chevrolet” todos nos paramos y acompañamos al Vasco que se va, preguntan: “¿se va el Vasco?”, Alberto contesta: “sí, se va, se tiene que ir a un casamiento en Longchamps”. Se van saludando muy afectuosamente y me dicen: “mirá Torino y Chevrolet” –en alusión a sus saludos– un modo de presentarme pruebas que refuercen sus autorelatos. La expresión “Torino y Chevrolet” resume la idea de la tolerancia como característica primaria de lo que representa *la familia teceísta*, condición que es presentada ante mis ojos como una prueba de lo relatado.

Después de despedir al Vasco vuelven diciendo: “se largo a llorar cuando se iba, se le caían las lagrimas al Vasco, boludo”. Acotan con cierta congoja y ternura, manifestando entender el sufrimiento que atraviesa el Vasco al tener que irse, “es una cosa de locos” comentan.

Osvaldo se dirige a mí y me dice: “¿Ves lo que te digo? venís, podés traer a los vecinos, es lo que te digo, para mí el TC es esto, el folclore de los amigos sigue siendo el mismo, afuera sí por ahí cambia, pero acá adentro...”. A modo de saludo silban, agitan sus brazos y alguna remera, para saludar la partida del Vasco.

¹⁴² Un corredor emblemático del Turismo Carretera, que se encuentra asociado a la generación de pilotos-mecánicos del TC. A Mouras se le atribuye el reconocimiento como un gran conductor, pero al mismo tiempo el valor del coraje y la osadía. Leyenda que encuentra su punto máximo de cristalización al ser uno de los pilotos que murió en un accidente de carrera, compitiendo en el TC.

Se aleja el Vasco en el camión y toca bocina para saludar a los que se quedan en la carrera, vuelven con los comentarios al respecto: “se iba llorando el viejo”, Hugo me acota: “Eso, eso te emociona, pobre viejo, se iba llorando”.

La partida del Vasco funcionó como otro potente catalizador de los relatos sobre los lazos de socialidad que los entrevistados construyen y reafirman con sus prácticas en el autódromo. El acontecimiento y la escena de la partida del Vasco fue reconstruido, por el grupo de entrevistados, en argumento para reafirmar los auto-relatos sobre los que venían insistiendo. De esta forma, a medida que acontecía cada momento de la partida, se dirigían a mí y me decían “ves lo que te digo”, con el caso del Vasco presentaban ante mí la prueba de sus aseveraciones.

En ese mismo movimiento, el acontecimiento funciona como otro mecanismo de ratificación de la propia identidad como *familia teceista* y la alteridad respecto de aquello otro que se presenta como lo violento, lo desvirtuado por los intereses económicos, “lo contaminado”, “lo que cambió”, etc.

La partida del Vasco, y su correspondiente relato, resume y condensa la potencia simbólica de lo que aquí nos encontramos describiendo como *familia teceista*.

La tolerancia, en tanto valor intrínseco a esta grupalidad, se presenta como una condición factible de ser demostrada por la comunión y amistad de hinchas de diferentes marcas, sin ningún inconveniente. Por otra parte, la manifestación intensa de lazos de proximidad afectiva, de comprensión y de narración como colectivo, contribuye al relato de una homogeneidad. La certeza de la existencia de un conjunto, que más allá de sus diferencias, se encuentra unido como comunidad homogénea, como parte de una familia.

Al mismo tiempo, la demostración de las sensibilidades que la partida desata, nos permite pensar en otro elemento que sub-

yace y robustece al relato identitario construido por este grupo: La idea de pureza, a partir de la demostración abierta de las emociones ante un forastero. Así, el relato identitario se solidifica en torno a una positividad (autopercepción) y, en el mismo movimiento, en un reverso construido como alteridad (“lo otro”, “lo violento”, “lo desvirtuado”).

REFINAMIENTOS

La indagación etnográfica demanda incorporar a las preguntas sobre *la familia teceista*, una reflexión sobre los modos y las prácticas que, en la cotidianeidad de habitar este espacio, rigen las pautas de socialidad. Problematizar sus modos de estar juntos, haciendo foco en las particularidades del escenario y la correspondiente disposición en él, implica la aproximación a otra arista por pensar, la construcción identitaria del colectivo.

Como se ha descrito, a partir de las indagaciones presentadas anteriormente, las particularidades del escenario se caracterizan por un tipo de relación con el espacio que –en términos generales– no se adecua estrictamente a lo que podríamos llamar *las pautas culturales del refinamiento*. Pensando esto en los términos que la obra de Norbert Elias (2010) lo describe: como una transformación del comportamiento y de la sensibilidad humana en una dirección determinada.

Con la idea de pautas de refinamiento nos referimos, a grandes rasgos, a una serie de marcas de clase relacionadas con una distinción respecto a una serie de otros determinados. Para situarnos, una clara marca del proceso de refinamiento –en la obra de Norbert Elias (2010)– está dada por el uso específico de cada uno de los cubiertos al momento de ingerir alimentos, las normas de comportamiento en la mesa, entre otras acciones.

La incorporación del uso de estos elementos y los diferentes modales son fuertes y claras marcas del *proceso civilizatorio*.

Al mismo tiempo, los modos de estructuración de los entramados sociales, a través de la construcción de los sentidos en torno a la distinción (Bourdieu, 1988) sitúan a las formas de habitar el espacio como modos de diferenciación y de constitución identitaria. Partiendo de estas afirmaciones, podemos incorporar a nuestro tejido de reflexión la existencia de una serie de normas de comportamiento pre-establecidas, cargadas de sentidos positivos, que hacia el interior del entramado social constituyen y garantizan ciertos procesos de legitimación, inclusión y distinción.

Ahora bien, *las familias teceistas* indagadas se disponen en el escenario por fuera de lo que podríamos considerar modos de apropiación identificados con pautas de refinamiento profundas. Como se planteara, la disposición en el espacio se organiza a partir de la ocupación de un terreno descampado, y el armado en el mismo de una serie de dispositivos para ocuparlo: mesas, sillas, carpas, espacios para encender fuego, parrillas, etcétera.

La ocupación se caracteriza por un establecimiento improvisado en medio de un terreno hostil (en el sentido de que no se cuentan con los servicios urbanos tradicionales), donde se organiza la estadía en una relación *cercana con la naturaleza*. Se ponen en funcionamiento una serie de repertorios ligados a las lógicas del camping, entendido esto como un conjunto de instalaciones al aire libre, acondicionadas para alojarse allí temporalmente.

Este escenario, prácticas y lazos de socialidad, no se corresponden con lo que podríamos enunciar como pautas de refinamiento legitimadas. Sin embargo, esta cuestión no nos habla de una no pertenencia a las clases medias, ni de un corrimiento de los sitios en los que se dispone y deposita la otredad por parte

de estos actores, sino de un modo de reconfiguración particular de las complejidades con las que las construcciones hegemónicas se conforman.

La identificación de estos complejos modos en los que se estructuran las relaciones y los escenarios sociales, demandan una observación de los modos sutiles y en algunos casos al parecer contradictorios, en los que se constituyen las tramas de sentido que habilitan el establecimiento y consolidación de entramados sociales desiguales.

De esta forma, resultaría un equívoco entender que la no puesta en escena de las pautas de refinamiento clásicas, significaría directamente un indicador de subalternidad de los actores indagados. Las particularidades de los modos de estar juntos que se constituyen como cotidianeidad, y se legitiman entre *las familias teceistas*, se enmarcan en las significaciones atribuidas a la diferencia existente entre la vida rural y la vida urbana.

Aquí, resulta necesario establecer lazos entre lo que planteáramos anteriormente como la construcción de un relato ligado a la pureza, al momento de dar sentido a las autopercepciones de *la familia teceista*, y la línea de continuidad que podría establecerse con la noción de vida rural. Una línea de continuidad que se ve anclada en un encadenamiento de sentidos positivos y destacables sobre las propias prácticas, los cuales colaboran en la construcción de este relato ideal sobre *la familia teceista*.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Las aproximaciones sobre las que aquí hemos iniciado el recorrido, comienzan a brindar pautas acerca de lo que se planteara líneas arriba sobre la constitución identitaria en torno a la experiencia compartida de asistir a las competencias de Tu-

rismo Carretera. Los elementos que podemos comenzar a desglosar aquí nos reafirman las primeras aseveraciones sobre la edificación de un relato idealizado y sin fisuras, con respecto a un *nosotros* como colectivo: *la familia teceista*.

Al mismo tiempo, como ocurre con toda construcción identitaria, la misma parte de establecer y consolidarse en función de una alteridad se ve aunada fuertemente en torno al fútbol como paradigma de *lo negativo*. Las aseveraciones para definirse a sí mismos parten de referir al espacio del fútbol como un lugar de violencia por definición, lo cual –desde su relato– se situaría en las antípodas de sus valores y prácticas.

La construcción de estas dicotomías remiten inevitablemente a pensar sobre/desde las afirmaciones de Maristella Svampa (2006), quien sostiene que resulta posible pensar la historia argentina desde el binomio civilización-barbarie, entendiendo a éste como la síntesis más acertada de las dicotomías establecidas a lo largo de la historia argentina.

Este tipo de construcción dicotómica se encuentra inmersa en un complejo entramado de significados sedimentados en la historia social argentina. Una referencia rápida nos obliga a pensar que, desde las culturas occidentales, la oposición entre civilización y barbarie se explicaba por las diferencias entre la vida rural y la vida urbana. Resulta aquí interesante el proceso dado en Argentina, ya que las diferentes circunstancias históricas han condicionado esta apreciación, otorgándole particularidades específicas a las consideraciones sobre lo civilizado y lo bárbaro en nuestro país.

La dicotomía civilización-barbarie, se encuentra basada en un temor (podemos encontrar aquí paralelismos con el pensamiento hobbesiano) dado hacia la idea de “la descomposición social”, la amenaza de que los bárbaros puedan destruir las instituciones, los valores proclamados: la cultura, la familia, el

estado, la autoridad, la patria, etc. En fin, el peligro de la disolución de la sociedad como tal (Svampa, 2006).

En lo que podríamos llamar la etapa inicial de la conformación de esta concepción en Argentina, es posible establecer una adaptación muy fiel del marco conceptual brevemente desarrollado sobre esta dualidad. De esta forma, *el bárbaro, el otro* se encontraba representado, a grandes rasgos, por los pueblos originarios y la figura del gaucho, como elementos ahistóricos, incapaces y apáticos de incorporarse al progreso.

Con diferentes matices, podríamos sintetizar que en ambos casos el principal inconveniente y amenaza sobre la *civilización* –desde la óptica de las clases dominantes– estaba dado por la no adaptación de estos sujetos a los nuevos sistemas productivos que las elites criollas impulsaban en el marco de los proyectos de progreso (el capitalismo como sistema socioeconómico)¹⁴³.

Sin embargo este proceso se encontró con acontecimientos históricos que lo obligaron a reconfigurar sus narrativas. El proyecto de construcción de *lo nacional* en Argentina tomó nuevos rumbos ante la llegada de las grandes masas inmigratorias.

Como plantea Pablo Alabarces (2008:40) “la respuesta de las clases dominantes, con diferencias y contradicciones, tendió a trabajar en un sentido fundamental: la construcción de un nacionalismo de elites que produjo, especialmente a partir de 1910, los mitos unificados de mayor importancia. Un panteón heroico, único y sin fisuras; una narrativa histórica, oficial y coercitiva sobre todo discurso alternativo; el modelo del *meeting pot*¹⁴⁴ como política frente a la inmigración y el subsecuente mito de la unidad étnica; y un relato de origen que instituyó la

¹⁴³ Sin dudas, en el caso particular del gaucho, su carácter nómada atentó contra su posibilidad de incorporación al sistema productivo.

¹⁴⁴ *Meeting pot* entendido como el modelo por el cual espacios sociales marcados por una fuerte heterogeneidad surgida por inmigraciones principalmente, son construidos sobre un relato de homogeneidad.

figura del gaucho como modelo de argentinidad y figura épica”.

He aquí una serie de modificaciones trascendentales en los relatos que nos encontramos problematizando. Sin dudas lo más significativo sería esta reivindicación del gaucho como fenómeno cultural y como “expresión autóctona de la argentinidad”, con una consecuente reconsideración sobre su *hábitat*, el espacio rural asociado a la barbarie.

El antiguo enemigo, luego de su extinción¹⁴⁵, paradójicamente se convierte en el principal argumento para contener y atacar la nueva *amenaza bárbara* que representan las masas inmigratorias. Siempre aquí latente el temor de la *disolución social* sobre el cual se sostienen las teorías que entienden la existencia de la barbarie, pero en este caso se lleva a cabo una relocalización de la otredad, dejando de lado la asociación barbarie-vida rural.

Debilitada la potencia de la asociación naturaleza-barbarie, como una amenaza concreta, es posible observar de qué manera se da lugar a un proceso opuesto que implica la idealización del espacio rural.

Raymond Williams (1973) nos brinda claves para comprender la consolidación de este proceso en términos amplios, como parte de un movimiento de la cultura occidental. En *El campo y la ciudad*, escrito que reconstruye a partir de un rastreo por las obras literarias y sus experiencias directas, la serie de sentidos que habitan el diálogo establecido entre ambos significantes (campo-ciudad) podemos encontrar claves para aproximarnos a la densidad de la problemática.

Así Williams (2011: 25) sostiene que: “El campo atrajo sobre sí la idea de un estilo de vida natural: de paz, inocencia y virtud

¹⁴⁵ Principalmente dada a causa del cambio en el sistema productivo y la incorporación del alambrado como elemento de división de la propiedad privada, lo cual quebró definitivamente los medios de subsistencia (el nomadismo como modo de vida).

simple. Mientras que la ciudad fue concebida como un centro de progreso: de erudición, de comunicación, de luces. También prosperaron las asociaciones hostiles: se vinculó a la ciudad con el lugar de ruido, de vida mundana y de ambición; y al campo con el atraso, la ignorancia y la limitación. El contraste entre el campo y la ciudad, como dos estilos fundamentalmente de vida, se remonta a la época clásica”.

Entre los actores indagados por este trabajo, la asociación que prevalece es la primera que Williams señala, la certeza de que la vida rural representa, por defecto, un espacio de inocencia, sencillez e integridad. Una serie de atributos enlazados entre el TC y la vida rural, que en el mismo movimiento son relacionados –y adosados– a la definición de las características de lo que denominamos *familia teceista*. No se trata de una explicación que deriva de las características del espacio a las particularidades de los sujetos, y viceversa, sino de un enlace continuo entre ambas dimensiones retroalimentándose.

De este modo, nuestro análisis nos permite identificar las cadenas de significaciones que, en relación, otorgan sentido a los procesos de idealización y embellecimiento acerca de la *familia teceista*, léase: los autorelatos de nuestros actores.

Estas series de sentidos que se estructuran, están directamente relacionados con un conjunto de procesos que en adelante intentaremos describir. Por un lado, podemos observar a partir de los relatos recogidos y –más fuertemente– de la indagación etnográfica que nos da pistas concretas sobre los sentidos que habitan ese espacio de socialización, purifican y embellecen la experiencia del contacto con la naturaleza.

Es posible leer que en la escena construida por los públicos del TC habita un relato de añoranza, añoranza sobre lo que podríamos tipologizar como un *modo de vida rural* que se encuentra vinculado a la idea de *pureza* (una significación codificada

también a partir de la nostalgia por las viejas competencias del TC). Cabe destacar que dicha añoranza no se vincula directamente con experiencias concretas y propias, sino con significaciones ampliadas a diferentes referencias (historias familiares, relatos épicos en torno al TC, entre otras).

Al mismo tiempo, la condición de la añoranza se encuentra vinculada directamente con la característica evolutiva inmanente que Williams (2011) identifica en el capitalismo. Más específicamente, podemos decir que: el modo de organización social capitalista se ha caracterizado a lo largo de toda su historia por lograr la transformación de un medio –de un modo dramáticamente productivo– donde se utiliza a los seres humanos y a la naturaleza misma como instrumentos de un propósito dominante.

Así, reflexionando acerca del escenario en los términos que Raymond Williams nos propone, la añoranza –en este modo de organización social– se presenta como un elemento *residual* ineludible del devenir capitalista. En la lógica de estos procesos se enmarca nuestro camino de investigación, con la preocupación por dar cuenta de los modos en que se ha resuelto y consolidado este sentido de añoranza. Cuestión que, para el caso inglés, plantea Williams (2011:119) del siguiente modo: “Alrededor de la idea del núcleo rural creció una estructura real de valores que se inspiró en varios sentimientos profundos y persistentes: una identificación con las personas entre las cuales crecimos, un apego al lugar, al paisaje en el cual comenzamos a vivir y aprendimos a ver”.

Ahora bien, al adentrarnos a este núcleo de valores que carga de significaciones aquello que nombramos como *familia teceista*, se desatan otra serie de interrogantes acerca de la especificidad y particularidad del proceso observado. A partir de nuestro recorrido, podemos escudriñar las referencias a la

añoranza, en términos estructurales, como una derivación de la lógica de transformación impuesta por el capitalismo.

Al mismo tiempo, nuestras indagaciones al campo permiten encontrar una producción de narraciones y sentidos compartidos, como primera respuesta a esa condición macro. Una contestación que se ancla en la producción de un relato capaz de enaltecer determinadas características del colectivo como únicas y, sobretudo, diferentes respecto de una alteridad que se caracterizaría por los anti-valores (lo violento, lo desvirtuado, etcétera).

Nuestras aproximaciones nos permiten distinguir en el tejido de la heterogeneidad de sentidos que habitan en el seno de *la familia teceista*, un conjunto de actores que construye un escenario, se autoreconoce allí, se narra, y define una serie de máscaras, dentro de unas determinadas coordenadas: la civilización, para nuestras categorías analíticas.

Ante esta cuestión, es posible leer el modo en que se comienza a edificar, y luego se solidifica, un bloque homogéneo. El mismo se constituye –se narra– como un grupo de actores que comparten determinadas certezas y establecen alteridades respecto de unos *otros*, una conformación que permite erigir y determinar legitimidades, posibilitando los cimientos de procesos de construcción hegemónica y, por ende, de lógicas de segregación.

Allí, luego de estas certezas construidas, *la familia teceista* se posiciona como una referencia de pureza y civilidad, condiciones que le permitirán pensarse bajo lógicas de diferenciación y supremacía respecto de otros colectivos. Es en este punto donde resulta fundamental explorar y conocer las series de sentidos que habilitan al establecimiento de tales certezas.

BIBLIOGRAFÍA

- Alabarces, Pablo, *Fútbol y patria*. Buenos Aires, Prometeo, 2008.
- Alabarces, Pablo y otros, *Hinchadas*. Buenos Aires, Prometeo, 2006.
- Archetti, Eduardo, *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*. Buenos Aires, FCE, 2001.
- Bourdieu, Pierre, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus, 1988.
- Bourdieu, Pierre, *El sentido práctico*. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2007.
- Bourdieu, Pierre, *Estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2011.
- Castoriadis, Cornelius (2005), *Figuras de lo pensable*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Castoriadis, Cornelius, *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires, Tusquets editores, 2007.
- Elias, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Goffman, Erving, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu, 1981.
- Guber, Rosana, *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires, Paidós, 2004.
- Svampa, Maristella, *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires, Taurus, 2005.
- Thompson, E.P, *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona, Crítica, 1984.
- Wacquant, Loïc, *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- William, Raymond, *El campo y la ciudad*. Buenos Aires, Paidós, 2011.

CONCLUSIONES

¿QUÉ ES UN CAMPO, Y TÚ ME LO PREGUNTAS?

POR MARÍA GRACIELA RODRÍGUEZ

El intertexto del título remite, obviamente, a Neruda. Pero también a Bourdieu, quien lúcidamente reconstruyó las lógicas sociales y políticas que organizan los campos, y nos permitió des-naturalizar estos procesos, re-ubicarlos en la historicidad que poseen para empezar a ver actores y líneas de fuerza. Tal vez Bourdieu, en su afán de generalizar sobre estas lógicas, haya dejado a oscuras las microscópicas acciones (humanas, concretas) que hacen a la conformación de un campo. Así, desde una mirada que pretende observar el extremo opuesto, el de las minucias cotidianas, Becker también nos provee pistas para entender la conformación de un campo, si bien la perspectiva de sus etnografías, por el propio efecto de *lupa*, lo haya llevado acaso a minimizar el papel de la historia en estos procesos.

Entre un extremo y el otro, entre Becker y Bourdieu, en el medio hay personas de carne y hueso, con nombre y apellido, que a lo largo del tiempo hacen cosas para fundar, fortalecer, documentar, conseguir subsidios, sumar becarios e investigadores, escribir *papers* y artículos, viajar a congresos, poner en circulación las ideas, dejar registro, y finalmente, si la batalla da sus frutos, administrar el campo o, al menos, intervenir en él o inclusive pelear por su administración. El campo de estudios en deporte y sociedad en la Argentina no escapa a estas lógicas. De hecho, esta compilación pretende operar sobre ese campo, ampliando los tópicos, colocando nuevos interrogantes, abriendo las preguntas. Los compiladores se reconocen integrantes y han movido sus fichas en la dirección correcta; una dirección que, sin embargo, está hilvanada con la historia misma del campo, con lo que es posible decir en un momento dado. Seguramente las preguntas, interrogantes y tópicos que se instalan con esta compilación, no hubieran podido formularse en otro momento.

Estas acciones, este hacer cosas, son la mayoría de las veces invisibles a los ojos de los profanos, que reconocen un campo de manera global, justamente por los índices que surgen de esas acciones, pero desconocen los detalles de las estrategias internas. Sólo los participantes conocen *la cocina*, saben qué significa un apellido, una institución, un archivo, un prefacio firmado, una contribución, un ninguneo, una celebración. Así, ¿de qué está hecho un campo? ¿Cómo describir sus elementos y sus lógicas sin caer en un academicismo que conduciría irremediablemente al Bourdieu más árido? Un camino es dar cuenta de las peripecias de un caso concreto e intentar poner la trama del revés, es decir, mostrar esos elementos y sus lógicas en su cotidianeidad. Este es el objetivo de esta presentación.

Es necesario, en este punto, hacer dos advertencias: en primer lugar, que no se trata de una revisión completa del campo,

sino de un tiempo y espacio particulares: el tiempo que va desde los inicios del campo hasta el año 2002, y el espacio circunscrito a la Argentina; tiempo y espacio en que fui testigo de su construcción; y en segundo lugar, que el objetivo de producir este relato no está orientado por hacer una mera descripción, sino que pretende iluminar las motivaciones y decisiones que tomaron los compiladores, encuadrados en la singularidad de la historia de ese campo, y poner ambos elementos en relación. La propuesta de incluir en esta compilación temas y objetos diversos dentro del área ya holgadamente establecida de los estudios sociales del deporte implica nítidamente una operación de ampliación del campo. No obstante, esta ampliación no surge simplemente como resultado de intereses personales, sino más bien de la conjunción entre la emergencia, en el contexto amplio del deporte, de novedades de las cuales diversos investigadores se han hecho cargo, y la madurez del propio campo. Esto es lo que habilita a esta compilación a plantear una agenda escasamente explorada hasta el momento y que merece ser tenida en cuenta.

Entonces, la idea es que a través de una mínima y parcial historia del campo local, se puedan reconocer los modos en que diversos temas y puntos de reflexión se fueron incorporando en la compilación de Juan, José y Verónica, qué se arrastra del pasado, de qué maneras se formulan nuevas preguntas, bajo qué circunstancias, con qué potencialidades y con qué limitaciones.

EN LOS INICIOS

Cuando, en 1996, se publicó *Cuestión de Pelotas*, éramos concientes de dos cosas: la primera, que ese libro inauguraba algo nuevo, no por pedantería, sino porque lo hacía en clave de academia local y en el marco de las ciencias sociales, y espe-

cíficamente en el de una disciplina que toma para sí los debates críticos sobre cultura y sociedad (cuestión no menor dado que, a excepción de los trabajos de Archetti, la gran mayoría del material producido sobre el tema provenía del periodismo);¹⁴⁶ y la segunda, era que se trataba de un primer gesto destinado a poner en un mismo anaquel a las –en ese entonces– escasas producciones locales sobre deporte, cultura y sociedad; un anaquel grueso, desprolijo, donde entraba Maradona, la patria, o el programa de televisión *Fútbol de Primera* en un mismo nivel de apreciación. Se trataba de sumar. En ese momento, era la estrategia necesaria para la presentación en sociedad del campo.

Cuestión de Pelotas no tuvo prólogo, fue hecho y publicado casi a pulmón por iniciativa de Pablo Alabarces. No fue sino hasta dos años después, cuando sale *Deporte y Sociedad*, una compilación de Alabarces, Di Giano y Frydenberg editada por Eudeba, que Eduardo Archetti es convocado como prologuista de ese libro. Menciono esto porque los prólogos tienen una importancia crucial en la constitución del campo, funcionan como firmas legitimantes. Quienes hacen el prólogo son convocados en cierta coyuntura particular para legitimar la posible administración del campo; y en el caso de los que hacen los prefacios, son quienes legitiman a su vez al/a los prologuista/s, como hubiera podido ser el caso, por ejemplo, de esta misma compilación si no fuera porque Archetti ya no está entre nosotros y por ende no puede ya hacer un prefacio, lo que hubiera ratificado la posición (de administrador) en el campo del/de los prologuista/s. A su vez los prologuistas habilitan y legitiman al autor y/o a los colaboradores (cuando es una compilación) en una cadena de legitimidades que vale la pena restituir para ver

¹⁴⁶ Salvo por los ensayos de Enrique Pichón-Riviére y Ana P. de Quiroga (Cfr. 1985), y las investigaciones históricas de Frydenberg a quien apenas empezábamos a conocer.

en movimiento los primeros escauceos alrededor de una fundación particular. Nada hay de extraño o descortés en estas notas: es la lógica del campo, aquella que Bourdieu ha objetivado con tanta lucidez.

Con la bendición de Archetti, entonces, muy rápidamente el campo comenzó a esbozar sus potencialidades y a delinear sus límites. Al año siguiente, en 1997, se realizaron dos reuniones, una en Buenos Aires y otra en Lima, como parte de un esfuerzo de conformación de un Grupo de Trabajo del Consejo Latinoamericano de Ciencias sociales (CLACSO) coordinado por Alabarces. Fueron momentos de expansión, donde predominaban las invitaciones entre grupos de distinta procedencia académica (la Historia, la Física, la Sociología, la Comunicación, entre otras), y de voluntades compartidas para establecer diálogos en una suerte de lenguaje común que, finalmente, no se logró declinar.¹⁴⁷ La heterogeneidad de temáticas, sedes académicas y experiencias de investigación obraba como potencial pero también como obstáculo a un desarrollo sostenido. El campo, en expansión, pedía simultáneamente su constricción. Finalmente, las traducciones devinieron traiciones y el lenguaje común un espacio apenas transitado, donde sobrevivieron básicamente la antropología, los estudios culturales y la sociología histórica. Algunos partieron buscando otros espacios relativamente autónomos; otros se quedaron un tiempo más; el resto se acomodó.

De todos modos, la rueda ya estaba en movimiento: se había conformado un capital común, y por eso mismo, en disputa. La formación de un campo, además de su institucionalización (membrete, firmas, bibliotecas, etc.), trae consigo la progresiva construcción de un capital común, que por ser común está

¹⁴⁷ En este punto, un dato que agradecería a Becker tiene que ver con los vínculos personales, de amistad y disciplinares, que mantenemos con Ángela Aisenstein, referente significativa del campo de la Educación Física, amistad que colaboró en la voluntad de diálogo.

precisamente en juego. Y a la par, por su misma dinámica, esta construcción produce, parafraseando a Bourdieu, gente dispuesta a jugar ese juego, lo que implica un reconocimiento no sólo del capital en disputa sino, más aún, de las leyes de ese juego. Así, mientras un cierto *habitus* se iba diseñando, desfilaban tesis de grado y posgrado; artículos en revistas y compilaciones; capítulos de libros; ponencias; dictados de seminarios; dirección de becas. Y al mismo tiempo se aceptaban –y reproducían, claro– las reglas de juego.

Si Becker hubiera participado de estos primeros momentos de formación del campo, hubiera observado los movimientos y las estrategias de los agentes en pos de aprender lo necesario para pertenecer; como también las cadenas de determinaciones y contingencias por las cuales cada cual fue ocupando diversas posiciones; y las minucias que, como en todo grupo humano, atravesaron lo personal y lo académico hasta el punto de confundirse ambos en uno. Pero ni Becker ni nadie estaban ahí para registrarlo. Y algunas escenas se esconden en la memoria, que en mi caso no es de fiar. Lo cierto es que Becker hubiera visto personas pretendiendo participar de un campo y, en esa pretensión, dotándose simultáneamente de un *oficio*, de técnicas, de referencias, de lenguajes específicos, de ciertas creencias. El campo provee conocimiento práctico y dóxico: el conocimiento práctico permite jugar el juego; el dóxico saber de qué se está hablando. El *habitus* se va formando minuciosa e inexorablemente, y en ese proceso, en el *mientras tanto*, se reconoce la legitimidad del capital en juego.

Así, entre *Cuestión de Pelotas* y la circulación de ideas, básica pero no únicamente en el grupo de CLACSO,¹⁴⁸ se fue conformando también una suerte de listado de temas como base de un

¹⁴⁸ Lima (Grupo Deporte y Sociedad de CLACSO en formación, 1997), Buenos Aires (en una nueva instancia de conformación, también en 1997), Cochabamba (1999), Quito (2000), Montevideo (2002).

campo que de a poco dejó de recibir el calificador “en construcción” para sostenerse con sus propios pies. Los temas prometían ser variados, si bien en los inicios se privilegió la relación entre fútbol y nación, lo cual, de alguna manera, fue moviendo a los márgenes a quienes no tocaban centralmente ese tópico. Además, la estrategia expansionista requería a la vez cautela y sensatez para delimitar el listón cualitativo, la vara académica.

¿Por qué fútbol y nación? Probablemente las razones tuvieron que ver con estrategias de coyuntura doblemente orientadas: adentro del campo el momento expansivo hacía del fútbol la *mercancía* más operable para dar cuenta de la perspectiva crítica que se postulaba necesaria: es popular, es masivo, toca cuestiones relacionadas con la economía, posee una profunda imbricación histórica con las dinámicas sociales locales, y especialmente con la conformación de los sectores populares. En este sentido, fueron seminales los trabajos de Julio Frydenberg, aportando minuciosas y rigurosas investigaciones sobre los orígenes del deporte más popular. Y, nuevamente, las lecturas de Archetti ponían esta historia en valor al articularla con las identidades nacionales.

Por otra parte, y hacia afuera del campo, *nación* era un tópico suficientemente serio como para convocar la atención de la academia local, cuyas tradiciones hasta el momento habían aceptado muy a regañadientes al fútbol por tratarse de un objeto menor. Nación, en ese contexto de los inicios, equilibraba los resquemores. Y dado que, además, por petición de principios, se postulaba una perspectiva transdisciplinaria, esto requería establecer un diálogo plural, echando mano de *cajas de herramientas* conceptuales diversas. En este sentido, los aportes sobre fútbol y nación de la mano de Alabarces, que abrevaba en una reflexión de larga data sobre, justamente, la necesidad de ampliar los cánones legítimos y de incorporar a la investigación

objetos *incómodos*, se constituyeron claramente como la marca del inicio del campo.¹⁴⁹ Junto con esta inclusión, también su propuesta inicial, nunca abandonada, de adoptar una perspectiva transdisciplinaria, fue crucial para la apertura que se produciría un tiempo después.

Mientras tanto se hicieron investigaciones sobre fútbol, entonces, como una forma de analizar la nación. Una nación que, de este modo, y sin embargo, parecía diluirse en dos terrenos arenosos –si bien seductores–, que ponían en tensión la cuestión de las identidades: por un lado, porque se presuponían fuertemente marcadas en términos de masculinidad; y por el otro, porque analíticamente se presentaban atravesadas de maneras centrales por la mediación del mercado de la cultura. La que producía el fútbol –Hobsbawm mediante–, devino en una *nación inventada*; las críticas al constructivismo en los estudios sobre nación¹⁵⁰ todavía no habían llegado al campo (¿llegaron ya?); y en todo caso –se postulaba– eventualmente se trataba de un “nacionalismo banal” (Billig, 1995) como sostendría Villena Fengo (2000). Y con eso se cerraba la cuestión. La tesis central de Alabarces en su *Fútbol y Patria* (2002) trabaja, justamente con la idea de la constitución de un rol supletorio de los medios en la formación de nacionalismos, frente a la ausencia –o el debilitamiento– de los tradicionales mecanismos estatales para su producción: las narrativas de la nación habían sido secuestradas por el mercado de la cultura y, específicamente, por el espectáculo del fútbol.

Una de las críticas posibles a este punto de llegada, siempre en términos de construcción del campo, es que la mediación del mercado de la cultura reducía las posibilidades de pensar al fútbol en clave de *clase*, básicamente porque, como se sabe,

¹⁴⁹ Este gesto fue iniciado, en verdad, por Eduardo Romano, Aníbal Ford y Jorge Rivera, con quienes Alabarces se formó en los inicios de su carrera.

¹⁵⁰ Para profundizar en los términos de ese debate, ver Grimson (2011).

los medios de comunicación operan centralmente diluyendo el conflicto (Martín Barbero, 1983; 1987). De ahí que es posible decir que la centralidad que tuvo el par *fútbol y nación* en los inicios del campo de los estudios sobre deporte, sembró algunas deudas que el campo necesariamente hubo de recoger más tarde (sigo en esta afirmación al prólogo de este libro y a los intereses originales de los compiladores). Por un lado, se debilitaron de algún modo las posibilidades de pensar la construcción identitaria que tracciona el fútbol, por fuera de una audiencia masculina (más allá de la corroboración del aumento creciente de público femenino, que de ningún modo empardea al primero); por el otro, el análisis de las narrativas mediáticas presupone el gesto inclusivo de la industria del espectáculo en términos de públicos, y si bien se sugería la posibilidad de observar en esas mismas narrativas las fisuras discursivas, la propia perspectiva de lectura cerraba el paso al análisis de las prácticas de los sujetos que el mercado, en todo caso, podía constituir como sus públicos. Otras claves analíticas como clase, género, generación, e incluso etnia, aún esperaban su turno. El imperialismo analítico echó su manto: hasta la política parecía haberse futbolizado.

Sucedía entonces que los tópicos que no estuvieran o bien relacionadas con el fútbol *in toto*, o bien vinculados a un tema *serio* como nación y deporte, se topaban con obstáculos en su búsqueda de reconocimiento. De todas maneras, lo que fue en un primer momento una estrategia de crecimiento, si bien con los límites mencionados, proveyó también la apertura de nuevos horizontes, y con esta apertura la aparición de una perspectiva oxigenante. Y es que el fútbol en sí mismo propone permanentes agendas sociales de discusión que emergen de cierta conflictividad atribuible a los comportamientos de las hinchadas, cuestiones que comenzaron a aparecer como urgentes para un tratamiento social a principios del 2000. Este fue el andarivel

por el que ingresaron los primeros etnógrafos de las hinchadas contemporáneas.¹⁵¹ Los desafíos que se plantearon entonces, y que el campo recogió rápidamente para ubicarlos en un lugar de privilegio, apostaban a pensar la construcción de identidades –por el momento persistentemente masculinas– en la situación concreta de ser hinchas. Y lo más importante es que estos desafíos implicaban reconstruir estos procesos desde el punto de vista nativo, como no podía ser de otra manera. La nación lentamente dejaba paso a otras claves analíticas que permitían dar cuenta de sentidos y prácticas contruidos grupalmente: las operaciones para-políticas de los hinchas (Ferreiro y Fernández, 2005); la construcción del *capital violencia*, habilitante para negociar dones y contrapones (Garriga Zucal, 2007); las disputas territoriales (Gil, 1999); y hasta la comensalidad (Moreira, 2005). El fútbol seguía siendo protagonista de peso pleno, pero mostrando ahora una nueva faceta.

MUJERES EN ESPACIOS DE HOMBRES

Justamente, desde el corazón mismo del protagonismo que presentaba el fútbol y más específicamente del que provenía de hacerse cargo de las perspectivas de los actores, un grupo de mujeres intentamos reflexionar sobre cuestiones de género suscitadas en ese particular universo masculino que es el mundo futbolístico. Abrimos esa brecha preguntándonos precisamente sobre la naturalización de la conformación históricamente masculina del fútbol, su capacidad de establecer normas y reglas no dichas, y las modalidades que asume esta naturalización en las

¹⁵¹ Fueron pioneros en este abordaje, justamente Verónica Moreira y José Garriga, también Gastón Gil y el equipo dirigido por Juan Pablo Ferreiro. El libro de Alabarces et al (2005) representa un momento culminante de ese momento, con la publicación de avances de investigaciones diversas.

experiencias de mujeres que asisten a ver los partidos (Cfr. Binello, Conde, Martínez y Rodríguez, 2000; Conde y Rodríguez, 2002). En esos trabajos es Alabarces quien escribe la introducción (en el caso de la compilación de 2000) y el prólogo (en el caso del libro escrito junto con Mariana Conde, de 2002), ratificando su creciente papel de administrador del campo y, simultáneamente, confirmando las hipótesis de la masculinización de los estudios sobre deporte, sociedad y cultura.

De todos modos, como las reglas habían sido aceptadas hacía rato, los resultados de este trabajo se presentaron en reuniones internacionales y nacionales¹⁵² como parte de una estrategia que obviamente contribuyó a la consolidación del campo, destinado casi en exclusiva al fútbol y sus derivas: su historia, la nación, las hinchadas y, ahora también, las mujeres. No obstante, sería injusto no reconocer que otros deportes se fueron incorporando, si bien con menos centralidad efectiva, y que en esta inclusión tuvieron un papel especial dos circuitos: la circulación de trabajos en reuniones científicas regionales;¹⁵³ y los espacios de intercambio científico-pedagógico.¹⁵⁴

En poco tiempo, entonces, se constituyó un cuerpo de conocimientos, que fue creciendo a la par de una historia, un –breve pero rico– pasado, un corpus de documentos, un archivo. Se trataba de un conjunto, en fin, de obras que daban testimonio de la historia de ese campo. A su vez, como lo testifican todos los estados de la cuestión, comenzaron a verse las propias huellas

¹⁵² En algunos casos en forma individual, y en otros grupalmente, el trabajo fue presentado por Gabriela Binello, Mariana Conde, Analía Martínez y María Graciela Rodríguez, en 1998, 1999, 2001, 2002 y 2003.

¹⁵³ Tal como lo relata Alabarces, en este mismo volumen.

¹⁵⁴ Me refiero, particularmente, a la Licenciatura de Educación Física y el Departamento de Posgrado de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), y al Área de Estudios Sociales del Deporte de la Secretaría de Deportes de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y, más recientemente, al Centro de Estudios del Deporte de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM).

del campo en esas obras, elemento clave para su identificación como tal, según lo plantea Bourdieu. Reconocer las huellas del campo es un mecanismo que, a su vez, produce un *efecto de campo*, lo que significa que ya no se puede comprender una obra, y su valor, sin conocer la historia de su contexto de producción. En el transcurso, mientras que las etnografías de hinchadas constituían un importantísimo impulso dinamizador, otros estudios fueron desestimados. Las razones de estos virajes son múltiples (y Becker seguramente se hubiera hecho un festín), entre ellas las que se relacionan con los límites propios del trabajo de campo con hinchas, y las que lo hacen con cierto sentido común extendido que prescribe un específico campo de interlocución futbolístico.

En el primero de los casos, las etnografías dedicadas al trabajo de campo con hinchas en las propias gradas, enfrentaron límites epistemológicos cuando quienes las llevaban a cabo eran mujeres.¹⁵⁵ El universo de los hinchas de fútbol es, se sabe, práctica y simbólicamente masculino, pero se trata de una masculinidad no hegemónica que está ligada no sólo al aguante y la corporalidad exacerbada, sino también a un tipo de relacionamiento de género que ubica a las mujeres en posiciones o bien de exterioridad, o bien de subordinación (se las protege). Por eso mismo, una parte de los sentidos nativos de los hinchas parece quedar ocluida cuando es atravesada por la mirada y la práctica femenina, en el encuadre de un universo que toma para sí, y defiende, elementos de un sentido práctico genderizado con los cuales se organiza la vida cotidiana.

En el segundo, el del sentido común socialmente extendido, las razones fueron en cambio más pedestres, es decir no tanto sesgadas por la construcción del conocimiento sino por posiciones incómodas vinculadas a interacciones cotidianas, imposi-

¹⁵⁵ Para ampliar ver Moreira (2010).

bles de des-familiarizar cuando se participa del código común. Como se mencionó, ya entre 1998 y 1999 habíamos comenzado a sospechar sobre el peso fuerte del universo masculino en el fútbol, y los lugares no hegemónicos a los que estamos destinadas las mujeres, tanto en los estadios y/o en la sociedad, como en sede académica. De hecho, estas sospechas iban, con el tiempo, creciendo como certidumbres a partir de la acumulación de situaciones en las cuales, sin previo aviso, las mujeres que participábamos en eventos académicos quedábamos afuera de la interlocución cuando ésta se orientaba a las anécdotas futbolísticas, a las minucias de los partidos. En varias oportunidades nos sucedió que, estando con Mariana Conde en el medio de un intercambio con un fuerte registro académico, los varones presentes *switchearan* rápidamente y sin solución de continuidad a conversaciones que pertenecían claramente al mundo cotidiano del fútbol: quién hizo aquel gol en ese Mundial; cómo pudo errar ese penal tal jugador; qué calidades tenía Fulano para ser volante por izquierda; quién era el DT de ese equipo que sacó a aquel otro de la Eurocopa... Un muro que separaba la ignorancia del saber se levantaba entre ellos y nosotras que no podíamos participar de ese circuito ni siquiera con una frase. Creo que en el medio de esas conversaciones de las cuales quedábamos repentinamente excluidas (y acaso sabiendo que nadie nos prestaba atención) fue cuando decidimos hacer un trabajo sobre las mujeres que van a la cancha. Seguramente una de las hipótesis más fuertes, aquella que daba cuenta de la imputación de imposibilidad de poseer un saber futbolístico a las que son condenadas esas mujeres en los masculinos escenarios futbolísticos, se veía confirmada por nuestras propias experiencias en los circuitos académicos. Tal vez suenen exagerados estos comentarios y probablemente haya quien levante el dedo para rebatir estas apreciaciones; no obstante, la profundidad y naturalización de los lazos que el fútbol tiene con el universo masculino es tal, que a los propios varones les cuesta reconocerlos. De hecho, en

1999, durante la presentación de un libro sobre fútbol, Juan Sasturain afirmó al pasar que este deporte convoca a *toda* la población mundial, y sólo una voz se escuchó en la sala rebatiendo el argumento para reducir esa convocatoria a la mitad de la población: la masculina.

Si menciono estos episodios no es para pronunciar denuncias de corte feminista ni para producir un anecdotario, sino para señalar que cuando el campo de estudios sobre deporte, sociedad y cultura se dedica al universo futbolístico, está expuesto a unos límites al conocimiento derivados de la propia condición de género de los y las observadores/as. Por un lado, cuando se comparte el sentido práctico con los propios sujetos de la observación –y esto es válido también para los estudios sobre mujeres hechos por mujeres–, se pone en tensión la capacidad de situarse en una posición de exterioridad respecto de aquello que requeriría ser objetivado; por el otro, cuando la distancia de género es máxima, como podría serlo el caso de las etnografías de hinchas varones realizadas por mujeres, los límites al conocimiento aparecen por la oclusión de zonas de prácticas donde el propio rol femenino está predefinido.

Ciertamente, la resistencia a la emergencia de temáticas como el género dentro del campo de estudios del deporte, presentaba dos líneas de fuerza: una endógena, ligada a la posesión de un sentido práctico por parte de los propios participantes, que asociaba a las mujeres al no-saber, a la protección, a los márgenes; y una exógena, asociable a los universos simbólicos extendidos que cubrían a legos y profanos, todos ellos nativos. No obstante, el género efectivamente ingresó al campo, si bien por la vía de las masculinidades no hegemónicas, ya sea a través del análisis de la construcción de sentidos identitarios de las hinchadas, como en algunos trabajos que ponían el foco en la escuela, y específicamente en las prácticas de la Educación

Física (Shragradosky, 2004; Aisenstein y Shragradosky, 2006) como modo de dar cuenta de las sutiles formas de la educación deportiva genderizada.¹⁵⁶

En ese sentido, la compilación de Verónica, José y Juan recoge estas preocupaciones al menos en dos de sus artículos: el de Uliana dedicado al fenómeno de Las Leonas (que, en mi modesta opinión, hubiera ameritado una puesta en diálogo con, justamente, la profusión de trabajos sobre deporte, mercado y nación), y el de Sojo que focaliza sobre el hipismo y la navegación a vela. Si la centralidad actual del tema de género puede verse en la profusión de análisis académicos, seminarios, charlas e incluso desarrollos periodísticos y militancias varias, era hora de que el campo de estudios sobre deporte tomara su estudio para sí. Se celebra.

EL DEPORTE Y LA CLASE

Es evidente que el crecimiento exponencial de los desarrollos de las industrias culturales ligadas al deporte, y muy especialmente de la televisión, han expandido los lugares donde pensar viejas relaciones en escenarios nuevos. ¿Cómo se tramitan los sentidos nacionales a través de la espectacularización de deportes sólo recientemente masificados? Es el caso del hókey con Las Leonas y el rugby con Los Pumas, y también los de los seleccionados de voley y de básquet (¿por qué no tienen nom-

¹⁵⁶ Probablemente esté siendo injusta, porque a partir de 2002 perdí el rastro de los desarrollos en el campo local, y sólo hice lecturas fragmentarias. Sé que tanto en la UNLP, como en la Secretaría de Deportes de la UBA han continuado produciendo investigaciones sobre la conjunción Deporte-Cuerpo-Educación Física. Vaya en esta nota, entonces, el reconocimiento de mi ignorancia acerca de posibles investigaciones sobre el tema, y un sincero agradecimiento a tanta gente bonita que me acogió para dar seminarios, charlas, tesis para evaluar y espacios para publicar.

bres zoofílicos todavía?), cuyas transmisiones televisivas en ocasiones de campeonatos internacionales han producido una gran adhesión. Para dar sólo un ejemplo, durante el Mundial de Rosario de 2010, el seleccionado argentino femenino de hockey sobre césped, alcanzó promedios de rating no sólo inéditos en la historia de ese deporte sino, incluso, superiores a algunas emisiones de fútbol y básquetbol: 9.8 puntos contra Sudáfrica; 9.8 contra China; 8.8 contra Corea del Sur y 9.1 contra Inglaterra. Las Leonas superaron el rating del partido de fútbol Racing-Olimpo (9.8 contra 8.2) y el que registró el seleccionado de básquetbol en su partido contra Brasil en los octavos de final del Mundial de Turquía (5.6). Los partidos nocturnos, televisados por la señal abierta de Canal 7, arrojaron un promedio de 9 puntos de rating con picos cercanos a los 15.¹⁵⁷ Evidentemente, el fútbol ya no es el único interpelador de nacionalismo.

Esta compilación tiende a una ampliación del campo, en esa dirección, con la propuesta del re-armado de un conjunto de nuevos objetos no-fútbol, como el rugby, el hipismo, el fisiculturismo, el turismo carretera o la vela (si bien no necesariamente orientados a la cuestión nacional). Se trata, además, de una ampliación del campo que incluso hace honor a Archetti cuando ya en los años 80 trabajaba con deportes como el polo, el automovilismo o el box. Esta ampliación también merece celebrarse. Pero resulta un punto crucial para las agendas futuras la ligazón de este conjunto con nuevas cuestiones nacionales, recogiendo lo realizado antes, y ubicando los nuevos objetos en el marco de los también nuevos escenarios del mercado de la cultura. E inclusive prestando atención al velocísimo desarrollo de nuevas tecnologías de comunicación que por un lado ponen en tensión la conformación de audiencias masivas, y por el otro recolocan a la vez novedosas formas de consumo segmentando

¹⁵⁷ Se estima que cada punto de rating representa a 96.782 personas.

por género y/o por generación. Aún más: la política *Fútbol para todos* implementada por el gobierno nacional en 2009,¹⁵⁸ que se liga además a una política de medios audiovisuales y a la red de TV digital abierta, toca todos y cada uno de estos puntos.

Asimismo, la ampliación del campo es observable en el trabajo de Moreira, quien si bien ya nos había deslumbrado con trabajos anteriores, profundiza aquí en sus indagaciones sobre la política. Lo interesante del caso presentado por Moreira es que este concepto es observado en pleno movimiento, es decir, en las propias prácticas –políticas– de los practicantes en un club de fútbol. De este modo, Moreira relativiza un enfoque de la política que la piensa exclusivamente como aquella que se da en el marco institucional y/o en el circuito de los políticos profesionales, y reubica a los modos de hacer política en una esfera ligada a las instituciones deportivas, lo que le permite iluminar aspectos poco trabajados sobre las dinámicas y estrategias que se dan actores ciertamente *invisibilizados* dentro de las instituciones deportivas.

No obstante, existen zonas en el campo que aún se revelan indóciles a su ingreso, si bien a la vez resultan excitantes para su estudio, como por ejemplo la relación del universo deportivo con los sesgos de etnia y/o de clase.

Respecto del segundo (volveré sobre el primero más adelante), la clase es muchas veces analíticamente eludida tanto por su complejidad teórica y por el impacto que la crítica al concepto ha tenido en el ámbito de la socio-antropología y en el de los estudios culturales, como por su escasa visibilidad en los propios objetos. Dicho en otras palabras: porque *clase* no sólo es

¹⁵⁸ Desde 2009 las transmisiones televisivas de fútbol han sido estatizadas. Actualmente, llegan a todo el país por la TV digital abierta, en concordancia con el espíritu de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (Nro. 26.522) promulgada en 2009, y la materialización de las transmisiones en alta definición (HD) de la TV Pública.

un concepto de difícil *agarre*, (¿cómo conceptualizarla? ¿Desde el papel o por atributos objetivos? ¿Y cómo operacionalizarla?), sino también porque el deporte se ha auto-postulado históricamente como transclasista y profundamente democrático.¹⁵⁹ El transclasismo auto-imputado del deporte es, a la vez, parte constitutiva de su legitimación, va de la mano de los procesos de formación de los estados-nación, lleva consigo la marca de los sistemas democráticos. Y no pocas contradicciones surgen de este nudo, como por ejemplo las tensiones que emergen entre el principio deportivo de la igualdad de base para los contrincantes, y las asimetrías de recursos para el entrenamiento, o las relativas a la distinción en disciplinas por género (Tamburrini, 1999).

No obstante, y más allá de estas contradicciones, inherentes al deporte mismo, es evidente que a medida que se van conformando históricamente los valores, las normas de pertenencia no-dichas, y hasta las moralidades dentro de cada deporte, las diferencias de clase se hacen palpables. Y si bien estas diferencias surgen directamente de las prácticas mismas, en el proceso de conformación del propio campo del deporte en sus dimensiones de producción y de consumo, también presentan variaciones según el contexto nacional (Bourdieu, 1990b).

En este sentido, el de observar los clivajes de clase, van los esfuerzos persistentes de Garriga Zucal que, en esta misma compilación intenta dar cuenta de los sentidos nativos que organizan el universo simbólico de los hinchas desde un abordaje etnográfico donde, finalmente, la clase se diluye en prácticas situadas y, podríamos decir, comunitarias. Una mirada relacional sobre este universo permitiría iluminar la posición subordinada de estos sujetos dentro del escenario social mayor. Los esfuer-

¹⁵⁹ De hecho una problemática escolar respecto del contenido deporte, deviene de una tensión insoluble entre la lógica democratizante de la escuela y la meritocrática del deporte de alto rendimiento. Para ampliar ver Aisenstein (1995) y Rodríguez (2002).

zos de Branz, por su parte, se orientan justamente a observar *en movimiento* la construcción clasista de la práctica de un grupo de rugbiers. Entre ambos trabajos se observan distinciones que es meritorio señalar. Garriga Zucal parte de una investigación consolidada que ya se mide en años, suficientemente restituida por la mirada de los propios sujetos a través de lecturas de sus avances e intercambios reflexivos con los nativos, y que ha sido, además, recurrentemente refrendada en circuitos académicos. Branz, por el contrario, recientemente ha comenzado su indagación en un club de rugby (lo cual no le resta mérito) y saca provecho de ello. Justamente, el encuadre de su trabajo en clave de *entrada al campo*, pone en valor una de las cuestiones centrales sobre las que originalmente se propuso trabajar la compilación: la relación del deporte con la clase social. El valor de los hallazgos con los que Branz empieza a delinear su trabajo de campo podrían entenderse (si toma la dirección correcta), como esbozos de una reconstrucción en proceso de la formación de una clase, tomando aquí clase en el sentido thompsoniano como *experiencia*, y entendida esta última como “la unidad de la práctica y la representación” (Semán, 2009:183).

El trabajo de Iuliano avanza precisamente en ese sentido, deteniéndose en los modos en que ciertos agentes, encuadrados en un tiempo y espacio específicos, movilizan sus recursos para procesar una diversidad de prácticas y representaciones, propias y ajenas, sobre la clase a la que pertenecerían, para elaborar desde allí una unidad. Ejercicio este último nunca acabado, que pone en permanente tensión esa ilusión de unidad al entrar en diálogo con las representaciones del sentido común y con las eruditas y/o escolásticas, y que se tramita en la interacción con otros sujetos que circulan por la escena social compartida. Desde una etnografía que parte de la relativización de la propia mirada del analista, Iuliano da cuenta de la diver-

sidad de actores presentes en los espacios de un club de golf, comúnmente asociado a sectores privilegiados, y reconstruye la heterogeneidad existente hacia el interior del –supuestamente homogéneo– grupo de golfistas. No son los datos duros los que definen los contornos de clase en este trabajo, ni tampoco los indicadores blandos, y menos los atributos estilísticos. El camino de Iuliano es otro: es reconstruir los esfuerzos de los actores para desmarcarse y marcarse, dar detalle de sus acomodaciones y desacomodaciones respecto de aquellas representaciones, observar las apuestas identitarias en términos de clase, reponer el movimiento; y con ello otorgar entidad analítica a los fastidios, los placeres, las transgresiones, las normas o las discusiones políticas que surgen de los riesgos de las interacciones. Los procesos de adscripción de clase de estos jugadores de golf no se realizan *en el aire*, no los preceden; se procesan en la propia relación con sus otros próximos, y es una manera de poner el propio concepto de clase a trabajar.

Respecto del otro sesgo que se mencionó, la relación del deporte con las etnicidades, los trabajos locales escasean. La mayoría describen situaciones deportivas que son analizadas, en todo caso, como parte de un estudio mayor sobre algún grupo étnico-nacional, colocándose, de este modo, como un *locus* más donde rastrear problemáticas ligadas a la etnicidad. Es el caso de Halpern (1999) sobre el Club Atlético Deportivo Paraguayo, los trabajos de Vargas (2011) y Canelo (2011) sobre las prácticas futbolísticas en el Parque Indoamericano, o el capítulo de tesis de Vázquez (2004), sobre los bolivianos en Buenos Aires, por nombrar algunos. En todos los casos, además, la línea de investigación se relaciona más con la cuestión de las migraciones, particularmente las regionales, y menos con la cuestión étnica. Sea como sea, a excepción de trabajos subordinados a un tema *mayor*, y/o también de algunas presentaciones que no dialogan con

lo acumulado por el conjunto de obras del campo de los estudios sociales del deporte, la relación migraciones-etnia-deporte no ha alcanzado aún un estatuto autónomo en sede local.

Sin embargo, no debe sorprender esta ausencia en el campo sobre deporte en Argentina, un país cuya marca de origen, su *campo de interlocución* (Grimson, 2011), sus *alteridades históricas* (Segato, 2007), implicó la construcción de una identidad nacional que ha diluido las diferencias, y donde el acceso a la ciudadanía se da, precisamente, con la des-marcación de los atributos étnicos (Segato, Ibid). Y, en este sentido, será necesario regresar a los inicios del campo, con su privilegio del par fútbol-nación, que obró en su momento como agenda preferencial, pero para re-pensar la ausencia de trabajos sobre etnia y deporte. Una cuestión que también resulta ser, en definitiva, congruente con lo que plantean Segato y Grimson, cada uno por su lado, porque en una sociedad donde la ciudadanía plena se constituye históricamente a partir de la ecualización y la des-marcación étnica y no de la diferencia, parece lógico que al hablar de nación la etnia no sea la protagonista.¹⁶⁰ Especialmente, o más aún, en el caso del fútbol, que tuvo una *criollización* temprana (Archetti, 1995, 1997, 2001; Frydenberg, 1997), contemporánea a la consolidación de la estructura de alteridades históricas, lo cual indica que esta trama debe ser objeto de reflexión. Si la nación diluyó lo étnico, el fútbol también fue atravesado por esa operación.

Claramente, entonces, esta compilación pretende producir una ampliación del campo, aunque a la vez sea necesario señalar lo que todavía no tiene pista para aterrizar en él.

¹⁶⁰ Diferente es, en congruencia con lo planteado por Segato, precisamente el caso de Brasil. Para ampliar ver Leite Lopes (1998).

RECALCULANDO

Finalmente, y en ese sentido, hay otros elementos considerados por Bourdieu que vale la pena resaltar, porque apuntan a discriminar las lógicas internas y los modos en que ese listado original de temas se fue ampliando, dilatando, y/o modificando. Un campo también presenta una cierta relación de fuerzas porque, al haber intereses comunes y por lo tanto *complicidad objetiva*, quienes participan en la lucha contribuyen a reproducir la creencia del valor de lo que está en juego. Dicho con Bourdieu: “un campo es un estado de la relación de fuerzas entre los agentes o las instituciones que intervienen en la lucha” (1990a: 136). Y si bien cada campo tiene propiedades específicas, particulares del contexto en el que actúa, la reconstrucción analítica de esas propiedades específicas llevó a Bourdieu a postular la existencia, en todos los campos, de mecanismos universales. “Por ejemplo, debido a las variables nacionales, ciertos mecanismos genéricos, como la lucha entre pretendientes y dominantes, toman formas diferentes. Pero sabemos que en cualquier campo encontraremos una lucha, cuyas formas específicas habrá que buscar cada vez, entre el recién llegado que trata de romper los cerrojos del derecho de entrada, y el dominante que trata de defender su monopolio y de excluir a la competencia” (Bourdieu, 1990a:135).

A una particular distribución del capital específico por el que se lucha, corresponde un *quantum* de capital (una ecuación que articula conocimiento con legitimidad) acumulado, justamente, a lo largo de las luchas previas. Obviamente que como resultado de esas luchas algunos ganan posiciones y otros las pierden; hay quienes se retiran del campo, y hay quienes adoptan posiciones cómodamente periféricas.

José Garriga Zucal, Verónica Moreira y Juan Branz (espe-

cialmente los dos primeros, es justo reconocerlo), han bregado por alcanzar esas posiciones y lo han hecho a partir de la producción de investigaciones consagradas y validadas en el propio campo (y en campos ajenos también). Alcanzar esas posiciones los ha nutrido de un capital cultural medible en conocimiento, y también de un capital social, todo ello expresión de un *habitus* que les permite conocer las reglas del juego. Poseen, en fin, una combinación de sabiduría y prestigio legítimamente ganado y es desde esa posición que lanzan esta compilación, intentando crear una cuña y apostando, así, a la ampliación del campo de estudios sociales del deporte.

BIBLIOGRAFÍA

- Aisenstein, Ángela, *Curriculum presente, ciencia ausente*. Buenos Aires, Miño y Dávila, 1995.
- Aisenstein, Ángela y Scharagrodsky, Pablo, *Tras las huellas de la Educación Física escolar argentina*. Buenos Aires, Prometeo, 2006.
- Alabarces, Pablo, *Fútbol y patria*. Buenos Aires, Prometeo, 2002.
- Alabarces et al, *Hinchadas*. Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Archetti, Eduardo, “Estilo y virtudes masculinas en *El Gráfico*: la creación del imaginario del fútbol argentino”, en *Desarrollo económico*, vol. 35, Nro. 139, IDES, octubre-diciembre, 1995.
- Archetti, Eduardo, “Hibridación, diversidad y generalización en el mundo ideológico del fútbol y el polo”, en *Prismas*, Vol. 1, N° 1, UNQ, 1997.
- Archetti, Eduardo, *El potrero, la pista y el ring*. Buenos Aires: FCE, 2001.

- Billig, Michael, *Banal Nationalism*. Londres, Sage, 1995.
- Binello, Gabriela, Conde, Mariana, Martínez, Analía y Rodríguez, María Graciela, “Mujeres y fútbol: ¿territorio conquistado o a conquistar?”, en Pablo Alabarces (compilador) *Peligro de Gol*. Buenos Aires, CLACSO, 2000.
- Bourdieu, Pierre, “Algunas propiedades de los campos”, en *Sociología y Cultura*. México, Grijalbo, 1990a.
- Bourdieu, Pierre, “¿Cómo se puede ser deportista?”, en *Sociología y Cultura*. México, Grijalbo, 1990b.
- Canelo, Brenda, “El Parque Indoamericano antes de su ocupación”, en *Temas de Antropología y Migración*, N° 1, Junio, 2011.
- Conde, Mariana y Rodríguez, María Graciela, *Intersectando prácticas y representaciones: mujeres en el fútbol argentino* en Colección “Jóvenes investigadores”. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, 2002.
- Ferreiro, Juan Pablo y Fernández, Federico: “El discreto encanto de la mercancía. Aguante, sicarios y pretores en el fútbol”, en Alabarces et al, *Hinchadas*. Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Frydenberg, Julio, “Prácticas y valores en el proceso de popularización del fútbol, Buenos Aires, 1900-1910”, en *Entre pasados*, Año VI, N° 12, 1997.
- Garriga Zucal, José, *Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*. Buenos Aires. Prometeo, 2007.
- Gil, Gastón, “Mar del Plata y su identidad futbolística. El caso de Aldosivi en la Primera B Nacional”, en *Lecturas: Educación Física y Deportes*, No. 13, 1999.
- Grimson, Alejandro, *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

- Halpern, Gerardo, “El Club Atlético Deportivo Paraguayo, un terreno de construcción de identidad”, ponencia en el II° Encuentro de Deporte y Ciencias sociales Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Organizado por el Área Interdisciplinaria de Estudios del Deporte, 6 de noviembre, 1999.
- Leite Lopes, Sérgio, “Fútbol y clases populares en Brasil. Color, clase e identidad a través del deporte”, en *Nueva Sociedad*, Nro. 154, 1998.
- Martín Barbero, Jesús, “Memoria Narrativa e industria cultural”, en *Comunicación y cultura*, Nro. 10, México, agosto, 1983.
- Martín Barbero, Jesús, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona, Gustavo Gili, 1987.
- Moreria, María Verónica, “Una mujer en campo masculino y la identificación de género en el proceso de producción del conocimiento antropológico”, en Seminario Internacional Fazendo Genero 7, 2010.
- “El Rojo y Newell’s Old Boys, un solo corazón. Reciprocidad, amistad y rito de comensalidad entre las hinchadas de fútbol en Argentina”, en Alabarces et al, *Hinchadas*. Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Pichón-Rivière, Enrique y Pampliega de Quiroga, Ana, *Psicología de la vida cotidiana*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1985.
- Rodríguez, María Graciela, “Educación Física, contenidos básicos comunes y parámetros curriculares nacionales”, en Valter Bracht y Ricardo Crisorio (Orgs.), *La Educación Física en Argentina y en Brasil. Identidad, desafíos y perspectivas*. La Plata, Ediciones Al Margen, 2002.
- Scharagrodsky, Pablo, “Género, masculinidades y Educación Física. Varones exitosos y varones devaluados”, en Ángela Aisenstein (comp.) *Cuerpo y Cultura*. Buenos Aires, Libros del Rojas, 2004.

CONCLUSIONES

- Segato, Rita Laura, *La Nación y sus Otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*. Buenos Aires, Prometeo, 2007.
- Semán, Pablo, “Culturas populares: lo imprescindible de la desfamiliarización”, en *Maguaré*, Nro. 23, Bogotá, 2009.
- Tamburrini, Claudio, “El retorno de las Amazonas: el deporte de élite y la igualdad genérica”, en *Lecturas: Educación Física y Deportes*, No. 17, 1999.
- Vargas, Jorge, “Los indoamericanos estaban en el parque. Luchas por el territorio y la negación de lo indígena en el ámbito urbano”, en *Temas de Antropología y Migración*, N° 1, Junio, 2011.
- Vázquez, Mauro, “Como en susurros. La identidad política de unas bolivianas piqueteras: entre la nación, la clase y el género”, tesis de Licenciatura, Carrera de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias sociales, Universidad de Buenos Aires, inédita, 2004.
- Villena Fengo, Sergio, “Imaginando la nación a través del fútbol: el discurso de la prensa costarricense sobre la hazaña mundialista de Italia 90”, en Pablo Alabarces (compilador), *Peligro de gol*. Buenos Aires, Clacso, 2000.

LOS AUTORES

Branz, Juan Bautista Licenciado en Comunicación Social, doctorando en Comunicación y docente (FPyCS-UNLP). Becario de postgrado CONICET.

Garriga Zucal, José Doctor en Antropología Social (UBA). Investigador del CONICET. Docente (UNSAM).

Moreira, María Verónica Licenciada en Ciencias Antropológicas y Doctora en Ciencias Sociales (UBA). Magíster en Antropología Social (UNSAM). Investigadora asistente del CONICET. Docente de la carrera de Ciencias de la Comunicación (FSOC-UBA). En el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA), dirige proyectos de investigación destinados al abordaje de las relaciones entre el mundo social del fútbol y los procesos políticos (UBACYT y Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica). Ha publicado artículos en compilaciones y revistas académicas de distintos países.

Alabarces, Pablo Doctor en Sociología (University of Brighton, Inglaterra). Profesor Titular de Cultura Popular de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA), en la que dirigió su Doctorado entre 2004 y 2010. Investigador Principal del CONICET. Ha sido profesor visitante en diversas universidades en la Argentina y en el exterior (Brasil, México, Colombia, Uruguay y Gran Bretaña). Entre sus libros se cuentan *Fútbol y Patria* (2002),

Hinchadas (2005), *Resistencias y mediaciones* (2008), *Peronistas, populistas y plebeyos* (2011) y *Crónicas de cultura y política* (2011).

Rodríguez, María Graciela Doctora en Ciencias Sociales. Docente e investigadora en las universidades nacionales de Buenos Aires y de San Martín, donde da clases en el grado y en el posgrado. Dirige desde hace diez años un equipo de investigación dedicado al estudio de la relación entre sectores populares, medios de comunicación y vida cotidiana, tema sobre el que ha publicado numerosos trabajos.

Iuliano, Rodolfo Licenciado en Sociología, magister en Ciencias Sociales y miembro del Centro Interdisciplinario de Metodología de las Ciencias Sociales (UNLP). Doctorando en Antropología Social (UNSAM). Ex becario doctoral (CONICET). Docente del Departamento de Sociología (FAHCE-UNLP). Ha dictado distintos cursos, talleres y publicado diversos artículos y ensayos en libros y revistas.

Rojo, Luiz Fernando Graduado, magister y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ). En la actualidad es profesor adjunto en la Universidad Federal Fluminense (UFF), que coordina el Centro de Estudios e Investigación sobre el Deporte y Sociedad (NEPESS) y es editor de Deporte y Sociedad. En los últimos años ha coordinado el GT de Antropología de encuentros deportivos de la Asociación Brasileña de Antropología (ABA) y la Reunión de Antropología del Mercosur (RAM).

Sodo, Juan Manuel Doctor en Comunicación (UNR). Fue becario de CONICET entre 2007 y 2012. Es co-compiler y autor del libro *De pies a cabeza; ensayos de fútbol* (2013) y miembro del colectivo editorial que publica trimestralmente la revista del mismo nombre.

Levoratti, Alejo Profesor y licenciado en Educación Física (UNLP). Maestrando en Antropología Social (IDES- IDAES/

UNSAM). Doctorando en Ciencias Sociales y Humanas (UNQ). Es becario de la Comisión de Investigaciones Científicas de la provincia de Buenos Aires. Investiga sobre prácticas corporales en políticas sociales, políticas deportivas y la configuración profesional de los profesores de/en Educación Física.

Uliana, Santiago es Sociólogo (UBA) y especialista en la temática deportiva. Profesor e investigador de la Universidad de Buenos Aires, la Universidad Nacional de Tres de Febrero y la Universidad Nacional de Avellaneda. Es autor de numerosos artículos sobre deporte y coautor del libro “Fútbol y Sociedad. Prácticas locales e imaginarios globales” (EDUNTREF).

Bilyk, Pablo es Licenciado en Comunicación Social. Doctorando en Comunicación. Docente e investigador (FPyCS-UNLP) Becario de la Universidad Nacional de La Plata.

Rodríguez, Alejandro es Licenciado en Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y Becario del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). También es Estudiante avanzado de la Licenciatura en Sociología y del Profesorado de Enseñanza Media y Superior en Ciencia Política en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Actualmente cursa tanto su Maestría como su Doctorado en Ciencias Sociales, en la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Sus investigaciones giran alrededor del modo en que se vinculan cuerpo, deporte, consumo y clase social.

ESTA PUBLICACIÓN SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN EL MES DE DICIEMBRE DE 2013,
EN IMPRESIONES CENTRO DE LA CIUDAD DE BOLÍVAR
PÚBLICA DE BUENOS AIRES,
ARGENTINA.

